GUSTAVO
VÁZQUEZ LOZANO

60 AÑOS DE SOLEDAD

LA VIDA DE CARLOTA DESPUÉS DEL IMPERIO MEXICANO 1867-1927

Grijalbo

Agradecimientos

Comencé a escribir este libro cuando se cumplieron 150 años de la caída del Segundo Imperio mexicano, en 2017. Al principio iba a ser una contraparte de mi pequeña biografía de Maximiliano publicada en Estados Unidos. En el proceso, este libro fue adquiriendo carácter y objetivos propios. Durante su redacción, muchas personas me ayudaron con sus comentarios, su aliento y sus críticas.

El historiador Adam Hochschild, autor del libro *King Leopold's Ghost*, haciendo de lado sus innumerables compromisos, tuvo la paciencia para mantener conmigo una correspondencia de varios meses sobre el rey Leopoldo II y familia, además de señalarme nuevas fuentes, compartir información sobre la fortuna del monarca, y ponerme en contacto con otros historiadores especialistas en la Casa Real de Bélgica, a la que perteneció Carlota.

El historiador Daniel Vangroenweghe, experto en el periodo colonial de Bélgica en África, no sólo me ayudó en la localización de libros antiguos y valiosas fuentes documentales, también me compartió información inédita derivada de sus investigaciones y, lo más importante, me ofreció otro punto de vista para evaluar la conducta de Leopoldo II.

Estoy especialmente en deuda con Solomon Kibriye, comentarista en Etiopía y estudioso de las dinastías europeas, quien fue el primero en hacerme ver la relación entre el Segundo Imperio mexicano y el Congo. La investigadora Laurence Van Ypersele,

quien encontró las cartas escritas por Carlota en 1869, durante su periodo de grafomanía, tuvo la amabilidad de comentarme sobre los pormenores del descubrimiento, así como brindarme consejos para el tratamiento de esa etapa en la vida de la exemperatriz.

Ana Luisa Vázquez Lozano me aclaró conceptos importantes sobre la esquizofrenia y las alucinaciones auditivas, y Marco Cecchini me ayudó en la traducción de pasajes difíciles en francés y alemán.

Agradezco sobre todo a Andrés Ramírez y a Juan Carlos Ortega, editores en Penguin Random House Grupo Editorial, quienes desde un inicio creyeron en esta obra.

Por último, pero no por ello menos importante, mi reconocimiento a todos los autores que han estudiado a Carlota. En sus investigaciones y diarios está apoyada esta biografía. Sin su trabajo este libro nunca hubiera sido posible.

México, 2019

Presentación

De no haber existido el Segundo Imperio en México, Carlota de Bélgica sería, para el historiador, una princesa europea sin mayor interés más allá de su efímero paso por el virreinato de Lombardía-Venecia. Fueron sus dos breves años en México los que la convirtieron en una de las figuras más trágicas de la historia, una Ofelia moderna, personaje llamativo y, al mismo tiempo, enigmático, sobre el que los investigadores siguen hurgando sin mostrar síntomas de cansancio.

Son ya cientos de obras las dedicadas al Segundo Imperio, al que —como dice Luis Weckman— debemos considerar parte importante de la historia mexicana en tanto que actuó en el espacio histórico, se emitieron leyes, decretos, y hubo muchos connacionales implicados en su establecimiento y funcionamiento. De esas más de 500 obras, que van desde las historias generales hasta los diarios de expedicionarios belgas o franceses, hay que sumar decenas de biografías de la emperatriz Carlota, la figura central de este drama. Ya desde 1869 circulaban en México los "Calendarios históricos de la princesa Carlota", recuentos de su vida que la gente consumía con avidez.

Pero todas esas investigaciones tienen algo en común: cambian de ritmo cuando tocan el año 1867, con el fusilamiento y traslado a Viena del cadáver de Maximiliano; la gran mayoría sólo dedica un par de páginas a hablar sobre el final de Carlota, si no es que una nota al pie. Su familia decidió mantenerla fuera de vista hasta el día

de su muerte, y pareciera que los historiadores hacen lo mismo. No pocas veces el lector se pregunta qué pasó con la obcecada mujer que partió a Europa en busca de ayuda y dinero. Cuando mucho se menciona que se volvió loca, que estuvo encerrada en un castillo y que murió siendo ya muy vieja en su cama, con un rosario entre las manos, murmurando algo sobre el lejano imperio: seis décadas en un par de párrafos. Ahí es donde por lo general entra el novelista, trabajando en la oscuridad, sin sospechar que la realidad fue más agitada que estar balbuceando sobre el marido ejecutado en un cerro.

La escasez de fuentes primarias y testimonios de quienes estuvieron al lado de la exemperatriz durante los siguientes 60 años —acompañándola, manipulándola, estafándola— son la principal razón por la que no había aparecido una biografía completa sobre la vida de Carlota *después* de México. Por fortuna, en los últimos años la ventana se ha desempañado con la aparición de documentos que no estuvieron disponibles anteriormente: los diarios privados de sus médicos, las cartas de sus damas de compañía, bitácoras de funcionarios de la corte, documentos desclasificados por el gobierno, testimonios de personas que se reunieron con ella y, sobre todo —¿cuáles eran realmente los pensamientos de Carlota?—, cientos de cartas escritas por ella desde el encierro, descubiertas apenas en 1994.

La otra parte para recobrar los años perdidos estuvo ahí desde un inicio: viejísimos tomos en francés o inglés fuera de circulación desde hace más de un siglo que aportan testimonios presenciales sobre su encuentro con Napoleón III, el papa Pío IX y Giuseppe Garibaldi, pero que por la barrera del idioma o su difícil localización han estado fuera del alcance de los historiadores. Entre ellos están las memorias de la dama de compañía de la reina de Francia María Eugenia de Montijo; bitácoras de viajeros mexicanos que vieron a la emperatriz en Bélgica cuando ya era una anciana; las memorias de sus sobrinas, Luisa y Estefanía; el diario de la reina María Enriqueta de Austria, que la visitaba casi todos los días; así como incontables notas periodísticas —muchas escritas al día siguiente de los hechos— escritas por los antecesores de los modernos paparazzis, dispuestos a pagar al personal de los castillos a cambio de información de lo que ocurría adentro. Para la parte

más importante —el espeluznante uso que se dio a la inmensa fortuna de Carlota— están, entre otras, las investigaciones que hizo el Parlamento belga a la muerte del rey Leopoldo II.

Varios novelistas y comentaristas han *imaginado* la vida de Carlota Amalia desde su prisión en el castillo de Miramar con resultados distintos: desde cargados monólogos hasta reportes sensacionalistas de embarazos ilegítimos que poco tienen que ver con la realidad. Las biografías existentes de Carlota —una de las mujeres que más fascinación ha ejercido en varias generaciones de mexicanos— documentan su infancia, juventud y paso por México; hasta ahora no había una sobre esos 60 años de soledad, de 1867 a 1927, mucho más amargos y determinantes para la vida de *millones* de personas de lo que imaginaron los escritores de ficción.

La mayor desgracia de Carlota Amalia no fueron las balas que mataron a Maximiliano ni la caída del Imperio mexicano. Su verdadero calvario fue no haber estado desconectada de la realidad, sino dolorosamente consciente de lo que ocurría a su alrededor y lo que estaban haciendo con ella y su dinero, sobre todo el verdadero loco de la familia: su hermano Leopoldo II.

PRIMERA PARTE

La historia de la historia

Yo pienso que va a ser la princesa más bonita de Europa.¡Si tan sólo eso le trajera la felicidad!

Leopoldo I, padre de Carlota,
cuando ésta tenía 16 años

Soy apática. No tengo ambición de nada. No soy suficientemente ardiente en mis estudios. La única cosa que quiero es aquello que no puedo obtener, lo cual prueba que debo de tener un espíritu deforme.

Carlota, a los 16 años

Tú, que nacida sobre regia cuna
nunca el dolor de cerca has contemplado;
tú, la hija feliz de la fortuna,
ampara siempre al pueblo desgraciado.

Poema para Carlota de Soledad Manero
a su llegada a Veracruz, 1864

“El demonio viene a atormentarme”: Carlota antes de México

En enero de 1927 una procesión fúnebre avanzó desde el castillo de Bouchout hacia la capital de Bélgica, en medio de una violenta tormenta de nieve. La carroza tirada por cuatro caballos negros con ostentosas plumas oscuras en la cabeza dio la vuelta por la Gran Plaza de Bruselas y de ahí se internó en el castillo de Laeken, residencia de la familia real. Minutos después dio inicio la misa de cuerpo presente de la que había sido la primera princesa de Bélgica, virreina de Lombardía-Venecia y emperatriz de México, María Carlota Amalia Augusta Victoria Clementina Leopoldina de Sajonia-Coburgo-Gotha y Orleans. Su regreso a las primeras planas de los diarios de todo el mundo, después de 60 años de olvido, fue como un viento que trajo rumores de un continente lejano, la Europa ya cristalizada del imperio austrohúngaro, la Inglaterra victoriana y el imperio napoleónico, el barro pegajoso de las trincheras de la Primera Gran Guerra.

El 30 de enero los mexicanos se despertaron con la noticia —que no mereció mucha atención de la prensa— de que la distante emperatriz había fallecido a la edad de 86 años. Prácticamente no quedaba nadie vivo que la recordara, alta y joven, paseándose en un caballo dorado por la Alameda Central de la Ciudad de México, como la plasmó para la posteridad el pintor José María Velasco. “Difícilmente puede nombrarse otra persona del sexo femenino que haya atraído tanta atención en el presente siglo como ella”, había

escrito el historiador Frederic Hall en el siglo XIX en una de las primeras historias sobre el Imperio mexicano. Durante todo el siguiente siglo XX, y hasta nuestros días, esta moderna Ofelia, con su locura y triste belleza, su sexualidad lastimada y trances eróticos —e incluso, como algunos han querido sugerir, el gustillo almendrado del veneno—, ingredientes esenciales del romanticismo de su siglo, mantendría su atracción sobre historiadores, dramaturgos, novelistas y cineastas.

Carlota Amalia fue hija del rey Leopoldo I de Bélgica y de Luisa de Orleans, nieta del rey Luis Felipe de Francia. Su padre fue el primer rey de los belgas. Curiosamente, antes de convertirse en monarca, Leopoldo recibió, 40 años antes que su hija, la oferta de ocupar el trono de México, el cual rechazó por considerarlo una aventura demasiado arriesgada.[1] Cuando Carlota era niña su madre enfermó de tuberculosis. La reina Luisa padeció la infección por largos y penosos años y su hija tuvo que verla morir lentamente. La princesa quedó huérfana de madre a los 10 años. Su padre intentó estrechar relaciones con sus tres hijos, Charlotte y sus dos hermanos varones. El rey los educó de la misma forma, por lo que ella recibió una educación rígida, considerada "masculina" para su época: estudió filosofía, idiomas, ciencias y políticas y hasta estrategia militar. Todo lo absorbía con facilidad, pero era dura consigo misma.

> No he perdido el tiempo este año como lo hice el año pasado [escribió a su institutriz a los trece]. Estudié historia, tomé mis lecciones de dibujo y practiqué el piano, que ya me gusta más. Me sé todos los reyes de Inglaterra y sus fechas sin un solo error y, lo más destacable de todo, mi aritmética va progresando; resuelvo hasta tres problemas al día a veces, no fáciles. Con los idiomas tampoco voy mal. Espero que cuando regreses me veas completamente cambiada física y mentalmente, pues ahora estoy haciendo mejor las cosas, he madurado mucho y soy menos rara que antes.[2]

Testimonios de la época coinciden en que desde esa edad soñaba con ser emperatriz de Austria, sobre todo después de ver el matrimonio entre Francisco José y Elisabeth de Baviera. A los trece se estaba preparando para hacerse cargo de un gobierno. Su padre la acostumbró a presenciar las reuniones de Estado, donde

escuchaba hablar de política interna y relaciones internacionales. "A mí me gustan tres cosas: el peligro, el deber y causarme dolor. He aprendido siempre todo lo que me han enseñado y pronto; nada me desalienta cuando hay una obligación y un objetivo. Detesto las fortunas que no han costado nada y las coronas que nacieron ya sobre la cabeza. Siento que tengo el temple necesario para abrirme paso en este mundo, mezclarme y meterme con todos, construirme un espacio que yo misma habré creado, que yo iniciaré y que yo sostendré", escribió después, canonizando las ideas que se había formado desde la más temprana edad.

La inteligencia de Carlota era menoscabada por un déficit de inteligencia social y una actitud a juzgarse demasiado duramente, al punto del masoquismo, en cuyo fondo había un desproporcionado sentimiento de culpabilidad. En una carta que escribió en su adolescencia, llena de obsesiones religiosas y lo que parece ser el primer presagio de esquizofrenia —que ella confunde con una experiencia mística—, se vislumbra lo que vendría más adelante:

> Me siento tibia, no tengo ganas de rezar, me gustan muy poco mis deberes, mis razonamientos no me causan mucha impresión y verdaderamente es un gran pecado no sentirse más reconocida hacia Dios. No puedo vencer mi pereza. Caigo con tanta facilidad. Es terrible estar tan desanimada. Por momentos es parecido a una fiebre, un *delirio* que se posesiona de mí, y cuando pasa no sé cómo es que pudo sucederme. Yo creo que es el demonio que viene a atormentarme.[3]

Si la princesa era dura consigo misma, más lo era con quienes la rodeaban. Criticaba cualquier falta y reprendía a sus damas de servicio al punto de hacerlas llorar. Sin embargo, tenía un espíritu compasivo. De su madre, Luisa de Orleans, había heredado su interés por la erradicación de la pobreza. La madre de Carlota, francesa, fue recordada en Bélgica por sus actos de generosidad, hasta ser considerada una especie de ángel de misericordia entre los menesterosos. Tras su muerte fue llamada la "reina santa". En vida recibía información diaria sobre las familias desposeídas, visitaba sus casas en persona, les llevaba ropa o comida, y con frecuencia se quedaba para conversar y ofrecerles apoyo moral. Cuando no tenía dinero en su partida privada, lo tomaba de otro lado sin decirle a su esposo. En México, como emperatriz, Carlota se pasaría echando

mano también de su bolsa privada para llevar a cabo "obras de caridad" a un nivel que rayaba en la consagración, a pesar de que esos temas —la política como compasión— estaban lejos de entrar, a mediados del siglo XIX, al radar de los partidos políticos, mucho menos de las monarquías.

A los quince años Charlotte era una de las princesas más bonitas y cultas de Europa. Su apariencia al tiempo elegante e inocente no se perdió en la historia, pues su padre se encargó de que el pintor la capturara para la posteridad. Lo que Leopoldo I pasó por alto fue procurarle a su hija compañeras de juego. Para ella toda la niñez fue absorber lecciones de religión, historia y asuntos de Estado.[4] Cuando conoció a Maximiliano era una de las solteras más ambicionadas en la realeza europea, además de una de las herederas más interesantes, por la fortuna de su padre. Hablaba francés, alemán, flamenco e inglés, y era ávida lectora. Su sobrina Estefanía, diez años después de la muerte de Carlota, escribió en sus memorias cómo su tía era, a los dieciséis,

> una de las mujeres más bellas de su época. Alta y delgada, su rostro oval delicadamente formado era coronado por una abundancia de pelo oscuro que, cuando se lo dejaba suelto, la envolvía como un manto. Su piel era tan blanca como el alabastro. Pestañas largas, negras, sombreaban sus grandes ojos oscuros con forma de almendra, en tanto que sus labios eran rojos como el coral. El rey Leopoldo I, el padre de la patria, hablaba con orgullo de su hija como la princesa más bonita de toda Europa.

Conoció a Maximiliano en el verano de 1856, cuando tenía dieciséis y él 24. Aunque era cortejada por varios príncipes, entre ellos el futuro rey Pedro V de Portugal, se enamoró de las ideas de su primo segundo Max, de su conversación amena, su carácter jovial, su bondad y sus diarios de viaje. Los respectivos padres comenzaron los convenios financieros que requirieron sentar en la misma mesa a los más implacables negociadores; al rey Leopoldo le enfurecía la idea de que su fortuna pasara algún día a manos de los Habsburgo. La boda tuvo lugar en 1857, cuando la futura emperatriz tenía 17. Existe una pintura que perpetúa la ceremonia en el tiempo, realizada por el artista Cesare Dell'Acqua, especialista en cuadros grupales. Carlota lleva un vestido largo de satín bordado en oro, y

Maximiliano, sin su característica barba larga, camina con uniforme de marino. Al día siguiente, "bañada en lágrimas por tener que dejar a su padre, pero feliz, se despidió de la tumba de su madre y de la casa donde había vivido tantos años".[5] En la capilla de Laeken se arrodilló frente a la tumba de la difunta reina y estuvo con la cara escondida entre las manos tanto tiempo que Maximiliano tuvo que sacarla del trance. El archiduque vio que su mujer tenía la cara bañada en lágrimas. Le ayudó a caminar hacia la salida, pero antes de llegar, Carlota se escapó del abrazo y una vez más volvió a postrarse en el suelo para un último adiós.[6]

En 1857 la pareja se trasladó a Lombardía-Venecia, posesión del imperio de Austria desde 1815, para asumir el virreinato. Llevaban una misión pacificadora después de varias revueltas populares contra Austria. Su estancia no duró más de dos años. Poco se sabe de las actividades de Carlotta (la variante italiana de su nombre, que adoptó en ese periodo) durante su tiempo como virreina consorte de la región de Lombardía-Venecia, excepto que asistía a ocasiones sociales, organizaba rifas para los pobres, visitaba escuelas para señoritas y comenzaba a interesarse por las obras de caridad. Tenía 18 años y según una carta que dirigió a una amiga a finales de 1857, era más feliz que nunca y tenía un "marido perfecto".[7] Pero en 1859 la hostilidad contra la ocupación austriaca se hizo peligrosa para la pareja y Maximiliano envió a su esposa a su casa en el mar Adriático, el castillo de Miramar, cuya construcción él mismo había supervisado; temía que si su mujer salía sola a la calle no regresaría viva. El emperador de Austria y hermano de Maximiliano, Francisco José, lo removió de su cargo en 1859 bajo acusaciones de ser demasiado débil ante los patriotas italianos, hacer demasiadas concesiones y hasta de tener ambiciones personales sobre el pequeño reino. Así, el archiduque fue enviado de vuelta a languidecer a su hogar de recién casados, el castillo de Miramar. En 1860 quiso explorar Brasil, donde reinaba su primo Pedro II. Carlota decidió acompañarlo, pero por razones que no resultan claras se bajó del barco en la isla de Madeira antes de cruzar el Atlántico, con el pretexto de que no estaba acostumbrada al mareo y las tormentas. Un año después la pareja estaba de vuelta en Miramar.

Carlota pasaba las horas montando a caballo, pintando,

nadando… y muriéndose de hastío. Los jóvenes se habían preparado para encabezar un reino vacante, abrigaban la esperanza de convertirse en reyes de Hungría si, como sucedió efectivamente ocho años más tarde, ese país se separaba del imperio austriaco; y en cambio ahí estaban, viviendo como dos jubilados. Antes de que eso ocurriera les llegó otra oferta que al principio les pareció descabellada: el trono de México. Cuando en octubre de 1861 el emperador Napoleón III se lo planteó a Maximiliano, Carlota fue quien se mostró más interesada. Lo que menos quería ella, según escribió en 1866, era quedarse "a contemplar una roca hasta los 60 años", refiriéndose al peñasco sobre el que estaba construido el castillo. Había otros motivos, sobre los que mucho se ha especulado, para que Carlota quisiera dejar Miramar y comenzar de nuevo. Fue en esos años, entre Lombardía-Venecia y México, que se dio un desencuentro entre los esposos que terminó para siempre con la intimidad conyugal y los hizo dormir en camas separadas por el resto de sus días, pero —y esto es esencial— jamás desenamorados.[8] Lo suyo fue, hasta el final, un amor casi heroico.

La comisión mexicana

En 1863 la pareja recibió una comisión encabezada por el diplomático mexicano José María Gutiérrez de Estrada para ofrecerles el trono de México. Para entonces la Francia de Napoleón III, deseosa de ampliar su presencia imperial a otros continentes, contar con un régimen aliado en América y poner un freno a las ambiciones expansionistas de Estados Unidos, ya tenía un mediano control del territorio mexicano. Maximiliano no había sido, por cierto, la primera opción de los monarquistas mexicanos. Cuando la pareja recibió a la comisión en su hogar a la orilla del Adriático, él se mostró escéptico. Preguntó varias veces si de verdad los mexicanos querían su presencia. Exigió que se consultara a la población; específicamente pidió que se llevara a cabo un plebiscito que le demostrara que la mayoría de los mexicanos lo aceptaba como emperador. "Nada, excepto la clara e inequívoca voluntad expresa de todo el país me hará tomar una determinación", escribió a Bernard von Rechberg.[9]

Presentadas unas actas por la comisión mexicana que

supuestamente mostraban la adhesión de 6.4 millones de mexicanos (de una población total de 8.6 millones), la pareja vio la inevitabilidad de lo que se les presentaba.[10] Para Carlota, que sinceramente creía que los mexicanos los querían y que podía hacer algo bueno por ese país, la Corona de México adquirió el carácter casi de responsabilidad divina, a pesar de las dudas de su familia.

> Estoy lejos de encapricharme por un trono [le escribió a su abuela María Amelia], usted recordará que pude haber tenido uno a los 17 años y no lo acepté […] hay una enorme diferencia entre buscarlo e incurrir en la inmensa posibilidad de rechazarlo, si uno considera que tiene la fuerza y las posibilidades de hacer algo bueno. Usted dice, querida abuela, que esperaba para mí un mejor futuro, pero México es un país muy bello.

Max nunca estuvo tan seguro. Jules Bertaut, un historiador francés que antes de morir alcanzó a verlo como virrey de Lombardía-Venecia, lo describió como una persona a la que le gustaba rodearse de artistas y escritores, a quien le agradaba la vida tranquila, y por tanto el menos adecuado para una aventura como la que proponía Napoleón III: convertirse en rey de un país fracturado e inestable, destruido por décadas de guerras internas, pobre y, para colmo de males, vecino de Estados Unidos. Carlota tuvo que persuadir a su marido. Un miembro de la comitiva mexicana, Ignacio Aguilar y Marocho, impresionado con la seguridad y belleza de la exvirreina, dejó una vívida descripción:

> La archiduquesa es una de esas personas que no se puede describir. Su gracia y encanto no se podrían capturar en lienzo o en papel fotográfico. Es alta, delgada, saludable y llena de vida, y comunica alegría y bienestar. Es extremadamente elegante, pero se viste con sencillez; tiene la frente amplia, ojos despiertos y alegres como los de los mexicanos; labios frescos y de color carmín, dientes blancos, un pecho firme, y se ve llena de confianza y majestuosidad; es inteligente y espiritual, tranquila, amable y alegre, pero hay algo serio en ella que impone respeto; imagine esto, y mucho más, y se dará una idea de la personalidad de la princesa Carlota.[11]

La pareja también recibió a enviados de Benito Juárez[12] y algunos obispos mexicanos. Maximiliano los escuchó a todos, expresó su deseo de reunirse, “estrechar la mano” de Juárez, y examinar las

quejas del clero una vez que llegara a México. El archiduque ciertamente no recibió una sola versión de lo que sucedía en México. En distintos momentos abrió las puertas a enviados leales al presidente Juárez, que acudieron a Miramar para exponerle su versión de los hechos: Francia había entrado por la fuerza, y los mexicanos veían aquella intervención como una afrenta. El diplomático Jesús Terán le advirtió que no sólo era mentira que todos los mexicanos lo estaban esperando; también le hizo ver que la aventura sería riesgosa, que se encontraría con resistencia armada y que su vida misma, en lo que a los republicanos concernía, estaría en peligro. Además recalcó la legitimidad del gobierno de su jefe Benito Juárez. Maximiliano le reiteró a Terán "la rectitud y sinceridad de sus intenciones, asegurando que un gobierno enérgico y liberal, sin más objetivo que la justicia, como iba a ser el suyo", acabaría por conquistar todos los corazones, y que se sentía "muy ilusionado de poder dar algún día la mano al señor Juárez".[13]

Cuando el diplomático Estrada presentó los resultados del plebiscito prometido, Maximiliano aceptó el "trono de Moctezuma". Con el estilo ampuloso de la época, Gutiérrez de Estrada le aseguró que "todo el pueblo mexicano, que aspira con indecible impaciencia a poseeros, os acogerá en su suelo privilegiado con un grito unánime de agradecimiento y de amor". En la mente de Maximiliano, que había perdido su pequeño reino de Lombardía-Venecia y languidecía con su esposa en Miramar, la oferta era más de lo que podía haber anticipado. México no era un minúsculo territorio sobre el mar Adriático. México sería un gran imperio, tres veces más extenso que el de su hermano Francisco José. "Solemnemente declaro que con la ayuda del Todopoderoso acepto de las manos de la nación mexicana la corona que ella me ofrece", respondió a los ahí reunidos. Carlota observaba. Días después se preparó para firmar los compromisos que adquiría con Napoleón III, el verdadero patrocinador de aquella aventura.

Para cualquier observador, Napoleón se estaba portando como un verdadero corsario. De entrada, el nuevo gobierno de México debía pagar a Francia el costo de la intervención, que se calculó en 270 millones de pesos. Maximiliano, al firmar aquello, no tenía la más remota idea del estado financiero del país. Enseguida, el

acuerdo establecía que México debía pagar a Francia 1 000 francos anuales por soldado mientras durara la ocupación. Para empezar Napoleón III esperaba un adelanto de 66 millones de pesos. Presagios funestos los había en abundancia: la derrota en Puebla el 5 de mayo de 1862; su hermano, el emperador Francisco José, lo hizo renunciar a todos sus derechos en Austria, a la sucesión e incluso a su nacionalidad. Inglaterra tampoco estaba convencida. La reina Victoria pensaba que Maximiliano y su prima segunda quedarían mejor en el trono de Grecia, que estaba vacante. El archiduque titubeó. Napoleón presionó y le dijo que no podía defraudar las esperanzas que había puesto en él. Habían llegado demasiado lejos para que se arrepintiera. Carlota, determinada, le dijo que debían dar el salto de fe. "Todas las cabezas coronadas de Europa me dijeron que aceptara", confesó Maximiliano años después al general estadounidense J. B. Magruder, que lo entrevistó en Chapultepec. "Yo les dije a los notables [de México] que si en seis meses podían traerme pruebas de que había sido electo justamente por los mexicanos, aceptaría el puesto con gusto. En la fecha indicada me llevaron las pruebas, pero incluso entonces no hubiera aceptado sino para complacer a la emperatriz."[14]

En Europa la opinión pública estaba dividida. Ni siquiera a los franceses había persuadido el discurso hipócrita de Napoleón III, que había presentado a sus ministros actas con firmas de sus compatriotas apoyando la nueva "Conquista de México". "Si la nación mexicana permanece inerte [urgió el emperador de los bigotes estirados], si no comprende que le estamos ofreciendo una inesperada oportunidad de escapar del abismo, si no colabora y pone su esfuerzo, ni le da sentido a nuestra ayuda", no tendría más remedio que usar todo el poder de Francia y aplastar a quien se pusiera en el camino hacia la capital mexicana. El diplomático francés Dubois de Saligny emitió un manifiesto dirigido a los mexicanos con un lenguaje socarrón, que reiteraba las supuestas buenas intenciones de Napoleón. Encima, presentaba la expedición como un sacrificio del pueblo francés:

> Mexicanos, no venimos a tomar partido en sus divisiones. Hemos venido a poner fin a ellas. Lo que deseamos es invitar a todos los hombres de buena voluntad a sumarse a la consolidación del orden, a la regeneración de su gran país. Y para dar prueba de nuestro sincero

> deseo de conciliación […] les hemos pedido que acepten nuestra ayuda para establecer en México un estado de cosas que evite que en lo sucesivo tengamos que organizar estas costosas expediciones.

Al iniciar mayo, cuando el ejército azul granate se aproximaba a la ciudad de Puebla, aseguró que su país no tenía ni por un momento la intención de restablecer antiguos abusos "en un país tan liberal como el suyo".

En Estados Unidos la incursión tampoco era vista con buenos ojos, sino como una descarada intrusión europea en su propio patio trasero. "El emperador es un manipulador perspicaz de la opinión pública", escribió *The New York Times* en su editorial del 19 de febrero de 1862, cuando era obvia la intención de los franceses en Veracruz.

> No hay engaño o falsedad que se imprima en la prensa parisina capaz de alterar este hecho; ni falsos plebiscitos, controlados por los franceses a través de bayonetas, pueden convencer al mundo de que México desea una monarquía, y que está dispuesto a aceptar cualquier nominación que el emperador francés lleve a cabo. No es verdad ni puede ser verdad. Y si existe alguna duda, muy pronto se despejará gracias al valor y la indomable determinación con la que los mexicanos resistirán al invasor.

Esas palabras demostrarían ser proféticas.

La travesía

El 14 de abril de 1864, la pareja abordó la fragata imperial Novara, que ya tenía la distinción de haber dado la vuelta al mundo en una expedición científica. Muchas personas acudieron esa mañana al puerto de Trieste para despedirlos, agitando sombreros y pañuelos. En el castillo ondeaba desde temprano una bandera mexicana. Antes que ellos habían partido hacia Veracruz miles de reproducciones de unas fotografías de Carlota y de Maximiliano tomadas por J. Malovich en Trieste, para ser distribuidas entre los mexicanos. Carlota portaba una corona.

A las dos de la tarde la pareja se embarcó mientras se disparaban salvas de honor. Los acompañaban parte de su séquito

personal, algunos diplomáticos que ya habían sido nombrados para cargos de confianza, y desde luego el viejo Gutiérrez de Estrada, ya entrado en los 60. Cuatro días después hicieron su primera parada. La fragata tocó puerto en Civitavecchia y de ahí los esposos tomaron un tren a Roma para despedirse del papa Pío IX. Escucharon misa en la Capilla Sixtina, y aunque Maximiliano se sentó con el sumo pontífice para tratar asuntos relacionados con la Iglesia mexicana, eludió sutilmente el tema de la restitución de los bienes expropiados por Juárez. A Maximiliano no le parecía que hubiera sido una mala política. En Londres Carlota se despidió de su abuela María Amalia, que vivía sus últimos años en Inglaterra después de la abdicación de su esposo, el rey Luis Felipe I. La exreina intentó persuadirlos de renunciar a aquella insensatez. Cuando se despidieron, la anciana se echó a llorar en los brazos de su nieta y gritó: "¡Serán asesinados, serán asesinados!" Carlota permaneció inconmovible, pero Maximiliano no pudo contener las lágrimas.[15]

El 24 de abril pasaron junto al famoso peñón de Gibraltar y se internaron en el Atlántico.

> Por primera vez los emperadores, alejados de su viejo entorno, se vieron alegres y despreocupados. Una banda de 14 marineros se encargó de divertir a los pasajeros y amenizar las comidas [escribió Konrad Ratz]. Charlotte pasó el tiempo en su camarote, estudiando libros y documentos sobre México y escribiendo cartas. Le faltó interés en el precioso paisaje. Sólo en Martinica el calor tropical le abrió los ojos a la belleza exótica del mundo al que se acercaba.[16]

Tres días después vieron la cima nevada del Pico de Orizaba, la montaña más alta de México, de casi 6 000 metros de altura. Un par de días más tarde llegaron al puerto de Veracruz, donde se mecían los barcos de la armada francesa que seguía combatiendo insurgentes en el norte del país. Se dispararon 100 cañonazos para saludar a los recién llegados.

El 30 de mayo a primera hora Maximiliano caminó hacia la barandilla del Novara. Frente a sí se extendía el enorme territorio que su antepasado Carlos V, otro Habsburgo, había añadido al "imperio donde jamás se ponía el sol". Descendió los escalones y pisó el suelo mexicano a las nueve de la mañana. Fue sin embargo

hasta la ciudad de Orizaba, 130 kilómetros tierra adentro, donde se les hizo la primera recepción en forma y experimentaron el contacto real, casi adoración, de la gente. Antes de entrar a la ciudad los indios se acercaron, desengancharon las mulas del carruaje y se pusieron al frente para jalar ellos mismos el coche por la avenida principal. Maximiliano enrojeció del bochorno. Se negó terminantemente a que fueran los indios quienes lo transportaran como si fueran bestias de carga, pero éstos insistieron tanto, y los recién llegados siguieron tan empeñados en no permitir semejante trato, que tuvieron que bajar y entrar a pie a Orizaba, con su calle principal repleta de arcos de flores.[17]

La gente se apiñó a su alrededor como abejas en un panal, abrazándolos, besándolos, tocándolos como si fueran curiosidades, para horror de Carlota que no estaba acostumbrada a semejante manoseo. Maximiliano era, por supuesto, el centro de la atención. No faltó quien, a la usanza mexicana, se abriera paso a la fuerza hasta el emperador empujando a la joven emperatriz para estrechar la mano del monarca. Uno sólo puede imaginarse cuál sería la expresión de la hija de Leopoldo ante semejante descortesía. "Era una delicia ver cómo se alzaba el vestido para que no se le llenara de lodo", escribió el corresponsal de *The New York Times*, que no perdía detalle.[18] Sin querer, con aquella descripción trivial había escrito una especie de obertura de lo que sería el drama de la pareja.

---

1 A finales de la década de 1820 algunos mexicanos ofrecieron a Leopoldo el trono de México, seguros de que un inglés (por matrimonio) les brindaría protección contra los planes de la reconquista española. "Inglaterra pensó que sería demasiado ambicioso de mi parte aceptar", explicó Leopoldo treinta años después a su yerno Maximiliano de Habsburgo. Véase Angus Holden, *Uncle Leopold, A life of the First King of the Belgians*, Hutchinson & Co., Londres, 1936, p. 63.

2 Hyde Montgomery, *Mexican Empire: The History of Maximilian and Carlota of Mexico*, Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1946.

3 Hélène de Reinach Foussemagne, *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, Plon-Nourrit Imprimeurs, París, 1925, p. 35.

4 Frederic Hall, *Life of Maximilian I, Late Emperor of Mexico, with a Sketch of the Empress Carlota*, J. Miller Publisher, Nueva York, 1868, p. 38.

5 M. M. McAllen, *Maximilian and Carlota: Europe's Last Empire in Mexico*, Trinity University Press, San Antonio, Texas, 2015.
6 *L'Independence belge*, 31 de julio de 1857.
7 Su carta a la condesa Eugenia Grünne, dama de palacio en Bruselas, fechada el 10 de noviembre de 1857.
8 Los cientos de cartas que forman la correspondencia íntima entre Maximiliano y Carlota, publicadas en México en el año 2000 por Konrad Ratz, y que durante mucho tiempo se pensó que no existían, no dejan lugar a dudas de que ambos se amaban magníficamente.
9 Montgomery, *Mexican Empire*.
10 Hubo firmas de adhesión, pero también muchas actas de dudoso valor obtenidas en varias ciudades del centro del país. En muchos pueblos se hacía firmar a las autoridades papeles con los nombres de todos los habitantes de la localidad, dando la impresión de que estaban avalando el "sí" de todos ellos. Véase Hélène de Reinach Foussemagne, *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, p. 137.
11 Linda MacNayr, "Situating Charlotte: Reading Politics in Portraits of Belgian Princess Charlotte, Vicereine of Lombardy-Venetia, Empress of Mexico" (tesis doctoral), Queen's University, Ontario, 2008. p. 236.
12 Presidente de México y líder moral de los republicanos que se oponían a la instalación de una monarquía, aunque lejos de ser apoyado por todos los políticos mexicanos. El pueblo sólo parecía ver de lejos las interminables pugnas e intrigas entre facciones.
13 Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, Conaculta/INAH/Siglo XXI Editores, México, 2008.
14 "Maximilian and Carlota", *The New York Times*, 9 de julio de 1878, p. 3.
15 Esta anécdota la escuchó de testigos presenciales la primera biógrafa de Carlota, la condesa Hélène Reinach de Foussemagne, como lo narra en su libro de 1925.
16 Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido: nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, p. 61.
17 *Advenimiento de Maximiliano y Carlota al trono de México*, Edición La Sociedad, 1864, México, pp. 187-190.
18 "From Mexico. Maximilian's Progress to the Capital. His Departure From Orizaba and Reception at Puebla. The Ovation In The City Of Mexico." *The New York Times*, 7 de julio de 1864.

“Creo que esta noche tendremos un temblor”: Carlota en México

El título de este capítulo se refiere a una carta que Carlota escribió a Maximiliano el 9 de octubre de 1864 comunicándole su sospecha de que el subsuelo de la Ciudad de México volvería a agitarse. Días antes se había registrado un temblor que causó mucho daño en Puebla, Orizaba y la capital. “Por poco sucumbimos”, contó a su marido, que en ese momento se hallaba de gira en León. Al final no sería un terremoto tectónico, sino político y militar, el que reduciría a escombros los planes imperiales, aplastaría a ambos y cobraría la vida de uno de ellos.

La pareja estuvo al frente del gobierno y en control de la mayor parte del país (en términos de población) entre 1864 y 1866. Maximiliano se quedó solo el último año, 1867. Pero ésta no es otra historia sobre el Segundo Imperio, del cual se ha escrito exhaustivamente, sino sobre la suerte de Carlota *después* de México. A esos larguísimos sesenta años que pasó en Europa, los historiadores dedican apenas una nota al pie, o cuando mucho un par de páginas. La mayor parte de este libro tiene que ver con esos años perdidos, pero para arrojar luz sobre las palabras y decisiones de Carlota en la tercera etapa de su vida, es necesario echar un vistazo a sus años en México. Sólo viendo a la Carlota de la madurez como consecuencia de la que fue emperatriz, es posible formular las inquietantes preguntas de las últimas páginas y entender a la mujer cuya historia, a diferencia de la de

Maximiliano, no terminó en el Cerro de las Campanas.

No caridad, sino política social

Como emperatriz y gobernante en ausencia en tres ocasiones, Carlota siguió el ejemplo de su madre, Luisa de Orleans. Desde el puerto de Veracruz se había quedado sorprendida por el estado de las escuelas y los hospitales. Sin imaginarse que lo que veía era apenas el principio, comenzó a extender donativos de su bolsa personal. Al pasar por Puebla desembolsó 7 000 dólares para mejorar unas escuelas.[1] Pero si la reina santa de Bélgica, una luterana rigurosa, vio más su trabajo como obras de caridad, nacidas de la compasión, su hija Carlota pensaba más en la formación de un Estado de bienestar, por primera vez en México, un país que en sus 45 años de vida no había tenido tiempo para pensar en sus pobres. Ya habían sonado algunas voces progresistas en el Congreso Constituyente de 1857, que propusieron una reforma agraria, dar la propiedad de la tierra a los indígenas, moderar la explotación de los latifundistas, y promulgar leyes socialmente avanzadas que ayudaran al pueblo "desnudo, hambriento y miserable", pero fueron las menos.[2] Carlota tuvo intenciones claras en ese sentido, hasta el punto de lo que algunos asombrados ministros llamaron "obsesión por los pobres", que hoy merecerían el apelativo de, cuando menos, un esbozo de política social.[3]

Su primer acto como emperatriz parece haber sido recibir a tres indios que llegaron a pie hasta Chapultepec con un papel para quejarse de los malos tratos de la fuerza rural.[4] Comenzó fundando maternidades, hospitales, comedores públicos, refugios para gente sin casa, orfanatos y escuelas, que después visitaba en persona o sobre los que pedía informes para verificar que estuvieran funcionando bien. "Nunca en la historia de México se redujo tanto el número de pordioseros en la Ciudad de México como cuando ella estuvo ahí [escribió Frederic Hall en 1868, un año después del fusilamiento de Maximiliano, en una de las primeras historias del imperio], los pobres nunca habían tenido un aliado en México."[5] Carlota no podía pasar por un pueblo sin dejar de dar dinero para mejorar las escuelas y hospitales, consciente de que el gobierno estaba casi quebrado. "Yo soy liberal, pero Carlota es roja"

(comunista), comentó en alguna ocasión en torno de burla Maximiliano.6

La emperatriz tenía un carácter más enérgico y era más determinada que su consorte; sus objetivos eran audaces y creía en las ideas progresistas de la época. “Les expliqué [a los ministros] las teorías sociales sobre la causa de las revoluciones en México”, escribió a su marido en ausencia. Redactó, con su propia mano, un proyecto de constitución. En diversos reglamentos imperiales se emitieron disposiciones inimaginables no sólo para México, sino para el mundo de mediados del siglo XIX. Fundamental fue la creación de la Junta Protectora de las Clases Menesterosas, el primer ministerio de su tipo en México, pensado en los indígenas y las clases rurales (la mayor parte de la población) y la Ley para la Liberación del Peonaje o estatuto para los trabajadores del campo: buscaba la abolición del trabajo infantil —abolido en Estados Unidos apenas en 1938, es decir setenta años más tarde— o media jornada para los trabajadores infantiles rurales; libertad de cultos, libertad de prensa, jornadas limitadas para el trabajador, con un día de descanso más días festivos; que las deudas de los padres no pasaran a los hijos y la prohibición del castigo corporal a los trabajadores, la leva y las tiendas de raya. Un ingeniero francés había escrito al emperador cómo había visto a los patrones hacer azotar a sus trabajadores hasta despedazarlos. La reglamentación imperial también dictaminaba libertad para que el trabajador pudiera elegir dónde trabajar; la obligación de los patrones de pagar en efectivo —absoluta novedad—, nunca en especie; libertad de los trabajadores de separarse de su hacienda si así lo deseaban; un incipiente sistema de seguridad social en el que el patrón estaba obligado a pagar el salario en caso de enfermedad del trabajador; escuela obligatoria y gratuita para todos los niños —idea que retomó hasta 1906 el Partido Liberal Mexicano, 40 años después—, y obligación de las haciendas de poner una escuela en caso de albergar a más de 20 familias.

Los miembros del gabinete trataron de razonar con ambos en el sentido de que los indios sólo permanecían tranquilos debido a su sometimiento social, y que sería un error darles los medios para progresar, ya que por su “temperamento y raza” se crearía el caos, según comentó a Maximiliano su ministro de Instrucción Pública y

Cultos, Manuel Siliceo. Pero Carlota se mostró inflexible. La emperatriz pudo reportar orgullosa a su consorte en agosto de 1865: "Todos mis proyectos han sido aprobados". Se sentía especialmente satisfecha de la Ley para la Liberación del Peonaje, cuya aprobación se tomó como algo casi personal, y que hizo que los disgustados latifundistas comenzaran a ponerse del lado de Juárez.[7] Se dispusieron también medidas para la atracción de científicos y técnicos extranjeros, la siembra de árboles y la obligación de los ciudadanos de cuidarlos.[8]

Estas medidas buscaban establecer las bases de un sistema económico liberal moderado, al estilo de Estados Unidos, una especie de protosocialdemocracia. No en balde provocaron indignación en las clases acomodadas, y si alguien recogió su espíritu, éste pronto se perdió: tras el restablecimiento de la república ésos fueron justamente los vicios que caracterizaron el largo régimen de Porfirio Díaz.

Carlota se interesó no por afrancesar el país, como Díaz después del imperio, sino por valorar la cultura y las costumbres de los pueblos prehispánicos, que el régimen liberal había pulverizado. Desde 1865 la emperatriz comenzó a reunir objetos de culturas precolombinas para que México participara en la exposición internacional de París de 1867. Además se interesó por aspectos en apariencia menores, como reforestar la Ciudad de México. "Antes de su llegada —escribió el viajero Hall en 1868—, no se veía ni una flor, ni una planta, excepto los árboles viejos, ni en la plaza ni en el castillo." Con su pequeña fortuna privada, que se acrecentaría tras la muerte de su padre, creó también parques para los capitalinos que vagaban por las tardes en busca de un momento de esparcimiento.

Mujer al mando

En dos ocasiones Carlota actuó como regente —gobernante por ausencia del emperador—: durante buena parte de 1864 y 1865. Esto la convirtió en la primera mujer gobernante de un país americano y una de las primeras en hacer política desde dentro del gobierno en México. Hasta entonces, el papel de las esposas de los gobernantes era permanecer calladas, invisibles y teniendo hijos.[9]

Carlota presidía el consejo de ministros[10] e intervino tenazmente en la toma de decisiones. De acuerdo con varios testimonios, cuando ella tomaba las riendas, las cosas parecían ir mejor. "Si México alguna vez tuviera un presidente con la mitad de la determinación, energía y honestidad de la emperatriz, estaría en una situación próspera", escribió uno de sus allegados.

En un día normal se levantaba a las 6:30 de la mañana para andar a caballo durante una hora. Entre ocho y nueve se dedicaba a la oración. Enseguida desayunaba, generalmente sola. Al terminar salía de Chapultepec a realizar sus visitas diarias a escuelas, hospitales y a casas de menesterosos, a donde llegaba sin anunciarse. A las 3:30 comía con Maximiliano y sus invitados, si los tenía. Después de la comida revisaba los diarios — un hábito que conservó toda su vida—, subrayaba, recortaba y analizaba para el emperador. Tenía el hábito de estar mordiendo siempre sus pañuelos, que dejaba deshilachados. Las últimas horas del día las dedicaba a leer, pintar o tocar el piano. Se dormía a las nueve de la noche.[11]

Escribe Iturriaga:

> Aunque participando en una cierta medida de la debilidad de su marido por la etiqueta y el aparato de la corte, la emperatriz Carlota, dotada de un carácter mucho más firme y poseedora al grado supremo del sentimiento de su dignidad, impedía muchas faltas; puede pensarse incluso que ella podría haber modificado el curso de los acontecimientos si hubiese realmente ejercido sobre el ánimo del Emperador el ascendiente que se le atribuía. Los dos periodos durante los cuales tomó el papel de regente, permitieron apreciar lo que tenía de muy inteligente, de lealtad viril y de aptitud para tratar los asuntos más serios.[12]

En septiembre de 1865 un exsoldado confederado de Estados Unidos llamado William Marshall Anderson, que se hallaba de visita en México, escribió sus impresiones: "Todo el mundo dice que Maximiliano es un buen hombre y un gobernante honesto. Algunos piensan que no tiene el genio de Shakespeare o la astucia de Talleyrand. Algunos dicen que no tiene el sentido práctico, ni el alma de gobernante de la emperatriz (si esa sonrisa que lanzó hacia un grupo de estadounidenses era para mí, entonces diré: 'Que Dios

la bendiga')". El archiduque, en cambio, era posiblemente el hombre menos indicado para gobernar en una situación como aquélla. Unas décadas después de los hechos, la prestigiada revista norteamericana *Scribner* reflexionaba: "Maximiliano era tal vez el peor gobernante que pudieron haber elegido para México, carecía de sentido práctico. No sólo era incapaz de ver las cosas con claridad por su cuenta, también era incapaz de rodearse de consejeros inteligentes. El país necesitaba un gobernante guerrero, práctico, perspicaz, duro. Maximiliano era un príncipe tradicional. Carlota era la mente maestra de los dos, aunque sólo tenía 24 años".

Los choques más fuertes, aunque casi nunca directamente, fueron entre el general francés François Achille Bazaine, el líder de la fuerza expedicionaria a partir de 1863, hombre temerario y temperamental a quien le gustaba mandarse solo. De Bazaine llegó incluso a sospecharse, vista la falta de determinación de Maximiliano, que abrigaba ambiciones personales de convertirse él mismo en gobernante de México. Carlota fue su más feroz oponente e hizo lo posible por reemplazarlo por otro general de confianza. La emperatriz entendía de guerra y escribió durante una de sus regencias: "Me siento con muchas energías en medio de una situación tan excepcional en la que se necesita ante todo contar con uno mismo. Yo conduciría un ejército si fuera necesario". Naturalmente ni el general Bazaine ni muchos más estaban contentos con conductas como ésa. Las reuniones de Carlota con el gabinete y su estilo directo y firme no eran del agrado de los encumbrados ministros afrontados al recibir órdenes de una mujer extranjera de 24 años.[13] En una ocasión en que un ministro sugirió esperar el regreso del emperador de una gira por los estados, Carlota repuso: "Yo no soy partidaria de los asuntos que se prolongan por mucho tiempo. O son factibles o no lo son. Si usted espera a que regrese el emperador para que él hable con [el general] Bazaine, él también hará tiempo para hablar con el mariscal, y el mariscal también se tomará su tiempo para llegar a una decisión, y todo este asunto se demorará hasta el día del juicio final".

En las reuniones del gabinete civil, Carlota solía abrir con estas palabras: "Caballeros, he llegado a una decisión. ¿Cuál es su opinión? Digan sí o no".[14] Maximiliano mismo llegó a sentir celos

cuando se dio cuenta de que tanto franceses como mexicanos hallaban más fácil tratar asuntos con su esposa. “Era inteligente y pragmática, habiendo sido educada en un país donde la monarquía se había hecho más constitucional que absoluta. Es la creencia general de que si a Carlota se le hubiera permitido gobernar sola, habría desarrollado a México mucho más que Maximiliano.”[15]

Los rumores de que Carlota era la gobernante *de facto* de México llegaron a Europa por motivos no del todo nobles, probablemente vía el general Bazaine. En 1865 Carlota escribió a su abuela Amalia:

> Se dice que yo influí en tal cosa, que ordeno y aconsejo. Yo soy muy leal como para tratar de obtener influencia alguna. Yo no le aconsejo a Max sobre lo que no me pide, pues respeto la dignidad que lo reviste. Lo ayudo en lo que puedo; en este momento actúo como jefe de gabinete en servicio extraordinario, lo único que hago es facilitarle el trabajo o ahorrarle tiempo, y si lo hago bien o mal, no alardeo ante nadie. Lo hago por ser útil, lo cual mucho deseo, no por ambición, ni una pizca. Entre los campesinos, [aquí] la mujer ayuda a cultivar; éste es un gran campo sin cultivar, no es suficiente lo que pueden lograr dos personas que no tienen hijos ni nada mejor que hacer. Todo esto se lo digo, abuelita, para que juzgue la veracidad de las críticas que le llegan. Aquí me toman como una especie de marimacha, pero soy la misma que usted conoce, y estoy menos ligada a mi voluntad y a mi persona que nunca. Es una cosa estéril la vanidad, el egoísmo y la ambición. Quizá tenga la ambición de hacer el bien, pero no para que hablen de ello”.[16]

En diciembre de 1865 emprendió un decisivo viaje a Yucatán (“la travesía más horrorosa de todas las que he hecho por mar”), una región que se consideraba, si no formalmente, sí anímicamente parte de un país distinto. Cuando se instaló el telégrafo en el puerto de Sisal, Carlota escribió que la gente decía: “Ah, inventos de estos mexicanos, quién sabe lo que será”, y para todo hablaban de México como del extranjero. La dama designada para dar el discurso de bienvenida a la emperatriz en la península estaba tan emocionada que no podía hablar. Carlota caminó sobre un tapete de conchas hasta una casa de Sisal para descansar. En Mérida la recepción fue apoteósica y le arrojaron o convidaron tal cantidad de flores “que yo estaba totalmente cubierta, como hace tiempo en Cholula —escribió el 23 de noviembre de 1865—. Todos los días siguen cubriéndome de flores, gritan ¡viva! en todas las esquinas y por así

decirlo comienza todo de nuevo. Se ponen como enloquecidos". A pesar de las súplicas de que no se fuera, de ser casi un día "de luto" en Mérida, y los ruegos de que se quedara como reina de la península, la emperatriz partió a Uxmal, donde visitó las ruinas y se tomó varias fotografías vestida de yucateca, hoy perdidas.[17] Los huéspedes tuvieron cuidado de quitar de su vista, antes de que llegara, varias esculturas de falos que estaban en el interior de las ruinas.

Carlota encontró en la "república" (de Yucatán) un ambiente propicio para fortalecer y extender el imperio ("podemos tomar desde aquí un punto de vista dinástico […] todos tus pronósticos fueron correctos"). La instrucción secreta era comenzar a contemplar la anexión de América Central a México y emplazar a Yucatán como punto de partida para ejercer un tutelaje sobre Centroamérica.[18]

Pero en contraste con la alegría de los yucatecos, varios de sus acompañantes comenzaron a detectar una conducta extraña en ella durante el viaje. Tenía 25 años, edad típica en que los síntomas de la esquizofrenia comienzan a manifestarse en las mujeres.[19] Ella misma pudo haber dejado pistas de que algo no marchaba bien. "Me siento todos los días casi como mareada", escribió desde Uxmal, y la reveladora frase "algunas veces parecía que había veneno en el aire. Justo en Uxmal no me sentí nada bien y dormí tres horas". A la condesa de Grünne confesó que "[en Uxmal] me sentí súbitamente atormentada por ideas tristes" y enseguida haber experimentado "una felicidad dulce y grave que tenía más la proximidad a Dios que al mundo, porque se convirtió en algo *sensible*". Algunos de sus acompañantes recordarían después que fue entonces cuando notaron algo raro. En la gira, Carlota supo de la muerte de dos miembros de la comitiva por la enfermedad de los vómitos.

Nubes de tormenta

Para la prensa liberal de México, Estados Unidos y Europa era evidente la fragilidad de la estructura que sostenía "la aventura de Napoleón III". El día que el emperador francés retirara a su ejército, el imperio se derrumbaría como un castillo de naipes. A ello había

que sumar el disgusto del Vaticano, la tenacidad de Benito Juárez —más que dispuesto a aceptar ayuda militar externa— y sobre todo el desencanto de los propios conservadores que habían ofrecido el trono a la pareja, sólo para encontrarse con que eran más liberales que el propio oaxaqueño. "Nadie está contento con nosotros —escribió Carlota en plena frustración—.

> Los conservadores, que nos apoyaron antes, encuentran ahora muy liberal a Maximiliano, mientras que los liberales le llaman tirano. Los franceses promueven disgustos diarios porque estiman que el emperador […] no tiene en cuenta los intereses de Francia. Él [el representante del Vaticano] también se ha disgustado con nosotros y nos amenaza con una ruptura con la Santa Sede si no damos inmediata satisfacción a las pretensiones del clero mexicano. Muchos que nos ilusionaron con el país en Miramar, no sólo no nos han acompañado, sino que prefieren la vida placentera de Europa [y] reclaman tierras y cuantiosas indemnizaciones. Nos prometieron que encontraríamos [un país en] paz a nuestra llegada. Nada más lejos de la realidad.

En mayo de 1865, cuando terminó la Guerra Civil en Estados Unidos, el presidente Andrew Johnson puso en su lista de prioridades echar a los franceses de México. Lo hizo de dos formas: mediante presión diplomática directa con Francia, y enviando armas y tropas a Juárez. Carlota fue la primera en darse cuenta del peligro mortal que se cernía sobre ellos. Estados Unidos reaccionó como si Napoleón III estuviera invadiendo territorio estadounidense, aunque Michelle Cunningham, una historiadora que se ha dedicado a estudiar la relación entre el emperador francés y México, ha demostrado mediante la correspondencia oficial y privada de Napoleón que éste no tenía intención de establecer una colonia en América, ni siquiera reclamar exclusividad comercial o Estado de nación más favorecida, sino retirarse en cuanto el gobierno de Maximiliano tuviera el control del territorio.[20] En cuanto a Estados Unidos, su relación con el país europeo era mucho más importante que la del vecino del sur, por lo que ambas potencias evitaron un enfrentamiento directo.

A finales de junio de 1866 Napoleón anunció el retiro gradual de sus tropas y aceptó la idea de que Maximiliano claudicara. En octubre llegó a México Henri-Pierre Castelnau, enviado por

Napoleón III con la grave misión de acelerar y supervisar que el general Bazaine —que quería quedarse en el país— retirara sus tropas, y convencer a Maximiliano de abdicar. El emperador quedó entre la espada y la pared. Tanto Carlota como la madre de Maximiliano se opusieron con energía. "Abdicar es condenarse, extenderse a sí mismo un certificado de incapacidad —le escribió Carlota en julio—, y esto es sólo aceptable en ancianos o en imbéciles. No es la manera de obrar de un príncipe de 34 años, lleno de vida y esperanzas." Pero para entonces Maximiliano tenía todo menos esperanzas en el imperio, aunque sí le quedaba su virilidad. Le inquietaba la falta de hijos y compartió esta preocupación con su esposa. Carlota palideció al oír sus palabras. "Si quieres tener un hijo, hazlo, pero mándame lejos —respondió—. Yo te amaré desde donde esté."[21] Sus palabras resultaron proféticas. En todo caso, cuando tuvieron esta conversación, Max ya había concebido un hijo —o decidió hacerlo— durante una de sus escapadas a Cuernavaca. Carlota nunca supo de la existencia de la criatura.[22]

---

1 Unos dos millones de pesos de 2018. Cálculo del autor.

2 Véase Lilia Díaz, "El liberalismo militante", en *Historia General de México*, vol. II, El Colegio de México, 1998, p. 836.

3 Comenzó con un apoyo activo a proyectos de beneficencia, aunque luego su acción se extendió a hacer que se promulgaran reglamentos y leyes. Cada mes destinaba 10 000 francos a instituciones de caridad (aproximadamente 2.5 millones de pesos al cambio actual) y "lo que ella aporta en secreto de su bolsa privada, nadie lo sabe". Véase Emmanuel Doménech, *Le Mexique*, Dentu Éditeur, París, 1867.

4 Konrad Ratz, *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, FCE, México, 2000, p. 117.

5 Frederic Hall fue un abogado estadounidense que sirvió como consultor y experto en leyes mexicanas en minas y ferrocarriles, y escribió tres libros de historia de México. Conoció personalmente a Maximiliano y también fue amigo de Juárez.

6 Émile Meurice, *Charlotte et Léopold II de Belgique: deux destins d'exception entre histoire et psychiatrie*, Éditions du Céfal, Bruselas, 2005.

7 Patricia Galeana *et al.*, *La legislación del Segundo Imperio*, INEHRM, México, 2016, p. 19.

8 Tuvieron que pasar décadas y en algunos casos hasta más de un siglo para que

estas medidas, que parecen normales hoy en día, fueran implementadas en México. El país siguió incurriendo en estos vicios, que incluso se recrudecieron cuando menos durante medio siglo más. Algunas de estas disposiciones nunca se implementaron. El proyecto de constitución redactado por Carlota se puede consultar en el libro de Konrad Ratz, *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, Conaculta/INAH/Siglo XXI Editores, México, 2008. Para la legislación social véase Eugenia Revueltas, "Maximiliano de Habsburgo legislador", en *La legislación del Segundo Imperio*, pp. 445-472.

9 La esposa de Benito Juárez, Margarita Maza, tuvo 11 hijos. Su marido la envió fuera del país mientras duró la ocupación francesa. Tendrían que pasar más de 100 años para que una primera dama, Eva Sámano, esposa de Miguel Alemán, inaugurara la época de las esposas presidenciales como figuras visibles de la política social del gobierno.

10 Equivalente al *Chief of Staff* de Estados Unidos o al jefe de gabinete de Argentina, aunque el cargo pertenecía oficialmente al ingeniero Félix Eloin.

11 Frederic Hall, *Life of Maximilian I*, p. 45.

12 José N. Iturriaga de la Fuente, *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*, p. 69.

13 Carlota reservaba su amabilidad para la gente del pueblo, no para los ministros, a quienes tenía apabullados en las reuniones, en las que había veces que nadie se atrevía a abrir la boca.

14 Joan Haslip, *The Crown of Mexico*, p. 309.

15 Douglas W. Richmond, *Conflict and Carnage in Yucatán: Liberals, the Second Empire, and Maya Revolutionaries, 1855-1876*, University of Alabama Press, 2015.

16 José Iturriaga de la Fuente, *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*, Banco de México, Ciudad de México, 1992.

17 Un rastro de estas fotografías puede haber quedado en la escultura en piedra de Rómulo Rozo Peña, *Monumento a la patria*, de 1945, localizado en Mérida, donde se ve a Carlota vestida como indígena. El paso de Carlota por la península causó tal impresión que a la fecha permanece una placa en la casa de Sisal donde se hospedó, y en el Museo de la Ciudad de Mérida hay una sección dedicada a personas importantes que han visitado la ciudad, incluyendo a la emperatriz, el papa Juan Pablo II y Porfirio Díaz.

18 Maximiliano escribió a su esposa: "La península de Yucatán ha de ser el centro de gravitación de todos los restantes estados de América Central, que han de ser inclinados por todos los medios posibles a organizarse a su alrededor. Ha de venir un dia en el cual algunas provincias limítrofes pasarán al dominio de la Unión Norteamericana, y será conveniente entregárselas a beneficio de una más considerable ampliación del Imperio en dirección de la América Central. Nuestro verdadero destino va implicado en la consideración de nuestro Imperio como la gran potencia central del Nuevo Continente, mientras el dominio del norte ha de adjudicarse a los Estados Unidos y el del sur al Imperio brasileño". Citado en Caesar Corti, *Maximiliano y Carlota, vida y tragedia*, p. 155.

19 De acuerdo con Mayo Clinic, la mayoría de las mujeres comienza a presentar

síntomas en la segunda mitad de sus veintes; los hombres, en una edad más temprana. Véase "Schizophrenia", en Mayoclinic.org. https://www.mayoclinic.org/diseases-conditions/schizophrenia/symptoms-causes/syc-20354443. Consultada el 1º de mayo de 2018.

20 Michelle Cunningham, *Mexico and the Foreign Policy of Napoleon III*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2001.

21 Bertita Harding, *Phantom Crown*, Halcyon House, Nueva York, 1934, p. 208.

22 La opinión más aceptada es que Julio Sedano, secretario del poeta Rubén Darío y espía alemán en la Primera Guerra Mundial, fue hijo de Maximiliano de Habsburgo, concebido en una escapada en 1866 con una mujer llamada Concepción Sedano. Como pruebas, sólo se cuenta con el testimonio del propio Sedano y su extraordinario parecido físico (tenía una "larga barba rubia aristocrática"). Julio Sedano murió fusilado en Francia en 1917 acusado de espionaje.

“Adiós, mi tierno amor”

En 1866 los peores temores de la pareja empezaron a materializarse. El nuevo presidente Johnson tenía la convicción de que la victoria de la Unión no estaría completa sino hasta que Francia se retirara de su patio trasero: muchos generales confederados estaban ofreciendo su apoyo a Maximiliano y convertir con ello a México en una potencia hostil contra la Unión triunfante.[1] Al presidente estadounidense le urgía fortalecer al nacionalista y mucho más dócil Benito Juárez, a quien no le interesaba dar dolores de cabeza a su vecino. Johnson llegó a un acuerdo con Napoleón III para que éste retirara sus tropas de México en tres etapas a partir de noviembre de 1866.[2] A nivel interno, la situación financiera del imperio era tan desesperada que Maximiliano confesó a su inspector de finanzas que si Europa no venía en su ayuda, se declararía en quiebra y licenciaría a las tropas.

Aunque la historia oficial de México ve en el triunfo de la República “el mito patriótico perfecto”, uno de los más grandes logros de la epopeya nacional y la apoteosis de Benito Juárez, no fueron los mexicanos alzados en armas, sino los cambios en el tablero de ajedrez de la política internacional los factores que decidieron la suerte del Segundo Imperio. Tres hombres, ninguno mexicano, fueron decisivos para que ello ocurriera. El primero fue Otto Von Bismarck, quien comenzó el largo proceso de unificación alemana y puso en jaque el liderazgo de las dos grandes potencias

continentales, Francia y el imperio austrohúngaro. “No es por medio de discursos y votos de la mayoría que se decidirán los grandes asuntos de nuestro tiempo, como creíamos en 1848, sino por medio del hierro y la sangre”,[3] había declarado el canciller en 1862, y Napoleón III se secó su real sudor con el pañuelo. En octubre de 1865 Bismarck deslizó al monarca francés sus intenciones de hacer la guerra a Austria (la patria de Maximiliano) y le dijo que esperaba que Francia se mantuviera neutral, lo cual le sería recompensado con territorios. Napoleón quedó a la espera del resultado de la inevitable confrontación entre Austria y Prusia y consciente de que había cosas más urgentes que tener a sus mejores militares en México.

El segundo hombre que decidió la suerte de México fue el decimoséptimo presidente de Estados Unidos. Andrew Johnson no sólo envió ultimátums a Francia, sino que proveyó discretamente armas, tropas y estrategia a Juárez, al tiempo que le quitaba piedras —y oponentes políticos— del camino.[4] Juárez había hecho a Lincoln concesiones de paso por México durante la Guerra Civil, y a cambio los generales Grant, Sherman y Sheridan le habían enviado provisiones. Cuando Lincoln cayó asesinado por una bala, el presidente Johnson, un expansionista que planeaba apropiarse de Alaska, intensificó su intervención en los asuntos mexicanos. Algunos historiadores como Jean Edward Smith le han atribuido también motivos personales. Johnson, un exsoldado en la intervención de 1847, tenía la sensación de que la anexión de medio México había sido injusta y que Estados Unidos le debía el favor de expulsar a los franceses. El presidente estadounidense permitió que 3 000 veteranos de la Guerra Civil se unieran al ejército juarista. En el verano de 1865 Mariano Escobedo comenzó a reclutar tropas en Chihuahua, y la gente de Juárez en El Paso del Norte a recibir uniformes y rifles automáticos que pusieron a las tropas republicanas a la par de las europeas. A finales de 1865 Johnson envió 50 000 tropas al mando del general Philip Sheridan (quien permaneció del lado norte de la frontera) para ponerse al servicio de Juárez, y arrestar al más conciliador general Jesús González Ortega, quien por ley debía asumir la presidencia de la República en noviembre de 1865.[5] El general Frederick Steele también se movilizó hacia el río Bravo con 25 000 soldados.

Sheridan estableció su cuartel en la frontera y desde ahí dirigió operaciones.6

El ejército binacional comenzó a avanzar hacia el sur y ocupar territorios. Los franceses tuvieron el cuidado de abandonar el territorio ocupado antes de la llegada de tropas estadounidenses con tal de no enfrentarse, lo cual hubiera constituido un *casus belli*. Los franceses abandonaron Chihuahua en enero de 1866 y dejaron únicamente un diminuto fuerte que fue rápidamente reconquistado por los republicanos. El general Tomás Mejía, partidario de Maximiliano, protestó ante el general George Weitzel por los grandes influjos de tropas de negros que se estaban uniendo al ejército juarista.7 En el Golfo de México anclaron varios barcos estadounidenses para bloquear la llegada de refuerzos franceses y para avituallar a las tropas de Porfirio Díaz.

El tercer hombre que decidió la suerte de la pareja imperial fue Napoleón III, cuya salud comenzó a declinar justo al comenzar el reinado de Maximiliano, en 1864. Sus dolores crónicos obligaron a sus médicos a tratarlo con opio; su ímpetu se disolvió y él quedó atrapado en un sopor que lo mantuvo apático la mayor parte del tiempo, tembloroso y llorón. Militarmente se sabía amenazado por Prusia y no tenía deseos de sacrificar a sus mejores generales en una guerra contra Estados Unidos. Políticamente, tenía encima a los furiosos banqueros y poseedores de bonos que habían apostado por la aventura mexicana. Para 1866 estaba claro que Maximiliano era incapaz de reorganizar las finanzas de México y que seguiría pidiendo préstamos a Francia indefinidamente. El otro factor que afectó a Napoleón III de manera personal fue la cada vez más abierta oposición del público que pedía el repatriamiento de sus soldados. El embajador de Austria en Francia escribió en 1866: "Desde que conozco al emperador, nunca lo he visto en tal estado de postración". Desde 1865, el león en su invierno ya había tomado la decisión de abandonar a Maximiliano y Carlota a su suerte.

Juárez, un hombre derrotado apenas unos meses antes, a mediados de 1866 se montó cómodamente sobre la ola que, gracias a las decisiones de tres líderes mundiales, lo comenzó a llevar sobre su cresta con toda facilidad de vuelta hacia el Palacio Nacional.

La despedida

En Chapultepec, Maximiliano compartió con su esposa su fastidio de oír quejas de todos lados y la conveniencia de abdicar y volver a Europa. Carlota siguió oponiéndose. “La soberanía es el más sagrado deber que existe en el mundo; no se abandona el trono como se deja un lugar sitiado por la policía. En cuanto uno acepta el destino de una nación, también se aceptan sus riesgos y peligros, y jamás se debe abandonar. Aunque nos esté permitido jugar con personas individuales, de ninguna manera debemos jugar con las naciones, y mucho menos fallarles”, le escribió.

Durante una reunión de Maximiliano con sus ministros en 1866, Carlota sorprendió a todos poniéndose de pie y ofreciéndose ir ella misma a Europa a interceder por el imperio. Había, para ella, un último tribunal al cual podía apelar, o más bien dos: el honor de Napoleón III y la bendición del papa Pío IX, lográndose un concordato, y recuperando así el apoyo de la Iglesia mexicana; el papa tenía además ascendente sobre el emperador de Francia. Carlota se dispuso a hacer el arriesgado viaje a Veracruz por caminos anegados de lodo. El trayecto no sólo sería extenuante; mientras viajara sola en México, en territorio cada vez más hostil, correría peligro de ser capturada. Tampoco había dinero para financiar el viaje. Carlota esperaba con impaciencia recibir la cuantiosa herencia que le había dejado su padre, el rey Leopoldo I, recién fallecido, para reintegrar gastos al tesoro nacional.[8]

El día acordado, Maximiliano acompañó a su esposa unos kilómetros a las afueras de la Ciudad de México, después de los pasos montañosos, hasta Ayutla, donde se despidieron. Sin poder contenerse, Max la abrazó y se deshizo en lágrimas, mientras su cortejo corría a sostenerlo. Carlota conservó la compostura. De ahí siguió sola. Por la noche llegó a Puebla, donde tuvo lugar un extraño incidente que algunas personas, años después, recordarían como una señal inequívoca de que algo no andaba bien en su cabeza. Era medianoche cuando de pronto se levantó y exigió que la llevaran a la casa de un señor llamado Esteva, que había sido prefecto imperial en la ciudad. Llamaron insistentemente y abrieron los criados. La emperatriz dio vueltas por la casa, entró y salió de todas las habitaciones, y sin decir nada la abandonó tan repentinamente como había llegado. Luego, entre Orizaba y Córdoba los sorprendió una lluvia torrencial y las ruedas de los

coches se atascaron en el lodo chicloso del que estaban hechos los caminos. Carlota pidió un caballo para hacer el trayecto hasta Paso del Macho, donde empezaba la vía del tren hasta el puerto de Veracruz. Su mayor aprehensión en ese momento era que el barco francés que salía a Europa se fuera sin ella. Estaba dispuesta a galopar sola si era necesario. De acuerdo con Félix Blasio, el secretario particular de Maximiliano, hizo falta toda la energía de sus compañeros para disuadir a la emperatriz. Según las memorias del barón Karl von Malortie, Carlota montó el animal y avanzó el resto de la noche al paso de la comitiva vistiendo una capucha blanca, un traje gris para montar, y un sombrero grande con un velo largo flotante.

El ambiente en el puerto de Veracruz era sombrío. La ciudad pasaba por otra epidemia de vómito negro debido a la temporada de lluvias.

> Mucho pueblo se quitó los sombreros mirándome con interés, pero era claro que me veían salir con incertidumbre para un largo viaje bajo bandera extranjera, y que con la viveza de los pueblos mercantiles, especulaban sobre los altos y bajos de las suertes humanas. Tal vez creyeron que ese imperio que desembarcó en sus playas, de aquellas mismas playas se iba. No lo sé, el caso es que la escena toda era triste y que no respiraba en ella ni aliento ni entusiasmo, como si un hado funesto hubiera vencido ya,

escribió Carlota desde el barco. Por su mente jamás pasó que, una vez subiéndose al vapor, nunca más volvería a pisar México.

No era un secreto que iba a salir del país; la noticia del viaje había sido publicada en el *Diario del Imperio*. La emperatriz partió a la vista de todo mundo, pero a última hora el general Bazaine ordenó que no la dejaran salir de México y envió un contingente a detenerla. La princesa fue más rápida. El 13 de julio, a punto de subir a la lancha que la conduciría al *Impératrice Eugenie*, de pronto respingó y se echó para atrás: el vapor llevaba la bandera francesa. Disgustada, dijo que no subiría a menos que la cambiaran por una mexicana. El capitán del barco fue informado. Haciendo acopio de paciencia, sin ganas de meterse en discusiones, hizo lo que la princesa pedía y la llevó a bordo. A las seis de la tarde el barco levó anclas. Para los liberales, la noticia de su partida fue un feliz

síntoma de que el imperio se estaba desmoronando. En las filas del ejército de Juárez se cantaban alegremente unos versos que todavía en el siglo XX muchos mexicanos se sabían de memoria, posiblemente sin saber a qué se referían.

La nave va en los mares
botando cual pelota.
Adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Los versitos fueron dictados en un solo tirón de inspiración por Vicente Riva Palacio a su secretario particular después de recibir la noticia, mientras tomaba el café. Los publicó sin muchas pretensiones en un periódico satírico liberal llamado *El pito real*, según narró en 1894 el periodista Eduardo Ruiz. El poema era parodia de una oda titulada *¡Adiós, oh, patria mía!* compuesta por el poeta Ignacio Rodríguez Galván en 1842. La letra de "Mamá Carlota" había circulado desde 1866 por las filas del ejército republicano, que la cantaba a todo pulmón improvisando la melodía, hasta que el propio Riva Palacio recomendó que adoptaran la tonada de otra canción titulada "Los Cangrejos". La cancioncita se hizo tan popular que a ella siguió una marejada de composiciones dedicadas a Carlota, aunque ninguna alcanzó la misma fama. El mismo Riva Palacio, sorprendido con la celebridad de su composición —que hoy sería calificada como plagio— hizo un buen capital con la venta de la partitura. A pesar de las imágenes novelescas sin sustento histórico de la emperatriz escuchando a las tropas juaristas cantando la letra mientras ella lloraba rumbo al barco, lo más probable es que nunca haya oído la canción.

Acábanse en Palacio
tertulias, juegos, bailes,
agítanse los frailes
en fuerza del dolor.
La chusma de las cruces
gritando se alborota;
adiós, mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

1 El general confederado J. Bankhead Magruder, por ejemplo, estuvo en México a cargo de organizar la inmigración y el reparto de tierras de recién llegados al país. Fue perdonado por el presidente Johnson en 1867. Véase *The Papers of Andrew Johnson: August 1866-January 1867*, University of Tennessee Press, 1994, pp. 279 y 344.

2 *Ibidem,* p. 514.

3 En su famoso discurso del 30 de septiembre.

4 El 19 de julio de 1865 el ministro de relaciones exteriores Matías Romero informó de los resultados de su reunión con Andrew Johnson para que el general Ulysses Grant (su amigo personal) se hiciera cargo de las fuerzas estadounidenses que entrarían en combate en México. El ministro Matías Romero expresó a Grant que los juaristas "no nos opondremos a la entrada de tropas norteamericanas a nuestro territorio si ésta ocurre con permiso de las autoridades locales", y reportó a Juárez que esta medida sería un buen paso para provocar la guerra entre Estados Unidos y Francia (en territorio mexicano) "que debe estallar tarde o temprano". Grant finalmente designó al general Philip Sheridan para coordinar las operaciones en el norte. Envió 50 000 hombres a la frontera para hacer incursiones en México y traspasó 60 000 rifles de última tecnología a Juárez. Sheridan además hizo arrestar al General Jesús González Ortega, quien tenía un plan de paz con Maximiliano y debía asumir, por ley, la presidencia de la República el 1º de diciembre de 1865. Juárez, fortalecido y decidido a ganar su guerra, se rehusó a dejar la presidencia. Véase Jean Edward Smith, *Grant*, Simon & Schuster, Nueva York, 2001, p. 415.

5 *The Papers of Andrew Johnson: August 1866-January 1867*, p. 498.

6 Johnson instruyó al famoso general Ulysses Grant que acompañara con todo y tropas al nuevo embajador de Estados Unidos, Lewis Campbell, hasta la Ciudad de México. Grant se negó a invadir México.

7 Andrew E. Masich, *Civil War in the Southwest Borderlands, 1861-1867*, University of Oklahoma Press, 2017.

8 Bertita Harding, *Phantom Crown*, p. 230.

SEGUNDA PARTE

En los tronos del mundo

Supongo que estará usted muy triste
por la retirada de Mamá Carlota.

Benito Juárez, en tono de burla a Andrés
Viesca, gobernador de Coahuila

¡Por el cielo, juro que me vengaré por tu locura! ¡Oh, rosa de primavera, amada doncella, benévola hermana, dulce Ofelia! ¿Es posible que la mente de una joven se pierda con tanta facilidad como la vida de un anciano?

Hamlet, Acto 5, escena 8

Su Santidad observó con estupor cómo Carlota se agitaba, saliendo de su boca una catarata de palabras en cinco idiomas que se entremezclaban. Cuando quiso llamar al séquito de la emperatriz, ésta lo detuvo y en voz baja le contó que quienes la acompañaban eran esbirros del Mefistófeles de París, que habían recibido órdenes de matarla.

Alejandra Vallejo-Nágera, *Locos de la historia: Rasputín, Luisa Isabel de Orleans, Mesalina y otros personajes egregios*

París

El *Impératrice Eugenie* era un barco de vapor de 105 metros de largo. Tenía una rueda de paletas en la popa y pocos meses de haber sido botado en Francia con el fin de servir la ruta entre Europa y la América española. Su viaje inaugural había sido un año antes de Saint Nazaire al puerto de Veracruz. Acompañaban a la emperatriz el ministro de relaciones exteriores, Martín del Castillo y Cos; Jacob Kuhachevich, archivista y tesorero imperial, que conocía la situación financiera del país; el general con pata de palo José López Uraga, como jefe de escolta y dueño de las Islas Marías —un regalo del expresidente Juárez al general, que le fue confiscado tras la caída del imperio—; dos damas de honor, la señora Manuelita del Barrio y la señorita Mathilde Doblinger; el conde Karl von Bombelles y el médico belga Karl Bouslaveck.

Los periódicos se enteraron pronto de la partida de Carlota. Para casi nadie era secreto a dónde se dirigía: al palacio de Saint-Cloud, en París, para implorar a un avejentado Napoleón III que no retirara sus tropas ni el apoyo a la causa. Los diarios liberales se mofaron de Maximiliano por "esconderse tras las faldas de una mujer", pero convenientemente olvidaron mencionar que apenas dos meses antes, en la primavera de 1866, la señora Margarita Maza de Juárez también había viajado a Washington para ponerse a los pies del presidente Johnson, el secretario de Estado William Seward y el general en Jefe Ulysses Grant, para suplicarles que ayudaran a su marido.1

La primera parte de la travesía del *Impératrice Eugenie* transcurrió sin novedad. Recluida en su camarote, Carlota casi no durmió. A diferencia de Maximiliano, estaba poco acostumbrada a hacer travesías por mar y caía presa de las náuseas. En los primeros tres días, rumbo a Cuba, prácticamente no salió para aspirar el aire marino. Se la pasó dando vueltas en su aposento. Tres días después arribaron a La Habana, donde la vista de las casas de colores y la gente amable, las visitas de cortesía del obispo y otros dignatarios de la isla fortalecieron su estado de ánimo. Aunque le ofrecieron un cochecito para visitar la ciudad no pisó Cuba, que todavía era territorio español. Se conformó con dar un paseo en el barco a lo largo de la bahía, con la que quedó encantada. "Sería difícil encontrar una cosa más hermosa —escribió—. La poesía pintoresca de la vieja España con la opulencia de seculares riquezas y el encanto de este cielo, que aquí viene a reproducir con más atractivo y no menos hermoso colorido las bellezas del Mediterráneo."

Al cuarto día el barco soltó amarras y enfiló rumbo a Europa, hacia el mar infinito, tan lleno de interrogantes como la misión de la emperatriz: exigir a Napoleón III el cumplimiento del Tratado de Miramar, lograr un concordato con el papa Pío IX (o "resolver la cuestión religiosa", en sus palabras) y aparentemente, su tercer propósito, ir a Bélgica a "recuperar mi fortuna para ponerla en las manos de mi marido y lograr la pacificación de México", según comunicó en Francia a la señora de Almonte. Esta declaración es de la mayor importancia en vista de lo que ocurrió más adelante.

El trayecto del Caribe a la costa occidental de Francia tomó más de tres semanas de sosegado azul. Carlota salió poco a cubierta. Dado que su camarote se encontraba cerca de la popa, ahí donde se sentía con mayor fuerza la hélice y los cabeceos de la nave, la emperatriz pasó la mayor parte del trayecto con náuseas agravadas por el nerviosismo. Recluida en su celda repasó una y otra vez los puntos que trataría con Napoleón III, practicó el largo monólogo que llevaba escrito y, cuando se aburrió, hizo amistad con un escultor francés de 40 años que se había subido en Cuba. Se llamaba Phillipe Garbeille y había adquirido cierta notoriedad en Nueva Orleans, donde vivía desde los 15 años. Carlota le pidió que le diera lecciones de escultura y, siempre hábil, en cuestión de días fue capaz de modelar bustos de algunos de sus acompañantes.

Aparte de eso pasó los días encerrada, vomitando y sin hablar con nadie. En ocasiones aparecía en cubierta, caminaba cerca del barandal, miraba ansiosamente el océano y se retiraba; para los demás era evidente que sufría de horribles malestares. Los ministros temían que estuviera intoxicada.

La Ciudad Luz

Las verdaderas mortificaciones comenzaron en cuanto pisó Europa. El 8 de agosto tocó tierra en Saint Nazaire, Francia. Apenas unas décadas atrás Saint Nazaire era un pueblito de 3 000 habitantes. Con Napoleón III había comenzado el desarrollo del puerto; se habían instalado astilleros y una vía férrea hasta la ciudad de Nantes. Para estupor de Carlota, nadie estuvo para recibirla. El prefecto sabía de su llegada, pero no preparó un comité de recepción, ni escolta, ni izó la bandera mexicana. Solamente el alcalde, que era de rango inferior, llegó apresuradamente dando mil excusas con una bandera peruana que le había prestado un inmigrante sudamericano: nadie en Saint Nazaire tenía una bandera mexicana. El funcionario ofreció disculpas y sólo atinó a invitar a Carlota a dar un paseo por la avenida Villez-Martin, donde le dijo que encontrarían hoteles muy cómodos para su estancia. Carlota se puso roja de indignación. Entre la gente vio al señor Juan Nepomuceno Almonte y señora, que vivían en París y habían acudido para recibirla. La emperatriz agradeció al alcalde de Saint Nazaire, pero lo trató con aspereza: “Señor alcalde, yo le agradezco infinitamente. ¿Pero cómo es posible que el señor prefecto no haya venido para darnos la bienvenida? La tropa no nos ha presentado armas, la comitiva mexicana va a trasladarse hasta su villa sin escolta. Le ordeno que nos conduzca inmediatamente al camino. Mañana voy a ver al emperador”.

Tomó unas flores medio secas que le ofreció la señora de Almonte y se encaminó hacia el coche, rumbo al Hotel Bély. Gracias al matrimonio Almonte se enteró de las últimas noticias de Europa central: la derrota del ejército de Austria en la batalla de Sadowa y el ascenso de Prusia, situación que ponía a Francia al borde de la guerra con un cada vez más ambicioso Bismarck. No era el momento ideal para presionar a Napoleón con asuntos al otro lado

del mundo, mucho menos ante la perspectiva de enemistarse con los Estados Unidos. En cuanto Carlota se quedó sola en su hotel se puso a redactar telegramas, sin hacer caso al cansancio: casi no había podido pegar el ojo en todo el viaje trasatlántico por haberse instalado a unos metros del motor del barco.

A Napoleón escribió: "Llegué hoy a Saint Nazaire con el encargo del emperador de tratar con Su Majestad varios asuntos en relación con México". El mismo día el monarca le contestó avisando que se hallaba enfermo en Vichy y que sería mejor que ella visitara primero a su familia en Bélgica. La evasiva respuesta, después del pesado trayecto, debió de caerle a Carlota como un cubetazo de agua fría. Aun así abordó el tren a Nantes con sus notas, las instrucciones de Max y su comitiva, para de ahí continuar a París. En el camino no hizo más que hablar con su dama de honor sobre la falta de atención y el desaire que le habían hecho a México. Si Carlota pensó que la deslucida recepción en Saint Nazaire había sido un descuido, en París iba a darse cuenta de cómo andaban las cosas. En la Ciudad Luz —bautizada así en esa década debido a la iluminación de gas en las calles— Carlota esperaba ver una recepción propia de un jefe de Estado. Cuando se dio cuenta de que no había nadie en la estación, casi se desmayó de la angustia. Sólo Gutiérrez de Estrada y Salvador de Iturbide estaban en el andén, pero sin un coche siquiera. Tomaron uno de alquiler y se dirigieron al Grand Hôtel de París. En cuanto llegó se encerró a llorar.

Así pasó toda la noche —la cortesía exigía que el Estado le ofreciera alojamiento en algún castillo— a pesar de que durante la tarde se había presentado un pequeño comité de recepción a las puertas del hotel para ofrecer sus disculpas: lo que había sucedido, le explicaron, era que el tren se había parado en la estación de Montparnasse, y por una confusión la delegación mexicana la esperaba en la Gare d'Orléans. Carlota se veía esa tarde "como un fantasma ambulante". A la mañana siguiente sus acompañantes la encontraron sentada en un sofá. No había podido conciliar el sueño en toda la noche. Horas más tarde llegó finalmente un comunicado de la reina Eugenia de Montijo, esposa del emperador, preguntándole a qué hora podía recibirla. La emperatriz de México respondió que de inmediato.

El 10 de agosto, antes de las dos de la tarde, se formó un barullo

en la calle afuera del Grand Hôtel con la llegada de la comitiva que llevaba a la emperatriz de los franceses acompañada de otras tres damas. La multitud se reunió afuera del establecimiento y se quedó ahí durante una hora, hasta que Eugenia salió de nuevo. A la reina le inquietaban tres cosas: la entrevista que Carlota exigía tener con el emperador, de la cual había ido a disuadirla; la amenaza prusa en la frontera oriental de Francia, y el destino del Imperio mexicano, del cual ella había sido una de las principales promotoras. Eugenia fue al encuentro con las manos vacías para Carlota; su única intención era evitarle el penoso encuentro a su marido.

Las mujeres se encontraron y se abrazaron, aunque la más joven se mostró fría. De inmediato pasaron a un salón del Grand Hôtel y cada una comenzó a hablar de cosas distintas; la recién llegada hablando como si de Eugenia dependiera la urgente ayuda que necesitaba México, del retiro de las tropas francesas, la precariedad de la economía, la falta de cumplimiento de las promesas, y el peligro de muerte que se cernía sobre ellos. Eugenia perdió el temple ante la poderosa marejada de aquella joven de 26 años. Nerviosa, deseando no entrar en asuntos de Estado, empezó a preguntarle trivialidades sobre el país, las costumbres de la corte, la etiqueta en el Castillo de Chapultepec, pero se topó con un bloque de hielo. Cuando por fin se despidió, oyó decir a Carlota: "Y si el emperador no quiere recibirme [en Saint-Cloud], entraré a la fuerza". "Lo que más me sorprendió —escribió a Maximiliano en cuanto Eugenia se despidió—, es que yo sé más de China que esta gente de México, donde se arriesgaron en una de las más grandes empresas en que ha intervenido Francia jamás. Creo que la emperatriz [Eugenia] ha perdido mucho de su juventud y energía desde la última vez que nos vimos."

Al día siguiente, enterada de que Napoleón saldría de París por asuntos de Estado, consciente de que su oportunidad se le iba de las manos, Carlota insistió en la reunión y pidió que estuvieran presentes el ministro de Guerra y el ministro de Finanzas. Nuevamente Napoleón evadió el encuentro enviando al Grand Hôtel a su chambelán, un cargo equivalente al de secretario privado, encargado de los asuntos domésticos del monarca. El funcionario se presentó y la invitó a desayunar en Saint-Cloud, a lo cual Carlota se rehusó glacialmente, pero respondió que iría al palacio a las dos de

la tarde. “No creo nunca en la vida haber visto un gesto con mayor dignidad, con mayor majestad, que la manera en que Su Majestad recibió y despidió al enviado del emperador, y por los movimientos de nervios en los ojos del conde me pude dar cuenta de que había entendido la muda lección”, recordó después su dama Manuelita del Barrio.

A las 11 de la mañana por fin abordó el carruaje rumbo a Saint-Cloud, la residencia favorita de Napoleón a las afueras de la capital. El encuentro entre la emperatriz de México y el emperador de los franceses había sido la comidilla de los diarios y los parisinos parecían decididamente estar del lado de la joven pálida que salió del hotel con ojeras pero con la dignidad de una reina. Seguía vestida de negro por la muerte de su abuela Amalia. Una fila de curiosos atiborró las calles por donde iba pasando y gritaba vivas a Carlota, que sorprendida constató que eran falsos los rumores de que los mexicanos no eran bien vistos en Francia. Era imposible que la pintoresca comitiva mexicana pasara desapercibida. La señora Barrio recordó años más tarde lo que le pareció el larguísimo trayecto del Grand Hôtel al palacio de Saint-Cloud. Su emperatriz iba como un pájaro enfermo, a punto de desmayarse, con los ojos rojos. Llegó un momento en que su dama de honor pensó que no lograría concretar la visita, pero ante la vista del espléndido edificio hizo acopio de energías y se compuso.

Con toda la ceremonia a la que se obligaba como emperatriz de México, bajó del coche y se dirigió al encuentro de los emperadores. Cien guardias del palacio formaron valla para rendirle honores. Al pie de las escaleras de Saint-Cloud el príncipe Eugène Louis, el hijo de once años de la pareja, se adelantó vestido en traje de charro. Le dio la mano a Carlota y la condujo al encuentro de los soberanos. Madame Carette, dama de Eugenia, capturó los detalles con su ojo femenino:

> Todo en la persona de la emperatriz de México, que no tenía más que 26 años, revelaba penas hondas y amargas inquietudes. Alta, de talle elegante y noble, la emperatriz tenía la cara redonda, hermosos ojos cafés, con adorno de flores en la cabeza y rasgos agradables. Llevaba un vestido de seda negro largo, todavía con la marca de los dobleces de haber estado empacado; una mantilla de encaje negro, y un sombrero blanco muy ostentoso, que le habían ido a comprar esa misma mañana a

> la tienda de algún famoso diseñador. El calor ese día fue extremo, y por el efecto del largo viaje en coche bajo el sol, y por las emociones que la agitaban, la emperatriz llegó con la cara extremadamente sonrojada.[2]

¿Qué sucedió cuando se hallaron frente a frente la emperatriz de México y el soberano francés? Sobre el encuentro entre Napoleón III y Carlota a puertas cerradas, en el que estuvo presente también la emperatriz Eugenia de Montijo, escribieron cuando menos seis personas que de distintas formas establecieron su credibilidad para poder detallar los pormenores del encuentro; desde Madame Carette, dama de la emperatriz Eugenia, hasta el historiador francés Pierre de Lano en 1894; y la tardía y menos fiable crónica del barón austriaco K. Malortie, que escribió casi 30 años después de los hechos. Están además las versiones de Hélène de Reinach de Foussemagne, que desestima la crónica de Malortie como fantasiosa; y la más aceptable versión, aunque medio novelada, de Egon Caesar Conte Corti, también tardía y sin conocimiento de las versiones de De Lano ni de Carette. El reporte más temprano es el de Emile de Kératry que escribió en 1867, un año después del encuentro, y aunque es el más breve y no tiene la riqueza de detalles de las otras, posee aire de autenticidad. Están también los numerosos reportes de los corresponsales de Europa que aparecieron por Saint-Cloud en el mismo mes de la entrevista para indagar cualquier detalle entre la gente cercana a la corte y a la delegación mexicana.

Pero sin duda la mejor reconstrucción de lo que ahí se dijo se debe a lo que escribió la propia Carlota, las instrucciones por escrito que llevaba a la reunión y el comunicado del ministro de finanzas de Napoleón III sobre lo que éste debía contestar a la emperatriz de los mexicanos. En sus cartas a Maximiliano, Carlota confirma algunas versiones y desmiente las más fantasiosas. Ciertos detalles pintorescos se hallan en las memorias de los miembros del personal de compañía de ambos partidos, el francés y el mexicano, especialmente las de la señora Del Barrio. Además de las instrucciones de Maximiliano de conseguir un préstamo urgente de diez millones de pesos “aunque lo recibamos a 500 000 mensuales”, su mujer llevaba por escrito una lista de quejas contra la conducta de Francia en tierras mexicanas, especialmente sobre el general Bazaine, cuyo proceder rayaba en la traición. La joven se refirió a la

incapacidad de Bazaine de controlar las fuerzas rebeldes y sólo haber ocupado, en el mejor año, la mitad del territorio; al momento de la entrevista apenas controlaba un tercio del país. Mencionó además que la guerrita personal de Bazaine, que recientemente había entrado en arreglos sospechosos con el enemigo en Tampico, había absorbido todos los recursos de la hacienda del país, y que este militar había obstaculizado los esfuerzos de Maximiliano para formar un ejército nacional.

"La primera cosa que le pedí al emperador fue que nombrara general de División a [Augustin] Brincourt", escribió Carlota casi tres años después, cuando ya sufría problemas mentales pero conservaba su extraordinaria memoria. Brincourt había estado al mando de la división que capturó Chihuahua en 1865. "Casi no hice otra cosa que reiterar esta petición durante el primer cuarto de hora que duró la conversación. No obtuve nada. Napoleón no me concedió absolutamente nada."[3] Carlota le presentó al emperador mapas, los puertos que ocupaban la tropas de Benito Juárez, habló de la grave disminución en los ingresos de las aduanas, de la ineptitud de Bazaine, que tomaba una población y al día siguiente la perdía. En cuanto a los funcionarios civiles franceses, que tenían la responsabilidad de poner en orden la situación financiera de México, la joven se quejó del nulo interés y capacidad que habían demostrado para hacerlo, todo ello agravado por la falta de visión de Francia de emprender la aventura mexicana sin los recursos para sostenerla. "¿Cómo es posible que Su Majestad, el amo de una nación de treinta millones de almas, dueño de la supremacía en Europa, con inmensos recursos y el crédito más amplio del mundo, con ejércitos victoriosos siempre a sus órdenes, no pueda hacer nada por el imperio de México, donde Francia tiene tantos intereses por proteger?", espetó.

Además del préstamo, Carlota solicitó a Napoleón que pospusiera el retiro de tropas hasta abril de 1867 cuando menos, el reemplazo inmediato de Bazaine, la ayuda de ciertos oficiales franceses para organizar el nuevo ejército y, el punto crucial, una moratoria. México estaba pagando a sus acreedores franceses la mayor parte de lo que obtenía en las aduanas y el país se estaba quedando sin su principal fuente de recursos. En ese momento el gobierno de Maximiliano requería, incluso con las más estrictas

medidas de austeridad, 500 000 pesos mensuales para sostenerse, y por las aduanas estaban ingresando apenas 200 000 pesos, de los cuales más de la mitad iba a Francia. Mientras Carlota insistía al abrumado emperador que Francia siguiera pagando 20 000 tropas y adelantara un subsidio de 500 000 pesos mensuales, a media presentación la señora Carette envió a una sirvienta a ofrecer naranjada a las tres personas ahí reunidas.[4]

La criada interrumpió la reunión con la bandeja y Carlota volteó a mirarla con el rostro encendido. Con un gesto de enfado rechazó la naranjada, pero Eugenia, que ya estaba pálida con el torrente de palabras, le insistió que la tomara para calmarla, hasta que finalmente Carlota se sirvió y apuró el vaso. Enseguida ordenó que los volvieran a dejar solos. Este detalle al parecer trivial iba a adquirir una exagerada importancia en las siguientes semanas. Los soberanos estaban mudos, impresionados por la presentación tan bien preparada. La emperatriz de México acusó, suplicó, exigió y lloró. Para terminar, resumió su exposición en la urgencia de sacar a Bazaine de México y que el ejército de Francia no se retirara antes de que el país quedara pacificado. Los emperadores estaban mudos. Las lágrimas corrían por las mejillas de Napoleón, pero éste tenía instrucciones por escrito de Achille Fould, su ministro de Finanzas, de permanecer inflexible, por más que Carlota le recordara las reservas de plata mexicanas: "Si vuestra majestad le declara netamente que, cualesquiera que sean sus sentimientos personales, no puede prestarle ningún apoyo sin convocar al cuerpo legislativo, cuya opinión no es dudosa, la emperatriz Carlota inducirá al emperador Maximiliano a tomar la determinación que considero como la única posible", es decir, abdicar. Frente a la joven alterada que tenía enfrente, mucho más alta que él, Napoleón III sólo balbuceó que no podía hacer nada sin consultar con sus ministros. La mujer con la cara encarnada le pidió que lo hiciera y le dijo que ella también los haría acudir a su hotel para hablar con ellos.

Después de más de dos horas de presentación, Napoleón y Eugenia ofrecieron un almuerzo digno de una reina a Carlota, pero ésta, exasperada, lo rechazó y pidió su coche para regresar al Grand Hôtel. En cuanto se subió al carruaje se echó a llorar. Una vez desahogada la tensión, debió de sentir que cuando menos había ganado la primera ronda; así lo deja ver la carta que escribió

llegando a su habitación. Creía que si se mantenía firme todavía estaba a su alcance cambiar lo inevitable. Había defendido su caso con la vehemencia del mejor diplomático, recordando a Napoleón sus promesas, y con la elegante dureza que solía mostrar cuando se defendía, el honor, la humanidad de Francia y de la pareja real. "Hice todo lo humanamente posible. Le di un ultimátum al emperador", escribió a Maximiliano y mencionó la parte de los treinta millones de almas. Refiriéndose a las lágrimas que habían corrido por las mejillas de Napoleón al final de la exposición, añadió: "Los dos se han puesto viejos, los dos tienen comportamientos infantiles, los dos lloran con mucha frecuencia. El trono de Francia hace envejecer rápidamente a quienes se sientan en él, sin embargo la historia nos enseña que en esa nación guerrera, la Fortuna sólo sonríe a los jóvenes".

Pero si la elocuencia de Carlota era innegable, y sus razones poderosas, incluso para los oídos de los ministros de Napoleón, éstos no servían de nada contra una realidad más tajante: la política internacional. La derrota de Austria a manos de Prusia había llevado el peligro a la frontera oriental de Francia y alterado todo el equilibrio de poder en el viejo continente. Napoleón III fue oído lamentándose de que "sus mejores generales y tropas" estaban siendo desperdiciados en México.

De acuerdo con los testimonios independientes de Madame Carette y de Joaquín Velázquez de León, ministro de México en Italia, Carlota sufrió una crisis nerviosa en su habitación por la noche después de su encuentro con Napoleón. Presa de un ataque de pánico le dijo a Kuhachevich que el vaso de naranjada que le habían ofrecido estaba envenenado. ¿Por qué si no había insistido tanto Eugenia de Montijo en que se lo tomara? ¿Por qué habían llorado los dos al despedirse? Logró reponerse para escribir unas cartas a varios ministros franceses y a México. Cuando su acompañante entró a su cuarto la encontró temblando, "fría como el mármol".

En Estados Unidos seguían de cerca los pasos de Carlota, muy interesados en los resultados de la entrevista con Napoleón. La noticia del encuentro fue recibida en la prensa norteamericana con enorme disgusto porque se temía que Francia siguiera apoyando a Maximiliano con más tropas y dinero. John Hay, embajador

provisional de Estados Unidos en París, escribió a la Casa Blanca:

> *La dama en cuestión* llegó a París y se quedó en el Grand Hôtel. Las conclusiones más desafortunadas se pueden deducir de esta visita, especialmente para aquellos que tienen la desgracia de ser fuertes titulares de préstamos mexicanos. En general, [la visita] se considera un esfuerzo supremo y último para obtener, utilizando la influencia personal [de Carlota], la ayuda indispensable al Imperio mexicano, que ha sido denegada a sus representantes diplomáticos acreditados.

John Hay incluso se reunió con varios ministros de Napoleón para expresarles las inquietudes de su país. Todos le aseguraron que Francia tenía intención de alinearse con Estados Unidos. El embajador escribió una segunda misiva al presidente Johnson:

> Señor,
> Siguiendo el consejo del Sr. Bigelow, que se halla en Ems por unos días con su familia, ayer acudí al Ministerio de Relaciones Exteriores. Hablé con Su Excelencia sobre las noticias publicadas en los periódicos de París sobre la princesa Charlotte en Francia. Las nuevas dicen que la estancia de Maximiliano en México depende de que se modifiquen las resoluciones aprobadas por el gobierno francés, anunciadas en las últimas comunicaciones de Su Excelencia [Napoleón] al marqués de Montholon y al Sr. Bigelow. Algunos periódicos sugirieron que la princesa había logrado obtener un cambio en dichas decisiones. Le pregunté al ministro si se había hecho o se iba a hacer algún cambio en la política del Gobierno Imperial respecto a México. El Sr. Drouyn de Lhuys me respondió que no ha habido cambios en su política a este respecto, y que no habrá ninguna. “Lo que dijimos sigue siendo nuestra intención, y lo haremos. Naturalmente [añadió] recibimos a la emperatriz con cortesía y cordialidad, pero el plan previamente autorizado por el gobierno y el emperador se ejecutará tal como se dijo.”

Segunda entrevista con Napoleón

Pierre de Lano (1859-1904), testigo presencial y autor de varios volúmenes sobre la historia del imperio de Napoleón III, describe la segunda y menos conocida entrevista que tuvo Carlota con el emperador unos días después, cuando ella ya había conferenciado

con los ministros de guerra y de finanzas y empezaba a entender que Francia era un caso perdido. A la segunda entrevista acudió una mujer más desesperada que recurrió a la coerción más que a la persuasión. Napoleón estaba más preparado para las razones, la rabia y las lágrimas de la princesa. Acompañada del señor Castillo, que conocía a fondo las finanzas de México, Carlota preguntó al emperador si había consultado con sus ministros y si se habían conmovido ante sus argumentos. El emperador guardó silencio y después, con un sincero pesar pero con firmeza, respondió que sus compromisos con México estaban concluidos y que no podía renovarlos. "Mi deseo mismo [dijo], sería insuficiente para cumplirlos, mi gobierno y las cámaras rechazarían mi voluntad." Carlota reviró de inmediato ante aquel hombre torturado por las piedras en los riñones: "Sois el amo, señor". Napoleón, impasible, replicó: "Soy el amo, señora, el amo obedecido y respetado cuando mis órdenes concuerdan con los intereses y la gloria de Francia. Pero no soy el amo ni debo serlo para precipitar a mi país en un peligro inminente, a una guerra sin límites y sin resultados positivos para mi prosperidad".

Carlota sacó entonces su último naipe: una carta escrita por el mismo Napoleón dirigida a Maximiliano, firmada en 1864, que decía: "Podéis estar seguro de que no os faltará apoyo para cumplir vuestra tarea". Ante un pálido Bonaparte, Carlota remató: "¿Qué pensaría de mí si Vuestra Alteza estuviera en México y yo le dijera de pronto que ya no puedo cumplir las condiciones que respaldé con mi firma?" El momento fue demoledor. El emperador volvió a soltar el llanto. "Le llevé pasajes de sus promesas para roerle el alma en la soledad. Lloró más la segunda vez que la primera", escribió ella después del encuentro. El soberano se estaba secando los ojos para que no escurrieran las lágrimas por sus mejillas, muy perturbado, achacoso, pero no cedió ni un milímetro.

Carlota, intentando tomar aire, se sentó frente a Napoleón y dijo en tono de súplica: "Señor, dicen que sois bueno, que vuestro corazón siempre está abierto a los desgraciados. Otra vez más, venid en auxilio nuestro y os amaremos y os bendeciremos". Enseguida le tomó una mano y quiso arrodillarse. Napoleón III rápidamente la detuvo. Muy conmovido se inclinó, acercó su mano a sus labios suplicándole silencio. Mencionó nuevamente el asunto

de la claudicación, por seguridad de Maximiliano. “Morirá, sí, morirá y yo moriré con él. A ambos nos pondrán en la misma tumba y allí nos amaremos, a pesar de la maldad de los hombres, y seremos glorificados y se cantará nuestra gloria.” Napoleón seguía abochornado, tratando de impedir que la mujer se arrodillara, reiterándole que deseaba lo mejor para ella y Maximiliano, pero que no podía engañarla: las prioridades de Francia ya estaban en otro lado. El agresivo Bismarck podía reunir un ejército de 700 000 hombres. Francia sólo tenía 380 000, y 100 000 de ellos estaban en el extranjero.

“No salió un solo sonido de la habitación durante dos horas [según un testimonio de la época]. De pronto se escuchó la voz de Carlota, gritando: ‘¿Cómo pude haberme olvidado de quién soy y quién es usted? Debí haber recordado que la sangre de los Borbones corre por mis venas y no haberme rebajado a mí y a mi raza humillándome ante un Bonaparte, y hacer tratos con un aventurero’.” Enseguida hubo un gran silencio. Napoleón abrió las puertas temblando, pidiendo con urgencia que alguien fuera a ayudarlo. Carlota estaba desmayándose. La condesa Del Barrio entró y la encontró tendida en un sofá. “Manolita, no me dejes”, suplicó la emperatriz, pero en cuanto le ofrecieron un vaso con brandy y agua, lo arrojó furiosa. “Asesinos, aléjense de mí. Llévense su veneno”, gritó, y después estalló en un torrente de lágrimas. Su mente se había derrumbado. Napoleón regresó con un médico que ordenó que la llevaran a su hotel. De acuerdo con testigos presenciales, la despedida en Saint-Cloud fue devastadora. Todos estaban llorando, incluso la servidumbre.

Este célebre incidente, que Hélène de Reinach, la primera biógrafa de Carlota, considera apócrifo, aparece en el tercer volumen de memorias del barón K. Malortie de 1895, un exsoldado de Maximiliano y escolta de Carlota en el último viaje a Veracruz. Malortie se convirtió en escritor, y su narración de cómo terminó el encuentro ha sido reproducido en incontables ocasiones. ¿Es auténtica? El barón de Malortie tenía un estilo dramático y hasta dickensiano en sus escritos, pero un impresionante ojo para el detalle y no muestra, cuando menos en sus libros sobre el Imperio mexicano, imprecisiones históricas. Era un investigador acucioso. En su tercer volumen, donde aparece el incidente, aclara que no

pretende hacer historia, sino recordar los 12 años que pasó en el este de Europa y "hacer una colección de cosas que oyó y escuchó durante largos años de amistad con los principales personajes" de su tiempo. Es de suponer que oyó esta anécdota del mismo Napoleón o posiblemente de su hijo. Para probar su amistad con las cabezas coronadas, en sus memorias Malortie incluye cartas que le dirigen personajes tan ilustres como el Duque de Wellington y otros documentos oficiales de las casas reales.

El violento reclamo sobre las sangres enemigas que corrían en las venas de ambos personajes, descartado como un invento por Reinach Foussemagne, se publicó en 1925, y aunque es muy probable que se hayan perdido las palabras precisas (*ipsissima verba*) de Carlota, tal vez no el contenido: un testimonio independiente tiene un tono parecido. En la historia del político y escritor Émile de Kératry, quien escribe apenas un año después de los hechos, se menciona una relación de la entrevista escrita por la misma Carlota al salir de Saint-Cloud (lamentablemente hoy perdida), y la mención que hace a haberse engañado pensando en que obtendría apoyo de Napoleón, siendo ella de "sangre de Orleans", refiriéndose a su abuelo Luis Felipe.

El 22 de agosto escribió a Maximiliano una carta que se destaca en su voluminosa correspondencia privada; en ella muestra por primera vez cierta excitación mental, megalomanía, y algo parecido a delirios religiosos; la identificación de Napoleón con figuras ultraterrenas (Dios todopoderoso o el demonio), espíritu de profecía, y la cosmogonía que la obsesionaría más adelante. No es que esté ahí a la vista. Hay que leer dos veces para advertir que al parecer se había operado un cambio mental en ella, con el beneficio de la retrospectiva. En la carta le dice a Maximiliano que Napoleón es el diablo en persona y que el martes tenía una expresión aterradora. Uno sólo puede preguntarse cuánto de eso era lenguaje metafórico y cuánto real para ella. "Todo está lleno de fango de principio a fin —escribió—. Aquí cada palabra es una mentira, pero no debes creer que he mendigado a esta gente. Les dije lo que pensaba y les arranqué sus máscaras, pero sin faltar a la cortesía. [Napoleón III] es un Mefistófeles amistoso, incluso besó mi mano cuando me despedí hoy, pero está actuando." Carlota insistió en que ella podía ver el interior del alma de Napoleón y que su reino

estaba a punto de llegar a su fin.5 “Que quieren que abdiques no puedo verlo claramente desde aquí, pero creo que debes esperar todo lo posible. Este mundo me causa asco y depresión. El diablo está cerca. Siento su presencia cada vez que se derrama sangre […] al otro lado del océano podemos desafiarlo. Tú no puedes existir en el mismo mundo que él, porque te hará arder hasta que te conviertas en ceniza.”

Todavía hubo una tercera y última reunión entre Carlota y Napoleón el 20 de agosto, la visita de cortesía de rigor, cuando el emperador fue al Grand Hôtel en persona. Napoleón no había podido olvidar, según dijo, “la mirada de angustia en su cara”. La entrevista fue breve. Carlota habló sin parar sobre nuevas opciones financieras, pidió 18 millones de pesos como préstamo urgente, hasta que el emperador, perdiendo la paciencia, se puso de pie y le dijo simplemente que ni el pueblo francés ni la Asamblea podían hacer más sacrificios, hizo una reverencia y se retiró. El monarca aprovechó la ocasión para caminar por Bois de Boulogne, saludar a la gente y dispersar los rumores de que se hallaba a las puertas de la muerte.

Después de la entrevista Carlota salió a caminar tras los pasos de Napoleón por Bois de Boulogne, uno de los grandes parques de la ciudad, donde debió de haber pensado las líneas que había escrito a Maximiliano unos minutos atrás: “Para mí, él es el diablo en persona. Tenía una expresión que haría que se le pusieran los cabellos de punta a cualquiera. Es horrendo, y esto es una manifestación de su alma. Él tiene al infierno de su lado, y yo no”. Napoleón también envió unas líneas a Maximiliano por medio del telégrafo trasatlántico, la sensación tecnológica del momento, gracias a un cable submarino que se acababa de tender desde el puerto de Saint Nazaire al continente americano. “Fue un gran placer recibir a la emperatriz Carlota, pero fue muy penoso para mí no poder acceder a sus peticiones. Estamos efectivamente llegando a un momento decisivo en México, y es momento de que Su Majestad llegue a una resolución heroica. El tiempo de soluciones a medias ha terminado. Es por tanto imposible para mí dar a México ni una corona [moneda] ni un soldado más.”

Sin que Carlota se enterara, John Hay escribió una misiva al

secretario de Estado de los Estados Unidos, William H. Seward: “No ha habido modificación ninguna en la política imperial, respecto a esto [México]. Lo que se ha dicho se hará”. Sin que Carlota ni Maximiliano lo supieran, Estados Unidos seguía presionando a Francia para que retirara sus tropas de México como lo habían “prometido”. El 24 de agosto los corresponsales norteamericanos enviaron a Estados Unidos la noticia de que la emperatriz no regresaría al continente americano y que los días del imperio al sur del río Bravo estaban contados. La noticia apareció al día siguiente con grandes y optimistas encabezados en la Unión Americana. Antes de salir de París, Carlota encontró el tiempo para posar para el fotógrafo André-Adolphe-Eugène Disdéri. Aquél sería el último retrato de Carlota joven que se conoce. Está vestida de negro y pesado luto, con un abrigo invernal y la cabeza cubierta por un gorro, bonita pero con expresión melancólica y ligeramente asimétrica, en lo cual algunos han querido ver síntomas de un desorden mental. La mujer del momento, impotente ante una fuerza más grande que ella, la geopolítica, también envió un telegrama a Maximiliano traduciendo a letras la sombría imagen de Disdéri: “Todo es inútil”.

Vuelta al hogar

El 23 de agosto, Carlota y su comitiva empacaron sus pertenencias y se dirigieron al castillo de Miramar en un tren especial proporcionado por Napoleón. Más que cortesía, lo que el monarca quería era mantener vigilada a aquella mujer inestable. Sus pasos también eran vigilados, tratando de no perder detalle, por espías de Estados Unidos. Ciertamente la princesa sufría delirio de persecución, pero no del todo injustificado. Muchos historiadores han documentado la intrincada red de espionaje, intrigas y envenenamientos en el segundo imperio napoleónico. Sobrevive además la correspondencia de John Milton Hay, exsecretario particular de Abraham Lincoln, quien reportaba cada movimiento de Carlota refiriéndose a ella como “the woman in question”.

El tren cruzó todo el norte de Italia recién unificada. Para su sorpresa, en los pueblos de su antiguo virreinato de Lombardía-Venecia la gente se apiñaba para saludarla. Al norte de Milán se

quedó unos días en una villa a las orillas del lago Como al pie de los Alpes. Ahí el paisaje es casi surreal. En otros tiempos la casa había pertenecido a su padre.

> En este lugar lleno de recuerdos felices, donde pasamos los mejores momentos de nuestra vida, pienso en ti sin cesar [escribió a Maximiliano]. Tengo bajo los ojos el lago de Como, que amabas tanto, con su calma azul. Nada ha cambiado, pero tú estás lejos, al otro lado del mar, y han pasado casi 10 años. Sólo desearía verte aquí. ¡Las personas son tan amables! Esta mañana acudí a misa en la tumba de San Carlos y visité la catedral, que en un parpadeo se llenó de gente, atraída no por la curiosidad, sino por un amor pleno de reconocimiento, y encontré en mi habitación, seguramente expresamente colocado, tu retrato de joven con una inscripción: *Governatore Generale del Regno Lombardo-Veneto*. En este momento el claro de luna brilla y se oyen cantos. Es de una belleza inexplicable.

En Desenzano, a las orillas del Lago di Garda, una guardia de los voluntarios del general Giuseppe Garibaldi la esperaba con una bandera imperial mexicana, junto a la también tricolor del reino de Italia. Ahí le regalaron la enseña de México bordada por mujeres de Bari. La caballería la acompañó hasta la estación de Padua, donde la esperaba el mismísimo rey de Italia, Víctor Manuel II, con algunos de sus ministros, que la recibieron como a una celebridad. El conde del Valle, gran chambelán de la emperatriz, dejó por escrito el entusiasmo que despertaba donde quiera que pasaba:

> En todas partes se presentaban a ofrecer sus respetos a Su Majestad, tanto las autoridades y militares austriacos y muchas veces las eclesiásticas y civiles, siendo por todas partes el objeto del respeto y cariño de los habitantes de las ciudades y de los pueblos, aun los más pequeños. En Bolzano se puso una guardia de honor, pero en esta ciudad estuvo tocando la música en la noche y en la tarde siguiente. En Mantua se presentaron todas las autoridades en la estación, poniendo batidores y escolta al carruaje, que atravesó como en triunfo las calles de la ciudad llenas de gente. El día siguiente salió de la misma manera […] hasta Reggio, en donde la recibieron la autoridad civil y militar […] siendo por todas partes, particularmente en Bolonia, una verdadera ovación.

A pesar de los años transcurridos y de la lucha por la unificación

italiana, la gente le manifestó solidaridad. Conmovida, se trasladó a Trieste, todavía en posesión de Austria y donde aún dominaba en una saliente su castillo encantado. Ahí se encontró a la flota austriaca a mando del general Wilhelm von Tegetthoff que acababa de ganar la Batalla de Lissa contra una flota italiana más numerosa. Cuando la armada austriaca se enteró de que la esposa de Maximiliano de Habsburgo estaba en el puerto, se deshizo en cañonazos y vítores. A pesar de la lluvia torrencial, Carlota salió a visitar el barco de Tegetthoff y felicitó uno por uno a los marinos.

Encontró Miramar en muy buen estado gracias a los arreglos que Max había seguido haciendo a distancia.

> Piensa, Max [escribió a su marido, en su primer respiro en varias semanas], que las hiedras en el pabellón del jardín se han convertido en una maravilla del mundo, y las palmeras, los sauces llorones y el bosque de pinos, como también los cedros, están soberbiamente crecidos. Todo el mundo admira las dos grandes obras del príncipe ausente: la batalla de Lissa y el palacio de Miramar. Hoy ha desfilado ante Miramar la victoriosa escuadra en orden de batalla, con Tegetthoff a la cabeza en el acorazado *Archiduque Fernando Max*. Esta escuadra envía un primer rayo de gloria sobre tu creciente poder, sobre tu independencia comprada a un precio tan alto; ha salvado la costa que tú tanto quisiste […] *Plus ultra* era la divisa de tus abuelos. Carlos V nos mostró el camino. Tú le has seguido. No te arrepientas, Dios te acompaña.

El consejero Félix Eloin reportó a Maximiliano que la emperatriz "en medio de las flores que hacen de Miramar un encantador jardín, brilla con todo el resplandor de una perfecta salud".

En los siguientes días recibió un telegrama de Maximiliano. En él le decía que enviaba a su secretario particular José Luis Blasio con papeles de suma importancia. Los días pasaban y Carlota estaba hecha un manojo de nervios. Cuando finalmente llegó el joven de 23 años el 14 de septiembre, ella le gritó por llegar dos días después de lo esperado. Blasio aguantó la tormenta y explicó que no se había detenido más que para dormir. La emperatriz se disculpó, pero le advirtió: "No dudo de usted. Pero viene de América, no está acostumbrado a sospechar de nadie. Si supiera las intrigas de las cortes europeas no sería el caso. Yo tengo miedo de Napoleón, nuestro enemigo mortal". Blasio traía malas noticias: habían

perdido el estratégico puerto de Tampico ante el ejército liberal, con mayoría estadounidense, y seguían duras refriegas en Jalapa y Veracruz.[6] En vista de la situación, Maximiliano instruía a su esposa que se entrevistara con el papa, que lo presionara para firmar un nuevo concordato y que intercediera por ellos ante Napoleón. La princesa despachó cartas a diversos personajes mexicanos. Informó a algunas casas reales sobre una supuesta conspiración en Tampico, y a Joaquín Velázquez de León, ministro sin cartera extraordinario en Roma, le ordenó que le consiguiera una audiencia con Pío IX.

El 16 de septiembre, día en que se conmemora la independencia de México, Carlota presidió una sencilla fiesta en Miramar. El joven Blasio fue testigo de aquella celebración, la última aparición pública "en funciones" de la emperatriz:

> A las seis de la mañana del siguiente día, una salva de 21 cañonazos anunciaba a los habitantes del Castillo de Miramar que la emperatriz Carlota celebraba con su séquito el 56º aniversario del grito de la Independencia de México. En el asta bandera de honor flameaban la bandera mexicana y a sus lados el estandarte real de Bélgica y el imperial de la Casa de Austria. Todo el exterior del castillo lucía un primoroso decorado floral, y la guardia palatina de gran uniforme estaba distribuida en las terrazas del castillo. Se habían abierto las puertas de los jardines, permitido la entrada a todo el mundo, y por las avenidas se paseaban los aldeanos de las vecinas localidades endomingados todos ellos y luciendo sus pintorescos trajes regionales. A las nueve de la mañana una segunda salva de 21 cañonazos anunció que comenzaba la misa solemne en la capilla del castillo. La emperatriz con el manto imperial y la diadema, y seguida de todos los que en el castillo nos encontrábamos, asistió a esta ceremonia. Por la tarde una espléndida banda militar austriaca tocaba en los jardines y a las cinco sirvió un banquete en el gran comedor del palacio. Aquella noche me pareció menos triste el semblante de la emperatriz.[7]

La correspondencia de esos días muestra que, a pesar de los quebrantos nerviosos en París, Carlota todavía funcionaba y enviaba órdenes a México. Además de pedir informes sobre varias instituciones a su cargo (escuelas, maternidades y hospitales), escribió a un señor Domingo Bureau de Yucatán, a quien le pidió hacerse cargo de la comisión para establecer el Museo de los Mayas en Mérida, además de pedirle cuentas sobre la administración de

una escuela para niñas que ella había fundado y mantenía con su dinero. Todo indica que estaba segura de que volvería a México. Solicitó reunirse otra vez con el rey de Italia, Víctor Manuel II, quien le concedió audiencia para el 27 de septiembre, pero el encuentro no se llevó a cabo.[8] No se conocen los motivos que tenía Carlota para reunirse con los reyes de Italia. Su mente estaba más atenta que nunca a la política europea. Para ella, Europa era el continente de la decadencia y la vejez, y América el de la esperanza y el progreso. Su sagaz análisis de la situación en una carta a Maximiliano fechada el 9 de septiembre de 1866 muestra que tenía una visión privilegiada sobre lo que pasaría con las naciones que tan bien conocía: Austria, le dijo, perdería todos sus pueblos, Prusia robaría otros, Italia se convertiría unida en una potencia, y al imperio francés le esperaba la catástrofe.[9] En cambio, respecto a México sus ojos seguían cubiertos por un paño de fantasías: "La inmigración afluirá de América y de Europa, pues tú — escribió a su esposo quebrado moralmente—, tienes el imperio más hermoso del mundo".

---

1 Andrew E. Masich, *Civil War in the Southwest Borderlands, 1861-1867*, p. 170.

2 Madame Carette (Bouvet), *Souvenirs Intimes de la Cour des Tuileries*, 5ª edición, Paul Ollendorff (ed.), París, 1889, p. 271.

3 Laurence van Ypersele,*Une impératrice dans la nuit: Correspondance inédite de Charlotte de Belgique,* février-juin 1869, Bélgica, Editions Quorum, 1995.

4 Madame Carette (Bouvet), *Souvenirs Intimes de la Cour des Tuileries*, p. 272.

5 Cuatro años después, en 1870, el imperio de Napoleón III llegó a su fin en condiciones trágicas.

6 El 28 de noviembre el general Thomas D. Sedgwick tomó el puerto de Matamoros. El general Ulysses Grant, que había aconsejado a Sheridan ayudar a Juárez si se presentaba la oportunidad, desaprobó la acción de Sedgwick y le ordenó replegarse al lado norte del río Bravo. Miguel Miramón se quejó ante Estados Unidos de que las fuerzas de ocupación habían sido en su mayor parte norteamericanas. Véase Jean E. Smith., *Grant*, p. 415.

7 José Luis Blasio, *Maximilano íntimo. Memorias de un secretario particular*, Librería de la Vda. de C. Bouret., México, 1904.

8 Luis Weckmann, *Carlota de Bélgica*, p. 367.

9 Parece describir la situación previa a la Segunda Guerra Mundial.

La sede de San Pedro

Dos días después de celebrar el 16 de septiembre, Carlota partió en un tren especial rumbo al sur, a los estados vaticanos, con un vaga sensación de paranoia, aunque desde el río Po hasta Roma recibió los más cálidos saludos lo mismo de las autoridades que de los alegres paisanos. En donde quiera que asomaba la cabeza veía fiestas, desfiles, cañonazos y discursos. Incluso en las estaciones donde se sabía que la emperatriz de México no se detendría había comitivas para decirle adiós. La descripción de este trayecto, aunque tardía, pertenece a Corti:

> Carlota se dirige a Mantua en tren especial. Esta ciudad tiene aún guarnición austriaca. Las tropas están formadas y una gran multitud se congrega en las calles para ver a Carlota de México. Ciento un cañonazos saludan a la emperatriz. Revista a las tropas ante el hotel y, por la noche, toda la ciudad es un mar de luces. Austriacos e italianos rivalizan en festejar a la emperatriz de México, que, a pesar de las duras luchas entre ellos, es simpática a unos y a otros. Este aire de fiesta la distrae algo, aunque tantas solemnidades y ceremonias significan la mejor intención, pero le resultan fatigosas. El papa manda que la saluden ya a tres horas de Roma. La Ciudad Eterna quiere ofrecerle un banquete cuando llega Foligno, pero Carlota no puede tomar parte. Violentos calambres y palpitaciones de corazón la tienen muy molesta.[1]

Blasio y Kuhachevich iban delante de ella en otro tren para organizar la recepción en Roma. Carlota viajaba a la zaga con los

señores Del Barrio, el ministro Castillo, el conde Del Valle y su médico particular, que había desaconsejado aquella misión. En el camino a Roma, volvió a delirar. Sufrió ataques de ansiedad, excesivo enrojecimiento de las mejillas y un nerviosismo que la tenía paralizada. En una parte del camino vio por la ventanilla un granjero con un rifle, y presa de un ataque de ansiedad se echó temblando a los brazos de Manuelita del Barrio. Carlota pensaba que el campesino era un asesino al servicio de Napoleón. Durante el resto del día viajó con la mitad de la cara cubierta con un pañuelo.

A medio camino el miedo pudo más que ella y decidió telegrafiar a Blasio para decirle que cancelaba la visita a Roma y que se regresaba a Miramar. Cuando el joven Blasio iba de regreso al norte recibió un nuevo comunicado donde se le informaba que Carlota se había repuesto y continuaba la misión. Al acercarse a Roma volvió a quejarse de palpitaciones y dificultad para respirar. Aunque Blasio fue una de las pocas personas en las que Carlota siempre confió plenamente, ella pensaba que los papeles que llevaba —la propuesta de concordato, entre otros— habían sido interceptados por espías de Napoleón.

En la reunión con Pío IX iba a jugarse su última carta. Si lograba el concordato con la Santa Sede, el respaldo de los conservadores y el apoyo de la Iglesia en México, podía prescindir de la ayuda de Francia. Llegó a Roma el 25 de septiembre. Era medianoche pero la estación resplandecía de luces de gas, abarrotada de cardenales, diplomáticos y familias distinguidas. Se había dispuesto todo el primer piso del hotel Albergo de Roma, en el Corso, para la emperatriz. La visita de Carlota era ya la noticia más sonada en la prensa europea. Los alrededores del hotel en donde se hospedó la delegación mexicana se convirtieron en punto de reunión. Los curiosos querían echar un vistazo a la soberana de un país tan exótico, pero sobre todo los trajes de charro de sus ayudantes, cosa nunca antes vista en aquellas latitudes, y que contribuyeron a dejar una imagen de los mexicanos que a la fecha no se ha borrado del todo.2

El día 27 Pío IX la recibió en el Vaticano. Los guardias suizos le rindieron honores y le hicieron valla hasta el llamado Salón del Trono. Ahí vio sentada la figura serena del sumo pontífice de 75 años, que miró a la joven de 26, tan diferente a aquella princesa a

la que había dado la bendición dos años atrás. Blasio atestiguó el encuentro: "Vestía Pío IX sotana de nívea y finísima lana, y una amplia capa de la misma tela del mismo color cubría sus augustas espaldas. A ambos lados del trono se veían dos soldados de la guardia suiza y en derredor de él un grupo numeroso de cardenales obispos y otros elevados dignatarios eclesiásticos. Al acercarse la emperatriz al trono pontificio, Pío IX se puso en pie y Carlota se arrodilló para besarle la sandalia, pero el papa cariñosamente se lo impidió, tendiéndole la mano derecha y permitiéndole sólo posar los labios en el anillo del pastor". En privado Carlota le entregó una copia del nuevo concordato. Pío IX había firmado concordatos con países centro y sudamericanos, incluyendo Ecuador, Venezuela, Honduras, El Salvador y Haití. El pontífice había comenzado su pontificado con ímpetus progresistas, pero había ido perdiendo la confianza en los movimientos liberales que recorrían Europa tras varios atentados a su persona, el asesinato de uno de sus ministros y por haber tenido que huir temporalmente de Roma debido a los liberales italianos.

Después de una hora y 18 minutos de negociaciones, de los que lo único que se sabe es que Carlota presentó la propuesta de concordato y seguramente pidió al papa que intercediera ante Napoleón, la mujer salió del Salón del Trono y ordenó lacónicamente a su comitiva que la llevaran de vuelta al hotel. Di Blasio escribió: "Cuando salió la acompañamos hasta el hotel, esperando que dijera algo para calmar nuestra angustia, pero sombría y taciturna se limitó a saludarnos con una inclinación de cabeza y nos dijo secamente que nos podíamos retirar. Enseguida pidió que se le sirviera el desayuno y se encerró sin permitir que nadie le hablara". También pidió que se hiciera callar la música callejera y las aclamaciones. No estaba de humor para homenajes.

El imparable derrumbe del Imperio mexicano, la muerte de su padre y su abuela, la inminente retirada del ejército francés, las intrigas de la corte napoleónica, el espionaje de Estados Unidos, las burlas de la prensa internacional, especialmente la estadounidense, y la tensión de entrar al Vaticano para negociar con el vicario de Cristo, fueron demasiado para ella. En la ciudad eterna Carlota perdió la batalla. Comenzó a tener delirios de persecución. Durante la comida que le ofrecieron a la delegación mexicana estuvo seria

todo el tiempo, contestando apenas a unos comensales azorados ante aquel fantasma ambulante que escrutaba cada rostro como tratando de descubrir a Judas. No probó bocado y rechazó la bandeja de café cuando vio que su taza tenía una grieta. Al día siguiente se rehusó a comer otra cosa que no fueran naranjas que ella misma pelaba. El 29 de septiembre Pío IX llegó en persona a su hotel para la obligada visita de cortesía y conversar durante una hora. En la ciudad había soldados franceses, lo que pudo haber contribuido al delirio de persecución de Carlota, que quizá no estaba enterada de que el papa era quien había solicitado las tropas a Napoleón para que lo protegieran de los nacionalistas italianos.

La emperatriz mantuvo la compostura y al terminar su entrevista llevó a los miembros de su comitiva al pontífice para que les diera la bendición. Al salir el papa, observó: "El tiempo que hace es bastante hermoso, es el símbolo de la conversación que hemos tenido, toda de paz y caridad", pero en realidad la distancia entre el Imperio mexicano y el Vaticano ya era insalvable, sin contar con el hecho de que los estados papales estaban bajo la protección de Napoleón III. El anciano pontífice había sido cordial y paternal con la mujer, no con la emperatriz. Carlota pasó el resto del día quejándose de dolor de cabeza. Desconfiaba cada vez más de sus acompañantes y se negaba a comer otra cosa que no fueran nueces y naranjas.

Temprano por la mañana, cada vez más descompuesta, llamó a Manuelita del Barrio para que la acompañara afuera. Las mujeres abordaron un coche. Cuando vio a un organillero en la calle se encogió en su asiento porque creía que era un coronel mexicano disfrazado. Al pasar junto a la fuente de Trevi ordenó parar, descendió del carruaje y se puso a beber llevándose el agua a la boca con las manos. "Aquí por fin puedo beber sin miedo a ser envenenada. ¡Tengo tanta sed!", le dijo a su dama de compañía. Cada vez más agitada, ordenó al chofer que se dirigiera al Vaticano. Pidió ver al papa con carácter urgente. Su dama de honor observó que no iba vestida para una audiencia papal, pues llevaba sombrero y no mantilla. Seguramente pidiendo paciencia al cielo, Pío IX aceptó recibirla de nuevo. Era temprano, acababa de dar misa en San Pedro y estaba bebiendo una taza de chocolate cuando la mujer de negro, que parecía mucho mayor por los días sin comer ni

dormir, entró por la puerta. Pío IX se quedó estupefacto ante aquel espectro. Carlota se echó a sus pies y rompió en llanto. Temblando le dijo que "estaba envenenada y que todos los que venían con ella eran sus envenenadores por orden de Napoleón".[3]

Con infinita paciencia el sumo pontífice puso su mano sobre su cabeza y trató de tranquilizarla. La hizo sentar y, viendo su estado, le preguntó si había comido algo. Carlota puso los ojos en la taza de chocolate que Pío IX tenía en la mano. Impulsivamente estiró el brazo, metió los dedos en la bebida y se los llevó a la boca. Estaba desfalleciendo de hambre. El papa abrió más los ojos, pero se mostró comprensivo: él mismo sufría de ataques de una enfermedad de la percepción y la conciencia que en su momento fue calificada como epilepsia. Le dijo que ordenaría otro chocolate para ella, pero Carlota se rehusó. "No, Su Santidad. Si saben que es para mí lo envenenarán. Os doy las gracias, pero prefiero beber de la taza de Vuestra Santidad", replicó y volvió a meter los dedos al chocolate y a chuparlos. "Me estoy muriendo de hambre y todo lo que me dan está envenenado." Carlota le preguntó si podía llevarse la taza, a lo que Pío IX accedió, cada vez más consternado.

John Taylor, un comentarista contemporáneo, escribió: "Como rey, el papa no tenía poder alguno. Como hombre, sólo podía ofrecer su compasión ante las tribulaciones de una inocente mujer; como anciano, sólo podía dirigir palabras de amor paternal y compasión a la niña, en comparación a él, que se doblegaba tristemente, y sin embargo no del todo sin esperanzas. Como sacerdote, sólo podía brindarle los consuelos de la religión, no diferentes a los que el pastor de la aldea más humilde le hubiera ofrecido".[4] Más no podía hacer, mucho menos contrariar a Napoleón III, de cuya protección dependía en ese momento. Los nacionalistas italianos pretendían absorber a como diera lugar el territorio del Vaticano.

Aterrorizada, Carlota se negó a salir de San Pedro. Le dijo a Pío IX que si ponía un pie afuera la asesinarían los esbirros de Napoleón, y que de ser necesario se dormiría en los pasillos. Mientras seguía hablando de la situación de México, el papa hizo llamar a dos médicos, el profesor Benedetto Viale y otro doctor, que llegaron vestidos de curas para que ella no entrara en pánico. Mientras tanto, el cardenal Giacomo Antonelli, secretario del Estado

Vaticano, pasó órdenes a Joaquín Velázquez de León de que sacara del hotel a todos los que acompañaban a Carlota, porque la princesa pensaba que todos querían matarla. Pío IX, siguiendo el plan de Antonelli, invitó a la joven a dar juntos un paseo por los pasillos del Vaticano para admirar los tesoros y las obras de arte. En otro sitio, el cardenal se reunió con la comitiva mexicana para explicarles lo que había sucedido: su emperatriz había caído en un estado delirante y había perdido la razón.

Dado que no daba muestras de querer retirarse, la invitaron a comer en el Vaticano, donde insistió en comer del mismo plato que la señora Del Barrio. Estaba calmada porque se sentía segura cerca del papa. Velázquez de León regresó después de la comida para informar al cardenal que se había desecho del conde del Valle, de su directora de guardarropa y del médico Bohuslabeck. "S. M. la emperatriz había comido de la misma comida del papa y permanecido en el Vaticano, en donde quería quedarse en la noche por desconfianza de las tres personas mencionadas; mas mi carta la hizo recobrar la confianza y volvió al hotel a las siete de la noche", escribió Velázquez de León a Maximiliano el 18 de octubre. Camino al hotel, hizo detener su coche varias veces para bajarse a beber agua de las fuentes públicas con la copa que había extraído del Vaticano, se puso a dar vueltas alrededor de la estatua de Marco Aurelio y compró una limonada de un vendedor ambulante. Sin embargo, cuando entró a su habitación y se quedó sola con la señora Del Barrio, se dio cuenta de que las llaves habían sido retiradas de las cerraduras. Su médico las había mandado quitar por si su paciente tenía un brote psicótico e intentaba salir corriendo.

Pero eso fue precisamente lo que aquella precaución desató. Carlota se puso histérica y empezó a ahogarse. Estaba segura de que había caído en una trampa e iban a asesinarla. En medio de un ataque de pánico, exigió a gritos volver al Vaticano, a donde arribaron a las 10 de la noche. Sollozando, pidió asilo en la entrada alegando que su vida estaba en peligro. El cardenal Antonelli se negó a dejarla entrar. En toda la historia del Vaticano ninguna mujer había dormido en la sede de San Pedro. Carlota insistió con tal aflicción que finalmente fueron a informar a Pío IX lo que estaba sucediendo en la entrada. "¡De nada me he librado en esta vida! —exclamó el pontífice alzando las manos—. Ahora tengo que lidiar

con una mujer volviéndose loca en el Vaticano." El papa hizo que llevaran muebles a la biblioteca del primer piso y acomodó ahí a Carlota y a la señora Del Barrio, las únicas dos mujeres en la historia que han dormido en el Vaticano. O mejor dicho, sólo una, ya que la dama de compañía no pegó el ojo en toda la noche. Carlota descansó bien. Un médico vestido de sacerdote le había dado un vaso de leche con un sedante, mientras Su Santidad, en el segundo piso, se encerraba con llave en su habitación y daba órdenes de que por la mañana las dos damas fueran enviadas a su hotel.

Descenso al infierno

Al día siguiente Carlota despertó con otro semblante después de su primera noche tranquila en varios días. Se vistió y dijo que quería oír misa en la capilla privada del papa, pero el personal del Vaticano decidió que ya había sido suficiente. Pío IX se había cansado de lidiar con la histérica. Con frialdad le indicaron que de acuerdo a lo que ella misma había prometido, debía abandonar el recinto esa misma mañana. Ya se habían enviado telegramas urgentes al hermano de Carlota, el conde de Flandes, y al conde Bombelles. El primero, según queda testimonio de Velázquez de León, se hallaba de viaje de Bruselas a Miramar; el segundo estaba de licencia visitando a su familia en Austria. También se telegrafió al ministro mexicano en Bélgica para que apurara la llegada a Roma del conde de Flandes, considerando el estado de salud de Carlota. La emperatriz entendió que la hospitalidad de Pío IX se había agotado. Segura de que iba a morir, escribió al papa: "Ruego a vuestra eminencia mandarme inmediatamente un sacerdote con la Santa Hostia, que me pueda confesar". Enseguida escribió en dos pliegos distintos su última voluntad: "Deseo que no se me hagan ceremonias especiales, sino de la manera más sencilla tenerme en la capilla, hasta que el emperador, si me sobrevive, no disponga otra cosa. Se me enterrará con mi hábito de clarisa y se dejarán mi escapulario, el medallón con la corona de rosas". El otro decía: "Lego toda mi fortuna al emperador, mi esposo, así como todos mis bienes, y le pido al desaparecer, si me sobrevive, que me conserve en su memoria. Perdono a los que estuvieron mezclados en mi

muerte. Dios acoja mi alma. Escrito de mi puño y letra. Carlota". Por último se despidió de su amado Max. En el interior del Vaticano, aquella mañana del 1º de octubre escribió la última carta lúcida a su esposo, con la cual cerró una extensa correspondencia íntima de más de 300 cartas.[5] Era también una especie de despedida de sí misma, sintiendo cómo iba perdiendo su asidero con la realidad: "Tesoro entrañablemente amado. Me despido de ti. Dios me llama. Te doy gracias por la felicidad que siempre me has dado. Que Dios te bendiga y te haga ganar la gloria eterna. Tu fiel Carlota".

Pío IX siguió escondiéndose mientras el cardenal Antonelli fraguaba un plan para deshacerse de la *loca* que tenían en los jardines. Mandó llamar a una monja que estaba a cargo de un hospicio cercano y se la presentó a Carlota. Sabedor de que tenía un alma caritativa como su madre, el cardenal abrigó la esperanza de que una invitación a visitar a los niños huérfanos sería lo suficientemente atractiva para hacerla salir. Carlota aceptó encantada. Le dijeron que los niños esperaban su visita. La llevaron y enseguida se puso a charlar con los huérfanos con el carácter jovial que reservaba para esas ocasiones. Como era su costumbre, ofreció a la monja una generosa cantidad de dinero de su bolsa privada para sostener el orfanato. Cuando visitaron la cocina, sin embargo, volvió a perder la razón. Vio un estofado que estaban cocinando, se acercó a la olla y exclamó: "Tengo tanta hambre, no es posible que hayan envenenado esto también", y metió la mano al caldo hirviente para sacar un pedazo de carne. Carlota se puso blanca como el papel. Las monjas corrieron a retirar su mano. En cuanto llegaron, la princesa se desmayó. Con ayuda de guardias del Vaticano la llevaron a su hotel, pero ella despertó en el camino y empezó a contorsionarse furiosamente; no lo suficiente para las escoltas, que a pesar de su resistencia la arrastraron al interior del hotel. Cuando se dio cuenta de que los otros huéspedes estaban observando, se controló.

En los días siguientes, aún "vestida de gran luto y perfectamente peinada", se encargó de martirizar a su comitiva, que tuvo que soportar malos tratos, acusaciones y berrinches. A todos se les ordenó que se escondieran en cuanto ella entrara al hotel, con tal de no irritarla. La emperatriz ordenó que le instalaran una cocina en su

habitación, y que prepararan toda la comida frente a ella. Sólo comía manzanas y nueces tras revisarlas concienzudamente en busca de cualquier señal de adulteración. Manuelita del Barrio le ofreció su plato para que comieran juntas, pero Carlota, con una mirada sardónica, le respondió que sólo lo hacía porque la señora estaba en posesión del contraveneno. Desconfiada al extremo, la princesa con semblante demacrado ordenó que amarraran los pollos a las patas de la mesa y que su camarista Matilde los sacrificara y cocinara frente a ella, para asegurarse de que el cocinero no los hubiera envenenado. El príncipe Miguel de Grecia, descendiente de Luis Felipe de Francia y emparentado con Carlota, describió la escena en su libro: "La camarista saca un pollo de la jaula y le corta la cabeza delante de la emperatriz, manchando la alfombra de sangre. Luego le arranca las plumas, que revolotean sobre los sofás, los sillones, las mesas, lo vacía y echa las entrañas en un cesto. Carlota no le quita los ojos de encima".6 Luego acusó a la señora von Kuhachevich de intentar asesinarla y ser espía de Napoleón hasta que la hizo llorar, y le advirtió que desapareciera o la haría arrestar. Después hizo firmar su renuncia a todo su séquito con la siguiente notificación dictada por ella misma:"Sabemos que ha formado parte de un complot para atentar contra la vida de su soberana, y hemos juzgado por ello destituirlo, como lo destituimos por la presente de todos sus títulos, cargos y honores, ordenándole alejarse de la corte sin poder presentarse en ella de nuevo bajo ningún pretexto."

Pasó la mayor parte del día en la basílica de San Pedro y en Santa María la Mayor. Sólo en los templos se serenaba. Se alimentaba de castañas tostadas que compraba en la calle. Su habitación parecía tomada de un cuadro surrealista.

> En el fondo, un suntuoso lecho de madera cubierto con un amplio pabellón de seda que no había sido tocado en varias noches. Junto a la cama, sobre una mesa de noche, un candelero con una bujía a medio consumir y un pequeño reloj de oro. Al pie del lecho, el sillón que servía para que descansara la soberana, en los pocos momentos que tenía de calma, además un armario con lunas, un tocador con bandeja de plata y jarra del mismo metal, algunas sillas forradas con brocado y una mesa sobre la que se encontraba la hornilla en la que Matilde condimentaba los alimentos. A los pies de la mesa se encontraban atadas unas gallinas,

> y encima algunos huevos y la jarra de cristal con agua traída personalmente por la emperatriz […] desde la hermosa fuente de Trevi.7

A mediados de octubre llegó una carta a México para avisar a Maximiliano que su esposa se hallaba gravemente enferma de "congestión cerebral". Para entonces ya toda Europa sabía de "Charlotte". Su prima, la reina Victoria de Inglaterra, se lamentó: "Su estado es tan triste y pavoroso, y nos apena profundamente. ¡Tan joven, tan hermosa y tan inteligente!" Su hija, Victoria Adelaida, de la misma edad que Carlota, escribió después de verla en Miramar: "Ella que era tan tranquila y firme, tan calmada y seria, y sin embargo de carácter alegre, no puedo entender cómo pudo suceder tal cosa. La quiero tanto… querida Charlotte, a quien nunca vi tan agitada, quien efectivamente por momentos parecía flemática e inanimada, cuya razón y prudencia siempre estuvieron por encima de su edad, ¡lo que debió de haber sufrido, por lo que debió de haber pasado para llegar a esto!"

El 6 de octubre llegó a Roma el conde Bombelles, con quien Carlota trató sobre la herencia de su padre, Leopoldo I, asunto de primordial importancia para sus hermanos, en vista de su estado mental. Al día siguiente hizo su arribo su hermano menor, Felipe, conde de Flandes, que apenas un par de meses antes acababa de rechazar el trono de Rumania. Porque Felipe y su hermano mayor, Leopoldo II, rey de los belgas, querían evitar el triste espectáculo que su hermana estaba dando en Roma, haciendo la comidilla de todos los periódicos de Europa. Felipe la condujo a la estación para llevarla a Miramar y prohibió a los mexicanos hacer acto de presencia. Los médicos habían recomendado sacarla de Roma y ponerla en un lugar tranquilo y aislado. Sólo Velázquez de León estuvo en la estación para despedir a su emperatriz. Carlota preguntó como si nada dónde estaban los otros. Velázquez le respondió apenado que no habían podido salir del hotel por hallarse indispuestos. "¡Cuánto llueve!", exclamó la mujer viendo el cielo. Estaba empezando a formarse una tormenta.

El 18 de octubre, Joaquín Velázquez de León escribió a Maximiliano un reporte detallado de los últimos días después de las crisis en el Vaticano. En Roma se quedaron el señor Barrio y la fiel Manuelita del Barrio, quien se sentía exhausta y suplicaba unos días

de descanso, para luego dirigirse a Miramar, ponerse a las órdenes de la emperatriz y ver en qué podían ser útiles. Su esposo lo único que quería era licencia para regresar con su familia en Campeche.

En el camino a Miramar, sin ningún mexicano a bordo, Carlota se quedó sola en un vagón con su hermano. Reconoció que estaba enferma de la cabeza y que tenía que tratarse. Aunque el trayecto pasó sin sobresaltos, excepto por la insistencia de que Napoleón quería envenenarla, Felipe describió esos días como "una semana horrible". Antes de partir de Roma, el conde se aseguró de que la cuantiosa fortuna de Carlota quedara "a salvo" de algún acto impulsivo. Envió telegramas a varias instituciones bancarias, a los Rothschild en París, a los Rothschild en Viena, al banco Casa de Londres, para solicitarles que no siguieran ninguna instrucción de Carlota si ésta no iba respaldada con la firma del prefecto de Miramar, Edouard Radonetz. Como muchos esquizofrénicos, Carlota era extremadamente sensible a lo que ocurría a su alrededor. Felipe debió de haber sentido escalofríos cuando súbitamente, después de la comida, su hermana se acercó, se sentó a su lado y lo tomó de la mano. "¿Qué te he hecho para que quisieras envenenarme? Si es por mi dinero, te lo daré ahora mismo, pero la vida es propiedad de cada uno."

En cuanto llegaron a Miramar, Carlota empezó a prepararse para regresar a México en un barco que salía el 15 de octubre, pero su familia política, los médicos y los tutores de su fortuna tenían otros planes. En su antiguo hogar la esperaba una celda y el director del asilo mental de Viena, el doctor Josef Riedel. Las órdenes de los médicos eran estrictas: nadie debía verla, tocarla, ni siquiera hablar con ella. Y ella, como Rapunzel, tampoco podría ver a nadie. El 13 de octubre fue encerrada en un anexo del castillo de Miramar en una habitación con barrotes.

A partir de este momento, Carlota desaparece de la historia de México. Casi nadie, excepto los médicos, su familia y el personal de servicio, volvió a verla, ni siquiera la cámara fotográfica.[8] La mirada del historiador regresa aquí a México para narrar la conclusión del imperio: el sitio de Querétaro, Maximiliano paseándose temerariamente por la ciudad sitiada por Mariano Escobedo, sin miedo a los francotiradores; la traición que permitió

su captura y su ejecución en el Cerro de las Campanas, a la cual se encaminó virilmente. Carlota Amalia salta entonces de la página del libro al pie de nota. En el mejor de los casos ocupa un par de párrafos más y después se diluye.

Pero a ella le quedaban todavía sesenta años de vida. Aunque se tejieron mil especulaciones y rumores en torno a "la pobre Carlota", "la desdichada emperatriz", "la infeliz princesa belga", como se referían a ella los diarios de la época, nadie pudo penetrar los muros de su castillo ni saber las intrigas y decisiones de dudosa moral que se llevaron a cabo en los gabinetes y escritorios de los palacios y bancos de París y Londres. En 1867 Carlota era aún joven y, sobre todo, inmensamente rica. ¿Qué sucedió con ella en todo ese tiempo? Los historiadores mexicanos por lo general no están interesados en la que fue esposa de Maximiliano en el periodo que va de 1867 hasta su muerte en 1927, exactamente sesenta años. Los belgas la ignoraron durante un siglo no sólo por la ausencia de fuentes —muchas de las cuales aparecieron apenas recientemente —, sino por la cerrazón de la Casa Real de Bélgica. El caso es que, sin sospecharlo, Carlota iba a volver a jugar un papel vital en Bélgica y el mundo. Aquí se cuenta por primera vez la segunda parte de su historia.

---

1 Egon Caesar Corti, *Maximiliano y Carlota, vida y tragedia*, Joaquín Gil Editor, Buenos Aires, 1944, p. 230.

2 La prensa europea siguió de cerca cada movimiento de Carlota. Los detalles de la estancia en Roma están suficientemente corroborados en reportes independientes publicados en distintos periódicos al día siguiente del que ocurrieron.

3 Véase la carta de Felipe Neri a Maximiliano fechada el 10 de octubre de 1866. "Ella misma fue la primera que se lo hizo notar a Su Santidad, en la primera conferencia oficial que con Su Santidad, tuvo el 28 de septiembre. Entró manifestándole que 'estaba envenenada y que todos los que venían con ella y estaban fuera eran sus envenenadores por orden de Napoleón'. La conversación que duró hora y media, fue toda bajo esa idea."

4 John Metcalf Taylor, que publicó su historia de Maximiliano y Carlota en 1894, sigue siendo leído por su historia de la quema de brujas en Nueva Inglaterra.

5 Carlota escribió más líneas a Maximiliano después de muerto, en estado delirante.

6 Miguel de Grecia, *La emperatriz del adiós*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999.
7 *Ibid*.
8 Con excepción de algunas fotografías casuales de 1867 durante los meses en Miramar, no se conocen más fotos de Carlota sino hasta unos meses antes de su deceso, tomadas de lejos en su coche por los *paparazzis* de la época, cuando ya rondaba los 80 años, y las correspondientes a su lecho de muerte.

Miramar

La vida pública de Carlota Amalia terminó abruptamente a finales de 1866. A los 27 años, en lo que debía ser el mejor momento de su vida, cuando su belleza e inteligencia estaban en plenitud, entró a un pabellón con barrotes. No cualquier pabellón, desde luego, sino un espléndido anexo al castillo de Miramar que llamaban "el castillito". En medio del mayor hermetismo recibieron a la princesa el médico austriaco Auguste Jilek, de 48 años, originario de Bohemia, y el director del hospital psiquiátrico de Viena, Josef Gottfried Riedel (1803-1870). Ambos eran alienistas, predecesores de los modernos psiquiatras. Además de los facultativos, estaban a las puertas del castillo dos personas de confianza de Maximiliano para recibirla y hacerse cargo del resto: el conde Karl von Bombelles y Edouard Radonetz.

El diario personal del doctor Jilek es una inestimable fuente de información sobre esa etapa de la vida de Carlota. El cuadernillo apareció apenas en 1980 en manos de un coleccionista de documentos históricos de Nueva York, y no se hizo público sino hasta años después. Las anotaciones son como una ventana desempañada —todavía desconocida para muchos historiadores— a los meses de Carlota en Miramar, tan llena de rumores y especulaciones.1

La emperatriz primero llegó rebosando de dicha. Estar en Miramar, entre sus plantas y árboles raros, tenía en ella un efecto tranquilizador. Enseguida ocupó una de las habitaciones que daba a

los jardines. A la mañana siguiente dio un paseo con el doctor Jilek, a quien conocía por la corte de Austria, y le compartió su sospecha de que había sido envenenada no una, sino varias veces. Su rostro estaba encarnado y miraba hacia todas direcciones como un reo que acaba de salir de la cárcel. Después de oír misa se reunió con los moradores de Miramar para la cena. Inspeccionó cada cosa que le servían y finalmente se negó a ingerir alimentos, excepto un poco de jerez. Al otro día, a pesar de las recomendaciones de quienes la acompañaban, se negó a salir del castillo para tomar aire. Por la tarde, uno de los sirvientes se acercó a los médicos para decirles que había descubierto que Carlota tenía planes de escaparse por la noche, trasladarse a Viena y, una vez ahí, ver la forma de volver a México.

Alarmados, Jilek, Riedel y otros dos médicos —uno llamado Rachich y un joven practicante apellidado Goraccucchi— se reunieron con Felipe, el hermano de Carlota, conde de Flandes, y le dijeron que, por su seguridad, era esencial que la joven fuera trasladada e instalada en el castillito, una reproducción en miniatura del edificio principal. El anexo, que Maximiliano había hecho construir en 1860, era también conocido como Gartenhaus. Consternados, se dieron cuenta de que tendrían que utilizar la fuerza. Un grupo de tres hombres, formado por monseñor Rachich —que había ido a dar la misa—, Radonetz y Bombelles, se presentó en la habitación de la emperatriz y le dijeron que era absolutamente necesario que se trasladara al Gartenhaus.

"Como nos hicimos presentes —escribió el doctor Jilek en su bitácora—, ella pensó que había llegado su hora e íbamos a matarla." Carlota se puso blanca como papel, y sintiendo que iba a desmayarse se tambaleó hacia una silla. Los hombres aprovecharon el momento y la acarrearon con todo y silla hasta el Gartenhaus, a la misma habitación donde el joven Maximiliano se había quedado algunas noches. Ahí las ventanas estaban enrejadas. El monseñor y el conde Bombelles se retiraron, cerraron la puerta y la dejaron sola con Jilek. Entonces el médico vio una escena que lo dejó estupefacto: Carlota se imaginó que Jilek era el designado para asesinarla. Retrocediendo, se puso a llorar y le rogó que le perdonara la vida.

"Usted debe —imploró— en este momento terrible pensar en

vuestra propia hija, que sin duda habrá de sufrir mi misma suerte si usted no muestra misericordia conmigo. El emperador le profesa a usted un enorme afecto, no es posible que ya haya olvidado la amistad del emperador."

A pesar de los mejores intentos de Jilek, Carlota siguió suplicando por su vida y pidió la gracia de ver a su hermano por última vez. Haciendo acopio de toda su paciencia, el alienista le pidió observar su habitación, reconocer sus cosas; le hizo notar sus muebles e hizo llamar al príncipe Felipe. El conde de Flandes, temblando ante el espectáculo de una loca, escribió después: "Asistimos a una escena de violencia y súplicas inimaginables. Ella no dejaba de decirme que había sido Max quien la había hecho envenenar, que irían juntos hasta el fin del mundo, y al mismo tiempo hacía la señal de la cruz y murmuraba oraciones. Esto duró cerca de media hora. No quería soltar mi brazo con tal de tenerme cerca, y el médico hubo de utilizar la fuerza para que me soltara". Felipe quedó impresionado con los gritos desgarradores de su hermana cuando por fin cerraron la puerta.

Pasada la crisis, los alienistas le dijeron que su presencia en Miramar estaba haciendo más mal que bien. Fue hasta que dos monjas visitaron a Carlota y pusieron otra cama para la señora Amelia Stöger —nuera de un tapicero de la corte de Austria—, que la enferma se calmó. Agotada, aceptó irse a dormir. A la mañana siguiente el conde de Flandes comprobó con alivio que su hermana estaba más relajada. Incluso pudo conversar con ella. Angustiada, adquirió plena conciencia de que estaba perdiendo la razón. Lo único que su hermano y los alienistas querían en ese momento era que él pusiera tierra de por medio, aunque por motivos distintos: el conde, extenuado, no sabía qué hacer con su hermana, cadavérica, golpeada, magullada; los médicos querían iniciar su tratamiento como mejor les pareciera sin intromisión de la familia. Ante Carlota se cerraba la pesada puerta del castillito, pero también la de su libertad y su conciencia. El doctor Riedel la examinó y aunque no emitió un diagnóstico, recomendó tranquilidad y aislamiento absoluto.[2] El 11 de octubre, el doctor Riedel envió un comunicado breve al conde de Flandes:

> Decididamente sufre de locura, con ideas fijas de persecución que son producidas por una enfermedad mental más seria de lo que se podía

> suponer al principio. Se han tomado todas las medidas para tratar a la paciente con el cuidado que requiere su condición, sin descuidar las precauciones necesarias. Su Majestad se halla por el momento en el Gartenhaus, vigilada y aislada. Las predicciones son tristes, debido a que su agitación está aumentando, aunque no totalmente desesperadas.

Cuando la paciente se quedó tranquila, el doctor Riedel se retiró de Miramar, pero dejó a Jilek para observarla durante un mes y escribir cualquier cosa que viera.

Los primeros meses en el Gartenhaus fueron complicados, Carlota rechazaba todo lo que se le proponía. No tomaba sus medicamentos, se rehusaba a recibir a miembros de su familia austriaca o belga, o a dar paseos. Lo que estaba haciendo, en su mente, era seguir las indicaciones de su marido: no exponerse. “Las instrucciones que ella había recibido en México del emperador Maximiliano —escribió Jilek—, le ordenaban no moverse de Miramar en caso de que fracasara su misión política con Napoleón III, hasta que Su Majestad llegara a Europa, específicamente a Miramar.” Gracias al diario de Jilek es posible poner fin a otra leyenda que ha rodeado a Carlota durante más de un siglo: que su huida apresurada de México y el aislamiento en Miramar se debieron a que estaba embarazada de un oficial belga. Jilek registró la ansiedad de Carlota por la ausencia de su periodo menstrual en octubre —cosa que ella tomó como otro síntoma de envenenamiento—, pero su reanudación al mes siguiente, cosa que hizo mucho por tranquilizarla. Si algo la preocupaba en aquellos meses era la llegada inminente de Maximiliano y que no había podido darle un heredero. Su estado mental en esa cuestión era inestable. Un día le preguntaba con mucho interés a Jilek si podía quedar embarazada, y en otros le confesaba con lágrimas en los ojos que Maximiliano la había envenenado para casarse con otra mujer que le diera un hijo.

Además de su delirio de persecución, era presa de ideas obsesivas, alucinaciones olfativas, gustativas y visuales. Durante una consulta le confesó al doctor Jilek que en Roma, cuando visitó al papa, “veía todo de una manera diferente; los palacios, las iglesias, los hombres, los animales y, sobre todo, las casas; tenían una forma completamente inusual, como ‘una cabeza extraña’ ”. Además de los episodios de exaltación, constan anomalías en la

percepción de ella misma, acompañadas de sentimientos de pánico y angustia. Durante las comidas volteaba varias veces a un espejo que tenía enfrente para verse la cara y detectar a tiempo cualquier señal de envenenamiento. Cuando le prepararon un concierto de cámara con cuatro violinistas vestidos de frac en las afueras del Gartenhaus, le dio un ataque de pánico. Estaba segura de que eran asesinos disfrazados. Se negó a entrar hasta que se retiraran. En otra ocasión, durante una misa, vio que Bombelles cambiaba de lugar, le pareció sospechoso y exigió que la sacaran de la capilla.

El doctor Jilek también encontró en su paciente síntomas de megalomanía, orgullo excesivo, un desproporcionado sentimiento de superioridad, intolerancia ante cualquier crítica y que empezaba a referirse a Maximiliano como "soberano del universo". Lejos de ser el rey del cosmos, a 10 000 kilómetros de ahí el emperador que controlaba una porción cada vez menor del país recibió noticias de que su esposa había sufrido una crisis nerviosa y se encontraba gravemente enferma del cerebro. El emperador se desgarraba ante la posibilidad de abdicar y volver al lado de su esposa, o quedarse en México y resistir como héroe. A Bombelles le avisó que esperara su arribo a Gibraltar en diciembre, pero presionado como estaba por su madre, y sin el corazón de abandonar a sus fieles generales Miramón y Mejía, fue posponiendo la decisión hasta que fue demasiado tarde.

Aunque Eloin le transmitió la opinión de los doctores de que su estado podría no tener curación, pero que con fortuna y con varios meses de descanso podría dejar de lado las obsesiones, el exconsejero terminó su comunicado con una nota de pesimismo: "[La emperatriz] no sospecha de los doctores, y los tolera sólo por un sentimiento de dignidad, por no rehusarse a algo que todos sabemos que no tendrá éxito. Si se mantiene calmada, sumisa, dócil, es porque entiende que hay reglas, una voluntad impuesta. Aunque es libre, se siente en una cárcel". En cambio, Jilek dejó salir su frustración:

> Es imposible convencer a su majestad de que tome cualquier medicamento, es dueña de una obstinación extraordinaria. No podemos hacer que cambie ciertos hábitos que forman su manera de vida, ni hacerla comer alimentos que convendrían más a su estado actual. No hay en ella capacidad de obedecer, docilidad, disposición de abrirse a

> las explicaciones, ni a las personas más cercanas, en quienes podríamos apoyarnos.

Bombelles no compartía la resignación de Eloin; estaba descorazonado por una recaída que vino a dar al traste con el optimismo de los primeros días: “Me desespera no poder darle buenas noticias —escribió Bombelles a Eloin—. La esperanza [de los médicos] de una curación definitiva está quebrantada”.

La mitad sobre el mar, la mitad a la deriva

Rodeada de ayudantes bien intencionados pero desconcertados y sin idea de qué hacer con ella, Carlota quedó confinada en Miramar bajo la custodia de Austria y comenzó uno de sus años más amargos. Un día normal consistía en “levantarse alrededor de las siete, tomar un café con leche y pan con mantequilla, asearse, tomar un baño tibio, y una vez aseada, dedicarse a la pintura o a la música; si el clima es bueno, dar un paseo por el jardín”, según escribió Eloin. Después de la comida y la visita de sus médicos, volvía al parque e incluso daba un paseo en bote por el lago. Más allá había algunos sitios de interés. En Trieste quedaban restos de un templo a Júpiter de la época romana, un museo de antigüedades clásicas y un museo científico fundado por Maximiliano. Un viajero que pasó por ahí ese año escribió:

> Sería difícil describir cómo el arte ha cautivado ahí a la roca y la ola, hasta que uno ve el espolón de una de esas escarpadas colinas de Trieste que se adentra en el mar, convertido en asiento de la comodidad y el lujo; pero el visitante es consciente de la magia tan pronto como traspone la entrada de los terrenos del palacio. Éstos son en gran parte perpendiculares, y por doquier se encuentran etéreas escaleras que trepan entre los árboles a las estructuras de los jardines. Donde son horizontales, se diversifican en mares mímicos para que naveguen los cisnes, y casas de verano para que la gente se aloje y los mire nadar. En el punto de tierra más alejado cuesta arriba se encuentra el castillo de Miramar, la mitad sobre el mar, la mitad a la deriva, bajo las nubes.[3]

La emperatriz se acostaba temprano por orden de los médicos, para que acumulara todo el sueño posible. “Todo el tratamiento consiste

en distraer a la enferma y desviar su atención cuando vuelve la idea que la atormenta [el envenenamiento].” Otras noticias de aquellos días nos llegan de corresponsales ansiosos de noticias sobre la emperatriz de México, que rondaban el castillo en busca de servidumbre dispuesta a deslizar un chisme a cambio de una propina. De acuerdo con un reporte publicado en *The Observer* de Londres,[4] la forma en que los médicos lograron que Carlota empezara a comer bien fue pidiendo a su viejo *maitre d'hotel*, un hombre llamado Zelinka, y a su esposa, que le prepararan los alimentos antes de que partiera a México. Cuando supo que ningún mexicano estaría involucrado en la elaboración de los alimentos, aceptó por fin sentarse a la mesa en forma.

Jilek escribió: “No tiene ni una pizca de ganas de obedecer. Todo intento de persuasión [contra sus ideas obsesivas] no sólo ofrece nulo resultado, sino que provoca en ella efectos francamente nefastos”. El alienista se reunió con el doctor Riedel, con Radonetz y con Bombelles para emitir su recomendación: pedir la autorización de Maximiliano para llevarla a un hospital psiquiátrico en Suiza, no para internarla, pero sí para alojarla en una casa en los alrededores, y que su director, el doctor Bocell, pudiera atenderla. La idea fue desechada. “Le enferma continúa con sus actividades, que han terminado por gustarle [la lectura, la pintura al óleo y el piano]. Repite lo contenta que está con su situación actual y su deseo de que nada cambie.” Carlota adoraba Miramar porque era ahí donde se hallaba en contacto con las dos cosas que más le gustaban: la naturaleza, dignamente representada por el mar Adriático que tanto le sorprendía por ser “totalmente de color azul” y los jardines que durante años había cultivado Maximiliano; y el arte, formado por la colección de cuadros que habían reunido durante su estancia en Lombardía. Mantenía correspondencia con su familia y en su entendimiento estaba siguiendo las instrucciones de su marido. Esperaba reunirse con él de un momento a otro.

Carolina, condesa de Grünne, fue una de las pocas personas que se preocupó por la falta de compañía femenina para su amiga. Se ofreció a cuidarla, pero los médicos se opusieron. Con la soledad y el silencio sus crisis nerviosas, estaban cediendo. Rara vez preguntaba algo sobre México. Dejó de manifestar ideas obsesivas, aunque en ocasiones su comportamiento, una palabra pronunciada,

una observación esporádica, demostraban que el nuevo continente seguía en su cabeza. Leía libros viejos y nuevos, pero no periódicos; si preguntaba algo sobre el imperio, Jilek se limitaba a responderle que la guerra seguía en México y que no habría noticias de su esposo por un buen tiempo. El alienista no permitió que nadie la visitara, pero su familia tampoco hizo mucho por ir a verla.

Maximiliano alcanzó a escribirle tres cartas más. No tocó el tema de su trastorno mental ni a la situación cada vez más terrible para el imperio. Por el contrario, le planteó la posibilidad, totalmente irrealizable, de que volviera a América para la primavera; la primera carta tiene fecha del 27 de noviembre de 1866, en Orizaba, y la segunda el día de Navidad, en Puebla, aunque es probable que ella no las haya recibido sino hasta inicios de 1867. "Sin ti, los festejos de Navidad son una gran pena y me provocan una indecible nostalgia", escribió el emperador; le contó del hospital de San Pedro y de un hospicio para pobres que Carlota había levantado y financiado. La última carta tiene fecha del 8 de enero de 1867. Aunque su mandato se estaba derrumbando, Max tuvo cuidado de no mencionar nada que alarmara a la enferma, excepto sus interminables enfermedades estomacales. Al final, presintiendo que se cerraba para siempre su último medio de comunicación, anotó su última línea para Carlota: "Siento doblemente lo inmensamente amplio del océano, pero Dios sabe que todo terminará bien. Te estrecho a mi corazón".5 Carlota no respondió la carta o su respuesta se ha perdido.

En los primeros meses de 1867, sintiéndose mejor, volvió a tomar la pluma para escribir a sus conocidos. Al leer su correspondencia no se halla el mínimo indicio, a primera vista, de problemas mentales. El 2 de marzo, cerca de la fecha en que debió de llegarle la última carta de Max, la emperatriz escribió a madame de Grünne. Con sus modales intactos le habló sobre la próxima boda de su hermano, le mencionó los libros que estaba leyendo, reservando su mejor comentario para *La santa historia de la Biblia* de Victor Duruy, escrito por el entonces ministro de educación de Napoleón III. En el prólogo, Carlota leyó: "En el tiempo señalado yo te oiré; en el día de la salvación vendré a salvarte. A quien esté tras las rejas diré: 'Levántate'. A quien esté en tinieblas: 'Sal a la luz' ". La emperatriz tenía una razón secreta para sentirse indigna de los

sacramentos. “No he podido hacer mis oraciones por mucho tiempo, rece usted por mí”, le escribió a su amiga con la historia de Duruy al lado. Una noche leyó en el comentario a los Hechos de los Apóstoles: “La mujer estaba poseída de un espíritu maligno que reportaba grandes ganancias a sus amos”. Todas aquellas sentencias comenzaron a hundirse en el oscuro estanque de su mente. Tres meses después volvió a escribir a madame de Grünne para agradecerle los detalles de la boda de su hermano en abril, a la que no pudo asistir, así como sobre su nueva cuñada, María Luisa de Hohenzollern. “Le pido al Espíritu Santo que me esclarezca y me fortifique con sus dones, y con este fin leo la *Conducta* del padre [Jean-Baptiste-Elie] Avrillon”, añadió.

Una tarde, en el viejo manual del siglo XVIII, leyó: “Todas vuestras acciones tenderán a la penitencia. Os privaréis de todo aquello que pueda agradar a los sentidos, y haréis todo aquello que os mortifique, y os opondréis a vuestras inclinaciones. Esta penitencia será universal y marcará vuestro humor, vuestra mirada, vuestros gustos, vuestras palabras, vuestros pensamientos, sentimientos, deseos y en vuestra misma voluntad”. Uno puede bien imaginarse su estado mental con aquellas lecturas que ella misma pedía. ¿Qué se agitaba en su conciencia? ¿Que se sentía indigna de orar siquiera? ¿Se sentía conmovida por la mujer endemoniada y atraída por la penitencia y el martirio? Terminó la segunda carta a su amiga con un dejo de melancolía que apenas se asoma entre líneas: “Me imagino que usted irá al Campo [Marte, París] si es que no está ya ahí, a menos que no le llame la atención la Exposición [Universal de 1867], ahí donde se hallan ahora todos los grandes del mundo. Mi hermano está ahí. Yo estoy fuera de contacto de todo eso. Miramar con su perfecta paz tiene eso de bueno, y es realmente hermoso. El canto de los pájaros es encantador. Adiós, querida, madame de Grünne”.

El doctor Jilek le dio morfina, lo que la tuvo adormilada, ajena a las noticias y los rumores que se desarrollaban a su alrededor. “Esto es un poco como la Bella Durmiente del Bosque”, escribió cuando ya no estaba en Miramar, aparentemente fundiendo el presente con el pasado.

> Si me ponen ante la mirada todos los platos con los venenos más violentos, los reviso todos, los conozco lo suficiente para no

> equivocarme, los huelo y los rechazo, es mi derecho, pero me deben mantener la vida del cuerpo con otra cosa además de morfina. Sé por qué me la dan, es lo que me enoja. No produce dolor sino que adormece la fuerza de voluntad; es eso lo que me ofende.

Aunque existen cuando menos un par de fotografías de Carlota en Miramar junto a su dama de compañía, que deben de ser de mediados de 1867, son fotos ocasionales en las que claramente ella no está al tanto del fotógrafo. Su origen es un misterio, dado que en esa época no se acostumbraban las fotos casuales, tan comunes en la actualidad. Carlota no hubiera aceptado que se le tomara una foto sin estar mirando al frente, con un propósito iconográfico político o biográfico, como lo hacían todas las personas de importancia. En la primavera de 1867 había consentido posar en forma para un fotógrafo. Deseaba enviarle una *carte de visite* a su cuñada María Luisa Alexandra. Cuando el artista llegó al castillo, la emperatriz cambió de parecer y se negó a salir de su habitación. Así, el último retrato oficial en su juventud fue el que se tomó en París con la mirada triste y vestida para el invierno.[6]

Un triste incidente del que los biógrafos han querido hacer más ocurrió en junio, cuando por la mañana encontraron colgada de una viga a Amalia Stöger, una de sus damas de compañía favoritas. A su lado había una carta en la que decía que ya no soportaba más la situación con su marido. Preocupados de que aquello pudiera afectar a la enferma, decidieron no contarle sobre el suicidio y decirle que la señora Stöger había tenido que retirarse con urgencia por cuestiones familiares.

Carlota en una marejada de rumores

Durante todo 1867 la gente de todas clases sociales se deleitó y horrorizó con una oleada de rumores que rodearon la caída del Imperio mexicano y la desaparición de Carlota. No está claro cuándo y dónde se inició el rumor de que ésta última salió de México porque estaba embarazada y que dio a luz a finales de 1866 o principios de 1867 en el castillo de Miramar. En México, donde las familias estaban acostumbradas a tener siete hijos, llamaba la atención la falta de niños de la pareja, aunque todos suponían que

ella podía quedar embarazada en cualquier momento. El rumor posiblemente comenzó tras su repentina desaparición; otros especulan que se originó en el viaje a Cuba, cuando estuvo vomitando todo el trayecto. En opinión de algunos comentaristas, la letra de la parodia de Riva Palacio "Adiós, mamá Carlota" conserva rastros de dicho rumor, pero no es el caso.[7] Lo cierto es que mientras vivió la emperatriz no existe una sola referencia por escrito sobre el rumor, ni siquiera en los diarios sensacionalistas de los liberales. Tal vez la idea fue producto de algún dramaturgo ansioso de fama.

El autor belga Robert Goffin, un historiador deficiente y sensacionalista, fue el primero en escribir sobre él en 1937 en un libro titulado *L'Épopée des Habsbourg. Charlotte, l'impératrice fantôme*. En 1946 el biógrafo irlandés Harford Montgomery Hyde retomó la conjetura. Veinticinco años más tarde, Joan Haslip, en su acucioso libro *The Crown of Mexico*, opinó que los rumores del embarazo eran "demasiado persistentes como para ignorarlos. El embarazo explicaría el ingrato y duro trato que recibió de la familia de su esposo, así como el hecho de que a ninguna de sus amigas […] que todas se ofrecieron para ir y cuidarla, se le permitió visitarla". Pero si el rumor era persistente, era simplemente porque se había venido repitiendo y no había más fuentes de información.

Que Carlota resultara embarazada era de hecho lo más deseable, así Max aceptaría volver a Austria; excepto que el rumor al que se refieren Hyde y Haslip es que la emperatriz llevaba en su vientre al hijo de un general belga llamado Alfred Van der Smissen. Algunos afirman haber encontrado el fruto de aquel amor ilícito: el coronel Maxime Weygard, nacido en Bruselas en enero de 1867 de padres desconocidos, y que siendo adulto peleó por Francia en la Segunda Guerra Mundial.[8] Pero nunca hubo tal embarazo. Los diarios privados del doctor Jilek, que nunca mencionan esta circunstancia, no estaban disponibles cuando Montgomery o Haslip hicieron su investigación. Carlota se sentía desdichada por no tener hijos y mostraba interés por la posibilidad de embarazarse a los 27. Tanto Jilek como Riedel llevaron registros puntuales de sus menstruaciones, los cuales ella recibió con cierto agrado pues las interpretó como señales de que estaban pasando los efectos del envenenamiento. Un día se levantó con náuseas y cayó aterrorizada,

porque creyó que alguien le había suministrado una dosis mortal. En junio de 1867, durante sus últimos días en Miramar, a petición de Jilek llegó al castillo el ginecólogo Duchek, dado que Carlota presentaba *pequeñas* irregularidades en su ciclo menstrual, que el médico consideró sin importancia.

Otra ocasión para murmuraciones —en el sentido de que algo andaba mal en México— fue la ausencia de Maximiliano y Carlota en la Exposición de París en 1867, y que la emperatriz no fuera a la boda de su hermano Felipe. Con todo, la hablilla más extendida, que persiste hasta nuestros días, es que la emperatriz no alucinaba, sino que en verdad fue envenenada. Fue, por supuesto, iniciada por ella misma. Dado que el veneno no fue nunca el arma favorita de la clase política mexicana —aunque sobre Juárez también corrió el rumor de que había muerto envenenado— si a la emperatriz le dieron toloache, una planta mortífera, seguramente se debió a motivos pasionales, quizá una de las amantes de Maximiliano. No es del todo improbable. Incluso una dosis pequeña puede provocar daños neurológicos permanentes.[9] En su libro de 1843, *Vida en México*, la condesa Calderón de la Barca menciona el uso de varios venenos y sus remedios en México, y casos de mujeres que estaban en prisión acusadas de haber envenenado a sus amantes. Carlota insistió hasta el final que había sido envenenada. Pero por muy seductora que sea la idea para vender libros, la esquizofrenia es la explicación más plausible, considerando los inequívocos síntomas y la recurrencia de problemas mentales en la familia de Carlota.[10]

Por último está el rumor, con muchos más elementos, de que Carlota no estaba realmente *loca*, es decir, inhabilitada de manera permanente para gobernar o tomar decisiones. Algunos especularon que su enfermedad era fingida, un engaño de la orgullosa hija de Leopoldo I para que Maximiliano tuviera pretexto para regresar honorablemente a Europa. Un corresponsal del *New York World* dejó rastro de ese chisme en las cortes de Europa, pero editorializó: “Me resisto a creer [que la locura de Carlota sea una máscara] porque la bien conocida vanidad de la mujer del archiduque jamás dejaría que el mundo le tuviera lástima”. El mismo corresponsal predecía la inminente llegada de Maximilano a Europa, donde pasaría el resto de sus días no como emperador, ni como rey, sino como “un pobre hombre y esposo”, que era a lo que Carlota temía, más que a la

muerte o la locura: “Cuando [Maximiliano] abdique, se convertirá en un hombre despreciable”.

El cotilleo duró poco tiempo. Cansada la lengua del populacho y de las cortes europeas, la gente pasó a ocuparse de otras cosas —la coronación de Francisco José como rey de Hungría; el estreno de “El Danubio Azul” en Viena; la boda de Helena, la hija de la reina Victoria; la Exposición Mundial en París— y se olvidó de Carlota. Todos, menos Maximiliano, que al otro lado del mundo, rodeado de sus últimas fuerzas leales, también inició otro autoencierro. Decidió hacerse fuerte en la ciudad de Querétaro y resistir el último embate de los republicanos. Sin nada más que perder, decidió morir como un héroe.

---

1 Después de varios intentos por venderlo a varias instituciones, el diario de Jilek fue adquirido por Frederick R. Koch, quien a su vez lo donó a la Universidad de Yale. El documento se encuentra en alemán en letra gótica en la biblioteca Beinecke, en la sección de documentos raros y antiguos. Permanece inédito, pero varios fragmentos fueron publicados en francés por Paoli (2008). Aquí se presentan por primera vez en español.

2 Los alienistas poco podían hacer, excepto experimentar. La psiquiatría moderna no había nacido y casi nada se sabía sobre la causa y la cura de enfermedades como la esquizofrenia, a la que se identificó y llamó “demencia precoz” apenas en 1886.

3 “Minor Italian Travels”, *The Atlantic Monthly,* septiembre de 1867, p. 337.

4 El 21 de octubre de 1867.

5 Es un hecho que Carlota leyó la carta, dado que ella misma citó un fragmento de la misma dos años más tarde con extraordinaria memoria: “Las últimas palabras de la última carta del emperador que yo nunca recibí eran éstas: ‘Dios conducirá todo para bien’ […] como un legado de su grandeza despedazada, como una estrella caída que no cintila más que en la tumba”.

6 El retrato que se hizo en París con Desdéri, la última foto tomada *ex professo*, parece tener propósitos biográficos y políticos.

7 Por ejemplo, Martha Zamora. Estos comentaristas han querido ver una referencia al embarazo de la emperatriz en la línea que dice que se va “botando cual pelota”. Mucho más simple resulta explicar la inclusión de la palabra “pelota” para que rimara con “Carlota”.

8 De acuerdo con Etienne Sabe, archivista real de Bélgica, Maxime Weygard fue hijo de una dama de compañía de Carlota. Dominique Paoli identifica a dicha dama como Mélanie Zichy-Metternich.

9 Fundación UNAM, “Toloache, planta desconocida”, Fundacionunam.org.mx

http://www.fundacionunam.org.mx/salud/toloache-una-planta-poco-conocida/. Consultado el 5 de mayo de 2018.

10 Véase “L’héritage génétique de l’impératrice Charlotte”, en Dominique Paoli, *L’Impératrice Charlotte: Le soleil noir de la mélancolie*, Perrin, París, 2008, p. 276.

La exposición mundial

A principios de 1867 la mayor parte del ejército francés había salido de México o se encontraba en camino al puerto de Veracruz. Maximiliano, aún desdoblándose entre el sentido del deber y la añoranza de estar junto a su esposa, telegrafió a su familia que regresaría a Austria. El emperador embarcó sus pertenencias, los archivos imperiales y hasta su colección botánica. El barco a Trieste con los restos del Imperio mexicano llegó al Viejo Mundo en diciembre de 1866, pero cuando él expresó su intención de volver a Europa, Maximiliano se topó con la inesperada respuesta por parte de su madre: “Debo insistir en mi deseo de que resistas en México todo lo que puedas, como lo exige el honor”.

Aunque la súbita desaparición de Carlota y el silencio oficial por parte de la Casa de Austria causó extrañeza, el foco de atención se trasladó a la apertura del más grande proyecto de relaciones públicas de Napoleón III: la Exposición Internacional de París de 1867, la más extensa y ambiciosa hasta ese momento, dedicada al tema de la paz. La intención era mostrar durante seis meses la gloria de Francia, de París reconstruido, de Napoleón III… y esconder bajo la alfombra sus fracasos en política exterior. La magnitud del evento en el Campo Marte, lugar de los grandes desfiles militares, hizo a muchos prever el fracaso. Diez mil hombres trabajaron día y noche en 50 hectáreas para montar la exposición con más de 50 000 participantes: un colosal edificio central para las exhibiciones y kilómetros de pasillos entre jardines

rebosando de lagos, faros, bosquecillos, palacios en miniatura, puentes, establos para animales exóticos, casas de oración de todas las religiones, espectáculos, estatuas, restaurantes y más de 100 edificios, además de un tren que circundaba Campo Marte para trasladar a los visitantes.

El mundo se dio cita a aquel sublime momento de Francia y la humanidad, representada toda bajo el patrocinio del gran emperador. Se enseñaron inventos, se mostraron obras, y a diferencia de exhibiciones pasadas que habían tenido el propósito primordial de mostrar los avances industriales de Europa, en la de París se exhibió la gloria de civilizaciones pasadas (herramientas prehistóricas) y presentes (el muy anunciado "descubrimiento" de la electricidad que atrajo a un intrigado Julio Verne), así como mercancías de más de 50 países. Estaba concebida como un gran culmen de la raza humana en donde tendría cabida lo nuevo y lo viejo, lo alegre y lo sublime (conciertos flotantes sobre el río Sena con música de todo el mundo), lo colosal (un enorme tablero de ajedrez), lo infinitamente pequeño (diamantes y marionetas), lo exótico (elefantes de la India y leones de África) conviviendo con lo simple y llanamente "raro" (dos esclavas chinas con diminutos pies), y por supuesto la fuerza y el poder del anfitrión: Francia rodó dos cañones de 32 toneladas que tuvieron que ser arrastrados por 37 caballos; pero Prusia, como para guiñarle el ojo a Napoleón y anticiparle lo que estaba por venir, se las arregló para trasladar otro de mayor tamaño.

Se preveía que la Exposición de París cerrara la "época de las exhibiciones". Había gitanas españolas, un palacio de Túnez con guardias en traje típico, bailarinas orientales y malabaristas japoneses. Estaba el viejo mundo —Rusia, Suiza, Siam, Japón y China— frente al nuevo —Estados Unidos, que envió colecciones de minerales y diversas pinturas de paisajes, además de un retrato de Lincoln. Francia bajo el reinado del viejo Badinguet[1] reclamaba el primer lugar en fuerza, invención artística, buen gusto y espíritu de empresa en el concierto de las naciones.

Las mujeres fueron la delicia de quienes asistieron y escribieron sobre la exhibición internacional.

> Inglaterra envía varias *misses* cuya especialidad consiste en dejarse cortejar por todo el mundo y casarse con algún noble idiota y millonario

—escribió un corresponsal estadounidense para un diario de Illinois—. Rusia envía princesas creadas y traídas al mundo con el propósito expreso de casarse con artistas. España envía mujeres que tocan la guitarra, con fama de malhumoradas, que no merecen tal reputación. Aquí el ojo descansa sobre las italianas con sus ojos negros y su pelo negro azabache, adornadas con su gracioso *messao*, que es uno de los atuendos para el pelo más exquisitos que se hayan inventado. Está la sueca con su pelo dorado y su piel blanca como el mármol, con su paso indolente y ojos soñadores. Un poco más allá la rubia alemana, melancólica, muy de acuerdo con el temperamento nacional. Pero entre todas destaca la parisina, que es la más femenina de las mujeres, investida con un encanto que sólo le pertenece a ella.

El 1º de abril, Napoleón III en persona y la emperatriz Eugenia entraron a Campo Marte entre vítores de la gente que acudió para ver una inauguración deslucida, entre cajas sin desempacar y los trabajos de montaje lejos de estar concluidos. Muchos participantes todavía estaban desempacando y armando sus pabellones. Con el paso de las semanas, conforme fueron quedando listos los puestos, París se convirtió en el centro del mundo, una miniatura de la civilización humana. Incluso México estuvo presente, aunque de manera más bien triste. Carlota había trabajado durante dos años en el diseño del pabellón mexicano, pero su esfuerzo fue en vano. Al final, la presencia de México se limitó a una reproducción del templo de Xochicalco (propiedad de un particular) y un par de óleos pintados en Francia que mostraban el triunfo de Napoleón III en suelo latinoamericano.[2] La publicación oficial de la exposición se lamentó del hecho de que el Ministro de Educación, Victor Duruy, no hubiera concretado una expedición científica a México que hubiera enriquecido la magra presencia de ese país. Muchos esperaban ver a Maximiliano y Carlota y objetaron entre dientes a las espaldas del emperador de Francia. Un chiste circuló entre los franceses sobre las dos pinturas que formaban el pabellón de México:

—Estos cuadros —se decía en secreto, porque era traición criticar al emperador o decir la palabra "México"— son los más valiosos del mundo.

—Pero ¿cómo?

—Valen cien millones de francos cada uno.

—Pero usted me está tomando el pelo.

—No, esto [los triunfos militares que mostraban los cuadros] es todo lo que hemos conseguido traernos a casa.

La opinión pública en Francia estaba dividida en cuanto a la cuestión mexicana, y según iban llegando al viejo continente noticias de la retirada del ejército francés, el abandono de Maximiliano, y el trato que se le había dado a Carlota en Saint-Cloud, la antipatía hacia Napoleón se acentuaba. El embajador británico en París, Lord Cowley, escribió:

> Cuando se discuta la cuestión mexicana, y se demuestre que Francia no ha recibido nada más que humillación, este descontento probablemente aumentará y no hay forma de decir a qué medidas puede recurrir el emperador para tratar de distraer la mente del público. Me inclino a pensar que el emperador tiene puesta toda su fe en la Gran Exposición […] cuando espera ver llegar a soberanos y príncipes a rendirle homenaje en París y de esta forma rehabilitarse ante la opinión pública.

Una de las propuestas artísticas más dramáticas —y más bochornosas para Francia— vino de una fuente inesperada. El artista Édouard Manet, padre del modernismo, rechazado en todas las galerías de la época, pero visto como un héroe a contrapelo de las tendencias artísticas, estaba interesado en pintar escenas de la vida cotidiana, pero también fue un feroz crítico de Napoleón III. O bien por ese motivo, o porque su estilo era incomprendido, el comité de selección rechazó su solicitud de mostrar su obra en la Exposición Internacional. Aquello no detuvo al artista. Durante junio y agosto Manet hizo uno de sus cuadros más controvertidos, aunque poco conocidos, el *Aspecto de la Exposición Internacional de 1867*. A primera vista parece una perspectiva defectuosa de los edificios y los asistentes vistos desde la colina de Chaillot, desde donde pintó su obra. Una observación atenta revela que se trata de una sentida crítica a la aventura mexicana de Napoleón III.

Fra Verdensutstillingen i Paris i 1867, de Édouard Manet

El cuadro muestra la exposición de lejos; destacan dos faroles con el nuevo descubrimiento de la electricidad, pero curiosamente todas las personas dan la espalda al espectador, exceptuando tres figuras grotescas. En el centro está una joven mujer vestida toda de negro montada a caballo. La amazona representa a Carlota, que acababa de dejar París cuando Manet comenzó la pintura.[3] La mujer a caballo observa a un jardinero (Napoleón III) mientras ella trata de controlar su montura. El jardinero le da la espalda, concentrado en su parcela (México) cercada con púas y saturada de vegetación verde, flores rojas y el blanco del agua. Al otro extremo del cuadro unos soldados franceses en actitud relajada (inactivos) se sientan en una colina sin mirar a la jinete, a la que en cambio apunta con su paraguas una figura descarnada y fantasmagórica. No está claro si Manet terminó la pintura. Posiblemente la dejó de lado, furioso, al enterarse de las noticias que llegaron de México: Maximiliano había sido fusilado.

Reacciones en Europa ante la muerte de Maximiliano

Si la opinión pública en Europa respecto a Napoleón y su aventura mexicana se mantuvo en los linderos de la crítica mordaz hasta mediados de 1867, fue porque se esperaba que en cualquier momento regresara el hermano menor de Francisco José con su equipaje y una mueca de “ni modo”. Para la gran angustia y contrariedad del monarca francés, Maximiliano hizo lo que nadie

fuera de México esperaba: con un último contingente de tropas leales resistió un prolongado sitio en la ciudad de Querétaro hasta que —debido a una traición de uno de sus hombres de confianza— fue capturado en el mes de mayo y condenado a morir frente al pelotón de fusilamiento. De poco valieron las cartas enviadas a Juárez y al presidente de Estados Unidos, Andrew Johnson, para que se le perdonara la vida. El escritor francés Victor Hugo escribió a Juárez:

> Acabáis de abatir las monarquías con la democracia. Les habéis demostrado su poder, ahora mostrad su belleza. Después del rayo mostrad la aurora. Al cesarismo que masacra, oponed la república que deja vivir. A las monarquías que usurpan y exterminan, oponed al pueblo que reina y se modera. A los bárbaros, mostrad la civilización. A los déspotas mostrad los principios. Humillad a los reyes frente al pueblo, deslumbrándolos. Vencedlos, sobre todo, por la piedad

Y casi al final de su carta, imploraba:

> Juárez, haced que la civilización dé este paso inmenso. Juárez, abolid sobre toda la tierra la pena de muerte. Que el mundo vea esta cosa prodigiosa: la república tiene en su poder a su asesino, un emperador; en el momento de aniquilarlo, descubre que es un hombre, lo deja en libertad y le dice: eres del pueblo como los otros. ¡Vete! Ésta será, Juárez, vuestra segunda victoria.

Giuseppe Garibaldi, que estaba por conseguir la unificación italiana, le escribió:

> Tú no desesperaste de la salvación de tu pueblo, para vergüenza de la multitud de traidores, para vergüenza de los soldados de tres potencias reunidas, para vergüenza de las artes de la nigromancia, pronta siempre a asociarse con la tiranía. Enemigos, sin embargo, de la efusión de sangre, te suplicamos por la vida de Maximiliano, ¡perdónalo! Te lo suplicamos los conciudadanos del bizarro general Ghilardi, fusilado de orden suya por sus esbirros, ¡perdónalo!, devuélveselo a su familia compuesta de nuestros carniceros, como un ejemplo de la generosidad del pueblo que vence al fin, pero que perdona.

La reina Victoria de Inglaterra y Napoleón III escribieron en el

mismo sentido al presidente Johnson. En el último momento, el emperador de Austria Francisco José devolvió a su hermano títulos y prerrogativas esperando que Juárez no se atreviera a asesinar a un miembro de la Casa de Austria. Todo fue inútil.

En la mañana del 19 de junio de 1867, Maximiliano fue conducido al Cerro de las Campanas, entonces a las afueras de la ciudad de Querétaro. De pie frente a un pelotón de jóvenes soldados demasiado nerviosos para disparar, Maximiliano los abrazó, le entregó a cada uno una moneda de oro, y les dijo que apuntaran bien a su corazón y cumplieran con su deber. A su lado estaban sus dos cercanos aliados, malhechores para la república, los generales Miramón y Mejía. Antes de que los soldados descargaran, Maximiliano cedió el sitio de honor a Miramón, en medio de los tres, y él se apostó a la derecha del pelotón. Un soldado ofuscado intercambió balbuceante algunas palabras con el emperador, pero éste lo tranquilizó: "Usted es un soldado y ha de obedecer", y luego a la gente que logró escucharlo gritó: "A todos perdono". Se secó el sudor con un pañuelo y se lo entregó a uno de sus criados, a quien le indicó en húngaro: "Lleve esto a mi madre y dígale que para ella fueron mis últimos pensamientos".[4] Antes de los disparos alcanzó a decir: "¡Viva México!" Fue su última declaración pública, pero no sus últimas palabras, porque el pelotón fue increíblemente inepto y sus armas tan deficientes que sólo lograron matar a Miramón. Mejía seguía vivo y de pie. Maximiliano estaba en el suelo sangrando a borbotones y murmurando: "¡Hombre!" Hubo otro desmañado disparo en el pulmón derecho. En vez de matarlo, hizo que se incendiara su camisa y debieron echarle agua para apagar el fuego. Maximiliano vio prolongada su última hora entre estertores de muerte. Finalmente, un soldado se acercó y atravesó su corazón con un sable o le dio el tiro de gracia. Todos estos detalles, el cerro, los dos malhechores, el pañuelo que enjugó su sudor, el encargo de confortar a su madre, sus palabras desde el patíbulo perdonando a todos, el agua, la sangre, el sable que atravesó su costado, y hasta la hora de la ejecución (las tres de la tarde) llegaron a oídos de Carlota, se asentaron, esperaron su momento para volver a manifestarse.

De acuerdo con Egon Caesar Corti, el primer historiador en tener acceso a la documentación austriaca del Imperio mexicano, las

noticias del fusilamiento llegaron a oídos de Napoleón y Eugenia una noche antes de la entrega de los premios de la Exposición Internacional, es decir el 30 de junio de 1867. En la ceremonia estarían presentes varios jefes de Estado y miembros de la realeza. Los emperadores estuvieron a punto de cancelar, pero decidieron seguir adelante. Fue un momento especialmente difícil, sobre todo para Eugenia. Después del evento se desmoronó emocionalmente. Los lugares del conde de Flandes —hermano de Carlota— y del ministro austriaco Richard von Matternich estaban vacíos. Ya se habían enterado de Querétaro.

El giro que tomó el asunto de México fue un bochorno mayúsculo para Napoleón, que canceló la mayor parte de los eventos oficiales en la Exposición, por lo que muchos jefes de Estado volvieron a sus países de origen.

> La indignación de todo el mundo se volcará sobre Luis Napoleón —escribió el diario estadounidense *New York World*—, que de esta forma ha destrozado la paz de una familia tranquila y nombre para convertirlos en las marionetas de una iniciativa vaga y traicionera, de la que sólo él podía cosechar aplausos. Maximiliano y Carlota, en Miramar, eran una pareja inofensiva, pacífica. La archiduquesa era una dama vanidosa y agradable de Bruselas, que pasaba la mayor parte de su tiempo alimentando a sus palomas y construyendo acuarios […] leyendo muchos libros, paseando en el mar, pescando, haciendo castillos [de arena], llevando una vida inofensiva y feliz.

Incluso el antiimperialista *New York Times* condenó en términos inequívocos la ejecución: “El asesinato de Maximiliano, que no es sino uno de tantos asesinatos que han marcado el triunfo de los republicanos, es un mal presagio para el gobierno republicano de México. No puede haber esperanza de paz duradera para un partido o gobierno que celebra su triunfo con un crimen”.

Pero Carlota, la emperatriz *de jure* del ya inexistente Imperio mexicano seguía viva, y su sombra proyectaba un incómodo recordatorio sobre Francia y Austria. En sus memorias, el duque Ernesto II de Sajonia-Coburgo-Gotha, primo hermano de la princesa, escribió:

> En aquellas horas de ansioso suspenso, todos los otros asuntos políticos

> pasaron a segundo plano. No fue sino hasta el 3 de julio [de 1867] que el telégrafo difundió la noticia oficial de la muerte del infortunado emperador Max por todo el mundo. Fuera del círculo familiar más cercano, prácticamente no hubo mención del destino de la emperatriz Carlota. Pero su vida, casi más que la muerte de su marido, proyectó una sombra impenetrable sobre la pareja imperial francesa.

Cuando el pintor Manet, que aborrecía a Napoleón III, se enteró del fusilamiento, puso de lado su *Vista de la Exposición Internacional de París 1867* y comenzó a pintar obsesivamente el fusilamiento de Maximiliano a manera de denuncia. Hizo cuatro versiones de la escena, que iba cambiando según llegaban nuevos detalles a la prensa. En la primera, que posiblemente está sin terminar, pintó al pelotón con sombreros mexicanos, pero en la segunda puso a los soldados con uniformes franceses, Maximiliano, con un sombrero mexicano, representa al país; detrás de ellos un sargento con una gorra roja, muy parecido a Napoleón III, mira al espectador mientras sus hombres hacen fuego sobre Tomás Mejía. El sargento prepara su rifle dispuesto a dar el tiro de gracia, en caso de ser necesario. A Manet, que hizo su última versión dos años después, le habían llegado noticias de los detalles de la ejecución y la sospechosa ineptitud de los soldados. La versión final que se encuentra en el museo Kunsthalle Mannheim de Alemania mide más de tres metros de largo, muestra del tamaño de la indignación de Manet hacia Juárez y la política exterior de Napoleón. El gobierno francés prohibió al artista exhibir los cuadros de la ejecución de Maximiliano y reproducir una litografía de la escena.

El escritor Émile Zola, amigo y defensor de Manet, fue crítico mordaz de la disposición:

> Los censores sin duda pensaron: 'Si permitimos que fusilen a Maximiliano en público, su sombra irá por ahí vagando, con gritos ominosos, por los corredores de las Tullerías. He ahí un fantasma a quien debemos poner tras las rejas'. Exactamente qué tipo de litografías estos caballeros tendrían el placer de autorizar, y si el señor Manet quiere alcanzar verdadero éxito ante sus ojos, le recomiendo que pinte a Maximiliano con salud y lleno de vida, con su dichosa y sonriente esposa al lado.

No sólo Manet, Zola y el escritor Victor Hugo protestaron artísticamente (contra Napoleón III, pero sobre todo contra el imperialismo) por el fusilamiento de Maximiliano. En los siguientes años circularon en Europa muchas estampas con imágenes del fallido emperador deificado en las nubes, y Carlota en la tierra con mirada extraviada, simbolizando a Ofelia de *Hamlet*, la princesa que perdió la razón por el dolor del luto.

En julio, la reina Victoria de Inglaterra envió a Leopoldo II, hermano de Carlota y rey de Bélgica, una petición que pondría en marcha el siguiente gran acontecimiento en el drama de la emperatriz:

> El terrible asunto en México, la muerte del pobre Max, a quien tanto estimaba mi querido Alberto, el estado de nuestra muy amada Carlota, todo es una historia más terrible y más trágica que los poemas y tragedias de antaño. No puedo dejar de pensar en ello. ¡Te suplico que no dejes sola a Carlota ahí [en Miramar]! Nos parece que, ahora que Max está muerto y Carlota sin hijos, la familia [real] austriaca, que nunca fueron buenos con ella, ni con nosotros, debe devolverla a su familia y a su tierra, donde siempre ha sido amada tiernamente. ¡Dios mío! Cuando pienso en las épocas felices en el pasado cuando esa preciosa y hermosa niña jugaba con nuestros hijos —se me encoge el corazón cuando pienso en su terrible destino. Deseo que se haga todo lo que se pueda hacer por ella. [Mi hija] Vicky habla con tanto cariño y ternura sobre Carlota.

La carta surtió efecto en Leopoldo II, que deseaba con desesperación el respaldo británico ante una posible agresión napoleónica. Temía incluso que Francia se anexara Bélgica. Por eso los deseos de Victoria, llamada después la abuela de Europa, para él eran órdenes. Pero otras consideraciones más egoístas también daban vueltas en la coronada cabeza del rey.

---

1 El apodo de Napoleón III en su época.

2 *L'Exposition universelle de 1867 illustrée: publication internationale autorisée par la Commission impériale*, París, 1867, p. 46.

3 Aquí sigo especialmente la interpretación de la filósofa del arte Linda MacNayr. Aunque otros difieren sobre su análisis, quienes han estudiado esta

obra coinciden en que se trata de una mordaz alegoría a la aventura mexicana de Napoleón III.

4 José Luis Blasio, *Maximiliano íntimo*.

El rescate de Bruselas

La decisión de Juárez enlutó a muchas familias, le atrajo críticas a Napoleón, la furia de los compradores de bonos mexicanos, y sumió en la desdicha a la esposa de Maximiliano. Pero cuando se disipó el olor a pólvora, la viudez y custodia de Carlota de pronto se convirtieron en asunto prioritario para Austria y Bélgica: había una suculenta fortuna de por medio, incluyendo territorios e islas. Oficialmente, el lugar de la viuda estaba en la Casa de Austria. Con la esperanza de salvar la vida de su hermano, Francisco José había restituido la nacionalidad austriaca a Maximiliano y, en automático, a Carlota, que era nuevamente archiduquesa. Como viuda de un Habsburgo, razonó Francisco José, su lugar y su dinero estaban en Viena. Juárez, desde luego, no tuvo consideraciones con el miembro de la Casa Real de Austria porque se sabía respaldado por Estados Unidos y porque, tal vez, alguien le dijo que Francisco José estaba sumamente ocupado con Prusia y los separatistas húngaros.

En 1867 Trieste, sede del castillo de Miramar, seguía como "territorio imperial libre" bajo la tutela de Austria, y aunque la pareja se había casado bajo el régimen de bienes separados, la naturaleza de la enfermedad de Carlota —que la incapacitaba para comunicarse claramente y la hacía altamente sugestionable— preocupó a sus hermanos Leopoldo y Felipe, sobre todo a su cuñada, la reina María Enriqueta de Bélgica. A principios de julio, la familia real belga se reunió a puertas cerradas para decidir qué

hacer con ella. El rey Leopoldo II se mostró inflexible: con la muerte de Maximiliano se habían disuelto todos los lazos con Austria, más porque la pareja no había tenido hijos, y por tanto su hermana no tenía nada que hacer en Trieste. Tampoco su dinero.

El 5 de julio de 1867 se organizó un rescate a Miramar, un incidente que casi se convirtió en un *casus belli* entre Austria y Bélgica. Un diario descubierto en 1993 y recién publicado en 2012, escrito por Adrien Goffinet, arroja nueva luz sobre este episodio. Adrien François Constantin Ladislas Goffinet, barón, militar y diplomático belga nacido en 1812, con una melena de león inusualmente larga para su época, totalmente blanca, y ojos de un azul casi transparente, formó parte importante de la vida de Carlota después de México. Hombre de confianza y secretario del rey, dejó una bitácora sobre el rescate que él mismo dirigió.[1] Cuando recibió la comisión tenía el título de secretario de Órdenes del Rey y de la Reina. Era, además, el administrador de los bienes de Leopoldo II y llevaba su correspondencia personal. Gracias a su inteligencia y sentido práctico, gozaba de su confianza absoluta. Goffinet era también el responsable de multiplicar los bienes de Leopoldo colocándolo en inversiones mobiliarias e inmobiliarias. El barón, título que le concedió el soberano en ese mismo año de 1867, podía hablar al rey de los belgas sin rodeos cuando alguna de sus acciones despertaba el repudio de sus súbditos.

Goffinet salió de Bélgica en abril con el encargo de asistir a la Exposición Universal de París y reportar al rey las novedades tecnológicas que se presentaran. El 3 de julio recibió un telegrama de Bruselas de su amigo el barón Albert Prisse: “Regrese inmediatamente. Probable salida con la reina el jueves por la mañana para Viena. La triste suerte del emperador [Maximiliano] parece se confirma”. Cuando llegó a la estación, Goffinet se encontró al hermano menor de Carlota, que también había recibido la noticia y volvía a casa indignado. Goffinet le confió lo que él suponía que iban a encargarle: acompañar a la reina a rescatar a la viuda, que ya no tenía nada que hacer en Austria. Felipe, que ya había tenido un año antes el penoso deber de llevarla de Roma a Miramar, le dijo que él no quería tener nada que ver con el asunto. “Ya una vez me encontré en esa situación con mi hermana y no quiero volver a exponerme a aquellas escenas que tuve que

soportar", le dijo. El barón, siempre claro, le respondió al príncipe que en esos momentos de dolor para ella no era momento de que su familia la abandonara; que una demostración de apoyo por parte de sus hermanos le parecía indispensable y que cualquier otro comportamiento de su parte sería juzgado con dureza por los belgas. Enfrente de su joven esposa, el hermano de Carlota repitió su negativa. "El malagradecido ha dicho delante de su joven mujer, que se puso toda roja, casi con lágrimas en los ojos, que si su esposa se volviera loca, él simplemente la haría encerrar", escribió Goffinet.

El tren con los tres personajes llegó a Bruselas a las 10 de la mañana. Al día siguiente Goffinet acudió a ver a Leopoldo II. Esperó a que lo recibiera en su despacho y una vez ahí, el rey le informó que lo designaba acompañar a su esposa Enriqueta al castillo de Miramar para ver "en qué estado se encuentra mi hermana y cómo la están tratando. Si la cosa es posible, intente traerla a Bélgica. El emperador de Austria no parece desear la visita de la reina [Enriqueta]. Su respuesta no fue nada satisfactoria. La reina irá de cualquier forma. El pretexto de la visita será el profundo afecto que ella sienta por su cuñada. El objetivo es traer a mi hermana si la cosa no se pone difícil". El barón escuchó y le preguntó varias veces si ése era sinceramente su deseo. Veía lo comprometido de la acción. Un poco sorprendido por la pregunta, Leopoldo le contestó que lo más deseable era tener a Carlota en Bélgica. Que su deseo iba más allá del amor filial lo dejó entrever poco sutilmente. Antes de partir le entregó a Goffinet 20 000 francos y crédito ilimitado con los banqueros Rothschild de Viena y Morpurgo en Trieste, para cualquier eventualidad. Por su parte, la reina de los belgas escribió:

> Después de las desastrosas noticias [de la muerte de Maximiliano], no es momento de dudas. Nuestra pobre hermana debe estar entre nosotros. El rey lo ha comprendido y yo salgo para Viena de inmediato y de ahí a Miramar, acompañada de un médico especialista belga. Espero regresar a Bélgica con lo que se me ha confiado. Llevo conmigo a Marie d'Yve, [el barón] Prisse y Goffinet, que tienen mucha energía para luchar contra los obstáculos que podemos encontrar. He informado al emperador de Austria de mi llegada y trataré solamente con él.[2]

El tren partió a las seis de la mañana del domingo 7 de julio de

1867. A las nueve y media de la noche hizo una parada en Augsburgo. Ahí, la reina encontró un telegrama de Francisco José donde le informaba que se dirigía a Viena para reunirse con ella en su residencia. Tras el segundo día de viaje, el emperador recibió a su prima y a los otros miembros de su comitiva. En privado, tocó de inmediato el tema de Carlota. Ella se puso en guardia. Enriqueta dejó testimonio de las palabras del emperador austriaco: "Es indispensable un cambio para la enferma. Ella no puede quedarse en Miramar en el actual estado de las cosas; hay que encontrarle una residencia aquí, o bien deben llevarla con ustedes. El rey [Leopoldo] es su hermano, él debe decidir. Yo me inclino a pensar que un retorno *temporal* a su país, con su familia, será muy saludable". Enseguida ella respingó. Nunca se había planteado que Francisco José estuviera pensando en un *préstamo* temporal. Por lo pronto decidió no agitar más las aguas. El hermano de Maximiliano solamente puso una condición: que se hiciera una evaluación de la salud de Carlota antes de llevarla a Bélgica. Su cuñada abandonó el salón satisfecha a medias. Enseguida le informó a Goffinet, pero el barón frunció el ceño: tantas facilidades le parecían sospechosas, y no se equivocaba. Previendo dificultades, solicitó a la reina que obtuviera un acuerdo firmado por Francisco José.

La reina envió un telegrama a Bruselas para pedir la presencia inmediata del doctor Bulckens, especialista en enfermedades mentales. Goffinet aprovechó para hacer de turista por Viena, y María Enriqueta se reunió con diversos personajes, entre ellos el doctor Riedel: "Tiene el aire de un tonto y viejo bufón. Declara transportable a Carlota, pero cree que hará falta emplear la violencia". La declaración la tomó por sorpresa; no se dio cuenta de que era parte de la trampa que les estaba tendiendo el personal de Miramar. Enseguida recibió a los dos hombres de confianza de Max: el conde Bombelles y Radonetz. Bombelles fue a jugar el papel del policía bueno: le dijo que dado su estado, era imposible mover a la enferma, y que era necesario nombrar un curador de sus bienes. La reina se limitó a repetir que tenía autorización de Francisco José para llevarse a su cuñada. El astuto Goffinet, enterado de esos encuentros, anotó en su diario de viaje: "En Viena la reina encontró todas las amabilidades por parte del emperador. Pero más abajo, según puedo ver, me doy cuenta de que muchos personajes han

llegado incluso a pensar que la reina no verá jamás a la emperatriz". No sólo el personal de Miramar estaba en contra de su partida. La prueba de que Francisco José estaba mostrando dos caras llegó en los siguientes días cuando informó a la misión belga que acababa de nombrar, por reiteradas presiones, a un "curador" de Carlota: "Me lo han exigido por todos lados, me han presionado que haga este nombramiento", explicó sobre una tarea que veía tan delicada que se la encargó a su propio hermano Carlos Luis, el menor, de extraordinario parecido físico con Maximiliano. "Este nombramiento de último momento me preocupa mucho —escribió Goffinet—. No me dice nada bueno."

Por lo pronto, Adrien tenía que resolver cuestiones de orden práctico. ¿Sería mejor llevarla a Bélgica por barco o por tierra? ¿A Bruselas o a otro sitio donde la gente no pudiera verla? Y la más importante, ¿cómo convencerla de salir de Miramar, si ella todavía creía que Maximiliano estaba vivo y que éste le estaba ordenando no moverse? Peor aún, debido a un telegrama de Leopoldo II, Carlota se enteró de la misión belga y a Goffinet le llegaron noticias de que se iba a rehusar a recibirlos. La emperatriz les escribió no sin algo de ironía:

> Me siento infinitamente conmovida por el amable deseo de la reina [Enriqueta]. Nada me daría más gusto que recibirla; desafortunadamente el castillo no es muy grande, yo misma estoy alojada en el fuerte [el castillito]; el primer piso no dispone más que de salones de recepción apenas acabados y poco convenientes para ella; por lo tanto me veo obligada a renunciar a ese sincero y vivamente sentido placer.[3]

A pesar de todo, el 12 de julio la comitiva se dirigió a Miramar. "¿Cómo saber quién dirige realmente los pensamientos de Carlota?", intimó Goffinet en su bitácora. En Trieste se hospedaron en el Hôtel de la Ville donde cenaron con el gobernador de la localidad y el cónsul de Bélgica, quienes les compartieron sus impresiones sobre las manipulaciones del personal de Miramar. Por la noche, Goffinet escribió una entrada más en su diario: "Se nos quiere impedir entrar a Miramar. Yo sospecho que Bombelles maniobra para impedir que la reina se reúna con la emperatriz". El 14 de julio, a Enriqueta se le permitió por fin entrar al castillo para

ver a su cuñada. No tenía idea de lo que iba a encontrar.

> Después de algunas dificultades y discusiones, las puertas de Miramar por fin me fueron abiertas —escribió—. Fui conducida al pabellón del parque por Jilek, que parece un papá bondadoso. Recorre el cerrojo y vuelve a cerrar la puerta detrás de mí, después se retira. Me quedé sola y en cuanto atravesé la antecámara, Carlota aparece y se arroja a mis brazos. Me sacude, me abraza con un afecto conmovedor, me hace sentar a su lado y aprisiona mi mano, que acaricia todo el tiempo. Sé que está loca. Así lo atestigua el conde de Flandes y tres médicos lo afirman, pero mentiría si os dijera que da el menor indicio al respecto. No. Durante una hora y cuarto, me habla tan razonablemente como cualquiera; me pregunta sobre todo lo que uno pueda imaginarse, habla con emoción sobre la muerte del rey Leopoldo I, de su madre. No ha cambiado, excepto por una expresión de melancolía, que se disipa cuando habla del pasado y de Bélgica. La hago reír en varias ocasiones. Me dice en un suspiro: 'Estoy encerrada porque Max así lo quiere, debo atender aquí. Él está detenido allá y no tenemos noticias'. Yo la animo a tener paciencia y le prometo que regresaré.[4]

La reina abandonó Miramar más tranquila e informó a Goffinet del encuentro, quien escribió en su diario: "El hielo se ha roto", a pesar de que Carlota seguía con la idea de que trataban de envenenarla y estaba casi en los huesos, pues a menudo se negaba a comer.

El doctor que debía llegar de Bruselas para tomar una decisión con los dos alienistas seguía sin aparecer. La reina empezó a impacientarse. A Goffinet y María Enriqueta les inquietaba el retraso porque echaba al traste el factor sorpresa y les daba a los austriacos la oportunidad de rehacerse y no soltar a Carlota. La reina conversó con el doctor Riedel, el más joven de los dos médicos. "Riedel ha declarado en mi presencia —escribió Goffinet a Leopoldo II—, que la emperatriz es perfectamente transportable. Asimismo se ha ofrecido a acompañar a la reina hasta Bélgica. Creo que lo tenemos de nuestro lado." El 15 de julio por fin hizo su arribo el doctor Bulckens, especialista en enfermedades mentales e inspector de la colonia de alienados de Gheel, donde atendía a 800 personas. Enriqueta tenía grandes esperanzas en él: Bulckens se preciaba de lograr la recuperación de 83% de sus pacientes con enfermedades mentales.[5]

Bulckens se dirigió de inmediato a examinar a Carlota. Él era

partidario de la llamada escuela belga; creía que los enfermos mentales debían estar en contacto con sus familias, en libertad y con salidas frecuentes al aire libre, no encerrados, amarrados ni sometidos a terapias traumáticas. De inmediato censuró "la residencia y el secuestro absoluto" al que la habían sometido. Bulckens tenía razones para sentirse optimista. Unos días después de su llegada salió corriendo a recibir a Goffinet con los brazos abiertos, exclamando: "¡Mi querido amigo! ¡Victoria! La emperatriz reacciona perfectamente, me escucha, me obedece. ¡Está comiendo! Hasta conversamos sobre Bélgica y lo hace con afecto y patriotismo. ¡Hace todo lo que le pido!", y enseguida lo abrazó. "El pobre diablo tenía lágrimas en los ojos —escribió Goffinet—. El doctor Jilek, que antes de la emperatriz jamás había tratado a un alienado, estaba profundamente sorprendido, igual de conmovido de ver con qué tacto y habilidad Bulckens había alcanzado sus propósitos."

Informado por el conde de Bombelles de la situación, el emperador de Austria envió un telegrama aceptando el traslado a Bélgica "si el médico belga asume la responsabilidad de transferirla y del tratamiento". Con su pequeña victoria en el bolsillo, Goffinet visitó por primera vez Miramar para reunirse con los médicos para organizar el traslado. Se quedó impresionado con el palacio, pero no de una manera favorable. En 1867 el castillo de Miramar, con todo y su suntuosidad, espléndidos espacios y jardines dignos de un cuento de hadas, todavía era una obra inconclusa. Maximiliano había seguido enviado órdenes de hacer más decoraciones, nuevos jardines y construcciones de fantasía. Preocupado de que se estuviera utilizando el dinero de Carlota, Goffinet ordenó que se suspendieran las obras y que se dedicaran a conservar lo que ya existía. "Es, a mis ojos, la obra absurda de un espíritu caprichoso e imaginativo que quiere ser grande y poético, pero que carece del juicio necesario para llevar a cabo bien sus planes. Miramar es una triste curiosidad, una bombonera inhabitable", escribió en su diario. En el momento eligió a dos damas de compañía y al médico más joven para que los acompañaran a Bélgica. En cuanto a los bienes personales de la enferma: "Ordené que las joyas, los objetos de baño o de cuidado personal y todas sus cositas, en una palabra, todas a las que la emperatriz está habituada, fuesen empacadas y partieran con ella. Se establecerá un inventario de sus objetos de valor. En lo

que concierne a los valores de otra naturaleza y documentos que resguarda Miramar, todo quedará en manos del señor Radonetz. Tenemos plena confianza en él".

Tensión

Llegado el gran día, la preocupación número uno de Goffinet era convencer a la princesa de salir del castillo: Carlota se negaba a moverse porque decía que estaba siguiendo instrucciones de Maximiliano. La mujer ignoraba que su marido ya era un cadáver medio descompuesto, con unas canicas cafés en la oquedad de los ojos y mal embalsamado en México. Goffinet escribió a Leopoldo II que, dadas las circunstancias, habría que engañar a su hermana; específicamente iba a decirle que Max se encontraba en Laeken y que exigía verla de inmediato. El doctor Bulckens se sintió horrorizado. En su opinión el engaño sería catastrófico; había que decirle la verdad y si se resistía, recurrir a la violencia para meterla al carruaje. Las cosas se complicaron de último momento. El día 22 de julio, hizo su arribo el archiduque Carlos Luis, hermano menor de Maximiliano, con su nombramiento de "curador" por delante. A Goffinet no le agradó aquella aparición al cuarto para las doce. Carlos Luis prometió que iba en son de paz. "Viene para que no se diga que la familia de Austria abandona a la princesa Carlota", escribió Goffinet. Después de saludar a su prima Enriqueta, el archiduque pidió ver a la enferma, pero la emperatriz se rehusó a abrir la puerta a pesar de los insistentes toquidos y ruegos. "Soy una soberana y les pido que me escuchen: no quiero recibir al archiduque", se oyó su voz detrás de la puerta.

Al doctor Bulckens tampoco le pareció bien la llegada de Carlos Luis, porque pensaba que la presencia del cuñado había producido un retroceso en Carlota. Después de cenar, el hermano menor de Max le aconsejó a la reina llevársela en cuanto fuera posible. En Bruselas, Leopoldo II también estaba impaciente. La operación ya se había tardado más de lo previsto. Gofinett escribió al rey explicándole que la demora se debía a Bulckens, que insistía en ganarse primero la confianza de Carlota. "El doctor Bulckens, interpelado por mi persona, declara delante de la reina que los más intensos esfuerzos que ha empleado hasta ahora para ganarse la

voluntad de la princesa Carlota son insuficientes para convencerla de trasladarse a Bélgica." Desesperado, Goffinet falsificó dos telegramas para que la reina María Enriqueta se los enseñara a su cuñada. El primero supuestamente era de Maximiliano y decía:

> A S. M. la Emperatriz de México. Miramar. Bloqueo levantado. En barco para Europa. La política impide por el momento que me presente en Austria. Llegaré directamente a Bélgica. Ve sin demora a Bruselas donde me hospedarás con tu familia. Tu presencia es necesaria ahí para resolver asuntos muy graves. Maximiliano. Vera Cruz. 20 de julio 1867.

El segundo, con fecha del 27 de julio, era supuestamente de Leopoldo para su esposa informándole que Maximiliano iba camino a Bruselas y que por favor se presentara inmediatamente con Carlota. La enferma desestimó el primer telegrama como falso, pero curiosamente creyó en el segundo. María Enriqueta aprovechó la oportunidad: "Voy al encuentro de la emperatriz, le anuncio que el rey me espera con ella. Pequeña escena. Ella se resiste. Yo insisto y me retiro diciendo: 'Mañana en la noche, alístate para el viaje'. 'Pero tú sabes que yo no me muevo de aquí', protesta ella. 'Sí, vas a venir con nosotros' ".

Al día siguiente, con todas las pertenencias de Carlota acomodadas en el convoy, Carlos Luis apareció inesperadamente en la bahía con un barco y órdenes estrictas del emperador de Austria de impedir la extracción de Carlota si se producía la menor resistencia por parte de la enferma: él no podía impedir que una archiduquesa *austriaca* fuera violentada. Lo mismo Goffinet que la reina de Bélgica sospecharon que todo lo acontecido, desde la falsa amabilidad de Francisco José, las demoras, hasta las indicaciones de último momento, formaban parte de un ladino plan de la Casa de Austria para retener a la viuda. Bombelles esbozó una amplia sonrisa cuando vio aparecer al archiduque. Una noche antes les había confesado a unos amigos en una cena que sabía cómo impedir que Carlota saliera de Miramar. El archiduque Carlos se reunió durante tres horas a puerta cerrada con Bombelles y Radonetz. Al salir se sentó con su prima María Enriqueta y estampó un papel sobre la mesa: era una orden de Francisco José de no dejar partir a Carlota si había la *mínima* resistencia por parte de la enferma. Puestas así las cosas, hasta un ceño fruncido podía ser motivo

suficiente para movilizar a la guardia del archiduque.

La reina montó en cólera. Al joven archiduque le respondió que ese papel no significaba nada para ella, pero hizo llamar al doctor Jilkens para ordenarle que no perdiera de vista a Carlota y se apurara a subirla al coche. Para ese momento el asunto estaba a punto de convertirse en un incidente diplomático entre Austria y Bélgica. Todavía la tensión escalaría más. "Yo sentía que el terreno sobre el que nos movíamos se estrechaba a cada instante. Marchábamos evidentemente hacia una crisis", escribió Goffinet. El 29 de julio llegó el día planeado para la extracción. Goffinet dejó un detallado recuento: "Me preparé. En previsión de lo que pudiera ocurrir, incluso el empleo de la violencia, me enfrenté a Bombelles, a los funcionarios de Miramar y al archiduque curador para hacer valer el derecho y obligarlos a aceptar nuestra propuesta. Todo el mundo está tranquilo en apariencia". El cónsul de Bélgica advirtió de último momento a Goffinet que tuviera cuidado porque iba a caer en una trampa. Bombelles había prometido no intervenir y el archiduque hermano de Maximiliano dijo que observaría desde lejos para que la gente de Trieste no dijera que Carlota había sido abandonada por su familia austriaca.

La comitiva belga abandonó el hotel de la villa a las seis de la tarde y se dirigió al Gartenhaus. La reina María Enriqueta iba en el coche con Bulckens. Al llegar la soberana se apeó y se dirigió a donde estaba Carlota. Para su sorpresa, se encontró con que la puerta estaba cerrada con llave. Mirando a todos lados, solicitó a la servidumbre que le abrieran de inmediato, pero las damas se excusaron diciendo que ellas no sabían dónde estaba la llave. Goffinet llegó detrás y entre todos los varones tiraron la puerta a patadas. Cuando la derribaron la reina entró acompañada de Bulckens y descubrió escondido a Bombelles: por una abertura disimulada había espiado todos los encuentros entre Carlota y Enriqueta. La reina ardió en indignación. Exigió a Bombelles que se retirara, pero el conde se negó.

—Tengo órdenes del emperador. La emperatriz no puede salir de Miramar si no lo hace por su propia voluntad. Yo debo rendir cuentas al emperador. Yo soy responsable.

—Usted no tiene la orden —respondió María Enriqueta—. Retírese, señor. Soy la prima del emperador y tenemos un acuerdo.

Soy la esposa del rey de Bélgica y le ordeno que se retire.

La discusión subió de tono. El doctor Bulckens salió a toda prisa a buscar a Goffinet.

—Coronel —le dijo—, la reina lo necesita. Bombelles está adentro. Se niega a retirarse. No sé qué quiere.

Antes de que Goffinet pudiera reaccionar, apareció la reina agitada.

—¡Coronel, Bombelles estaba escondido en el pabellón! Se ha rebelado, no quiere retirarse ni permitir nuestros planes. ¡Estamos perdidos si no logra deshacerse de él!

Goffinet entró a la habitación y vio al conde Bombelles custodiando en la entrada.

—¡Vaya, conde! —exclamó Goffinet sonriente, con aire sardónico—. ¿Qué hace aquí? Usted falta un poco a su palabra. ¡No tiene palabra, conde! —y dicho esto lo sacudió del brazo con fuerza y "sacó a rastras" al doctor bañado en sudor. Bombelles era más joven que Goffinet, que entonces tenía 55 años, pero éste era militar, robusto, en tanto que Bombelles tenía el aspecto de un quebradizo profesor universitario.

—Coronel —gritó Bombelles—, yo soy un hombre de honor.

—¿Y entonces qué hace usted aquí?

—¡Tengo los poderes del emperador!

—¿Dónde están? ¡Muéstremelos!

—No los tengo aquí. Pero le juro…

—Ésas son mentiras. El archiduque curador, que está aquí, escondido en el parque, es el único que tiene autoridad, y él me prometió que no impedirá que partamos.

—Coronel, le juro que soy un hombre de honor.

—Eso no está en duda aquí, señor. Yo tengo una orden y pasaré por encima de usted, lo haré añicos si es necesario — replicó Goffinet rojo de ira—, así que retírese, se lo ruego. Le suplico, estimado conde, no me obligue a recurrir a crueldades extremas.

Dicho esto, Bombelles "desapareció rumbo al jardín" (donde estaba el archiduque) y Goffinet organizó una pequeña guardia para que la reina extrajera a Carlota.

Inmediatamente después de narrar esta parte, en el diario del barón aparece una frase enigmática y descontextualizada: "El desdichado Bombelles apareció frente a mí como aniquilado.

Machik pensó que iba a tirarlo al mar cuando me vio arrastrarlo hacia las rocas". ¿Cómo interpretar esta escena? Se queda uno con la impresión de que Goffinet se ha brincado una parte. Lo mismo se puede decir sobre el excesivo nerviosismo de la reina, la agitación del doctor Bulckens y la vehemente indignación de Bombelles, todas exageradas… a menos que el Goffinet haya omitido detalles esenciales en la bitácora. Es evidente que Goffinet suavizó en su diario la reacción de Carlota, que resulta francamente inverosímil:

> La reina entra con Bulckens a donde se halla la emperatriz. La emperatriz se resiste, se agarra de los muebles, se rehúsa a partir. Entiendo la escena. Penetro en la antecámara. Escucho sin dejarme ver, listo a intervenir si la resistencia se prolonga (!). Le digo a la reina que urge partir. Escucho decir a la emperatriz Carlota: "En fin, si es absolutamente necesario, partamos". A partir de ese momento, resignación completa. Ninguna resistencia.

Así, al principio Carlota es una mujer presa del pánico, seguramente estaba gritando y tirando golpes y patadas; y enseguida en completa sumisión. Tal vez Bulckens tuvo que recurrir al cloroformo. María Enriqueta escribió su propia versión, la cual reconoce incluso mayor resistencia por parte de Carlota, pero también la diluye abruptamente. De acuerdo con la reina, encontró a su cuñada acurrucada en un sofá en un rincón de la habitación, aterrorizada. Ante la invitación de ponerse en marcha, la emperatriz se rehusó.

—Toma lo tuyo [y vete], querida —dice Carlota en la relación de María Enriqueta.

—Es lo mío, y también el coche —afirmó la reina.

—Sí, entiendo que viniste en un coche —repuso Carlota—. ¿Para qué?

—Pues para nosotras. ¿No te he dicho ayer que nos vamos a Bélgica?

—¿Nos vamos? —dijo Carlota—. Que no. Yo me quedo. Tú puedes irte si así lo deseas.

—No sin ti —insistió Enriqueta—. Vamos, partamos ya.

—¡No, no!

La mayor se volvió hacia el doctor, le hizo una seña para que le entregara el sombrero y el chal de Carlota, a quien le indicó que se los pusiera. La emperatriz se los aventó a la cara. María Enriqueta

ardió de ira.

—Eso está por verse —dijo controlándose. Le puso el sombrero y el chal en la espalda y la jaló del brazo.

Carlota fue extraída mientras Goffinet se llevaba a Bombelles del cogote hasta el acantilado, donde posiblemente se detuvo ante la vista del archiduque Carlos Luis, que esperaba en los jardines. Los coches salieron a toda prisa hacia la Puerta de Trieste sin esperar la reacción del "curador", que para esas alturas ya debía haber sentido que lo habían burlado. De acuerdo con la reina, una vez en el coche, Carlota se aferró a ella y le suplicó que no la dejara sola. La reina telegrafió a Leopoldo II que la misión había sido un éxito y se disponían a hacer el viaje hacia Bélgica por tren. "Todo va perfectamente. Carlota está tranquila. No la dejo ni un momento. Te suplico que no acudas a recibirnos, sino que estés en Tervueren mañana por la noche. No hace falta que Carlota te vea antes de que yo hable contigo."

La locomotora avanzó a través de la zona montañosa rebosante de vegetación por el verano. Se prohibieron las demostraciones de afecto en las estaciones de tren en el trayecto a Bruselas. Mientras el doctor Bulckens se entretenía en seducir a una de las damas de Carlota, Goffinet trataba de descifrar la conspiración y pensaba en la propia. La reina de los belgas no se separó de su cuñada, quien permaneció tranquila y comió un poco. "Una vez pasada la escena, su buen humor regresa y aumenta según nos aproximamos a la patria", escribió Enriqueta, que soltó el llanto en cuanto tuvo oportunidad.

El tren se detuvo en la estación de Groenendael, donde esperaba un coche para llevar a ambas mujeres a la mansión familiar en Laeken, pero la princesa no iba para quedarse. El "rescate" no había sido tal. De su querido Miramar impregnado de recuerdos, iba a Bruselas no por su libertad, sino a pasar sesenta años sin poder salir más allá de los jardines de su nuevo castillo. Carlota estaba de nuevo en Bélgica, de donde había partido diez años antes. Leopoldo II sonrió satisfecho. Ahora sólo faltaba repatriar su dinero.

---

1 El diario se publicó en francés por la Fondation Roi Baudouin de Bélgica. Aquí

se reproducen por primera vez fragmentos en español. Véase Olivier Defrance, *Ramener Charlotte: La mission du baron Adrien Goffinet à Vienne et Miramar*, Patrimoine Fondation Roi Baudouin, Bruselas, 2012.

2 Barón Camille Buffin, *La Tragédie Mexicaine: Les Impératrices Charlotte et Eugénie.* Bruselas, A. de Wit, 1925, p. 239.

3 Dominique Paoli, *L'Impératrice Charlotte: Le soleil noir de la mélancolie.*

4 *Relation du voyage de la reine Marie-Henriette à Trieste et de son retour à Bruxelles en compagnie de l'Impératrice Charlotte, en 1867*.

5 *La revue des deux mondes*, vol. 67, 1885, p. 654. Gracias a sus servicios a la familia real, unos años más tarde Bulckens sería designado presidente de la Sociedad de Medicina Mental de Bélgica.

TERCERA PARTE

Sesenta años de soledad

La princesa no se engaña, es consciente de los acontecimientos que entristecen su vida. Carlota no está tan loca como se piensa, tiene momentos de lucidez que le permiten conversar, caminar y distraerse, como cualquier persona con mente sana. Pero cuando la desafortunada mujer es perseguida por sus fatales recuerdos, tiene crisis terribles.

G. Freddy, citando a un miembro
de la corte de Leopoldo II

¿Te ríes cuando me quejo de que estoy muy sola?
¿Dónde estabas cuando estaba buscando en el mar
un amigo con quien hablar?
¿No te basta entrar como un ladrón en mi mente
y llenar mi página con música escrita en mi mano?

Emilie Autumn, *Ghost*

Venga esta tarde a mi habitación, entre las siete y media y las ocho, y azote a la emperatriz de México, despedácela que no quiere serlo más.

Carlota, carta al general Charles Loysel, 1869

El castillo de Tervuren

A principios de agosto de 1867 Carlota llegó a la casa de la familia real en Bruselas, el palacio de Laeken. Muchas cosas habían cambiado desde la vez en que había dejado la casa paterna bañada en lágrimas. Ahora su hermano estaba a cargo. En cuanto la vio, Leopoldo advirtió con horror que estaba en los huesos. “Pobre emperatriz —escribió el ministro Jules Devaux, su jefe de gabinete —. Qué ruina, un fantasma apresurado, delgada, sin juventud, belleza ni expresión, como un pobre ser al que se ha golpeado hasta el límite.” Cuando la reina trató de que su cuñada durmiera, Carlota aferró las llaves de la habitación y con aire insolente le dijo que en Miramar ella siempre las conservaba.

—Pero éste es mi castillo —dijo Enriqueta— y vas a entregármelas inmediatamente.

Carlota se las puso en la mano sin oponer resistencia, pero le advirtió con aire altivo, encaminándose hacia la puerta:

—Puesto que estoy bajo la vigilancia de Austria aquí, te informo que voy a bajar para dormir contigo en tu cama.

—Vas a dormir en tu cama —ordenó Enriqueta tomándola del brazo con firmeza—, y ahora mismo.

—Que no —forcejeó Carlota. La reina le desabrochó el vestido y Carlota se lo volvió a abrochar, y de nuevo otra vez, hasta que la mayor dulcificó su tono de voz y la convenció de acostarse. En su lecho, la emperatriz se puso a llorar y abrazó a su cuñada—. Descansa [también] —dijo la recién llegada—, ya estaré bien, pero

dame un libro y las llaves. ¡Júrame que no entrará nadie, júrame que no me amarrarán a la cama como un día! Yo te creeré, porque tú nunca me has mentido.

Aquel comportamiento perturbó hondamente en la reina, pero no estaba teniendo en cuenta que los miedos de Carlota —que veía francotiradores en los parques y agentes de Napoleón en las iglesias — no estaban siempre fundados en la realidad. "Aquí se urden sin cesar tramas que me llenan de temor pues amenazan la preciosa existencia de la emperatriz, esposa bienamada de vuestra majestad", escribió Carlota. Por fortuna, su ánimo huraño y la paranoia no duraron mucho. El cambio a su país y la cercanía con su familia operaron en ella una mejoría casi inmediata. La reina puso al servicio de su huésped una pequeña corte, aunque ella misma se dedicó a atenderla como la más devota de las hermanas. Con infinita paciencia se esperaba en la mesa hasta que ella comiera, la desvestía y la vigilaba hasta que se quedaba dormida. Volver a ser atendida como una emperatriz le hizo bien a Carlota, que reanudó sus lecturas sin perder su interés en la política. Por esos días empezó a leer *La democracia en América* de Tocqueville, uno de los pilares del liberalismo, donde analizaba el éxito del sistema republicano y democrático en los Estados Unidos. Un par de meses después Leopoldo escribió que su hermana conversaba como una persona normal y que su estado mental era magnífico, y expresó esperanza de que con el tiempo se recuperaría totalmente.

El testimonio de Bassompierre

El rey Leopoldo II adquirió una propiedad en Tervuren, a diez kilómetros de Bruselas. Era un palacete reconstruido sobre las ruinas de un viejo castillo del siglo XIII que había alojado a cazadores normandos durante siglos. Ahí decidió instalar a su hermana. El predio estaba relativamente aislado, sin comunicación por ferrocarril y unido al centro de Bruselas sólo por una calzada. El palacete estaba en medio de un parque muy frecuentado por los habitantes de la capital, sobre todo los domingos durante el verano. En septiembre las cosas estaban dispuestas en Tervuren para recibir a la emperatriz de 27 años. En cuanto llegó se cerró el parque para que nadie la molestara cuando saliera a sus paseos, pero cuando ella

se enteró dio la orden de que se volvieran a abrir las puertas al público; no quería adueñarse del espacio que tanto disfrutaban sus conciudadanos.[1] Solamente se reservó una pequeña área cercada alrededor del castillito. La reina y sus hijos se quedaron unos días en lo que la princesa se habituaba a su nuevo entorno. Enriqueta la acompañaba todos los días a una caminata vespertina por los senderos del bosquecillo, donde se cruzaban con la gente. Carlota vigilaba sigilosamente sus alrededores. Un día fijó su atención en una persona que iba algo distante entre las callecitas y, dirigiéndose a la reina, susurró: "Es el señor Henri de Bruckere". Lo había reconocido después de muchos años.[2]

Sin el beneficio de los adelantos y el conocimiento que hoy se tiene sobre la esquizofrenia, los doctores Bulkens y Machik se hicieron cargo de la desdichada joven lo mejor que pudieron. Aunque ya desde entonces los diarios jugaban con la idea de que había sido envenenada en México por una amante de Maximiliano, la emperatriz mostraba todos los síntomas de la esquizofrenia, incluyendo la hipersensibilidad, las alucinaciones y el delirio de persecución. Carlota y otras personalidades de su época tuvieron el beneficio de ser las primeras en ser observadas sistemáticamente en lugar de encerradas, amarradas o aisladas en instituciones mentales en donde parte del tratamiento consistía en la flagelación.[3] Los médicos, las personas con mayor autoridad sobre el tratamiento, la observaron, conversaron largas tardes con ella, le hicieron preguntas, garrapatearon notas y en general llevaron a cabo "un estudio muy profundo de su mente y de su carácter".[4]

El testimonio más importante sobre la vida de Carlota durante ese año y el siguiente es la correspondencia, descubierta apenas en la década de 1970, de una de sus damas de compañía, Clotilde de Bassompierre, que entró a su servicio en septiembre de 1867, cuando la princesa se hallaba en Tervueren. Clotilde era hija del militar Louis de Bassompierre, quien había organizado la legión de voluntarios belgas en México. Que su familia hubiera estado tan comprometida con la causa de la emperatriz, además de la conocida discreción de Clotilde, le ganaron el lugar más cercano a Charlotte entre septiembre de 1867 y octubre de 1868. En sus cartas a sus hermanas, Clotilde describió la vida en Tervueren, siempre bajo la advertencia de nunca decir una palabra sobre la vida de la familia

real. “Mis cartas no son más que para ti, Elisa, mi cuarta hermana, y Ernest. Que ningún detalle llegue por parte tuya al público.”[5]

La reina y madame Bassompierre rodearon a Carlota de atenciones y la acompañaban por la tarde a sus paseos por la orilla del lago de Tervueren, donde mucha gente la reconocía y la saludaba no sin sorpresa. “Muchas personas nos vieron y nos saludaron graciosamente —escribió Clotilde—. Ella tiene el aspecto de una jovencita y no parece muy cambiada. Lleva siempre un vestido gris con lazos rojos. Las lecturas favoritas de la emperatriz son las más enfocadas a cuestiones históricas […] También lee novelas en inglés. De hecho hoy le trajimos, a solicitud de ella, *El Vicario de Wakefield.*” Leía vorazmente aunque sus médicos tenían cuidado de separar los periódicos que trajeran noticias sobre México que pudieran provocarle una nueva crisis. Aunque llegaban visitas, se rehusaba a recibirlas. Insistía en su deseo de estar sola. Cuando sus hermanos fueron a verla, Carlota se escabulló al parque.

A la segunda semana de su llegada se topó con Nano, el perro “del viejo rey” (su padre) y le deleitó que el animal la reconociera y le hiciera fiestas. Al día siguiente el perro siguió a Clotilde hasta el cuarto de Carlota y las acompañó en el paseo de la tarde. Carlota empezó a comer mejor y a recuperar su buen aspecto bajo los cuidados del doctor Bulkens. Con excepción de una ocasión a mediados de septiembre en la que insistió en que solamente quería comer frutas recién cortadas, y otras en las que pidió comer sin que nadie la viera, no hay menciones a las ideas de envenenamiento en las cartas de su dama de compañía. “Entre más veo a la princesa, más me sorprende la fortaleza de su espíritu, la amplitud de su conocimiento, la exactitud de su memoria” escribió sobre la *jeune fille*, como ella la llamaba.[6] Sobre sí misma añade sentirse sorprendida de que no le incomode el “aire de superioridad” de la emperatriz.

El 16 de septiembre Carlota se acordó del aniversario de la Independencia de México y se mantuvo todo el día ocupada preparando una modesta celebración. “Supongo que estuvo buscando entre sus recuerdos de allá, porque [en la caminata] me dijo que tenía una fotografía de mi hermano” (miembro de los voluntarios belgas en México). Esta fecha desencadenó una nueva obsesión por conseguir fotografías de diferentes personalidades y

acomodarlas en álbumes, labor que encargó a la señora Clotilde ("otro tormento más para una persona torpe e inexperta", escribió Bassompierre). Carlota le dijo que el último retrato que ella se había hecho era el que Disdéri le tomó en París después de ver a Napoleón, donde aparece con abrigo oscuro y capucha. Después de obsequiárselo empezó a escribir listas con nombres de personas cuyas fotografías deseaba conseguir. La señora Clotilde se desvivía por cumplir sus órdenes. Tocó puertas y escribió a diversos fotógrafos de Europa. Cuando llegaba con nuevas fotos, Carlota se mostraba entusiasmada.

Con la llegada del invierno, la familia la invitó a trasladarse de nuevo a Laeken, lo cual la puso contenta y agitada a la vez. El 9 de octubre le comunicó a su dama de compañía, a quien describió como una de las personas más amables que había conocido, que esa tarde se trasladarían al palacio familiar, a un par de horas, que hicieron en un carro tirado por ponis, "más un paseo que un viaje", según Bassompierre. De nuevo en la casa paterna reconoció al personal, buscó sus pertenencias, y de pronto pareció otra vez completamente recuperada.

El mayor pendiente en la mente de todos era cómo darle la noticia de que Maximiliano estaba muerto. Tarde o temprano había que hacerlo. Todos evadían sus preguntas y comentarios sobre México. Cuando pedía saber de su marido, la familia le respondía que allá seguía la guerra, que estaban esforzándose para saber más de la situación, pero que debía estar preparada para cualquier noticia. En su cabeza volaban todavía los disparos, se perfilaban las torres de Chapultepec, rugían las tropas de Juárez vitaminadas por Estados Unidos, avanzando sobre territorios abandonados por los franceses. Y Max. Una noche mientras cenaban, pidió que una orquesta tocara algo y enseguida dejó a todos estupefactos al anunciar tranquilamente su intención de regresar a México lo más pronto posible.

Aunque Bossompierre no registra la reacción de los comensales, uno puede imaginarse el silencio incómodo que debió de hacerse. La vigilancia se redobló. Conforme se acercaba el final de 1867 la emperatriz empezó a insistir en que le consiguieran el *Almanaque de Gotha*, lo cual se convirtió en un dilema.[7] "¿Cómo saldremos de ésta? —pregunta la señora Clotilde en su correspondencia—. Me

parece que es la circunstancia ineludible para anunciarle la muerte del emperador, porque ella sospechará si seguimos diciéndole cosa tan absurda como que el almanaque, que jamás deja de publicarse puntualmente, no ha aparecido." El directorio de 1868 por fuerza iba a traer algo sobre la muerte de Maximiliano.[8] Al finalizar el mes de noviembre, Carlota, con la más dulce de sus sonrisas, acorraló a la señora Bassompierre y le exigió saber qué había pasado con el almanaque.

—Lo siento muchísimo, temo tener que decepcionarla de nuevo —dijo Clotilde—, pero el almanaque todavía no se publica.

—Oh, no pasa nada —respondió con insuperable buen humor—, tarde o temprano va a aparecer, y traerá cosas interesantes. ¿Cuándo dijeron que van a imprimirlo?

—Dijeron que no será sino hasta finales de diciembre —replicó la dama de compañía con un aire un tanto descarado—. Hay que procurar estar tranquilas por un mes más, es cosa de vivir un día a la vez.

La emperatriz ocupó el mes de diciembre (todo un suplicio para sus ayudantes) en ordenar constantemente que movieran el mobiliario y hacer listas de fotografías de personajes que le entregaba a la señora Bassompierre para que las consiguiera y las pusiera en álbumes. A finales de diciembre le comunicaron que los generales Miramón y Mejía habían muerto. Carlota se quedó pensativa y dijo que seguramente su marido también sería fusilado. Luego se puso a reflexionar en voz alta qué ocurriría en México si eso efectivamente sucedía. Ante la proximidad de la noticia, la reina ordenó que se renovara la vigilancia y tuvieran cuidado de ocultar cuchillos y tijeras. Sin embargo, la emperatriz parecía contenta. "La querida princesa anda toda sonriente: ayer se puso a tocar el piano, quizá al mismo tiempo que el cadáver de su marido llegaba a suelo austriaco."[9]

El 1º de enero de 1868 Carlota escribió una carta sensata y ordenada a su hermano Leopoldo: "Es con un sentimiento de confianza que comienzo este año bajo tu techo y en medio de todas las pruebas de afecto que recibí esta mañana de María [Enriqueta] y de mis queridos sobrinos". Dos semanas después el ataúd con el cadáver de Maximiliano llegó a las costas de Italia en el mismo barco que cuatro años antes lo había depositado en Veracruz: el

SMS Novara. El 18 de enero su afligido hermano Francisco José, quien lo había despojado de toda prerrogativa sólo para devolvérselas en el último minuto, recibió el féretro junto con su inconsolable madre en el palacio imperial en Viena. En el mismo vapor de cuatro chimeneas venía la señora Concepción Lombardo, viuda del general Miramón, que había caído junto al emperador sin dejar un centavo a su familia. La viuda traía para la madre del emperador un mechón de cabellos de Maximiliano, una medalla que éste había pedido entregarle, y una carta escrita por su hijo:

> No pudiendo prever los acontecimientos en la situación en que me hallo, quiero que conste que mi deseo más vivo es, en caso de que el general Miramón y yo seamos fusilados, que mi esposa la emperatriz Carlota se haga cargo de la señora Miramón y de sus pequeños hijos, para demostrar de este modo mi gratitud a dicho general y recompensarlo por su fidelidad durante todo el tiempo que ha estado a mi lado, así como para probarle la grande amistad que le proceso en el fondo de mi corazón. Maximiliano, 15 de junio de 1867.

La viuda de Miramón permaneció un tiempo en Austria con una pensión concedida por la Casa Real, pero Carlota se negó a recibirla. El cadáver de Maximiliano fue depositado en la Cripta Imperial, una bóveda en el subterráneo de la Iglesia de los Capuchinos, donde hasta la fecha descansa en la cripta identificada con el número 126, junto a más de 150 de sus antepasados Habsburgo.[10] Dado que Carlota era una ávida lectora de periódicos, sus médicos advirtieron a su familia que no tardaría en enterarse del funeral, a pesar de la supervisión sobre sus lecturas. Había llegado el momento de decirle la verdad. El padre Deschamps, arzobispo de Malines, que 18 años antes había presidido el funeral de su madre, fue el encargado de comunicarle la noticia. Carlota escuchó al obispo decir que el Imperio mexicano no lo era más, que su esposo había sido condenado a muerte en un cerro, junto con otros dos malhechores. La misma emperatriz describió el momento meses después:

> El 12 de enero de 1868, el primer mes de una larga agonía, monseñor Deschamps, arzobispo de Malines, vino a mí y me dijo: “El emperador ha muerto, los mexicanos lo asesinaron, fue fusilado como Iturbide”.

> Todavía le pregunté, ¿pero es verdad? "Sí —me dijo—. Es verdad." Desde ese momento yo fui viuda, me trajeron los diarios que relataban el entierro, el aspecto del cadáver, el artículo decía que tenía un color verdoso que se muestra muchos meses después de embalsamado. Era un reportaje de un corresponsal en Veracruz al periódico belga *Independencia*.

Cuando la reina Enriqueta entró a la habitación, la halló bañada en lágrimas y muy expresiva. "Su reacción fue mesurada —escribió su cuñada—, mucho más calmada de lo que temíamos quienes estábamos a su alrededor. La joven viuda quiso saber los detalles sobre el trágico fin del soberano." Las palabras del monseñor Deschamps, que la muerte de su esposo había sido "bella y digna", quizá fueron un agridulce consuelo para Carlota, pero cuando vio a su cuñada, se echó a sus brazos y después de llorar durante mucho tiempo, exclamó: "¡Ah! Si tan sólo pudiera hacer las paces con el cielo y confesarme". Por la noche la reina le llevó un sacerdote. Todavía sin poder dejar de llorar, la emperatriz le pidió que se retirara: "Me falta valor y no iré a confesarme", declaró, pero le suplicó a la reina que se quedara con ella rezando toda la noche. ¿Qué pesaba tanto sobre su conciencia?

Por indicaciones de María Enriqueta todos se presentaron de luto al almuerzo. Durante el resto del día la joven se rehusó a recibir a nadie que no fuera de la familia, se vistió de negro y se preparó para la misa fúnebre que tuvo lugar el 13 de enero a las 10 de la mañana. Sus damas la encontraron por la mañana arrodillada frente a una silla, en su habitación, con un libro en la mano. Sus reacciones sinceras y sentidas hicieron pensar a su familia que se veía la luz al final del túnel y que comenzaría su recuperación. Una de sus damas escribió: "Tiene momentos en que llora y que, llamando a sus damas, las hace sentar a su lado y las toma de la mano, mirándolas fijamente, y esto lo toman los médicos como síntomas de que volverá a la razón". En realidad, era el inicio del abismo. Por la noche le preguntó a la reina si el luto le impediría ir a Bruselas. Cuando su dama de compañía fue a buscarla, muriéndose de la ansiedad, la encontró más afectuosa que de costumbre. Cenaron solas y Carlota le dijo que quería que le consiguiera todos los detalles que pudiera sobre la ejecución de su marido. La mujer le consiguió decenas de artículos de periódicos.

Diez días después, la señora Bassompierre escribió: “Anda con aire triste y casi siempre retraída. Come bien y se toma un vaso de agua en cada comida”.

“Desde ese día de funesta memoria —escribió Carlota al teniente coronel Charles Loysel, en una carta que nunca fue enviada—, permanecí viuda once meses, pero no ceso de serlo hasta la noche del 10 de diciembre cuando vi al emperador en sueños. El 12 de enero me cubrieron de lana y crespón y desde ese día tuvieron el cuidado de llevarme a todas partes en auto y el luto fue riguroso a fin de acreditar bien el contenido de esa caja que la Casa de Austria sepultó en la cripta de los capuchinos.” Unos meses más tarde escribió con cinismo y tal vez algo de sentimiento de culpa: “Si yo hubiera sido hombre en 1864, nos hubiéramos ahorrado Querétaro”.[11] Con el desmoronamiento del imperio comenzó a llegar gente de México para escapar de las represalias de Juárez y de su hombre fuerte, el vengativo general Mariano Escobedo. “Espero antes de terminar mi carrera militar ver derramada la sangre de todos los extranjeros que residen en el país”, escribió el militar en un comunicado después de la ejecución.[12] Muchos de los refugiados acudieron a Tervueren para ver a Carlota, lo último que para ellos quedaba del imperio. La emperatriz aceptó verlos sólo para pedirles detalles sobre los últimos momentos de su marido. En los siguientes días se dedicó a responder las cartas de condolencias.

> Él ha llegado gloriosamente al fin de una buena vida, en Habsburgo-Lorena, como siempre dijo que lo haría [escribió]. Sucedió sólo por cuestión de los números y, por así decir, en la brecha, después de que Europa, que fue quien lo condujo, lo abandonó. Fue fiel a la tarea de fundar una monarquía sobre los escombros sangrientos de la república. No podía haber muerto más noblemente. La tristeza es para los que se quedan y yo tengo el corazón roto. Encuentro una triste satisfacción en los homenajes en torno a memoria, pero que me hacen llorar de nuevo. [Los artículos que leo] suavizan mi dolor, si es posible hacer justicia a esa existencia grande y gloriosa. Siempre procuré ser digna de él, a quien la Providencia me unió, y él puede saber por el resto de mi vida que yo le pertenecí.

Resulta interesante que Carlota pidiera a la señora Clotilde que le consiguiera un libro sobre la vida de Santa Paula, una santa del

siglo IV de las llamadas “madres del desierto”, que después de haber enviudado se recluyó en un monasterio de Belén para una existencia de encierro, penitencia y privaciones. Por esos días llegó también a sus manos una novela titulada *Les Travailleurs de la mer* que Victor Hugo, el autor de *Los miserables*, escribió durante su exilio en la isla de Guernesey. Publicada en 1866 en Bélgica, se trata de una de las obras menos conocidas del autor. Sigue las aventuras de un barco extraviado en altamar, con sus infaltables escenas de desastres, tormentas e incluso una pelea con un pulpo gigante. La edición original contenía ilustraciones del propio Victor Hugo.[13] A Carlota le impresionó un dibujo titulado *Le Bateau Vision* (“La aparición del barco”). En ella se ve un mar revuelto, con masas de agua oscuras amontonándose unas sobre otras. Al fondo se aprecia un barco que está a punto de ser tragado por las olas, o bien resistiendo valientemente.

Es probable que haya sido ella misma quien encargó a Victor Hugo una ilustración de Maximiliano en medio del mar. El archiduque está de pie en la tempestad con uniforme de marinero, vivo, pero con los brazos cruzados, como si fuera un espectro a punto de hundirse. El hombre mira al espectador, aparentemente impasible ante las olas que están a punto de tragárselo, como desde el más allá. Carlota mandó hacer varias copias como un pequeño recuerdo mortuorio, un sencillo homenaje al marido sepultado en Austria en un funeral al cual no fue invitada. Sobreviven pocos ejemplares de aquella enigmática ilustración, pero su existencia es indudable, ya que entre los destinatarios se hallaba José Luis Blasio, quien la describe en sus memorias. Detrás de la estampita que recibió quien fuera secretario particular del emperador, la emperatriz escribió: “Ore por el descanso del alma de Su Majestad, Fernando Maximiliano José, emperador de México, nacido en Schöenbrunn el 6 de julio de 1832. Murió en Querétaro el 19 de junio de 1867”, y enseguida anotó dos versículos tomados de los salmos.

La vida transcurrió sin mayores sobresaltos en Tervueren, pero se estaba formando el *maelstrom* y Carlota seguiría a su marido al fondo de las aguas. Empezó con problemas de sueño, una especie de aversión a acostarse, seguida por periodos en los que se negaba a salir de la cama. “Se ha rehusado a levantarse, *excepto por las*

noches, y se imagina que el pobre Max no está muerto, pero que ella así lo dice para permitir que [Max] se case de nuevo", escribió la Reina Victoria de Inglaterra en julio. En sus cartas, Bassompierre la retrata perezosa, juguetona ("infantil" en palabras de su familia), obsesionada con sus álbumes y sus libros. "Esta mañana la emperatriz apareció en el comedor peinada como una niña de diez años, con todo el pelo [tejido] como en red —escribió en el verano —. Parecía que lo había tejido con una aguja. Después, cuando llegó el rey para llevarla a su paseo, quiso hacerse dos trenzas en el pelo y él tuvo que poner fin a semejantes chiquilladas." Otros días se negaba a bajar al comedor y prefería que le subieran la comida a su habitación, para que nadie la viera. Traía "un aire triste" y pedía que le consiguieran novelas, libros de historia de Europa, aritmética y biografías de santos. "La emperatriz tiene mucho interés en saber qué hizo Santa Amelia [su homónima] y cuándo se celebra su fiesta; si santa Isabel de Hungría tuvo hijos." Santa Isabel, al igual que Carlota, se había quedado viuda muy joven y había dedicado el resto de su vida a repartir sus riquezas en obras de caridad.

No hubo más episodios de locura, ni furia, sólo manías. Por su dama de compañía sabemos que en Laeken desarrolló una obsesión por las cerraduras y traer siempre consigo las llaves de las puertas de las habitaciones, del comedor, de su recámara. Tenía pánico de verse encerrada, pero a la vez quería poder protegerse de un ataque. En cambio no hay en la correspondencia de Bassompierre el menor indicio, ni siquiera una palabra, sobre la supuesta maternidad de Carlota, a pesar de que podía escribir sobre cualquier cosa, como cuando reveló a su familia que el hijo del rey, de nueve años, se hallaba en su lecho de muerte y medicado con opio, lo cual era secreto del Estado. El 19 de octubre de 1868 Clotilde de Bassompierre debió retirarse del servicio por problemas de salud. Es en esta fecha cuando terminan sus cartas y con ello se cierra esa ventana a la vida de Carlota en Tervueren.

Casi para terminar el año, en Navidad, la hija de la reina Victoria visitó a su prima Carlota: "Se ve igual que siempre —escribió Vicky—, pero sólo habla de cosas triviales, y jamás mencionó a México o a su esposo. No percibí nada extraño en sus modos, pero está apagada, ya no da la impresión de ser la persona sumamente inteligente que una vez fue".

El último personaje relacionado con el Segundo Imperio que intentó acercarse a su antigua soberana fue José Luis Blasio, quien se dirigió a Laeken después de recibir el dibujo de Maximiliano en la tormenta, pero los médicos se negaron a darle audiencia. Decepcionado, caminó hasta el castillo y se quedó de pie junto a la reja con la esperanza de ver a su emperatriz a la hora de su paseo. La suerte le sonrió una tarde en que Carlota salió acompañada de dos damas. "Caminaba la emperatriz pausadamente, vestida y peinada con mucha elegancia —escribió Blasio, el último aliado en verla—. Su rostro […] revelaba una profunda tristeza, sus grandes ojos, tan negros y tan bellos, se veían aún más bellos y más grandes desde el fondo de sus ojeras violetas, y sus pupilas parecían no fijarse en nada, mirando siempre el vacío." Cuando las tres mujeres pasaron lo suficientemente cerca para que lo oyeran, Blasio gritó:

—¡Señora, aquí está uno de los más fieles servidores de Vuestra Majestad, que al volver a su país quiere llevarse el recuerdo de haber hablado, quizá por última vez, con la que tantas veces lo favoreció!

Su voz se perdió en el frío viento de Bruselas. Las dos señoras de la servidumbre lo vieron agitando los brazos y se dieron media vuelta para llevarse a la emperatriz por otra vereda. Simbólicamente, la vida de Carlota y la de México quedaron así separadas para siempre.

---

1 *La Iberia*, 11 octubre de 1867, p. 1.

2 *Ibid.*

3 El término *hebefrenia* (literalmente "mente infantil") para describir comportamientos extraños de la conducta se utilizó por primera vez en 1871, cuatro años después del inicio del "tratamiento" de Carlota, y la palabra *esquizofrenia* ("mente separada") no se utilizó en medicina sino hasta 1911.

4 Clotilde de Bassompierre, carta del 16 de septiembre de 1867.

5 Las cartas fueron conservadas por más de cien años por la familia de Clotilde hasta que fueron descubiertas en 1972 por Albert Duchesne, jefe de la sección de historia del Museo Real de la Armada. A la fecha sólo se han publicado una vez en francés. En la detallada y amplia correspondencia no hay ni la más lejana mención al supuesto embarazo de Carlota, que según el rumor dio a luz en Miramar y para entonces hubiera tenido un bebé de seis meses, y un buen estado de salud que no le hubiera impedido cuidarlo. Tampoco hay referencia

alguna a algún bebé en el detallado diario personal de Goffinet, que no hubiera podido dejar de mencionarlo. El embarazo de Carlota —casi cuerda en el periodo en que escribe Clotilde, como podrá verse más abajo— sólo existe en la imaginación de novelistas e historiadores entusiasmados de más.

6 "Jovencita." Madame de Bassompierre tenía casi 50 años. Carlota tenía 27, y aunque esa edad estaba lejos de ser considerada como niñez o juventud en su época, las últimas fotografías de Miramar la muestran con un aspecto más juvenil que otras mujeres de su edad.

7 Directorio anual publicado entre 1763 y 1944 dedicado a la realeza europea, con todos los cambios en las casas reales, incluyendo nacimientos, decesos y herencias.

8 La edición de 1868 efectivamente dedicó cuatro páginas a México donde se anotaron las fechas más importantes del imperio, desde la partida de la emperatriz a Europa hasta el fusilamiento de Maximiliano: "El emperador Maximiliano, enjuiciado frente a un consejo de guerra y condenado a muerte, es fusilado en Querétaro con los generales Miramón y Mejía". Véase el *Almanaque de Gotha* de 1968, p. 1087.

9 El cuerpo de Maximiliano llegó el 20 de enero de 1868 a Trieste a bordo del Novara. El gobierno de Juárez lo había retenido innecesariamente durante medio año, embalsamado por un médico sin experiencia, vuelto a embalsamar, exhibido para los amigos del presidente y finalmente cedido ante los ruegos de austriacos en México y diplomáticos para que enviara los restos mortales a su familia. Durante años hubo en el mercado supuestos mechones de pelo de Maximiliano en venta para coleccionistas.

10 La tumba de Maximiliano es el lugar más lleno de flores y recuerdos en las catacumbas imperiales de Viena, seguido en popularidad por la tumba de la princesa Sissy y la de Francisco José.

11 "Si j'avais été un homme en 1864, Querétaro aurait été épargné."

12 "Bloodthirsty Dispatch from Escobedo", *The New York Times*, 3 de julio de 1867.

13 Cuando se tradujo al inglés se cambiaron por otras de Gustave Doré.

El reordenamiento del mundo

Es prerrogativa del loco decir verdades
que nadie más se atreve a enunciar.

Neil Gaiman

El año 1869 inició de manera trágica para la familia real. El príncipe Leopoldo, de nueve años, hijo del rey y heredero directo a la corona, expiró en su cama después de ocho meses de luchar contra una pulmonía que se complicó. La más honda consternación recorrió no sólo el país, sino toda Europa. Un diario de Rusia imprimió un grabado anónimo con una melancólica escena del niño en su lecho de muerte rodeado de miembros de la corte, sus padres arrodillados llorando a ambos lados de la cama, y un sacerdote en la cabecera con los ojos bajos, afligidos. Durante el funeral del niño, el rey cayó al suelo de rodillas y se desmoronó, sin poder contener el llanto.

Carlota, retraída, en apariencia loca, entendía todo con la percepción agudizada de los esquizofrénicos. Comenzó a refugiarse en metáforas, y escribió: “Mi hermano perdió a su hijo, aquello mató evidentemente a Bélgica”. La muerte del heredero al trono dejó desolados a sus padres, particularmente a la reina, y eso significó menos atenciones para Carlota. La muerte del querido sobrino marcó también para ella el inicio de una furiosa crisis de escritura. Puesta en contexto, con el beneficio de la distancia, 1869

fue ciertamente el momento en que Carlota se enfrentó al oscuro espejo de la verdad. La realidad se presentó insoportable: el sueño de toda una vida, para el que se había preparado desde niña, se había derrumbado; el barco de sus ilusiones se había hecho astillas en los acantilados de la geopolítica.

Atrás habían quedado la tensión del peligroso viaje a Veracruz, las reuniones con los ministros de Napoleón, la visita al Vaticano y el quebranto que había sufrido frente al papa, el secuestro en el castillo de Miramar, el ríspido rescate por parte de los belgas, y finalmente el regreso a su hogar rodeada de alienistas, contra la cual sus fuerzas eran insignificantes. Las tres figuras masculinas más importantes de su vida la habían defraudado: su padre Leopoldo I al morir; Napoleón III al traicionar la causa mexicana; y Maximiliano con su falta de carácter, su indiferencia sexual, sus infidelidades.[1] En cuanto a Carlota, la mujer, había perdido de golpe y para siempre los tres papeles que había anhelado: esposa, madre y emperatriz. Escribe la historiadora belga Van Ypersele: "En su juventud, Carlota buscó obstinadamente la perfección moral y espiritual. La aventura mexicana fue para ella la oportunidad de encontrar finalmente esta perfección, de mostrarse digna de su nacimiento privilegiado, de merecer sus títulos. Su fracaso fue la destrucción insoportable de un sueño: el de existir".[2]

El hundimiento fue inevitable. "Muero de dolor —escribió a principios de 1869—. Ayer me hubiera lanzado de buena gana desde lo alto de un balcón en el parque. No me desespera el tiempo ni las dificultades, sino la impotencia. Ahora deseo abandonar esta vida. No quiero la vida más que para ser útil. Cuando sufro así, la Santa Virgen viene a mí." Ante ella, una de las mujeres más preparadas de su época, se presentó la perspectiva de una juventud desperdiciada, la condena de una larga vida improductiva y monótona. El único camino era la huida. ¿Hacia dónde? Hacia la muerte psíquica, hacia la negación de sí misma, hacia el camino de las *visiones*, donde no sólo el mundo, sino el mismo cosmos podía reordenarse; ella se podía convertir en hombre —y evitar Querétaro — y tanto en el cielo como en la tierra los actores del drama — Napoleón, Maximiliano, Juárez, ella misma— ascender a otro plano donde lo torcido podía rectificarse.

Entre febrero y junio de 1869, la emperatriz entró en una

especie de trance y se puso a escribir obsesivamente. Reportó tener alucinaciones auditivas y visuales.[3]

> Su mirada es fija y apagada [escribió el diario parisino *Patrie* en mayo de ese año]. Divaga en sus conversaciones, habla frecuentemente de México, describe las costumbres de sus habitantes, la belleza y la originalidad pintoresca de las ciudades y de las haciendas con una precisión de detalle notable. Pasa repentinamente de uno a otro objeto como si tuviera los ojos cerrados, diríase que soñaba. Turbación de las ideas y arrobamientos inexplicables indican la ausencia de toda rectitud en su juicio.

La verdadera agitación ocurría en su interior, pero nadie en ese momento, excepto sus médicos, sabían lo que pasaba por su mente. Durante cinco meses experimentó un episodio de grafomanía que produjo más de 400 cartas, un promedio de tres por día, que permanecieron en el olvido durante más de cien años.[4] El factor que parece haber desatado la obsesión —su reordenamiento del cosmos, es decir, del cielo y la Tierra, de los vivos y de los muertos— fue la muerte de su sobrino.

Las cartas desconocidas

A la fecha no se ha publicado la colección epistolar completa. La lectura es difícil y tediosa, los temas se repiten hasta la exasperación y su interpretación es arriesgada, aunque se distinguen cuando menos cuatro temas. Aunque el hoy, el ayer y el porvenir están mezclados, algunas secciones claramente tienen que ver con el pasado de ella: “Con el emperador […] tuve desacuerdos de todo tipo, y muy graves. Hubo avalanchas, el relámpago y el trueno surcaron mi vista”.[5] Otras cartas hablan de su presente en el castillo de Tervueren (“He roto varios objetos, volqué una mesa y lo he hecho en diversas ocasiones”), y en algunas está el futuro deseado (“Tengo el temple necesario para construirme un espacio que yo misma habré creado y sostendré”). Cuando menos tres académicas europeas, Laurence van Ypersele, Dominique Paoli y Coralie Vanerkhoven han estudiado las más de doscientas cartas de Carlota desde la psiquiatría, la antropología y los estudios de género. Para la historiadora belga Laurence van Ypersele los delirios de Carlota

son, entre otras cosas, una expresión de la represión femenina en el siglo XIX; para la psicoanalista y filóloga Coralie Vankerkhoven, la superación de un complejo de castración.

"Carlota se desequilibra definitivamente", opina Ypersele; pero los escritos de la exemperatriz, con elegante y perfecta caligrafía, están lejos de ser disparates. Si se entienden a través de otro género literario adquieren un hondo significado. La emperatriz habla con los fantasmas de Juárez, Maximiliano y Napoleón en lenguaje simbólico. En ellos hay orden, aunque es el que ella impone; sus visiones rebosan de significado más que literal y propósito; son expresión surgida de su subconsciente plasmada por medio del lenguaje y género apocalíptico.[6] Carlota tenía de donde echar mano para usar lenguaje escatológico (de las últimas cosas): a pesar de sus ideas políticas liberales, era profundamente católica. Las lecturas de los dos años previos la habían impregnado. Escribe a Napoleón y a Maximiliano, pero la mayor parte de las cartas va dirigida a Charles Loysel, un teniente francés que tuvo un papel menor en la expedición a México, y que claramente se trata de una proyección de sí misma.[7] En la parte sustancial utiliza el molde de la pasión de Cristo, Pentecostés y el lenguaje del Apocalipsis para reordenar su mundo y el cosmos. Toma trozos de realidad de diferentes etapas de su vida, los cose en forma de parábolas que invitan a mirar hacia una situación histórica en unos casos, y en otros hacia *visiones* que quienes la califican de loca no logran ver.[8]

Petición de rescate a Napoleón

La primera etapa, la más elemental, comienza con la expresión de una profunda depresión combinada con la conciencia de su propia importancia y el deseo de huir, posiblemente a México. En marzo de 1869 escribe en dos cartas independientes:

> Soy hija de una princesa francesa. Soy importante e independiente, ninguna persona aquí tiene autoridad sobre mí. Me trajeron por medio de la violencia, arrancándome de mi casa, y en lo que mi voluntad paralizada por tantos malos momentos comienza a afirmarse, me tienen vigilada entre jardines, encerrada entre muros.
>
> Es hora de poner fin a este orden de cosas. Estoy en la mejor voluntad

> de suicidarme de la única forma que me parece aceptable: la inanición. Espero que este sacrificio cierre las heridas del mundo.

Carlota ofrece inmolarse para enmendar las llagas abiertas de la humanidad y cree que su desaparición es "la voluntad general". Pero su sentido de obligación prevalece y pide a Napoleón III que la rescate. Antes el diablo, ahora su mente eleva al emperador francés a la categoría de "jefe de la humanidad". El 20 de marzo le suplica: "Recurro a su corazón, a su poder, a la fuerza de su brazo que debe liberarme cuando el universo me abandona. Vuestra Majestad es el jefe de la humanidad. Vuestra Majestad, sucesor de aquel que al día siguiente de la Revolución francesa abrió al género humano nuevos horizontes". En otra carta, insiste en su ascendencia francesa para negociar el anhelado rescate y, al lado de Napoleón III, mantener viva la llama del Imperio mexicano. No sospechaba que en ese momento el trono de Napoleón III se estaba hundiendo.

> Vuestra Majestad, como yo, es hijo de una reina francesa. Recurro a este título, a esta igualdad de origen para solicitar de vuestra majestad salvaguardar en mí la dignidad de una corona [la de México] que actualmente ya está desprovista de territorio, pero no es menos digna que la suya y está íntimamente unida a la gloria y al porvenir de Francia. En mis últimos intentos de huida, mi hermano me rehúsa los carros y el parque está lleno de soldados y de cerrojos.[9]

Sabedora de que su esposo ha muerto, y de que solamente su locura la protege de la realidad, le explica a Napoleón que tanto ella como su marido tuvieron la mejor disposición en la empresa mexicana, a la que Carlota todavía no da por perdida. Por ello revive la embarazosa situación de echarse a los pies del emperador en busca de protección. Sin saber que los médicos leían sus cartas y las guardaban en un gabinete, comparte con el monarca francés los malos tratos que ella sentía recibir ("Preferiría, si fuera hombre, combatir en un campo de batalla que soportar a puerta cerrada estos tormentos") y una parte de sí reconoce que está perturbada de la razón, pero que si la recupera perderá a Maximiliano para siempre. Aspira a la libertad de los locos.

> Nosotros no queríamos y no hicimos más que cooperar con toda nuestra

> fuerza en sus grandes designios. Su Majestad puede romper ese encanto fatal acabando con el mal en su origen mismo. Mi bienamado emperador [Maximiliano], rechazado violentamente fuera de la órbita de Francia. Por ahora tienen como objetivo hacerme enfermar; he recibido la visita de dos médicos enviados por mi hermano. Yo sé bien a dónde conducen estas enfermedades, suposiciones de un estado nervioso u otro. Si esto no fuera más que para causarme la muerte me sometería con gusto, pero tienden a algo peor que eso. Tienden a hacer de mí lo que Dios no quiere y yo tampoco: separarme eternamente de mi esposo.

Día a día Carlota escribe y espera al coronel teniente Charles Loysel, cada vez más central en su correspondencia, aunque históricamente su papel fue solamente escoltarlos de Veracruz a la Ciudad de México en 1864. Carlota empezó a creer que Loysel iba a rescatarla junto con otros ocho oficiales franceses. Cada día salía y esperaba bajo la sombra de los árboles. Entre más pasaba el tiempo sin que llegara la partida de hombres armados con Loysel al mando, empezó a caer en la desesperación. “Comienzo a ver que tiene usted pocas atenciones conmigo”, escribe al oficial. A Napoleón le insiste:

> Le he expresado ya en mis dos cartas anteriores mi deseo ardiente, incluso impaciente, de salir de este país para estar cerca de Vuestra Majestad, ya que ya no cuento con mi padre. Entonces, señor, estaré al final de todos mis males y tendré el consuelo de hacer todo lo que a Vuestra Majestad agrade, estaré con un nuevo y verdadero padre que me devolverá a mi esposo, como mi padre me entregó a él alguna vez.[10]

El reordenamiento del cosmos

Cuando Carlota se dio cuenta de que todo era inútil, escribió los párrafos más fascinantes de esa serie. Su lenguaje alcanza el grado de visión mística y debe interpretarse dentro de la matriz de la intensa instrucción católica que recibió de niña, la sensación creciente en Europa de que se avecinaba una gran guerra, y la lectura de libros religiosos de duro ascetismo en los últimos meses. Carlota eligió el género apocalíptico para expresar sin cortapisas lo que tan bien percibía en el castillo, en su familia, en Europa.[11] Como en toda literatura escatológica, que históricamente brota por doquier cuando se pierde la esperanza, Carlota avizora la

intervención de Napoleón-dios y la rectificación de la historia en la que ella misma jugará un papel central.

El contenido de las cartas —sin duda visiones *reales* que tuvo estando en Tervueren— apunta a un *significado* más que literal. En lo que a primera vista parece el "desequilibrio definitivo" de Ypersele, una "estructura sin relación con lo real", es posible encontrar la narrativa de una culminación de la historia en donde todas las naciones son redimidas, incluso la república de Juárez. Carlota retomó también la historia de la pasión de Jesús para resignificar la muerte de Maximiliano como un sacrificio necesario para "regenerar todo" y ella convertirse en el Espíritu Santo, presencia invisible (aprisionada) que anima la misión del pueblo elegido (Francia).

La primera parte es la escena de las banderas, que sugiere una gran batalla final en donde se rectifica la derrota en México, y al final las naciones que lo merecen se reúnen bajo la guía de Dios, personificado por Napoleón I. El emperador deificado de los franceses y su representante en la tierra, Napoleón III, reivindican los fracasos imperiales en México y la debacle mexicana en Texas.[12] Carlota escribió:

> Napoleón I […] juega en el cielo el mismo papel soberano y soberanamente militar que Napoleón III, su sucesor en la Tierra. Que uno esté con el ejército francés del cielo y el otro con el de aquí abajo es lo que impide el fin del mundo.
> [Debo decir al general Brincourt que] Chihuahua está en letras grandes, muy negras, en una de las banderas que rodean a Napoleón. Napoleón tomó la bandera de San Lorenzo y protegió con ella la cabeza del mariscal Bazaine; tomó la bandera de México y protegió con ella la cabeza del mariscal Forey. Yo buscaba la bandera de Texas porque fue mi padre quien la donó a Magnan, y Magnan me la trajo. Abajo estaba escrito: "Revancha del 5 de mayo".

En seguida, Napoleón-dios entrega la bandera de Juana de Arco a Carlota —es decir, la convierte en mujer-hombre-soldado al servicio de Francia—[13] y al final las naciones se arrodillan ante Napoleón-dios. Carlota observa el traslado del reino de su padre Leopoldo I a su hermano Leopoldo II, pero presiente la ruina de Bélgica por el repudio a su hermano.

> Napoleón me dio la bandera de Juana de Arco, que era tricolor. Todo el ejército francés la bendijo con las manos extendidas, él tenía una corona de laureles suspendida. Yo pedía: "Oh, padre mío, ¿a quién la destinas?" "A todos", respondió Napoleón. A todos los he visto de rodillas ante él, miles de uniformes. Pedí a Napoleón que hiciera a mi padre francés y lo hizo, ello me hizo francesa de padre y de madre, pues se naturaliza en el cielo tanto como en la Tierra. Yo me hice dar la calidad de francés, esta vez como hombre.
>
> Di muerte al resto de grandes personajes que había siempre a causa y en defensa de la bandera tricolor (porque en el cielo, como en cualquier otra parte, me hago matar por el contrario. Y con todos, si hay la religión de Cristo, hay también la religión de la bandera, que no es menos sagrada y no son más que una misma en el honor).
>
> Mi padre envió la bandera de Bélgica a mi hermano, ya no la hubo en el cielo, ya no la habrá pronto en ninguna otra parte. A propósito de Bélgica, tengo una idea clara de lo que vendrá, habrá guerra. Mi hermano será abandonado. Sin embargo, todo acabará bien.[14]

Al final, las naciones se encuentran bajo el poder de Napoleón-dios. Incluso hay lugar para Juárez, pero Carlota, como la mujer del Apocalipsis ("Estuve embarazada nueve meses de la redención del diablo, nueve meses de la Iglesia y ahora estoy embarazada del ejército"), empuña la bandera del Imperio mexicano, la coloca en manos de Gutiérrez de Estrada, el iniciador de todo, y al final, en Maximiliano *redivivus*. Carlota lleva la espada de Pierre Terrail de Bayard, la máxima representación en Francia del caballero andante: "Espada de Bayard y de Juana de Arco, yo —es a causa de eso que el diablo no se hace gemelo mío", escribe.

En la escena final está Napoleón-dios acompañado de un innumerable ejército y empuña la bandera de la batalla de Austerlitz, su victoria más gloriosa. Las naciones y el poder eclesiástico están sometidos a él, y Napoleón es todo en todos.

> La bandera de Iturbide, es él quien la tiene. La de la República es de Juárez en México y la vi en su mano. La bandera del Imperio mexicano la puse primero allá en lo alto en la mano de M. Gutiérrez, después se la envié al emperador.

> Napoleón ha adoptado a todos los grandes españoles de todas las épocas. Ha adoptado a Washington, Jefferson y Madison y a todos los grandes americanos. Y yo imploré a Napoleón que adoptara a las tres grandes razas.
>
> Vi en la cumbre de toda la inmensa bandera rematada con el águila centelleante que se había convertido en eterna desde el primer día. Pregunté a Napoleón si ésa era la bandera de Austerlitz; él me la mostró, era más pequeña. Todo este innumerable ejército está a la derecha del trono de la Trinidad. La Iglesia y la cruz están a la izquierda.[15, 16]

El sacrificio redentor de Maximiliano

Tras el fusilamiento de Maximiliano aparecieron en Europa estampas y cartas de visita que lo mostraban como un mártir, con aire de santidad incluso. Los detalles de su ejecución, según se fueron conociendo con la aparición de biografías ya desde 1867, no pasaron desapercibidos para el subconsciente colectivo de Europa, especialmente de Carlota. Al igual que Jesucristo, Maximiliano había sido traicionado por uno de su círculo interno (el coronel Miguel López) y ejecutado en una colina a las afueras de la ciudad, junto a dos malhechores (Miramón y Mejía). Al igual que Jesús, Maximiliano había expresado desde su Gólgota palabras de perdón para sus ejecutores ("Perdono a todos y pido perdón a todos. Que mi sangre, que está a punto de ser derramada…") y dijo algunas palabras sobre su sangre que se derramaba para la pacificación de México. La muerte ocurrió a las tres de la tarde. Cuando murió, recién pasados los 33 años, sus ropas llenas de agujeros se repartieron entre coleccionistas y fotógrafos que las convirtieron en postales muy vendidas en Europa. Encima, su aspecto físico no era muy diferente del Jesús rubio y barbado en boga en Europa en el siglo XVIII.[17] No hacía falta mucho para que Carlota, lectora ávida de periódicos, en su estado alterado de su conciencia, lo viera como una figura cristológica y equiparara su muerte al "drama del Calvario". Carlota reporta una alucinación auditiva en la que Maximiliano, desde el Cerro de las Campanas, la entrega al cuidado del coronel francés Loysel, que toma el papel del discípulo amado: "Ayer [Maximiliano] habló a mi alma y pronunció las palabras de la pasión: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo'. ¿Qué hará la santa Virgen?

Miramón y Mejía fueron dos ladrones". El sacrificio de Maximiliano es redentor:

> El primer miembro de la trinidad terrestre, Dios Padre, quien lo creó todo y por quien todo existe, es y será Napoleón III, el nuevo Abraham que sacrifica a Isaac, su primogénito en Querétaro y como él, lo conserva. El segundo Dios hijo es el emperador [Maximiliano], aquel que al inmolarse regenera todo; el tercero soy yo, este viento impetuoso que mueve la valentía y los corazones y que llevará a todos los extremos del mundo las banderas de Francia para bautizar a las naciones en nombre de la Santa Trinidad que reina en el cielo.[18]

Al tercer año (en 1869), Maximiliano resucita y Carlota, además de Virgen (una sublimación de su estado sexual), es el Espíritu Santo que mueve la historia. El ejército francés regresará como los apóstoles, después del fracaso del Gólgota-Querétaro, a deshacer la injusticia, gracias a su intercesión. La emperatriz escribe otra vez a Charles Loysel, que poco a poco va convirtiéndose en el personaje central de sus cartas:

> Fueron tres años, no tres días en la tumba para que resucitara glorioso y cambiado. El Espíritu Santo vencerá y triunfará. Ustedes [los militares franceses] son los apóstoles.
>
> Ustedes, los apóstoles, son sobre los que yo descenderé en lenguas de fuego, en las que el Espíritu Santo y la santa Virgen son una misma persona. Que el discípulo bienamado [Loysel] se apresure a venir por la santa Virgen.
>
> Usted sabe que tengo dos personajes vivos en mí que son el Espíritu Santo y la santa Virgen, y uno muerto que es el cuerpo. Usted tiene, del mismo modo, los dos personajes reunidos de los precursores Juan Bautista y san Juan Evangelista.

Charles Loysel: la Carlota ideal

Ypersele, Vankerkhoven y otros han notado como rasgo predominante del epistolario la obsesión con la figura de Charles Loysel y la progresiva disolución de Maximiliano y Napoleón, para que ella concentre todos sus anhelos y fantasías en el coronel. En las

cartas le propone matrimonio, batirse en duelo, azotarse mutuamente, matarse el uno al otro. Del "de haber sido hombre…" pasa a "ser hombre es renacer una segunda vez" y finalmente: "Tenga usted dos cosas por ciertas: quiero ser un hombre y quiero casarme con usted". Su deseo de convertirse en varón, portar el uniforme militar francés, batirse, matar y "manchar la espada de sangre hasta la empuñadura" van de la mano con la infatuación por Charles Loysel con quien comparte un rasgo remarcable: la similitud de sus nombres. "Para ella, ser mujer […] es no haber podido impedir el hundimiento del Imperio mexicano."[19]

> Hay en mí ya tres cuartas partes de hombre. Desde hace meses no bebo más que vino y agua. El arreglo exterior no lo he podido cambiar todavía, pero ha sido simplificado hasta un punto en que no es como se usa en general y alrededor del talle no llevo nada, como los hombres. He roto varios objetos, volcado una mesa y lo he hecho en diversas ocasiones para vencer el mal que me querían hacer. El aprendizaje ya ha comenzado y quizá sea mejor que no tenga todavía una espada en la mano, porque podría haber matado a mucha gente.[20]

El 5 de mayo, fecha de enorme carga simbólica, día de la Batalla de Puebla, Carlota decide definitivamente cambiar de sexo y pelear al lado de los franceses encarnada como el Cordero del Apocalipsis que regresa al final de los tiempos.

> Es necesario que me convierta en hombre […] en tanto que yo sea mujer, siempre será posible la violencia y el destino del mundo no estará asegurado en su totalidad más que con mi cambio de sexo, que tendrá lugar en París en las próximas veinticuatro horas. Así tendré en mi existencia una humanidad análoga a la de la Santa Virgen en la primera parte, y análoga a la de Cristo en la segunda. En la primera parte he sido como las mujeres y soberanas del mundo; en la segunda seré todo militar y oficial encarnado.[21]

Cuando Carlota se dirige a Loysel, su grito desesperado tiene más de proyección que de enamoramiento con un oficial con el que posiblemente trató poco. Loysel es una copia de Carlota: "Los dos nos llamamos Charles, el uno y la otra, pues el nombre Charles quiere decir 'noblemente armado' […] y yo prometo solemnemente no abandonarlo jamás". Una semana más tarde escribe a su yo

ideal:

> Servir a su lado en el ejército es el deseo de mi alma, es, junto con la alegría de poseerlo a usted, la única cosa que ambiciono en el mundo. Ser oficial francés es el título más bello que podría portar. He renunciado a mi pasado, a todo, he abandonado todos los bienes que llamo riqueza, fortuna, nacimiento, los abandono sin mirar atrás para adquirir esta perla, la más preciosa de todas.[22]

En esos días, las alucinaciones avivaron su escritura. Durante un paseo por el parque vio a Napoleón I y III caminando hacia ella y le dijo a su dama de compañía que se retirara, porque "hay grandes personajes en el camino".[23] A finales de abril tuvo otra alucinación auditiva, esta vez de Maximiliano, en la que el archiduque la liberó de su compromiso matrimonial. La emperatriz escribió: "Maximiliano, cuya voz he escuchado hace una hora, me ha dicho lo siguiente: 'Ahora que lo has hecho, tu obediencia lo ha decidido. Nuestra unión se ha roto. La unión que aquí se rompe, romperá también la suya. Somos libres el uno y el otro' ". Así quedó soltera para hacer una extraña declaración de amor a Loysel y poder casarse de nuevo: "Yo hice todo lo que pude para mantenerlos juntos, Dios no lo quiso. Es por esto que México está muerto y por las balas de Juárez que ellos [Maximiliano y Carlota] se suprimieron y desaparecieron".

A partir de mayo ya no aparece su nombre al final de las cartas, sino el de "Charles". Quien escribe se convierte en hombre. "He roto con todo mi pasado; rompo con mi sexo, me lo cambio como un abrigo."[24] A Loysel, su *alter ego*, le propone en su propia manera pervertida y masoquista, una de las declaraciones de amor más originales y, en cierto sentido, bellas.

> Que si [Napoleón] no desea que lo despose a usted como hombre, me casaré también como mujer, yo me casaré de todas las formas; debemos matarnos, azotarnos o desposarnos, no hay término medio, y podemos hacer por igual las tres cosas. Usted puede contar con que este estado durará hasta el final de los siglos, y que yo no abandono ni a las banderas ni a las personas que amo. Y que todo lo que usted quiera de mí —afecto, látigo, espada, matrimonio y muerte—, todo lo tendrá porque le doy mi palabra, que no tengo otra cosa que mi palabra y el honor que es como el vuestro, y con estas cosas y con nuestras almas,

que son la una de la otra, iremos juntos hacia la eternidad.

Pero el mundo no se reordenó: el ansiado rescate nunca llegó, Napoleón III no la acogió como a una hija, y Carlota sucumbió a la desesperación y a las fantasías masoquistas. En sus cartas la emperatriz suplica a unos ojos que no la leen, excepto los propios: "Loysel, máteme de todas las maneras, pero ayúdeme, ámeme", y cerca del final del episodio de grafomanía, se da por vencido: "Venga esta tarde a mi habitación, entre las siete y media y las ocho, y azote a la emperatriz de México, despedácela que no quiere serlo más". Y Carlota, efectivamente, se convierte en su ideal. "Carlota está en la búsqueda de la imagen que pueda reconstituirla."[25] El 2 de mayo firma por fin las cartas como "C. Loysel".[26]

Fantasías sexuales de la emperatriz virgen

El último aspecto de la correspondencia recién descubierta tiene que ver con las fantasías sexuales y sadomasoquistas en las que Loysel también aparece como figura idealizada. Para contextualizar, hay que considerar que muchos indicios apuntan a que Carlota, cuando menos hasta ese momento, seguía siendo virgen. "Si muero como mujer, los golpes son de poca importancia y los devolveré todos por igual, pero quiero morir intacta como lo he vivido", escribió en la decisiva carta del 5 de mayo de 1869. En aquel verano del rescate en Miramar, dos años antes, la reina María Enriqueta de Bélgica y Goffinet se habían enterado, por gente cercana a la pareja, sobre la relación íntima tan extraña que hubo entre Maximiliano y su esposa. De acuerdo con Madame Kuhachevitch, Carlota le tenía miedo a él mucho antes de mostrar síntomas de locura. Cuando Max llegaba al hogar, ella sentía que se le cerraba la garganta y se asfixiaba. La señora confió a Adrien Goffinet que sus relaciones no eran "las que suele tener una mujer con su marido". Según la dama, Carlota sólo había sido su consejera en asuntos políticos, ayudante y no más. En la cama él era indiferente hacia ella. Uno de los chambelanes en México cortejaba a Carlota, y aunque ella era sumamente desdichada en su matrimonio, siempre lo rechazó.

El hermano menor de Maximiliano también hizo confidencias al doctor Bulckens en Miramar. El médico escribió: “Parece que su cuñada estaba demasiado estrecha para [poder lograr] el coito y que el acto conyugal jamás se pudo consumar”. El barón Goffinet anotó en sus memorias del viaje: “Otros me han dicho que el archiduque era impotente y que jamás conoció mujer”. Carlota misma escribió sobre el asunto durante su etapa de grafomanía, y aunque su estado mental aconseja prudencia, hasta donde puede verse la emperatriz podía “remodelar” y reelaborar los hechos, pero no los falseaba: “El matrimonio que realicé me dejó como estaba —escribió en abril de 1869—. Nunca le negué hijos al emperador Maximiliano. Mi matrimonio fue consumado en apariencia. El emperador me lo hizo creer pero no lo fue, no por mí, pues yo siempre lo obedecí en todo, sino porque es imposible, porque no iba a seguir siendo lo que yo soy”.

Repartición de culpas, exageraciones, vituperios; si se ponen de lado queda la simple y llana realidad: en México la pareja no tenía y posiblemente nunca tuvo relaciones sexuales. Carlota reelaboró esa decepción a través de complejas fantasías masoquistas. En sus cartas pide ser atravesada con la espada por Charles Loysel, se imagina que otro le ordena levantarse la falda, besa a todos los oficiales franceses y toca sus espadas con la boca: “He besado en ambas mejillas a todos los oficiales franceses que tengo en los dos álbumes, y me he hecho besar por todos. De las espadas no he besado más que la suya [Loysel]”. La carga sexual es evidente. En el castillo había preocupación entre los médicos y ayudantes femeninas por la pérdida de pudor de Carlota, por “comportamientos y el temor de que el personal masculino de servicio pudiera aprovecharse de ella”. A mediados de mayo comenzó a autoflagelarse y descubrió, según su propio testimonio, justificación, rectificación a su impotencia femenina y placer.

> Cuento con poderme fustigar nuevamente hoy, de cuatro a cinco horas consecutivamente. He inventado ese verbo y planeo conjugarlo en primera persona probablemente todos los días mientras sea necesario; veo como un deber hacerlo. Me azoto alrededor, como a los caballos, más fuerte en los muslos desnudos. Ello me produce placer en un grado máximo, un verdadero goce que he descubierto. Los muslos se cubren de un encarnado pronunciado, la sangre y la vida aumentan. Hallo que

> mejoran mucho y espero que sean dignos de manchar el pantalón granate [uniforme militar francés]. La parte más roja es la de en medio, azoto justo en el centro de esa parte que llamamos trasero, me doy una azotaina considerable y el placer es tan grande que olvido que soy yo; en una ocasión creo haber pensado que era usted. Así comienza: me invade una furiosa necesidad de ser azotada. Me quito el calzón y lo meto en un armario, me tiendo en el sofá con la parte trasera, la más redonda posible, al descubierto. Tomo el fuete en la mano derecha y azoto de tal manera que duela y deje ampollas. Me levanto después de haber contado cierto número de golpes, cientos cada vez, y reviso si el efecto es suficiente. Cuando lo encuentro mediocre, intento hacerlo con más vigor, los muslos se habitúan a la práctica; entre más les azoto, más útil les es. Hace un gran bien a la salud y se siente en el alma la satisfacción de probar que uno es en verdad valiente.[27]

Y de pronto, la grafomanía llegó a su fin. El 3 de junio nació Baudouin, el primer hijo de su hermano Felipe. No necesariamente que haya habido una relación causal, pero es digno de notar que la manía comenzó con la pérdida de un niño de la familia y terminó con el nacimiento de otro. Con el tiempo, Carlota perdió la capacidad de escribir. La última nota conocida que se conserva de ella pertenece a 1905, 36 años después. No son más que caóticos garabatos donde al final se distingue, como la mano desesperada de alguien que está a punto de ahogarse, una sola palabra. Es sólo un nombre: "Charlotte".[28] Al final, mujer.

---

1 José Luis Blasio dedica unos párrafos de sus memorias a describir las aventuras amorosas del emperador.

2 Laurence van Ypersele, *Une impératrice dans la nuit: Correspondance inédite de Charlotte de Belgique.*

3 Aunque las alucinaciones auditivas son las más comunes en los esquizofrénicos, cerca de la cuarta parte sufre alucinaciones visuales. Éste parece ser el caso de Carlota, que varias veces reportó haber tenido visiones. Más que el *contenido* de las visiones en sí, es el *significado* de las mismas el que interesa para entender a Carlota.

4 Las cartas permanecieron olvidadas u ocultas durante más de 120 años hasta que la doctora en Historia Laurence van Ypersele, profesora de la Universidad Católica de Louvain, las encontró en 1994 en el castillo de Argenteuil, el hogar de Leopoldo III. Gracias a la familia real de Bélgica tuvo la oportunidad de

reproducir varias de ellas en un libro de 1995 titulado *Une impératrice dans la nuit: Correspondance inédite de Charlotte de Belgique*, traducido al español por Marta Zamora en 2010. Agradezco a la doctora Van Ypersele por la información sobre las circunstancias del hallazgo.

5 La traducción de las cartas de Carlota de 1868-1869, con las que dialoga este capítulo, es de Martha Zamora, del libro de Van Ypersele (1995/2010); excepto los fragmentos en cursivas, en cuyo caso la traducción es del autor. Otra parte del epistolario no explorado por Ypersele se encuentra en francés en el libro de Coralie Vankerkhoven, del que también se reproducen aquí algunas cartas. El resto sigue inédito.

6 Género literario que tiene que ver con el destino final de la humanidad, en el que una o varias figuras ultraterrenas revelan a un visionario una realidad trascendental que es al mismo tiempo temporal —se vislumbra una época cercana en que las cosas serán enderezadas— y espacial, en tanto que involucra una dimensión ultraterrena.

7 Francisco Bulnes, en 1904, escribió que Maximiliano envió primero a Loysel a la corte de Napoleón para pedir más soldados. Huelga decir que las cartas de Carlota a Loysel nunca salieron del gabinete de los médicos.

8 El término *visión* entendido no como pérdida de contacto con la realidad, sino como un estado alterado de conciencia relacionado con la sanación, la revelación e incluso el cambio social, según la antropología de religión comparada, como en los estudios de Erika Bourguignon, Ioan Lewis y John Dominic Crossan.

9 Traducción de Martha Zamora.

10 Traducción de Martha Zamora.

11 Que Carlota estaba lúcida y no "loca" en esa época lo atestigua la correspondencia en esos mismos meses con Madame d'Hulst, su tío Montpensier y la princesa Clementina de Orleans. En esas cartas se lee perfectamente normal.

12 Aunque la mayor parte de lo que sigue aparece en su carta del 23 de abril, Carlota no escribió en el orden que aquí se presenta, ni todo en el mismo día.

13 Juana de Arco, la mujer convertida en hombre soldado, jugó un papel simbólico importante en el mundo psíquico de Carlota. La doncella de Orleans, joven guerrera, capturada por fuerzas hostiles, acusada de herejía por usar ropas de hombre y quemada en la hoguera, fue declarada símbolo nacional de Francia por Napoleón Bonaparte. En la época en que Carlota escribe era venerada por la Iglesia católica. Fue canonizada en 1920.

14 Traducción de Martha Zamora.

15 *Cfr*. Apocalipsis 7:9-13.

16 Traducción de Martha Zamora.

17 Véanse especialmente los cristos de Giacomo Franceschini, Angelika Kauffmann y los pintores de Bavaria del siglo XVIII.

18 Traducción de Martha Zamora.

19 Laurence van Ypersele, *Une impératrice dans la nuit: Correspondance inédite de Charlotte de Belgique.*

20 Traducción de Martha Zamora.
21 El cambio de sexo de Carlota tiene un aspecto redentor además de militar. En su carta del 4 de mayo de 1869 anuncia que su conversión a hombre tendrá lugar en la calle San Juan Bautista. Jesús comenzó su ministerio como el Hijo del Hombre frente a Juan Bautista tras escuchar una voz en el cielo. Véase Coralie Venkerkhoven, *Charlotte de Belgique: Une folie impériale*, p. 101.
22 Traducción de Martha Zamora.
23 Lo describe en su carta del 25 de abril de 1869.
24 Carta a Charles Loysel del 5 de mayo de 1869.
25 Coralie Vankerkhoven, *Charlotte de Belgique, une folie impériale*, p. 139.
26 Charlotte y Charles Lo (ysell) se escriben y suenan de manera similar. Es probable que ésa sea la razón por la que haya elegido proyectarse en ese militar.
27 Traducción de Martha Zamora.
28 Luis Weckman, *Carlota de Bélgica. Correspondencia y escritos sobre México en los archivos europeos (1861-1868)*, Biblioteca Porrúa, México, 1989, p. 319.

La desaparición de una princesa

Durante el resto de 1869, Carlota se instaló en un ánimo entre melancólico y retraído. Por lo demás su conducta era casi normal, exceptuando ciertos comentarios impertinentes hacia sus acompañantes y el hecho de que lloraba constantemente. Circulaba sin impedimentos por el castillo. Los reportes de los médicos de Laeken y Tervuren durante esos años revelan una absoluta falta de pistas sobre qué hacer con su condición. Las enfermedades mentales estaban empezando a tratarse por primera vez en la historia con espíritu científico, pero Carlota se quedó, por sólo unas décadas, lejos de descubrimientos que pudieron haberla ayudado. Sus alienistas cambiaban constantemente de tratamiento —recomendaban transfusiones de sangre, o le daban magnesio, sal de potasio, calomelana, pero afortunadamente no mercurio, el tratamiento de moda— e, impotentes, recomendaron simplemente no contradecirla y cumplir sus caprichos. Tenían la falsa noción de que contrariarla podía causarle la muerte.

También redoblaron los cuidados preventivos sobre su organismo porque se daba por hecho que quienes padecían de enfermedades mentales podían morir repentinamente de inflamación cerebral u otras condiciones súbitas. En octubre de 1872, la *Gazette de Liege* publicó un reportaje de su corresponsal en Bruselas que concuerda con lo que se sabe por otras fuentes: Carlota estaba físicamente sana, tranquila, mostraba rasgos infantiles y un desarreglo mental definitivo.

> El estado físico de la infortunada princesa es tan bueno como nunca, pues se ha mejorado [físicamente] en dos años sin que ninguna mejoría ni cambio alguno se haya operado en su estado intelectual. El desarreglo de la razón es completo, y ha degenerado en una especie de puerilidad, pero sin ninguna violencia, ni la menor tentativa a la rebelión. La exemperatriz tiene el espíritu sombrío, desdeñoso, imperioso a veces, pero dulce y tranquilo, y como se satisfacen todos sus caprichos, al menos los que no pueden serle dañosos, no tiene ocasiones de atormentarse sensiblemente. Vive muy retirada y hasta cierto punto sola, en dos cuartos del palacio, donde ella misma preside a los cuidados y arreglos de su pequeño hogar.

Aunque la prensa siguió especulando por años sobre el estado de la desaparecida —desde los tabloides que opinaban que estaba cuerda y su hermano la tenía prisionera, hasta los periódicos respetables que sólo reportaban que no había cambios en el estado de la princesa— es comprensible que ese "ocultamiento" se haya debido en parte a la naturaleza de la enfermedad en una época en la que era una vergüenza para la familia tener a un loco. Pero también hubo una política deliberada de Leopoldo II de "suprimir" a su hermana con otro objetivo, y el primer paso —de hecho la medida decisiva para la muerte pública y el olvido— fue la desaparición de las imágenes de Carlota en Bélgica y cualquier otra mención a su vida.[1]

El olvido

Carlota era, hasta antes de que nacieran las hijas de Leopoldo II, la única princesa de Bélgica. El pueblo belga sabía por supuesto que habitaba en algún castillo, pero con el paso de los años y el nacimiento de más herederos, se fue convirtiendo en un recuerdo. "Se sabía entre los belgas que Charlotte seguía viva, pero era casi invisible al público y parecía como ya no habitar este mundo en un sentido normal."[2] Los cuadros de Carlota desaparecieron de los edificios gubernamentales de Bruselas y otros espacios públicos de todo el país, situación que continúa hasta nuestros días.[3] No volvió a ser pintada ni retratada por un fotógrafo de la corte. Curiosamente, el único cuadro de Carlota que permaneció en un edificio público en Bruselas fue objeto de un atentado.

En cambio, en México ya desde 1869 se editaban anualmente, y cuando menos durante tres años, los llamados "Calendarios históricos de la princesa Carlota", que eran novelas de estilo empalagoso por entregas sobre lo que se iba sabiendo de su vida, y que el público consumía con avidez.[4] Mientras la princesa se convertía en personaje literario, Benito Juárez moría en 1872, cinco años después que Maximiliano, pero no gloriosamente, sino en el interior de su palacio nacional, rodeado de enemigos felices de ver llegar a su fin su terquedad por retener el poder, víctima de un infarto que no lo aniquiló de inmediato. Los médicos vertieron agua hirviendo sobre su pecho varias veces para estimular su corazón. Prácticamente lo desollaron vivo. Juárez no resistió.

En Europa, Austria y Hungría se separaron para formar reinos independientes con un solo emperador. En Francia, enfermo, derrotado e insultado por sus propios soldados mientras huía en un carruaje abierto en la guerra contra Prusia, Napoleón III buscó ansioso la muerte en el campo de batalla, pero no tuvo ese honor. El emperador capituló, humillado, en persona ante el rey de Prusia. Murió en el exilio en Inglaterra en 1873. París cayó en manos de la Comuna, la represión, la llamada semana sangrienta, la ley marcial durante cinco años y finalmente se convirtió en una república. Durante la guerra franco-prusiana Bélgica se halló en una situación delicada, territorialmente en medio de dos potencias en conflicto, pero como había predicho Carlota: "Al final todo saldrá bien". Su territorio quedó intacto y sin hollín, y Leopoldo aprovechó para empezar a rearmarse y ojear otros continentes.

Como un fantasma que apenas diez años antes estaba en boca de toda Europa, para mediados de la década de 1870 Carlota y su Imperio mexicano eran ya historia antigua. Su familia de Austria también desapareció del mapa. Ninguno de los Habsburgo ni de la corte de Francia fue jamás a visitarla y su hermano estuvo más que dispuesto a ayudar a desaparecer su recuerdo.

Siguió pintando y tocando el piano, dando paseos en los jardines, y como una celebridad de nuestros días, cuando salía de incógnito le gustaba correr por el parque.[5] Sus acompañantes la vigilaban desde lejos, seguramente meneando la cabeza con asombro. Gozaba de magnífica salud; además de bien parecida era fuerte y estaba en forma. "A excepción de este apéndice [el clítoris]

y el estado menstrual —escribió Carlota en mayo de 1869 durante el episodio de grafomanía—, no veo en mí diferencia con el resto de los hombres; mi fuerza corporal y muscular es grande, mi salud aguanta cualquier fatiga. Mi estatura es la normal en Francia, promedio, la espalda suficientemente larga, todos mis miembros están en buena forma." Se cortó su espléndida cabellera lo más que pudo. Estaba por cumplir 33 años. Comía con buen apetito y se acostaba sola en una cama modesta. En uno de los muros colgaba su vestido de novia, unas flores marchitas y un ídolo azteca. Tenía largos periodos de lucidez en los cuales se comportaba como la princesa, la virreina y la emperatriz que había sido: amable pero terminante, digna y de buenos modales, preocupada por su arreglo personal y por la política internacional, ávida de aprender.

Con frecuencia comunicaba sus deseos por escrito. Posiblemente abrigaba aún la esperanza de hacer uso de su vasta formación en asuntos de Estado y de su dinero. Cuando entendía que no era posible, venía la fuga hacia la locura. Hacía que pusieran trajes, vestidos y tocados en atriles y perchas alrededor de un salón y hablaba a cada uno de ellos con ceremonia, como si fueran damas y caballeros mexicanos. A algunos reprendía duramente. A otros los felicitaba. Recurría en conductas "mórbidas" y "depravadas" que ni siquiera los médicos o sus sirvientes se atrevieron a escribir en las cartas que dejaron. Se encaprichó en que la metieran a la cama varios lacayos (hombres) en lugar de sirvientas, lo cual horrorizó a todos, pero los alienistas, temerosos como siempre de provocar su enojo y —según creían— su muerte, consintieron en el capricho, que le duró algunos meses. En sus episodios de furia, mostraba una fuerza que sorprendía a sus acompañantes, que en realidad no resulta extraña para una mujer que como ella solía correr por el parque todos los días, se había acostumbrado a proezas físicas en México y montaba a caballo a diario.

Le gustaba vestirse a la moda. Tenía la manía de estrenar vestidos elegantes y costosos todos los días. Ella misma daba órdenes a las modistas, y pedía que le llevaran cuando menos seis vestidos con colas tan largas que en cada una se empleaban prodigiosas cantidades de tela. Sin embargo, al mirarlos, los inspeccionaba y decía con desaire: "No los quiero, no son dignos de una emperatriz de México". Sus damas de compañía estaban más

que felices de quedarse con ellos para venderlos.

En 1875 cumplió 35 años. El 17 de mayo, el diario británico *The Times* escribió para la ocasión que si bien su salud mental iba en picada (lo cual no era muy exacto), se había puesto más bonita con los años (en lo cual coinciden otros testimonios de la época): "Muestra una tendencia a la corpulencia, pero este hecho sólo ha acentuado su belleza, que es ahora verdaderamente impresionante". Carlota hablaba, pero no con personas reales. En ocasiones mezclaba frases en español, alemán, francés y tal vez algún otro idioma: "*Monsieur* —se lamentó en una ocasión ante un interlocutor invisible—, dicen que ha tomado usted una esposa, pero una esposa que se volvió loca. ¡Si tan sólo Napoleón nos hubiera ayudado!"

Un buen diganóstico

Fue hasta 1877, diez años después de su regreso a Bélgica, que el doctor Joseph de Smeth elaboró la mejor *interpretación* psiquiátrica que disponemos de la paciente, después de que durante una década los médicos se limitaran a describir su conducta y, básicamente, a mantenerla tranquila. El alienista Smeth, autor de un estudio médico sobre la melancolía en 1871 y uno de los de mayor renombre en Europa, escribió:

> La salud moral de la emperatriz no sufre cambios apreciables, hay que empezar por precisar. No existe ni excitación maniaca ni depresión melancólica, sino una calma delirante, difusa e incoherente, que se traduce a veces en monólogos y en otras ocasiones en diálogos en los que parecen intervenir personajes en alucinaciones. Sin embargo yo no osaría afirmar que las alucinaciones se producen de manera activa. Yo estimo que las palabras denotan más bien sus hábitos delirantes que alucinaciones reales. De todos modos, es evidente para mí que el problema mental de Su Majestad está exento de todo sufrimiento moral. Buscaríamos en vano en su fisonomía cualquier trazo de preocupación dolorosa. La augusta enferma se complace en [permanecer en] un modo quimérico, en el que los recuerdos del pasado pueden intervenir, pero despojados de toda amargura, tengo la firme convicción. Yo añadiría que las condiciones de su existencia parecen agradar a la augusta enferma. Vive de acuerdo a sus gustos solitarios y jamás, he llegado a convencerme, expresa deseo de modificarlos. Su espíritu de iniciativa es esencialmente deficiente y sus hábitos de rutina tienen precedente sobre

decisiones conscientes.6

Esos hábitos eran seguir aislada y rehusarse a ver a otras personas que no fueran las 29 que tenía a su cargo, y las mujeres de su familia. Completaban el personal de Tervueren una compañía de infantería de guardia y empleados de confianza. Cada mañana recibía a un doctor Aerts, quien la entrevistaba durante media hora. Fuera de esos personajes, rechazaba toda petición de entrevista. Comía sola y de pie. Ella misma se dirigía desde su habitación a un gabinete contiguo donde ponían los platos, los introducía a su recámara, cerraba la puerta, y los devolvía vacíos. Otra de sus costumbres era encender y cuidar ella misma la chimenea. Siempre quería tener un gran fuego en la estancia, y cuando le preguntaban por qué, culpaba al frío. Preocupados por lo que pudiera pasarle, los médicos ordenaron poner un enrejado en la chimenea para que no pudiera acercarse a las llamas. Carlota enfureció, exigió la llave. El médico terminó cediendo para no producirle una "inflamación cerebral" y la emperatriz no sólo no volvió a soltarla, sino que se dedicó a comentar el incidente como su pequeña gran victoria.

La venganza del fuego

Con visitas ocasionales de su cuñada y sus sobrinas cada vez menos frecuentes, Carlota vivió en el castillo de Tervueren, que estaba rodeado de un espeso bosque y situado frente a un lago que en su conjunto formaban un área de cuarenta kilómetros cuadrados. En el centro se alzaba el chalet con un amplio balcón al frente apoyado en cuatro columnas jónicas. Bonito, pero no tan espectacular como Chapultepec, que en México seguía tal como ella lo había dejado. Una descripción de la época aparecida en el periódico *La Voz de México* reporta que el castillo, al cual Juárez no quiso meterse, seguía como lo habían dejado los emperadores y estaba abierto al público, con su comedor tapizado de maderas de Bélgica.

> Espaciosas galerías con frescos pompeyanos, vasos etruscos colocados en elegantes pedestales, estatuas de bronce, copias de las grandes obras de los primeros escultores de la antigüedad, quizá más propias del gabinete reservado de un museo que de los jardines de un alcázar, en una palabra, el arte gótico, italiano, en todo su esplendor. Las flores crecen

> en abundancia junto a las habitaciones del palacio, divididas en dos cuerpos que se comunican por una espaciosa galería, y fuentes de mármol elevan el agua en caprichosos giros.

El presidente Sebastián Lerdo de Tejada ocupaba el pabellón de la emperatriz, según ese diario, con la magnífica vista de los bosques de ahuehuetes y los tupidos jardines del palacio, los campos de magueyes y la línea recta de la calzada que la gente todavía llamaba Paseo de la Emperatriz.7 "¿Cuántas veces —se preguntaba el escritor de *La Voz de México*— el emperador de México apoyado en esta misma baranda contemplaría a México y su valle, llena la mente de ilusiones y de esperanzas, con deseos de procurar la felicidad del noble pueblo?" Aunque *La Voz de México* había sido fundado por conservadores católicos mexicanos, expresaba una tendencia que se iría solidificando con el paso de los años: una condena a Francia por la intervención, pero no a la pareja imperial.

En 1872 Porfirio Díaz había contendido a la presidencia de la República y perdido contra Lerdo de Tejada. Antes de saber los resultados de la elección visitó el castillo y subió al mirador. Dejó su nombre ahí, junto con el de muchos visitantes que no habían podido resistir la tentación de pasar a la inmortalidad. ¿Fue entonces que ansió convertirse en Maximiliano? Díaz tendría que esperar unos años más, pero en la mayor de las ironías posibles, cuando se hizo presidente en 1876 hizo todo a su alcance por recrear el esplendor de su corte y afrancesar al país que había defendido del ejército de Napoleón. En cuanto pudo se mudó al castillo y abrillantó el mobiliario, los decorados y lo que sobraba de cubiertos, vajillas, sillas, pianos y demás pertenencias de la pareja imperial.

Tres años después, en 1879, como si estuviera reclamando y a la vez negándose a desaparecer, Carlota figuró de nuevo en los diarios. Una madrugada de marzo, una verdulera pasaba por el camino de Lovaina a las cinco de la mañana para dirigirse al mercado. Al pasar frente a Tervueren vio un resplandor y llamas saliendo por las ventanas del castillo. Rápidamente dio la alarma a la guardia de carabineros que estaba en servicio. De inmediato salieron en sendas cabalgaduras hacia la residencia de Laeken el coronel Vandevelde y uno de los médicos, mientras que la señora Moreau, la señorita Sophie Müser y las otras damas de compañía fueron desesperadas a

extraer a la emperatriz de sus aposentos. Al principio se rehusó a levantarse; Müser la incorporó por la fuerza. El viento soplaba con furia y el fuego se extendió con rapidez. Comprendiendo que sería imposible salvar cualquier objeto, apuraron a Carlota en su vestido de noche a la puerta y la subieron al carruaje. Cuando la noticia llegó a oídos de María Enriqueta, salió hacia el lugar del siniestro. El fuego estaba consumiendo tenazmente toda la parte frontal del edificio y pronto se extendió a la parte trasera.

La reina encontró a los moradores refugiados en la casita del doctor Art que se hallaba a la entrada del parque. Tranquilizó a Carlota que se hallaba muy agitada. Había un carruaje listo, pero ella se rehusaba a subir. Mientras el coche se alejaba, empezaron a arder las copas de los árboles. Carlota, con los ojos muy abiertos, exclamó: "¡Qué bello! Es hermoso". Pero si aquélla había sido su pequeña victoria sobre el fuego, como se rumoraba por doquier, a la mañana siguiente no cesaba de repetir "¡Pobre palacio mío!" Tal vez no se estaba refiriendo al mismo castillo.

Se enviaron bombas de agua desde Bruselas, pero la destrucción fue total. Varias litografías y dibujos de la época plasmaron el incidente. En el siniestro se quemaron numerosas obras de arte, esculturas de François Rude —famoso por su escultura de la Marsellesa en el Arco del Triunfo en París— y varios tomos de arte militar que estaba escribiendo el coronel Van de Velde, el oficial superior guardián del castillo, uno de los militares más instruidos de Bélgica, lo mismo que su biblioteca sobre asuntos militares, lo cual se consideró una pérdida irreparable. Es posible que se hayan destruido también lienzos de Carlota y la pareja imperial, lo cual podría explicar en parte la actual escasez de imágenes en Bélgica. Cuando llegaron los bomberos todo el palacio se había consumido. El edificio quedó destruido y por doquier se especuló que había sido la princesa misma quien había iniciado el fuego, cosa que su primera biógrafa, Hélène de Reinach Foussemagne, niega terminantemente. Pero aunque es incomprobable a estas alturas, el incendio de Tervueren se sitúa en el medio de una línea recta entre su fascinación por el fuego, el pequeño incidente de la chimenea y una tendencia en esos años a destruir todo lo que le pertenecía: libros, pinturas y muebles.

En varias ocasiones en Laeken, mientras el rey buscaba un nuevo

sitio donde alojarla, la encontraron rasgando los muebles; en Tervueren hizo trizas sus libros y redujo a nada muchos de sus cuadros, los que ella había pintado, aunque dejó a salvo los objetos que tuvieran relación con México y Maximiliano. En un arranque de furia, logró calmarse cuando su médico observó tranquilamente: "Señora, de todas las emperatrices que conozco, usted es la única que hace esto". Aparte de sus episodios violentos y su extraña costumbre de levantarse a la una de la mañana para arreglarse y salir,[8] su ánimo mejoró y aceptó comer en compañía de otras personas después de muchos años.

No es incomprensible que Leopoldo quisiera mantener a su hermana alejada de la familia. En mayo compró el castillo de Bouchout al conde de Beauffort, una edificación de estilo gótico construida en el siglo XII, destruida varias veces y restaurada después de la Revolución francesa en 1832. El pequeño palacio estaba en medio de un bosque de árboles centenarios y la casa ubicada en un patio interior rodeado de muros llenos de torres, como en un cuento de hadas. El 5 de abril de 1879 Carlota partió a la que sería su última casa. Leopoldo no volvió a visitarla, aunque sí sus sobrinas adolescentes, Estefanía y Clementina, que en ese momento tenían quince y siete años. En su autobiografía, su sobrina Estefanía, convertida en archiduquesa de Austria por matrimonio, mencionó que en una visita a su tía, todavía esbelta y guapa, a excepción de su increíble palidez, se agachó para besarle la mano pero ésta la puso de pie, la besó y la abrazó. "¿Vienes llegando de Austria, querida niña? ¿Cómo está el buen emperador?", preguntó. Y sin dejarla contestar, la tomó de la mano y la llevó frente a un óleo de Maximiliano. Hizo una reverencia y dijo: "A éste lo asesinaron".

Los años que siguieron fueron probablemente los más desdichados para Carlota. Era una de las mujeres más ricas de Europa, pero sus tinieblas estaban lejos de disiparse. Bouchout sería su residencia final, pero todavía tenía medio siglo de vida por delante.

---

1 Linda Macnayr, "Situating Charlotte: Reading Politics in Portraits of Belgian

Princess Charlotte, Vicereine of Lombardy-Venetia, Empress of Mexico", pp. 396-400.

2 *Ibid.*, p. 363.

3 Cuando Carlota murió, muchas décadas después, el pueblo belga se sintió conmocionado de saber que la lejana princesa aún vivía. A la fecha los cuadros de Carlota siguen siendo escasos para el paseante de Bruselas. Muchas fotografías han desaparecido de los archivos. En Miramar, en el otoño de 1866, el pintor Portaels hizo un cuadro de la emperatriz, que está perdido.

4 Al parecer había varios editores en competencia. Se conoce uno publicado por el editor Juan N. del Valle y otro por González y Compañía Editores. Véase la colección digital de la UANL, http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020002531/1020002531.html.

5 Periódico *La Iberia*, 31 de octubre de 1872, p. 1. El *jogging* se popularizó hasta la segunda mitad del siglo XX.

6 Dominique Paoli, *L'Impératrice Charlotte: Le soleil noir de la mélancolie*, p. 250.

7 Actualmente el Paseo de la Reforma.

8 Aproximadamente las seis de la tarde de México, la hora de sus paseos en caballo por la Alameda o Chapultepec.

El rey Leopoldo y el Congo

No quiero arriesgarme a perder esta excelente oportunidad de asegurarnos una rebanada de ese magnífico pastel que es África.

Leopoldo II a su embajador en Londres

El mismo año en que Leopoldo II envió a Carlota al que sería su último hogar, el rey se reunió con Henry Morton Stanley, un explorador que había ido a buscar la fuente del Nilo en África Central y había hallado al doctor Livingstone, otro aventurero de quien no se tenía noticia desde hacía años. El encuentro entre Stanley y Livingstone en las junglas de Tanzania se convirtió en uno de los momentos más pintorescos y exquisitos del siglo XIX.[1]

En 1879, Leopoldo tenía 44 años y ningún heredero directo a la vista.[2] Fue entonces que, al igual que hizo Napoleón III con México, Camboya y la Cochinchina,[3] el rey de los belgas volteó sus ojillos crueles hacia ultramar. Leopoldo siempre había querido tener una colonia. Intentó sin éxito imponer su bota en varios sitios, hasta que encontró libre el Congo, en África Central, lo explotó de manera privada y se hizo multimillonario. En el proceso, cometió el mayor genocidio en la historia moderna de la humanidad hasta antes de la Segunda Guerra Mundial. Entre diez y veinte millones de personas murieron, o fueron mutiladas, azotadas y despojadas durante su reinado en la selva ecuatorial. El aspecto más escabroso y debatido

hasta la fecha es que para llevar a cabo todo esto, requirió una muy vasta cantidad de dinero. Leopoldo no era precisamente un hombre rico, pero sabía de dónde echar mano.

El pastel africano

Durante años Leopoldo había jugado con la idea de las posesiones en ultramar. A los 27 años fue de vacaciones a Madrid y aprovechó para visitar los Archivos de Indias para calcular cuánto ganaba España con sus colonias. Desde entonces había considerado sitios tan exóticos como la isla de Formosa (hoy Taiwán), las islas Fiji y Sarawak (Malasia). En 1876 encontró un objetivo viable. Ese año leyó el reporte del teniente británico Verney Cameron, el primer europeo en atravesar África Central, que era, con excepción de los polos, el último sitio de la Tierra sin explorar. Cameron había declarado que se trataba de una región de "incalculable riqueza" con abundantes reservas de carbón, hierro, oro y plata. Ya desde principios de la década de 1870, el mundo había puesto atención con la publicación del libro *How I Found Livingstone: Travels, Adventures, and Discoveries in Central Africa* del explorador Stanley. El británico Cameron tal vez había exagerado en su valoración, pero no se equivocaba en cuanto a que en la cuna de la humanidad había, efectivamente, riquezas ocultas, especialmente una poco apreciada entonces, que en cuestión de años se convertiría en el nuevo oro elástico: el caucho.

En cuanto Leopoldo leyó sobre los hallazgos de Cameron, convocó a una conferencia de exploradores y geógrafos en Bruselas en 1876 para tratar el tema del desarrollo y la exploración de África Central. El rey del pequeño país fue lo suficientemente hábil para presentar la reunión internacional como una iniciativa humanitaria: supuestamente él comenzaría una "cruzada" para "abrir a la civilización la última parte del globo que le queda por penetrar"; establecería centros médicos, bases científicas y terminaría con el comercio de esclavos a manos de árabes y portugueses. En ese encuentro se fundó la Asociación Internacional para la Exploración y la Civilización de África, que después se llamaría Asociación Internacional del Congo. Leopoldo fue, naturalmente, elegido presidente. El Congo, la gigantesca región que comprendía todo el

centro del continente, había permanecido aislado y a salvo de la rapiña de las potencias europeas debido a su inaccesibilidad, sus espesas selvas, el clima, las enfermedades tropicales, y sobre todo porque nadie sospechaba el potencial económico que estaba a punto de adquirir la zona. Aliviado, Leopoldo comprobó que a pesar de los hallazgos de los exploradores, ni Gran Bretaña ni los alemanes estaban interesados en aquélla *terra incognita*.

En 1879 se volvió a reunir con Stanley y ofreció financiar una iniciativa para abrir el centro de África al comercio, bajo la fachada de exploraciones geográficas y empresas humanitarias. El interés fue mutuo, aunque Stanley nunca sospechó el tamaño de la ambición del rey. El explorador quería que Leopoldo "abriera al mundo" el África ecuatorial. Las intenciones del monarca eran otras, pero no se atrevió a expresarlas.

> Creo que si le doy la comisión a Stanley de tomar en mi nombre posesión de determinado lugar de África —escribió a su ministro en Londres—, los ingleses van a detenerme. Por tanto estoy pensando encargar a Stanley una simple misión exploratoria que no ofenderá a nadie y que nos proveerá de varias bases de operaciones en esa región, con personal y equipo, y un alto comando que podremos poner en marcha una vez que Europa y África terminen por aceptar nuestras pretensiones en el Congo.4

Leopoldo quería que el explorador abriera carreteras y vías hasta el centro del continente y las dejara listas para el comercio. La Reina Victoria de Inglaterra escribió a su primo que tuviera cuidado con un hombre tan "brutal" como Stanley, sin sospechar quién de los dos era el monstruo. El propio aventurero no tenía idea de que la intención del rey belga era conseguirse un campo de esclavos privado, ochenta veces más grande que Bélgica. Mientras Carlota era enviada al castillo de cuento de hadas de Bouchout a vivir una existencia aislada, Stanley regresó a territorio africano con el dinero que le dio Leopoldo. Ahí estuvo de 1879 a 1884 levantando campamentos y postas a lo largo del lado sur del río Congo, un caudal en forma de U invertida. Una bien dirigida campaña de relaciones públicas elevó a Leopoldo a la categoría de santo. Ferdinando de Lesseps —el constructor del Canal de Suez— llamó a su iniciativa "la obra humanitaria más grande de este siglo".

Cuando Stanley regresó en 1884 las potencias volvieron a reunirse en Berlín. Asistieron trece países europeos, el Imperio otomán y Estados Unidos para dividirse el continente africano "de acuerdo a las leyes internacionales". Los africanos no fueron invitados. Después de tres meses de deliberar frente a un mapa de África colgado en un muro de la cancillería de Berlín, donde se veían al detalle los lagos, cordilleras y desiertos, Leopoldo se las arregló para salir con el trozo más grande del pastel, bajo el entendimiento de que se encargaría de terminar con la trata de esclavos y el canibalismo; que defendería los derechos y la propiedad de los nativos, y abriría el África ecuatorial al comercio. El Acta General del Congreso reconocía que la *Société du Congo*, propiedad privada del rey Leopoldo, sería dueña de más de dos millones de kilómetros cuadrados.

Leopoldo II salió de Berlín con la bendición de las potencias que repartieron territorio sin tener en cuenta divisiones históricas tribales y culturales. Otto von Bismarck, estupefacto, escribió al margen de una de las hojas del acta: "Estafa". Unos meses después del congreso de Berlín, el Parlamento de Bélgica aprobó una resolución donde reconocía a Leopoldo como "rey soberano" del "Estado Independiente del Congo" y que toda relación entre el nuevo dominio y el monarca era a título personal. El calificativo de "independiente" era una cruel ironía. El Congo no iba a ser país, ni protectorado ni colonia, sino una propiedad privada, sin obligaciones internacionales, sin Parlamento, sin instituciones, sin constitución ni leyes. Solamente la voluntad de Leopoldo.

Con las manos libres, Leopoldo decretó que todas las tierras que se encontraran sin ocupar pasarían a ser de su propiedad. Dado que el área estaba repleta de comunidades de cazadores recolectores, prácticamente toda el África central caía en la categoría de tierra baldía. Enseguida solicitó al Parlamento permiso para reclutar y formar un voluntariado de 18 000 soldados —con su propio dinero — bajo el nombre fachada de Instituto Cartográfico Militar. Aunque algunos cancilleres y cabezas coronadas asintieron, felizmente para Leopoldo nadie disputó su declaratoria y con el tiempo se dio como algo ya hecho. "En los anales de Europa, Leopoldo II será recordado como el único monarca de la época reciente que abierta y deliberadamente se dedicó a hacer dinero aprovechando su

posición", escribió *The Waterloo Press*. En privado supo maniobrar para retirar posibles obstáculos: a distintos países, como Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, les prometió tratamiento de "nación más favorecida" o concesiones especiales. Al mismo tiempo estableció oficinas de prensa en las grandes capitales que echaron a andar uno de los primeros ejemplos de propaganda ideológica moderna. Con la venia del mundo, el hermano de Carlota comenzó la conquista de África.

El genocidio

Entre 1885 y 1890 Leopoldo estableció una red de campamentos a lo largo de la parte navegable del río Congo. Las postas estaban controladas por la temida Fuerza Pública, formada por soldados belgas y milicias africanas. La explotación comenzó con el marfil, materia prima que siempre había registrado una saludable demanda y que se incrementó sustancialmente en el siglo XIX. El marfil fue para el siglo XIX lo que el plástico fue para el XX; su valor comercial kilo por kilo era mayor que el de un esclavo. En cuanto el rey afianzó su control sobre la región se olvidó de sus promesas y se convirtió en la única persona autorizada para comprar la materia prima por medio de concesionarias. Pero las inversiones que se requerían para penetrar, controlar y activar la economía de la zona eran astronómicas, y el marfil redituaba lentamente. En 1890 la empresa llamada Estado Independiente del Congo registró su peor año. Leopoldo estaba prácticamente quebrado. En un viaje a París y Londres intentó vender su propiedad en África a los respectivos gobiernos nacionales, pero ni Inglaterra ni Francia mostraron interés.5 Como premio de consolación regresó de París con una nueva amante, una bailarina de dieciséis años.

Un inesperado giro del destino evitó que sus caros anhelos se malograran. En 1887, un escocés llamado John Boyd Dunlop revolucionó la industria con la invención de una rueda neumática a base de caucho que hizo para el triciclo de su hijo. Sorprendido por los resultados en comparación con las ruedas de metal, Dunlop exclamó *eureka* ante la primera fabricación exitosa de la llanta neumática. Que Dunlop quisiera que su vástago condujera con más facilidad su triciclo y después patentara su invento, formó un

parteaguas no sólo para el Congo sino para la economía mundial. Dunlop, un cirujano veterinario, no fue el primero en patentar la rueda neumática, pero fue su técnica de vulcanización —refinada por el estadounidense Charles Goodyear— la que tuvo éxito y su nombre el que, a fin de cuentas, quedó asociado al invento de la llanta, sobre la que se echó a andar la industria automotriz. De pronto, el caucho se convirtió en la materia prima más demandada del mundo.

Visionario, Leopoldo entendió los gigantescos ingresos que prometía la explotación del caucho, muy abundante en sus dominios. El amo de aquella selva salpicada de aldeas actuó con rapidez. En 1889 trasladó su ejército de 18 000 hombres, supuestamente formado para terminar la trata de esclavos, para dar comienzo a la etapa de las peores atrocidades. Entre 1890 y 1910 ocurrió un verdadero holocausto para los congoleses. Leopoldo decretó que todos pasaban a convertirse en sus siervos y estableció el sistema de cuotas. A cada trabajador, hogar o familia se le asignó una cantidad de caucho que debía entregar diariamente a las Fuerzas Públicas, algunas belgas, aunque la mayor parte consistía de nativos a quienes se les dieron armas tecnológicamente avanzadas, entre ellas la metralleta, inventada en 1884. Las Fuerzas Públicas tenían permiso para castigar, torturar o asesinar ante el menor síntoma de rebeldía, arrasar pueblos y cometer pillaje cuando alguna familia o aldea no cumplía la cuota.

A pesar de todo, no faltaba la mano de obra. Un viajero de la época escribió:

> Sin cesar nos encontramos con cargadores negros, miserables, con sólo un taparrabo horriblemente sucio por toda vestimenta, a la intemperie, con la cabeza descubierta sosteniendo la carga en unas cajas: balas, colmillos de marfil, cilindros contenedores; casi todos enfermos, doblados bajo la carga aumentada por el cansancio y la insuficiente comida: un puñado de arroz y un poco de pescado seco echado a perder; caminar lastimoso, bestias de carga con delgadas piernas de mono, de rasgos hundidos, mirada fija y ojos muy abiertos por la preocupación de no perder el equilibrio a causa del aturdimiento y el cansancio.[6]

Al principio, los nativos podían cumplir con las cuotas: bastaba caminar unos pasos hasta algún bosquecillo de *ladolphia owariensis*,

el árbol del caucho. Según fue incrementándose la explotación, los recolectores tenían que emprender viajes cada vez más largos para encontrarlo. Cuando la tortura ya no fue suficiente para aplacar las protestas, la Fuerza Pública, con la complacencia de sus amos belgas, comenzó el secuestro de niños. Uno de los sistemas favoritos de castigar a una familia era mutilar las manos de los menores o, cada vez con mayor frecuencia, simplemente asesinar a los trabajadores. Para los belgas un nativo era una mercancía que se reemplazaba con facilidad. Las milicias eran recompensadas cuando llegaban a las postas con canastos llenos de manos; era la señal de que habían aplicado su disciplina.

Las canastas de manos mutiladas, puestas a los pies de los comandantes europeos de los campamentos, se convirtieron en el símbolo del Estado Libre del Congo. La recolección de manos, pies y en ocasiones genitales, se convirtió en un fin en sí mismo. La Fuerza Pública los llevaba a las estaciones de recolección de caucho, a veces iban incluso a recolectar miembros en lugar de caucho. "[Las manos y los pies] se convirtieron en una especie de mercancía. A las milicias de la Fuerza Pública se les pagaba según el número de manos recolectadas."7

Leopoldo estableció una esclavitud *de facto*, la más grande que había visto el mundo en siglos, "la más sangrienta explotación de razas no civilizadas desde los días de Cortés y Pizarro", según escribió un diario británico. En los años de mayores atrocidades se quemaron aldeas completas, se clavaron mujeres a los árboles, se amputaron cientos o miles extremidades, y muchos niños y niñas fueron arrojados a la selva, sin pies, para ser víctimas de los animales feroces. A los misioneros cristianos no les pasaron desapercibidas estas atrocidades. En respuesta, Leopoldo ensambló una maquinaria propagandística que incluyó sobornos a los miembros de las comisiones internacionales, así como permitir la entrada de misioneros más interesados en terminar con la poligamia que con la tortura. "Este Señor sobre el cual nos predicas —preguntó un nativo a uno de los evangelizadores—, ¿tiene el poder de salvarnos del problema del caucho?"

Hubo incidentes, por supuesto, como la ejecución de un

misionero blanco en 1901, que despertaron la indignación internacional, pero el mundo no reaccionó a tiempo ante el primer genocidio de la era moderna. El escritor estadounidense Mark Twain, con su característica ironía, escribió en 1904 un libro titulado *King Leopold's Soliloquy*, un monólogo y sátira política donde hace decir al rey:

> Sí, siguen contando todas esas cosas, ¡esos charlatanes! [Que] cuando se quedan cortos en sus deberes a causa del hambre, la enfermedad, la desesperación y el incesante trabajo […] mis soldados negros extraídos de tribus hostiles, e instigados y dirigidos por mis belgas, los cazan y luego los matan y queman sus aldeas… reservando para sí algunas de las chicas. Cuentan de todo: cómo estoy eliminando del mapa a una nación de criaturas desafortunadas por medio de toda forma de asesinato concebible para bien de mis bolsillos. Pero nunca dicen, aunque bien lo saben, que al mismo tiempo y todo el tiempo he trabajado por la causa de la religión, y he enviado misioneros para enseñarles el error de sus vidas y llevarlos hacia Él, que es todo misericordia. y amor. ¡Nunca dirán lo que habla bien de mí!

A pesar de las protestas cada vez más encendidas, Leopoldo continuó sin ser molestado, aunque todos sabían lo que estaba sucediendo. Cuando se hospedó con Wilhelm II en Berlín, la esposa del káiser mandó a exorcizar la habitación donde había dormido Leopoldo porque estaba convencida de que era el diablo en persona.[8] Para dar la apariencia de un estado civilizado, el rey decidió reparar el incendiado castillo de Tervueren y convertirlo en un "Museo del África", y así convencer al pueblo belga de su labor humanitaria y de las posibilidades económicas de la región. Mientras tanto, en 1890 Panhard y Emile Levassor, dueños de uno de los mayores talleres del país, construyeron el primer auto comercial, y al año siguiente Armand Peugeot en Francia y Ransom Olds en Michigan ensamblaron sus primeros automóviles. El rey del Estado Libre vio que sus ingresos incrementaban a un ritmo colosal. Se estima que el negocio le redituó cerca de diez millones de dólares al año (250 millones al cambio actual). El costo humano fue aterrador. Los historiadores aún no se ponen de acuerdo sobre el número de vidas que segó la ambición de Leopoldo, pero los cálculos varían entre diez y quince millones de personas,

posiblemente 75% de la población, la mayoría quemada, mutilada, torturada o muerta por inanición o enfermedad.[9]

Para inicios del siglo XX, Leopoldo II era inmensamente rico. Lo cierto es que en 1875 no había tenido dinero para iniciar su empresa. ¿De dónde y cómo tomó los recursos para abrir carreteras, vías férreas al interior de África, reclutar ejércitos, establecer estaciones comerciales y organizar la primera etapa de una explotación privada? Para saber la respuesta es necesario volver en este punto a la prisionera del castillo de Bouchout, la protagonista de este libro.

---

1 Stanley encontró al explorador escocés en la actual Tanzania, el único hombre blanco en una aldea en medio de la jungla. Supuestamente, Stanley se acercó a él, se quitó el sombrero y saludó extendiendo la mano: "El doctor Livingstone, supongo".

2 Tenía tres hijas, pero en ese tiempo las mujeres no podían acceder al trono en Bélgica.

3 Actual Vietnam.

4 Tim Jeal, *The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer*, Faber & Faber, Londres, 2011, p. 231.

5 *The Journal*, 18 de febrero de 1896, p. 18.

6 *The Congo Free State: The History and Legacy of the Colony Established by King Leopold II of Belgium*, Charles River Editors, Cambridge, 2017.

7 Peter Forbath, *The River Congo*, Secker & Warburg, Londres, 1978.

8 Paul Belien, *A Throne in Brussels: Britain, the Saxe-Coburgs and the Belgianisation of Europe*, Imprint Academic, Londres, 2006.

9 Adam Hochschild, autoridad en el tema, quien amablemente me proporcionó información, estima que diez millones de habitantes perdieron la vida. Correo electrónico al autor, 3 de octubre de 2017.

Dinero de otro imperio

> Hermano mío, protesto contra la ilegalidad con la que me estás apartando de los asuntos sin ningún derecho, y contra la tutela que ejerces sobre mí para este propósito […] y le ruego a Su Majestad que me otorgue la independencia de derechos que no se le niegan a ningún ciudadano.
>
> Carta de Carlota a Leopoldo II, sin fecha[1]

El imperio de Sajonia-Coburgo-Gotha del Congo se levantó sobre las ruinas del Imperio mexicano. Leopoldo comenzó a saquear los fondos privados de su hermana en 1879, cuando envió a Stanley al Congo. Estuvo a punto de fracasar en 1890; ninguna fortuna privada, por más grande que fuera, era capaz de solventar partidas propias de un Estado, pero el incremento exponencial en la demanda de caucho para la industria automotriz lo hizo emerger victorioso, como uno de los hombres más ricos ricos del planeta. Nunca se molestó en devolver a su hermana la fortuna que utilizó para arrasar con el Congo: cuando la emperatriz murió, los banqueros revelaron que si bien no era pobre —vivió cómodamente el resto de sus días—, no tenía más que unos cuantos francos a su nombre, y por tanto sus herederas, sus sobrinas Luisa, Estefanía y Clementina, no verían un centavo.

Desde los últimos años del siglo XIX, cuando la explotación del

Congo iba sobre rieles, había insistentes rumores en la prensa de que Leopoldo II estaba utilizando el dinero de Carlota para la empresa. Nadie pudo comprobarlo, en parte porque el asunto sigue custodiado con profundo celo, pero sí es posible hacer cuentas, por primera vez, con base en documentos dispersos que van desde la investigación del Congreso de Bélgica en la década de 1920 hasta los papeles de Goffinet, administrador de los bienes de Carlota, además de otras fuentes que hasta hace poco salieron a la luz. ¿Tomó Leopoldo el dinero de Carlota para su explotación en el Congo, recursos a los que ella se refirió al menos en dos ocasiones expresando su deseo de destinarlos a México? La respuesta es un enfático sí.

¿A cuánto ascendía la fortuna de Carlota?

Al momento de su boda en 1857, la entonces única princesa de Bélgica poseía una fortuna cercana a los 5.5 millones de francos oro, conformada por las herencias de sus abuelos, la de su madre, la dote, más el llamado "dinero de alfileres" proporcionado por ambos reinos. Esta cantidad fue aumentando con los intereses que le daban sus inversiones en acciones de compañías ferrocarrileras, entre otras. Aunque al momento de la unión el dinero pasaba oficialmente al Imperio austrohúngaro, nadie sino Carlota podía disponer de él. La perspectiva de ver partir todo ese dinero a Austria llenó a su hermano Leopoldo de envidia. Ahí el gato sacó las garras: el príncipe exigió a su padre que firmara el contrato matrimonial de Carlota sólo bajo la condición de que el emperador Francisco José prometiera que una archiduquesa de Austria se casaría con Felipe, el hermano menor, pues "el matrimonio de mi hermana creará un vacío en la fortuna de la familia. Hay que llenar ese vacío. Ahora la ocasión se presenta, intentemos aprovecharla".

Para colmo, el joven Leopoldo propuso que el Parlamento promulgara una ley que permitiera al rey testar exclusivamente a favor de sus hijos varones, excluyendo a Carlota. El rey, que quería mucho a su hija, se rehusó. Las frecuentes cartas entre Leopoldo y Carlota en su juventud dan la impresión de que eran más íntimos y afectuosos de lo que en realidad eran, pero la relación se caracterizó por una "antipatía mutua" desde 1853, si no es que desde antes.[2]

Cuando la pareja de Maximiliano y Carlota partió a México, las *decisiones* sobre la fortuna de la emperatriz, que redituaban buenas cantidades gracias a sus asesores financieros en Austria, se trasladaron a México. Carlota tenía planes de pasar el resto de su vida como emperatriz en México. Al llegar a América era una mujer acaudalada que no titubeó en utilizar su dinero en los asuntos que ella elegía, en bien de su "nuevo país", como lo llamó siempre en público y en su correspondencia privada. A pesar de la ironía, estrictamente ateniéndose a la Constitución mexicana de 1857, que nunca se abrogó, Carlota obtuvo la nacionalidad mexicana por el solo hecho de haber adquirido propiedades en México y por tener hijos mexicanos, en su caso por adopción.[3]

Varias fuentes dan fe de que desde el momento en que puso pie en Veracruz, comenzó a financiar de su bolsa privada iniciativas sociales (o como se les llamaba en su tiempo, "obras de caridad"), como guarderías, maternidades, restauración de escuelas, construcción y rehabilitación de hospitales. Nunca utilizó su dinero para contratar tropas. Maximiliano se asignó un sueldo de un millón y medio de pesos al año, una cantidad exorbitante que salió no de la casa de Austria, sino del erario mexicano, pero en su mayor parte lo utilizó para financiar obras de su interés como el Paseo de la Emperatriz —torpemente rebautizado por Juárez como Paseo de la Reforma— y otras obras de embellecimiento urbano. Maximiliano se veía, a través de su enorme sueldo, como un mejor administrador de esa parte del erario de México.

En 1865 murió el rey Leopoldo I a la edad de 75 años, cuando la pareja todavía estaba en México y sin planes de renunciar. El viejo rey iba a dejar una herencia de setenta millones de francos, cerca de mil millones de dólares actuales.

La herencia paterna

La ambición del joven Leopoldo y los horribles tratos hacia su esposa disgustaron tanto a su padre que éste decidió dejar la mayor parte del dinero a sus otros dos hijos: Felipe y Carlota. El testamento de Leopoldo I favoreció a los dos vástagos que no estaban destinados a reinar, especialmente a la princesa, que era su favorita. Leopoldo, el mayor, quedó pobre en comparación. La

princesa eligió a Edouard de Conway para que la representara en Bruselas para la liquidación de la herencia. En 1866, desesperada por la sequía de recursos y el retiro del apoyo de Napoleón III, Carlota se embarcó a Europa. Sólo puede especularse si entonces pensaba en su herencia y en usar su dinero en México ante la quiebra moral y financiera del gobierno, pero cuando menos eso fue lo que comentó en Francia a la señora de Almonte en 1866. El interés posterior de la princesa por la vida de Santa Isabel de Hungría —que donó todas sus riquezas para levantar hospitales y asilos— puede ser también indicativo.

A pesar de sus ataques de nervios ante el emperador de Francia, en su correspondencia con Maximiliano ella muestra confianza de que los dos, por su cuenta y sin Francia, podrían superar las dificultades. Lo mismo supuso Henry Wellesley, el embajador británico en París, cuando le informó a su primer ministro que, con la herencia, Carlota podría continuar en México "más de lo que esperábamos". ¿Iba a utilizar Carlota su fortuna en el país cuando Napoleón le cerró la llave de los recursos? Si ése era el caso, su mente se derrumbó justo en ese instante.

Quitarle el dinero a Austria

Pocas horas antes de ser fusilado, el emperador de Austria restituyó a Maximiliano (y a su esposa) la nacionalidad austriaca. El acto legal de última hora pretendía intimidar a Juárez pero también nacionalizar el dinero de Carlota que, como consorte del archiduque —aunque fuera por unas horas más— se convertía automáticamente en austriaca, lo mismo sus propiedades, el castillo de Miramar, la isla de Lacroma en el mar Adriático y el territorio de Palin en Hungría. A cambio de ello, una vez que llegó a Miramar se le asignó un sueldo como miembro de la Casa Real de Austria.

Pero a su hermano Leopoldo le interesaba demasiado su hermana y su dinero como para dejar que éstos se quedaran en Austria, país que, temía el rey de los belgas, necesitaba desesperadamente los recursos para pagar las deudas de Maximiliano. "Ese pobre Max no tenía más que deudas —escribió Leopoldo II a su tío—, todos los bienes de Carlota serán engullidos si no tenemos cuidado, igual que su salud quedará arruinada sin

remedio sin la intervención de mi esposa." Para Leopoldo II, la muerte de Maximiliano había disuelto, efectivamente, el vínculo matrimonial. Leopoldo se movió con rapidez. "Uno se queda con la sensación de que el rey escondía el deseo de llevar a su hermana a Bélgica bajo una fachada afectiva, cuando en realidad tenía motivos ante todo financieros." [4] Por su parte, Austria buscaba nulificar el régimen matrimonial de Maximiliano y Carlota, que había sido por bienes separados.

En noviembre de 1867, ambos países llegaron a un acuerdo. Austria conservaría el castillo de Miramar, la isla de Lacroma, la dote y la contradote. La Casa Real belga renunció a todo derecho de sucesión en Austria. A cambio recuperó la fortuna de Carlota. Una vez en posesión de ella, Leopoldo II se autonombró su tutor. Conway, el abogado de Carlota, propuso inútilmente una reunión entre hermanos para discutir estas cuestiones, pero Leopoldo y Felipe ignoraron la petición. En cuanto a las joyas que la emperatriz se llevó a México, todas se perdieron. Cuando el barco que iba de América llegó con sus posesiones, sus representantes descubrieron no tan sorprendidos que éstas nunca habían sido embarcadas.

El despojo

> La Emperatriz conserva toda su razón en una multitud de cuestiones. Un hecho que parece claro es que uno no puede engañarla en cuanto al monto de su fortuna.
>
> Baron Goffinet, en una carta al rey Leopoldo II

Al regresar Carlota a Bélgica, el rey designó al barón Adrien Goffinet para administrar y multiplicar el dinero de su hermana en proyectos rentables. Goffinet fue bien recompensado por sus servicios. En 1868 se hizo propietario de uno de los más importantes hoteles de Bruselas en la calle Montoyer con dinero de la emperatriz. Al ingresar al castillo de Tervueren, el dinero de Carlota —propiedades, joyas, bienes inmuebles, y dinero depositado en inversiones y bancos de Londres, París y Viena— ascendía a poco

más de once millones de francos de oro, alrededor de 150 millones de dólares al cambio actual.[5] Para evitar futuras contingencias, Leopoldo II decretó que se formara un fondo no enajenable con todos los bienes de la familia del que saldrían las pensiones de cada miembro, y del que no podría destinarse ni un céntimo para dotes. De esta forma, el rey logró preservar la fortuna real en Bélgica, pero puso la de Carlota a su disposición. "Leopoldo, como jefe de la casa real belga y tutor de Carlota, pudo influir en la gestión financiera del administrador, el barón Adrián Goffinet. El capital acumulado durante decenios por las rentables inversiones de éste, llegó a sumar más de cincuenta millones de francos", es decir, 637 millones de dólares al cambio actual.[6] En 1874, Leopoldo y su hermano menor Felipe firmaron un acuerdo para administrar entre ambos los bienes de Carlota, y con la llamada Convención del 31 de marzo de 1874, arreglaron que podrían quedarse con los bienes de su hermana una vez que ella muriera.[7]

Entre 1878 y 1885 el rey invirtió cuando menos diez millones de francos de dinero *privado* en el Congo, según la investigación del Parlamento belga de 1923. Los recursos abundaban. Dominique Paoli calcula que en 1887 Carlota poseía treinta millones de francos oro. Aunque el Estado se deslindó de la conquista de África Central, aprobó el nombramiento de Leopoldo como rey del Congo y le permitió hacer uso del ejército con supuestos fines de "exploración", empezando con 648 oficiales y 1 612 suboficiales. Desde entonces circularon con insistencia rumores de que Carlota no estaba *tan* loca como decían, pero que la mantenían encerrada y fuera de la vista del público para que no pidiera cuentas a su hermano. En septiembre de 1896, el periódico *The World* de Nueva York reportó que la reina Victoria había ido a visitarla y que se le había negado ver a su sobrina. El mismo diario escribió: "Todo el mundo sabe que su fortuna ha sido robada y dilapidada, grandes dudas prevalecen en cuanto a su supuesta locura. La creencia general es que desde hace mucho tiempo ha recuperado la razón y que está siendo retenida en cautiverio para que no llame a cuentas a su hermano Leopoldo en cuanto a su dinero. El rey Leopoldo invariablemente niega a cualquiera de sus parientes ingleses o austriacos visitarla".[8]

En 1890, Leopoldo parecía haber dilapidado todo el dinero a su

disposición. “Señora, el rey está arruinándose —comentó Goffinet a la reina Enriqueta—. Ninguna fortuna resistirá lo que su majestad quiere hacer.” En 1890, el rey, a punto de la bancarrota, escribió:

> El estado del Congo después de haber pasado por su periodo de formación, entra en la etapa del desarrollo. Si la fortuna del rey fue suficiente para hacer frente a la primera etapa del trabajo realizado en el Congo, y si Su Majestad, hasta la solución de este problema, quiso asumir los costos de la fase experimental, francamente debo decir que dicha fortuna ya no es suficiente para levantar el edificio belga sobre las bases que se lanzaron con tanto éxito. Ha llegado el momento de que la nación intervenga.[9]

Sentadas las bases, Bélgica le otorgó varios préstamos entre 1890 y 1895. Cinco años más tarde, Leopoldo hizo su maniobra más aparatosa para allegarse nuevos recursos de Carlota, disfrazando la jugada de un acto magnánimo para el pueblo. En 1900 donó al Estado varias propiedades —castillos, bosques y otras edificaciones —, un acto legal que se conoce como Donación Real, con la condición de que nunca se vendieran y se entregaran para el disfrute de la gente, en forma de parques o museos. Lo que no fue del conocimiento público es que Leopoldo pidió a cambio un generoso estipendio por el resto de su vida. Los detalles precisos se han perdido, ya que a su muerte Auguste Goffinet quemó sus papeles privados, especialmente todo lo que tuviera que ver con dinero y Congo.

El mayor problema con la Donación Real es que buena parte de esos castillos, bosques y tierras no le pertenecía. Era propiedad de Carlota. Para cubrir las apariencias, Leopoldo transfirió a su hermana tres millones de francos en bonos congoleses, la mayoría de los cuales no era redimible sino hasta después de 99 años, y valían mucho menos de lo que estaba impreso en ellos.[10] Fue una operación ilegal que se desenmascaró sólo después de la muerte de Leopoldo y devino en una investigación por parte del Congreso. El despojo a Carlota en esa ocasión fue de aproximadamente 3.5 millones de francos. La cantidad que el rey recibió secretamente a cambio de la Donation Royale no se conoce, pero debió ser importante y le permitió continuar, nuevamente con recursos de su hermana, la aventura africana.[11]

En 1902, el periódico *The Atlanta Constitution* de Georgia, Estados Unidos, indicó que la empresa de Leopoldo ya era rentable, aunque reconoció que el rey había echado mano de la fortuna de la "poor Charlotte". El diario calculó los ingresos personales de Leopoldo en 120 millones de dólares anuales al cambio actual. En 1903 el *Almanaque de Gotha*, ignorando que la fortuna de Carlota se había esfumado, señaló que su heredera, su sobrina Luisa de Coburg, recibiría treinta millones de francos de oro. En 1921, cuando Luisa publicó sus memorias, antes del escándalo, confirmó que "la fortuna real y la de mi tía, la emperatriz Carlota, que era administrada por el rey, se emplearon un tiempo, no sin algo de riesgo, en la adquisición y organización de las posesiones que luego las grandes potencias disputaron a Bélgica".

¿Cuánto dinero le fue robado a Carlota?

A la fecha, el tema sigue siendo escabroso y casi un tema tabú en Bélgica. De los archivos que sobreviven, los que escaparon a la fogata de Goffinet, incluso a los descendientes de Leopoldo se les ha negado el acceso, cuatro generaciones después. Con mucha mayor razón se les negó a sus hijas en 1910. En lo que respecta a la familia real belga, todos tenían la idea de que Carlota, cerca de cumplir cincuenta años, debía de ser inmensamente rica, ya que su dinero apenas se había tocado. No se imaginaban. Cuando resultó embarazosamente obvio que su hermano le había robado, y que no heredaría a sus hijas su inmensa fortuna, la princesa Luisa pidió que se revisaran las cuentas y que se hiciera una auditoría independiente de la salud mental de su tía, porque dudaba que su afección mental le impidiera darse cuenta de sus asuntos financieros. La prensa de la época especulaba, desde que tocaba a su fin el siglo XIX, que Carlota ya no estaba loca.

Luisa, la más ruidosa de las princesas, acabó siendo internada en un asilo mental por orden de su padre. "La princesa Luisa de Coburgo sabe cómo se encierra a las princesas que molestan, de las cuales se quiere hacer pasar por locura sus ardores naturales", escribió *El Correo Español* a la muerte de Leopoldo. En 1909, Luisa estaba viviendo una vida miserable en París. A su hija Estefanía, Leopoldo la desheredó y la echó del palacio. A la menor,

Clementina, le prohibió casarse, pero la joven se escapó.

Los cálculos de la cantidad final que Leopoldo tomó de Carlota y no se molestó en devolver varían de treinta a cincuenta millones de francos oro. El príncipe Miguel de Grecia y Dinamarca, que tuvo acceso a archivos oficiales, calcula que Leopoldo se apropió de sesenta millones de francos oro, mismos que multiplicó varias veces.[12] Más que suficiente para el programa social del Segundo Imperio mexicano. Su sobrina Luisa escribió en sus memorias, *My Own Affairs*, que cuando su tía Carlota muriera, ella heredaría treinta millones de francos, la tercera parte: "Ellos [mis hijos] ahora se veían a sí mismos con la posibilidad de ser compensados en alguna medida por todo lo que antes les había impedido recibir la herencia del rey. También tenían la certeza de poseer los treinta millones que representan mi parte de la fortuna de Su Majestad, la Emperatriz Carlota, cuando mi infortunada tía sucumba bajo la carga de su avanzada edad". Las hijas de Leopoldo se llevarían una enorme desilusión.

El dinero de Carlota permitió a Leopoldo hacerse inmensamente rico. En 2006, M. Reynebeau estimó las ganancias totales del rey en el Congo en 500 000 millones de euros de nuestros días.[13] Ese tesoro de proporciones salomónicas no iría a parar a la cuenta de sus hijas, ni de la familia, ni a resarcir a su hermana Carlota; el enamoradizo rey se acordó más de su amante, una exprostituta con la que se casó poco antes de morir y salió de Bruselas con treinta millones de francos en el bolso.[14] Siempre patriota, dejó la mayor parte de su fortuna a Bélgica para el embellecimiento de Bruselas.[15] Convirtió su palacio de Laeken en el más lujoso del continente y mandó poner un conservatorio de plantas exóticas; llenó la capital de pagodas japonesas y otras extravagancias, pero a su familia la trató con desprecio patológico. A la muerte de la reina María Enriqueta, vendió las joyas de la corona y sus vestidos para cubrir de oro a sus amantes. Pero Bruselas recordó con cariño a su rey, convertida en una capital europea de ensueño, aunque flotando sobre la sangre de diez a veinte millones de congoleses.

México y el Congo, dos países lejanos y disímiles a más no poder, excepto el hecho de ser presas del colonialismo europeo, quedaron unidos de forma dramática por medio de la familia real belga y sus dos príncipes igualmente ambiciosos: la hija de corazón

caritativo y compasivo, y el vástago insaciable en sus apetitos financieros, sexuales y sensuales.[16] El doctor Emile Meurice escribe cómo "a diferencia de otros miembros de esa familia real, Carlota y Leopoldo se caracterizaron ambos por un nivel muy intenso de motivación y de involucramiento en sus objetivos a largo plazo. Esta intensidad instintiva los condujo a ambos a consagrar su vida a la consecución de objetivos de alto nivel y afrontar enormes dificultades para conseguirlos". Carlota fracasó en su imperio. Leopoldo, desde el punto de vista financiero, tuvo un éxito aplastante. En cierta manera perversa, el imperio del Congo se levantó con las ruinas del Imperio mexicano. De haber marchado las cosas diferente, la historia de México y el Congo sería completamente distinta.

---

1 Coralie Vankerkhoven, *Charlotte de Belgique: une folie impériale*, p. 209.

2 Neal Ascherson, *The King Incorporated*, Granata Books, Londres, 2001, p. 37.

3 Maximiliano y Carlota adoptaron oficialmente a Agustín de Iturbide y Green, nieto del primer gobernante de México, lo cual los convirtió, en teoría, en nacionales mexicanos. Como emperatriz, Carlota estuvo trabajando en una nueva constitución, pero el Segundo Imperio nunca derogó la Constitución de 1857.

4 Dominique Paoli, *L'Impératrice Charlotte: Le soleil noir de la mélancolie*.

5 Cálculo propio con base en el precio del oro. En 1875 un franco equivalía a .29 gramos del metal. Con los precios actuales del oro, un franco de 1875 equivaldría, más o menos, a 12.75 dólares estadounidenses.

6 Konrad Ratz "El dinero de Maximiliano y de Carlota", *Dimensión Antropológica*, vol. 26, septiembre-diciembre, 2002, pp. 83-96.

7 J. Stengers, *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?*, Éditions J. Duculot, Bruselas, 1957. p. 274.

8 *The World*, 27 de septiembre de 1896, p. 1.

9 J. Stengers, *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?*, pp. 30-31.

10 Correspondencia personal del autor con Adam Hochschild.

11 J. Stengers, *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?*

12 Es muy difícil calcular el valor actual de este dinero, y más aún lo que valía en México esta cantidad convertida a pesos de la época. El dólar de 1875 equivalía aproximadamente a dos francos, y el peso tenía el mismo valor que el dólar. Considerando además la cantidad de oro que contenía un franco de 1875 (0.29 gramos) y la moneda de 10 pesos de 1910 (8.35 gramos), el dinero de Carlota al volver a Bélgica equivalía más o menos a los ingresos *totales* del gobierno mexicano de dos a tres años durante la época del Imperio. Esto si se

hubieran conservado ociosos. Invertidos, Leopoldo II se hizo inmensamente rico y le sobró para remodelar la ciudad de Bruselas. El cálculo es del autor con estadísticas históricas del Inegi.

13 Marc Reynebeau, *Het nut van het verleden*, Lannoo, Tielt, 2006, pp. 204-210.

14 *Detroit Free Press*, 3 de febrero de 1915, p. 4.

15 Daniel Vangroenweghe, otra de las principales autoridades en el asunto, no cree que Leopoldo haya robado dinero a su hermana. En correspondencia personal con el autor puntualizó: “Leopoldo tenía una inmensa fortuna personal de cerca de cincuenta millones de francos oro, sin contar sus numerosos inmuebles (tierras, casas, palacios, etc.) y sus ingresos por caucho fueron inmensos. El rey Leopoldo, en mi opinión, no necesitaba en absoluto la fortuna de Carlota”.

16 Leopoldo era conocido por sus escapadas sexuales a otras capitales europeas y por sus amistades de dudosa reputación. Cuando Enriqueta murió, Leopoldo se involucró con Caroline Lacroix, una mujer exigente, controladora, caprichosa y sin educación, cuyos padres eran trabajadores de limpieza en París, lo cual causó indignación en la sociedad belga. La instaló en una villa frente al palacio real. Tuvo dos hijos con ella.

Bouchout

Vean a la anciana de las ancianas, pero no la anciana joven.
¿Los cabellos no se pondrán jamás grises?

Carlota, *ca.* 1920

El 4 de noviembre de 1879 se llevó a cabo en Miese la procesión a San Carlos Borromeo, un santo que vivió en el siglo XVI, que cuando una epidemia azotó la ciudad de Milán, caminó descalzo por las calles cargando una cruz. Según la tradición, San Carlos llevaba una soga alrededor del cuello para ofrecerse a sí mismo como víctima por los pecados de la población. Desde entonces, la fiesta del santo, a quien Carlota debía su nombre, era una ocasión especial en Bruselas, de mayoría católica. Por la mañana llegó la reina Enriqueta, como de costumbre, para acompañar a Carlota a la misa en la capilla de Bouchout. La exemperatriz de México era entonces una mujer melancólica, casi siempre vestida de negro, a punto de cumplir cuarenta años. No existen fotografías, cuadros ni testimonios de cómo era su aspecto en esa época, pero si sus hermanos a esas edades son buena referencia, su cabeza debió de haber comenzado a adquirir un tono ligeramente plateado. Todos los días para ir a cenar se ponía vestido de ceremonia. Su memoria y su entendimiento de la situación internacional seguían intactas.

Cuando la reina y su cuñada bajaron a la capilla, Carlota notó

que el altar estaba arreglado de manera especial. Sin saber qué hacer de todo aquello, se arrodilló junto a su cuñada sin pedir explicaciones. La emperatriz tenía una especial devoción por San Carlos y en México había creado la Orden Imperial de San Carlos para condecorar mujeres distinguidas en el servicio a la patria. En determinado momento escuchó cantos religiosos de un coro completo. Entonces se abrieron las puertas de la capilla y comenzó a entrar todo el clero de Meise, el pueblo donde se situaba el castillo, con gran ceremonia a bendecir el altar. La emperatriz, profundamente conmovida, se acercó también y se arrodilló sin poder contener las lágrimas. Todo el cortejo religioso fue entrando mientras la guardia hacía los honores militares. La reina debió de haber tenido la mirada atenta sobre Carlota. Aquélla era la primera vez, de la que haya quedado registro, en que tanta gente la rodeaba desde los días del quebranto mental en París.

La procesión bendijo el altar y se dispuso a salir para continuar en la calle, como se acostumbraba cada año y como sigue siendo importante en países como Francia, Bélgica e Italia. Rodeada por el coro, la experiencia debió de haber sido casi mística para la entristecida princesa. Pero la reina tenía todavía una sorpresa más. Tomándola del brazo, subieron las escaleras y se dirigieron al balcón. Afuera del castillo, del lado que no daba al lago, estaba todo el pueblo de Meise, entonces una "aldea encantadora". Cuando vieron a su princesa que se asomaba al balcón, la única hija de la reina santa y del viejo rey, prorrumpieron en aplausos y aclamaciones. Las dos mujeres se quedaron para ver el desfile en honor al santo hasta que desapareció de vista.[1]

El castillo de Bouchout, uno de los símbolos del orgullo belga, estaba la mitad sobre tierra y la otra mitad sobre un lago en el cual se deslizaban numerosos cisnes, según una ilustración de la época. La gente del poblado no había olvidado a la mujer recién llegada a Meise, que un cuarto de siglo antes había partido a México llena de proyectos. Fue un cálido recibimiento para la última y más extensa etapa de su vida. Un viajero mexicano visitó la villa por esos días y después de hacer indagaciones, escribió: "La exemperatriz goza de perfecta salud y su estado mental no se traduce sino en una perfecta melancolía persistente y silenciosa. Cuando habla, lo que rara vez sucede, parece ponerse de propósito fuera de las cosas humanas.

Nunca dice *yo* o *para mí*. Si expresa un deseo, emplea constantemente esta fórmula: se desearía esto, se desearía aquello". Los sirvientes masculinos del palacio se le acercaban, pero tenían prohibido alzar la vista en su presencia. En una carta de 1885, la reina Enriqueta informa cómo reprendió duramente a un tal Benoît por responder a una insinuación de la emperatriz con una sonrisa.

Cuando Carlota se instaló en Bouchout, Leopoldo comenzó su aventura en el Congo. Ella retomó sus pasatiempos de bordar, pintar y, una novedad, se puso a escribir diarios de viajes, especialmente por México, de los cuales se imprimieron unos cuantos ejemplares para su círculo íntimo, y que desafortunadamente hoy están perdidos.[2] Los curiosos mexicanos no dejaron de hacer visitas a Bélgica para tratar de ver a la que había sido emperatriz hacía una eternidad. Una carta de Bruselas que llegó en 1886 al diario *La República* informaba que comenzaba a dar pruebas de lucidez y que sus dolencias mentales habían entrado en remisión. Tenía 46 años.

No es que su enfermedad estuviera desapareciendo; jamás lo hizo. Pero gozaba largos periodos de sosiego y, sobre todo, se comportaba perfectamente normal, por ejemplo cuando hablaba de historia, de política, o conversaba con sus visitas. En 1879, gracias a la buena influencia del doctor De Smeth, el médico pudo reportar: "En verdad, quien observara sólo la vida real de la emperatriz, su vestido perfecto, exento de toda extravagancia, sus gustos manifestados y seguidos libremente por la sociedad, sus ocupaciones y diversiones, no sospecharía que está enferma; vería a una persona distinguida, que vive de acuerdo con su rango e inclinaciones. Un cierto detalle delata la enfermedad: su incierta evolución".[3] De Smeth estaba satisfecho con lo alcanzado en comparación con los aciagos días de Roma y Miramar. Y si ella sabía lo que su hermano estaba haciendo con su dinero, o si sentía que estaba siendo enclaustrada para que no protestara, no han quedado rastros por escrito, pero sería raro que la lectora ávida de periódicos no sospechara.

Como todas las cosas que empiezan a sumirse en las penumbras del pasado, la historia del Imperio mexicano y de la "pobre Carlota"

empezó a convertirse en un drama popular. En 1886, ya sin Napoleón III, ni Juárez, y con una Francia que regaló a Estados Unidos una estatua representando a la libertad, se estrenó en París una obra de teatro llamada *Juárez*. Fue, sin duda, la primera ficcionalización popular del segundo Imperio mexicano en la historia.[4] Carlota vio el anuncio de la obra en el periódico; la supervisión sobre sus lecturas ya no era la de antes. Con los ojos relampagueando se puso a dar vueltas por la habitación murmurando: "¡Juárez! ¡Juárez! ¡He aquí a todos juntos! ¡Maximiliano! ¡Juárez! ¡Bazaine! Una catástrofe se avecina". El segundo incidente fue mucho más grave y sucedió un año después. Una culta y joven austriaca asignada como dama de compañía se sentó una noche al piano y comenzó a tocar el himno nacional mexicano. Estaba a punto de terminar cuando miró sobre su hombro y vio que Carlota estaba de pie en la entrada en ropa de dormir, pálida como una muerta. Alarmada, la joven se levantó para ver qué ocurría y oyó que su señora susurraba una sola palabra: "Maximiliano". En seguida cayó desmayada. El suceso no volvió a mencionarse, pero para los médicos tuvo una enorme importancia: lo tomaron como un síntoma de recuperación.

En Meise, apenas un puñado de casas y quintas alrededor de una pequeña iglesia, todas sombreadas por altas arboledas y dominadas por el castillo medieval, dos veces al año se abrían las rejas que rodeaban Bouchout y su parque para que la gente recorriera los jardines en procesión religiosa, y saludara a la mujer que había sido emperatriz. La primera de esas ocasiones era la fiesta de Corpus Cristi y la segunda a principios de junio, día de la fiesta del pueblo. Para esa ocasión, la más importante, se llevaban carros alegóricos de Bruselas y las mujeres de Meise se vestían con traje de domingo, se reunían frente a la iglesia, adornada con guirnaldas y flores, y esperaban la salida de la procesión.

Enseguida el grupo se dirigía lentamente a lo largo de la calle principal, cantando, hacia el castillo de Bouchout, como a un lugar santo. Si la difunta reina Luisa María de Orleans había sido en el inconsciente popular una especie de símbolo de la santidad y la femineidad sufriente, en los últimos años ese papel había sido transferido a su hija Carlota.[5] Sobre la torre más alta del castillo ondeaba una bandera mexicana, porque ella tenía la noción de que

el imperio sobrevivía en el exilio.[6] Los guardias abrían las rejas para que los sacerdotes penetraran a la capilla, rebosante de rosas. Al salir, el pueblo se reunía en uno de los patios y aguardaba, mirando hacia una ventana del primer piso.

> En la ventana abierta [escribió un viajero francés], acaba de aparecer la castellana de esa triste mansión: la princesa Carlota. Pasea sus grandes ojos, orlados de su círculo amoratado, sobre la muchedumbre que se revuelve en el patio. Su Alteza Imperial da el brazo a su dama de honor, tiene la cabeza cubierta con un gorro blanco, guarnecido de cintas, y viste un traje gris con pelerina, sujeto por dos grandes cintas negras anudadas. Hasta el próximo año no se podrá ver de nuevo el viejo castillo ni contemplar a la infortunada princesa.[7]

Carlota ya no paseaba entre la gente como en los primeros días por los jardines de Tervueren, y el pueblo sólo la veía en su ventana en aquellas ocasiones, pero no porque su situación mental fuera peor. Los años estaban empezando a hacer mella y ella había perdido los ánimos. Cuando salía, ya no caminaba, mucho menos corría como a los 26. Prefería usar el coche. Leía los diarios pero mostraba poco entusiasmo. El 25 de mayo de 1887 el incendio de la Ópera Cómica en París, que mató a 115 personas, no mereció ni un comentario de su parte a pesar de que fue el tema de conversación durante días entre su servidumbre de Bouchout. Con los años comenzó a sociabilizar con su círculo íntimo. Mostraba interés por los hijos de los jardineros del castillo y todas las mañanas los llamaba y los hacía jugar en su presencia. No es difícil saber qué pasaba por su cabeza ante la vista de aquellos niños.[8]

Durante un tiempo adquirió la manía de pasar el día recolectando objetos del piso. La servidumbre tenía el cuidado de regar cosas por donde ella iba a pasar para tenerla entretenida. Una manía sustituía a otra, y los periódicos europeos no perdían la oportunidad de acercarse a Bouchout en busca de chismes. El *Allgemeine Zeitung* de Múnich escribía en 1888 que la nueva afición era poner a sus damas de compañía a leerle libros completos de jurisprudencia y asuntos militares, quedando absorta en la descripción de batallas y tratados jurídicos. La lectora tenía la instrucción de evitar mencionar el nombre de Napoleón. Cuando, vencida por el hastío, la dama en turno se brincaba algunas páginas,

Carlota de inmediato señalaba: “Eso no tiene hilación”.[9] Su intelecto seguía siendo brillante en cuestiones de gobierno y política internacional, pero se dejó de interesar por su arreglo. “Tiene ahora 48 años, pero parece de 60”, escribió el *Allgemeine Zeitung*. Era verdad que lucía algunas canas y tenía un cerco morado alrededor de los ojos, y constituía una verdadera hazaña hacer que se vistiera como correspondía a su rango. Solamente cuando esperaba a la reina Enriqueta volvía su deseo de estar presentable.

Lo que antes había sido su gran distracción, la hora del piano, en la que tocaba a compositores célebres como Chopin —que había sido una especie de superestrella cuando ella era niña—, ahora se había convertido en un extraño momento de improvisación, o “fantasías incoherentes”, como les llamaba su servidumbre. Aunque es imposible saberlo, debieron ser, sin embargo, virtuosas improvisaciones, pues Carlota conservaba su habilidad musical: siempre que la reina estaba en Bouchout, insistía en que se sentaran a tocar a cuatro manos. Cuando le llevaron un gramófono se sintió muy interesada por el flamante invento. Como siempre, siguió pintando. Por esos años tuvo un inesperado momento de notoriedad. En septiembre de 1890 se exhibió en Madrid su cuadro *El árbol de la noche triste* en una función de beneficencia. Lo había pintado en México en 1865 tras visitar el ahuehuete donde Cortés se había sentado a llorar su derrota.

Problemas familiares

Enriqueta, una persona de mal carácter, reservaba sus mejores tratos para su cuñada. Por años había sido su devota compañía, aunque la emperatriz no siempre pudo corresponder en forma. Hacia 1891, Carlota cumplió medio siglo de vida mientras la salud de su cuñada, la reina, empezaba a declinar por las mortificaciones conyugales. Su esposo era conocido por sus escapadas sexuales a capitales europeas y amistades de fangosa reputación. Le gustaba cubrir de joyas a prostitutas caras, bailarinas de ballet y actrices de teatro, a muchas de las cuales metía al palacio frente a Enriqueta. A una bailarina llamada Oleo de Merode incluso le regaló las joyas de la corona, lo cual llevó a la reina a contemplar el suicidio. “Leopoldo II sólo trajo miseria y desgracias a su familia. Apenas

cinco semanas después de la boda, su esposa María Enriqueta se arrepintió de haberse casado con él, y dijo: Si Dios escucha mis oraciones, no viviré mucho tiempo.” [10] Pero el matrimonio duró casi cincuenta años y Enriqueta le dio cuatro hijos. Todos vivieron vidas trágicas. Mientras la reina se iba apagando, tuvo a su última hija, Clementina, en 1872, a la cual ambos progenitores cobraron caro el hecho de no ser varón. Leopoldo, perdida toda esperanza de un heredero, se obsesionó con dos ideas: quitarse a las hijas de encima y explotar su colonia en África.

Un domingo, los reyes iban a salir a pasar la temporada de aguas a Spa —una población al oriente de Bélgica de cuyo nombre deriva la palabra spa— y Enriqueta quiso despedirse de Carlota. Aquel día la emperatriz estaba pasando por un episodio de furia. La reina trató de calmarla, pero su cuñada estaba incontrolable. Enriqueta tuvo que ser retirada. Estando afuera, la reina fue presa de una crisis nerviosa de la que no salió del todo. A las seis de la tarde se desvaneció mientras cenaban, y tanto temieron que había llegado su hora que le dieron los últimos sacramentos. Los diarios no perdían detalle. De acuerdo con el *Evening Telegram* de Nueva York, el acceso de furia de Carlota se había debido a que la visita de Enriqueta había tenido lugar el 27 de julio, unos días después del aniversario de la muerte de Maximiliano, y que ésta no había tenido el cuidado, como cada año, de enviarle un regalo para la ocasión, aunque este reporte, viniendo del *Telegram*, hay que tomarlo con pinzas. El diario era la edición vespertina del *New York Herald*, uno de los periódicos más sensacionalistas de la época y conocido por inventar historias, entre ellas la infame noticia en 1874 de que habían escapado los animales del zoológico de Central Park.

El Nacional de México reportó el incidente de la agresión a la reina y la crisis nerviosa en su edición del 20 de agosto de 1891, sin tanto amarillismo.

> [Carlota] ya no sufre alucinaciones [escribió el corresponsal desde Bruselas]. Una apatía invencible, un decaimiento moral y físico constante, sólo interrumpido por paroxismos de dolor, es su estado normal. Apenas habla, y no hace caso alguno de lo que ve, nunca se detiene a cortar una flor y demuestra la mayor indiferencia por todo lo que la rodea. Lo único que la hace demostrar cierto interés es ver volar un pájaro. Su existencia es tristísima.

Cumplir cincuenta años le provocó una gran pesadumbre, episodios de frustración, ira y, notablemente, un último intento de huida. Alrededor de esos años (entre 1890 y 1891), los periódicos de Estados Unidos y Europa, los cuales seguía devorando, empezaron a reportar el fracaso de la aventura congoleña de Leopoldo, la posible quiebra de la empresa y, más grave aún, que todo aquello había sido financiado con el dinero de la exemperatriz.

Los veranos y los largos inviernos pasaron en monótona sucesión por el castillo de Bouchout y Carlota los miró desde su ventana. Una noche de mediados de 1891, después de haber agredido a su cuñada (uno sólo puede preguntarse si Carlota descargó sobre su cuñada su furia por el despojo del que estaba siendo objeto por parte de Leopoldo) pidió escuchar otra vez el himno nacional mexicano. Sus damas de compañía se miraron con nerviosismo, pero la pianista se sentó para complacerla. Mientras lo tocaba, Carlota se acercó despacio hacia la ventana del castillo… y brincó. La caída no la mató. Cuando sus compañeras salieron de la sorpresa, se asomaron para ver que la mujer se alejaba corriendo por los jardines. ¿Hacia dónde? Hacia la fuente. Una vez ahí, se metió al agua. La ayuda llegó a tiempo. En la noche hubo un segundo intento de huida. Unos jardineros la encontraron escondida, con la ropa desgarrada, detrás de unos matorrales.

Rescatada de sí misma, Carlota regresó al país del silencio. Pasó los siguientes años sumida en el mutismo y sólo demostraba alegría cuando sus sobrinas, las princesas Estefanía, Luisa y Clementina, la visitaban. Estefanía escribió en sus memorias tituladas *Yo iba a ser emperatriz* que nunca, ni siquiera siendo niña, se sintió asustada por la extraña conducta de su tía. Por el contrario, siempre estuvo fascinada por su belleza y el talento de la pianista, que para la joven revivía "los tiempos de antaño. Yo veía en ella como una aparición de otro tiempo". Estefanía siempre la quiso de manera especial. Sentía que la emperatriz ejercía sobre ella una fuerza y atracción inexplicables, un "santo terror" ante "el misterio de la locura". En sus memorias escribió: "Yo recuerdo, siendo niña y jovencita, haber visto tanto misterio, ella siempre hermosa a pesar de sus malos momentos, paseando su desdicha bajo la sombra de los árboles seculares del castillo. De ese lugar guardo un recuerdo conmovedor y profundo".

Su otra sobrina de veinte años, Enriqueta, hija de Felipe, empezó a tener atenciones con su tía y a visitarla con frecuencia. En 1895, Clementina asumió los deberes de primera dama en la corte. María Enriqueta, enferma, ultrajada y deprimida, finalmente se había separado de Leopoldo y vivía sus últimos años en Spa. Leopoldo todavía tuvo la osadía de condecorar, en 1896, al presidente de México, Porfirio Díaz, con el Gran Cordón de la Orden Nacional, al mismo hombre que había organizado la entrada triunfal de Juárez a la capital. La distinción a Díaz tuvo que ver más con los manejos del embajador mexicano en Bélgica, el señor Jesús Zenil, que a un verdadero aprecio de Leopoldo por el "gran hombre de las Américas", pero no dejaba de ser una total falta de respeto hacia los voluntarios belgas y hacia su hermana, que seguía viva y enterada de lo que sucedía. Para entonces, sus cabellos ya eran "más blancos que la nieve, aunque el rostro [conservaba] aún los rasgos de su majestad y belleza".11 Antes tildada de loca, ahora era mencionada en los medios impresos, incluso los mexicanos, como "aquella admirable mujer", o "la bondadosa emperatriz de exquisito trato".

María Enriqueta de Austria, la segunda reina de los belgas, murió en 1902 ultrajada por su esposo y desmoralizada por las atrocidades que se estaban cometiendo en el Congo. Solamente el fiel Goffinet la acompañó en sus últimos días. Con su deceso, Carlota perdió a su mejor amiga. Para entonces la prensa internacional había comenzado a denunciar la carnicería en África, posible en buena parte gracias al dinero de la prisionera de Bouchout. Con la muerte de la reina y el alejamiento de sus sobrinas debido a los malos tratos de su padre, a Carlota le esperaba por primera vez, para el resto de sus años, la genuina soledad, una que nunca había conocido realmente.

---

1 *El Siglo Diez y Nueve*, 25 de febrero de 1880, p. 2.

2 Reporte del viajero reproducido en *La Libertad*, el 5 de noviembre de 1879, p. 2.

3 Dominique Paoli, *L'Impératrice Charlotte: Le soleil noir de la mélancolie.*

4 Aunque no la primera historia. Ya desde finales de 1867 aparecieron las primeras historias del segundo imperio y se publicaron los diarios personales de gente cercana a Maximiliano.

5 Varias estampas populares de la época la muestran en rapto místico mirando una escena celestial.
6 Según la bitácora de viaje de Louis Gayaux, publicada el 12 de julio de 1887 en Francia y reproducida en el diario mexicano *El Tiempo* el 6 de septiembre.
7 *El Tiempo*, 6 de septiembre de 1887, p. 1.
8 La vida conyugal de Maximiliano y Carlota ha estado plagada de rumores. El insistente rumor de que ella murió virgen es eclipsado por el que dice que la emperatriz salió de México embarazada de un coronel belga llamado Alfred van der Smissen. Según esto, la emperatriz habría dado a luz a su hijo, Maxime, en enero de 1867 en Miramar. El propio Maxime Weygand, quien sirvió en el ejército francés y peleó en las dos guerras mundiales, siempre optó por no comentar sobre la identidad de sus padres. En el año 2003, un periodista francés dijo haber encontrado pruebas de que el coronel Van der Smissen era efectivamente el padre de Weygand, pero que su madre no era Carlota, sino una señorita belga que formó parte de su corte en México. Van der Smissen se suicidó en 1895.
9 *El Monitor Republicano*, 15 de agosto de 1888, p. 1.
10 Egon Caesar Corti, *Maximiliano y Carlota, vida y tragedia.*
11 *Journal de Liege*, 17 de junio de 1900, p. 2.

El último mexicano

Todavía a finales del siglo XIX, los diarios "serios" reportaban las noticias sobre el Estado Libre del Congo con un dejo de altanería hacia la población aborigen. En su edición del 21 de febrero de 1896, *The Journal* de Estados Unidos reprodujo una sensacional ilustración de un "hombre gorila" cuya especie supuestamente habitaba la región y estaba siendo estudiada por un tal profesor R. L. Garner. Ésos eran los salvajes hombres de la jungla a los cuales Leopoldo estaba llevando la luz de la civilización, si es que en verdad eran humanos. Pero la marea comenzó a cambiar a principios del siglo XX. En 1902 se publicó *Heart of Darkness*, una novela de aventuras de Joseph Conrad que describe el comercio de marfil en el Congo y la explotación de las llamadas "razas inferiores". Con el testimonio de misioneros, periodistas y viajeros, el mundo comenzó a abrir los ojos sobre lo que estaba sucediendo en África, y que algunos historiadores llaman genocidio.1 Varios evangelizadores empezaron a enumerar a los diarios las atrocidades en la selva, comparables a los castigos de Nerón a los cristianos. La máquina propagandística de Leopoldo aumentó sus revoluciones para sobornar, amenazar y contrarrestar acusaciones. Pero era como intentar esconder una montaña de cadáveres en un gabinete. En muchos casos, en Europa los lectores creían que los hechos eran demasiado brutales para ser verdad. Hasta que llegó la fotografía. El Congreso de Estados Unidos y el Parlamento inglés ordenaron una investigación. De momento el monarca todavía tenía un ejército de

cabilderos bien pagados en Washington para apagar el fuego.

En 1904 se difundió la fotografía de un hombre esquelético llamado Nsala, sentado con los brazos alrededor de las rodillas y la mirada triste, apenas cubierto por un taparrabos. El hombre mira fijamente la mano y el pie de un niño cercenados y arrojados al piso. Son las extremidades de sus pequeños hijos. Al año siguiente Mark Twain publicó su sátira llamada *King Leopold's Soliloquy: A Defense of His Congo Rule*, que hizo rechinar los dientes al monarca belga. El libro tuvo un efecto casi igual al de *La cabaña del tío Tom* unos años antes en Estados Unidos. El libro de Twain reproducía la foto de Nsala, y la página 38 de la edición original traía varias fotografías explícitas de niños y mujeres sin extremidades.

La comunidad internacional quedó estupefacta: uno de los misioneros contó el caso de una niña que fue azotada hasta casi morir. Luego le echaron miel a sus heridas y fue puesta en un hormiguero para morir torturada por los insectos. Otro evangelizador reportó el exterminio de todo un poblado por no haber cumplido la cuota de caucho y marfil. Para horror de los vecinos, la Fuerza Pública presentaba a los habitantes cestos llenos de manos y pies como advertencia. Una columna sindicada impresa en todo el mundo en marzo de 1909 describió al rey como "una persona sensual y egoísta sin un átomo de dignidad o decencia, pero el asunto del Congo lo estampó como el gobernante más inhumano y brutal de los tiempos modernos". Finalmente, gracias a los esfuerzos de la Asociación para la Reforma del Congo en 1908, el reino de Leopoldo llegó a su fin. El territorio fue anexado a Bélgica como colonia tras un jugoso pago de cincuenta millones de francos oro para su majestad. Leopoldo murió al año siguiente. Su cortejo fúnebre fue abucheado por el pueblo. El monarca había diezmado la población del Congo entre 50 y 60%.[2]

El mundo quedó asqueado, pero la situación del Congo provocó el primer movimiento a gran escala en defensa de los derechos humanos en la historia.[3] Pocos días después de su deceso, *The Waterloo Press* recordaba así al monarca:

> [Leopoldo fue] un gigante en fuerza física, un maestro de la diplomacia, un trabajador prodigioso, enamorado de su país y de su pueblo, un monarca de austeridad variable y de actitudes democráticas volubles; un marido infiel, un padre cruel y antinatural; una maravilla de ternura con

> los niños de la calle y un monstruo de crueldad como dueño de la región del Congo, un rompe corazones y víctima de tristes infortunios, adorable como rey y azote como hombre, implacable en sus odios, inconsciente en el trato que dio a sus hijas, incansable en el servicio a su país e igualmente incansable en la búsqueda del placer; cariñoso y abierto con las personas, desvergonzado en sus vicios. Ése era Leopoldo.[4]

El dinero a la muerte de Leopoldo II

Antes de morir, el rey ordenó a Auguste Goffinet, hijo de su viejo lacayo, que quemara todos los papeles relacionados con África. Los hornos del palacio ardieron durante una semana en 1908 mientras desaparecía evidencia incriminatoria contra el rey de la larga barba blanca y aspecto de Santa Claus psicópata. A la fecha sigue siendo difícil determinar la magnitud de las atrocidades y sobre todo la cuantía y la manera en que el rey saqueó primero a su hermana, después al Estado belga. De acuerdo con Adam Hochschild, el nivel de secreto de Bélgica en pleno siglo XXI respecto al Estado Libre del Congo sólo es comparable, para los investigadores, con el que existía en la URSS.[5] A sus tres hijas, Leopoldo transfirió la ridícula suma de quince millones de francos, la misma cantidad que él había recibido de su padre. La desaparición de la fortuna que había amasado, ciertas cláusulas en su testamento y otras oscuras trabas legales (la llamada Fundación de Niederfullbach) condujeron a largos juicios entre el Estado belga y las princesas Clementina, Luisa y Estefanía. La fortuna de Carlota se esfumó.[6]

Un visitante mexicano

Muertos Leopoldo y su hermano Felipe, Carlota bien pudo a los setenta años haber sido *regina in absentia*. El gobierno de Bélgica nunca la declaró oficialmente loca, su salud era excelente, su inteligencia como estadista era superior a la de sus hermanos, conservaba su trato amable, el pueblo la quería, pero sufría esquizofrenia y periodos de locura, sin contar con que la ley impedía entonces que una mujer ascendiera al trono. Finalizando la primera década del siglo XX, todos los personajes de su vida ya eran un recuerdo. Maximiliano, Napoleón III, Gutiérrez de Estrada, Eloin,

Juárez, Leopoldo II, su cuñada Enriqueta, el barón Goffinet, el papa Pío IX, y hasta su amor platónico Charles Loysel. Todos muertos. José Luis Blasio, el joven y fiel secretario privado de Maximiliano, era de los pocos que aún vivían. Trabajado como actuario para Ferrocarriles Nacionales de México, llevaba una vida tranquila. Sobrevivían también algunos ancianos soldados de la vieja Guardia de la Emperatriz.

El México que ella había dejado en 1866 ya era completamente distinto. Porfirio Díaz, el soldado de la República, mantenía su dictadura vestida de corte imperial y él de emperador, sólo sin el título. Se conducía como un káiser por el Paseo de la Reforma, al que algunos viejos llamaban, maliciosamente, el Paseo de la Emperatriz. Los ancianos con bastón de palo recordaban haberla visto, muy joven, fustigando su caballo rumbo a Palacio Nacional. Como pidiendo su bendición, Díaz había aceptado una condecoración real de Bélgica en 1896 y había restablecido relaciones diplomáticas con Austria en 1901. Hechas las paces con los países de la pareja real, y con más gusto que nunca por todo lo francés, México estaba por hacer erupción en 1910 con la Revolución. Vendrían nuevas caras como la de Pancho Villa y Emiliano Zapata. Hablar de Maximiliano era como pensar en el cuadro de un museo, en la época de Santa Anna, o cuando los estadounidenses alzaron las barras y las estrellas en el Palacio Nacional. En cuanto a Carlota, el sólo hecho de saber que aquella emperatriz que habían saludado algunos abuelos seguía viva, era fuente de asombro para muchos mexicanos que creían que la "pobre loca" había muerto años atrás. Aunque la mayoría de los lectores de nuevos diarios como *El hijo del Ahuizote* eran niños en los tiempos de Maximiliano, el vulgo seguía contando que la locura de Carlota se debía a que la habían envenenado con semillas de estramonio y que "algún día se sabría la verdad". Respecto a la identidad del envenenador, iba desde el general Bazaine, aliados de Benito Juárez, hasta una celosa amante de Maximiliano.

Lo mismo que en el caso de la princesa Anastasia de Rusia unos años después, la desaparición de Carlota y el desconocimiento de su suerte hizo brotar imitadoras y estafadoras en varias partes del mundo. En 1905 apareció en Boston una mujer de edad mediana que aseguraba ser la princesa belga y que pedía contribuciones para

su causa. A un italiano lo estafó con 40 000 dólares, momento en el que fue detenida.

En 1906 un comerciante y viajero mexicano de nombre Manuel María Alegre, que después se convirtió en gobernador interino de Veracruz, visitó Bruselas.[7] Antes de irse sintió el impulso de satisfacer una necesidad de su espíritu, según sus propias palabras. "En aquella región me alentaba un ser que es acreedor a la simpatía (¿y por qué no?) de todo mexicano, un ser ligado indisolublemente a nuestra historia, la exemperatriz Carlota." El viajante reflejaba a la perfección la actitud del mexicano promedio. El rencor era hacia el dictador Díaz, hacia quienes habían peleado en su juventud por un ideal para rodearse, ya viejos, de muebles estilo Luis XV mientras con sus políticas despreciaban a aquellos a quienes los jóvenes emperadores habían tratado de ayudar: los indígenas y las clases bajas. Si en sus tiempos Carlota se había esforzado por instaurar un bosquejo de política social, Porfirio Díaz lo había enviado a Valle Nacional.[8]

Manuel Alegre se dio cuenta de que en Bruselas pocos sabían que aún existía Carlota. Algunos le dijeron que posiblemente vivía, pero que no sabían dónde. Recordaban el incendio del castillo de Tervueren, pero después de eso nada, y ya habían pasado casi veinte años. En Meise tuvo más suerte. Mientras desayunaba en una lonchería con un pequeño cabaret, la propietaria le informó que la emperatriz vivía detrás de las rejas del castillo de Bouchout.

—¿Así la llaman ustedes? ¿Emperatriz? —preguntó Alegre—. Y qué, ¿se le puede ver? ¿Hay modo de entrar al castillo?

—Imposible, señor. A nadie le es permitido penetrar al castillo. Jamás recibe visitas la emperatriz. ¿La conoce usted?

—Soy mexicano —repuso el viajero, quien sintió una repentina nostalgia y simpatía por aquella figura joven y hermosa de las estampas, a pesar de ser liberal y antirreeleccionista—. Y como usted sabrá, ella reinó en mi país hace años. Los mexicanos la quisimos mucho. La conocí cuando yo era muy joven —mintió—, por eso es que no quisiera regresar a mi país sin poder decir que la he visto. ¿Qué tal se encuentra? ¿Ha recobrado la razón?

—Completamente —le dijo la hotelera, que acababa de saludarla el día de la procesión—. Está muy bien la pobrecita. Se entretiene todo el día tocando el piano y bordando. Si usted hubiera venido

hace tres días, habría tenido usted la oportunidad de verla. Ese día hubo fiesta en el castillo y una procesión, y nos permitieron a todos los del pueblo asistir. Allí andaba la emperatriz. ¡Ah! ¡Es muy bondadosa con todo el mundo!

Alegre casi no podía dar crédito a lo que oía. Ahí estaba, a unos cuantos metros de él, la legendaria emperatriz Carlota, la que había vivido en Chapultepec y gobernado el país por un breve periodo cuando él ni siquiera había nacido. El visitante vagó por aquel "villorio pedregoso, donde lo que más encontraba era algún perro huraño y algunos chicos desarrapados", y cuando llegó a la reja del castillo, vio que un guardia sacaba las llaves para abrirla y se precipitó hacia él. Era su oportunidad. Alegre repitió su historia, que era mexicano, que amaba a la emperatriz, que le gustaría verla, pero la respuesta del soldado fue cortante. Sin embargo, el oficial confirmó lo que le había dicho la hotelera: que Carlota había recuperado la salud mental. Desanimado volvió a la posada, pero la hotelera le dijo que no cejara, que la emperatriz salía a pasear por la tarde al parque y que posiblemente podría verla.

Por la tarde acudieron a la arboleda cruzada por caminitos cuando de pronto apareció un cortejo a pie. Al frente iba una niña con un ramo de flores en la mano, seguida de tres damas mayores, una de las cuales era Carlota. Tenía 66 años. Detrás de las mujeres, a cierta distancia marchaban dos oficiales. La hotelera se inclinó hacia Alegre y murmuró a su oído: "La del centro es la emperatriz". Ahí estaba la Mamá Carlota de antaño, pasando solemnemente frente a quien fue, seguramente, el último mexicano en verla.

> No había lugar a duda [escribió el viajero]. Iba vestida de claro, una pequeña toca le cubría la cabeza. El porte era distinguido, el cuerpo robusto y erecto; los blancos cabellos brillaban cual campos de nieve heridos por los rayos de sol que declinaba; su cutis era como el mármol de Paros. Fue una visión que duraría apenas un minuto, pero que vibró las cuerdas de mi alma en una nota solemne y religiosa. Una gran compasión se hizo en mi pecho.

Carlota cojeaba un poco. Su acompañante le dijo que se debía a que unos días antes se había falseado un tobillo. "Qué importa si falsea ella ahora [reflexionó el viajero], qué importan sus caídas de anciana después de la fatal caída, cuarenta años ha, que le arrancó

de cuajo sus ilusiones de mujer joven y bella." Al día siguiente, Alegre salió rumbo a Amberes.[9]

La princesa alemana

En 1936 en su libro *Uncle Leopold*, la biografía del primer rey de los belgas, el barón y político inglés Angus Holden reflexionó cómo la única hija de Leopoldo había sobrevivido para atestiguar la caída de seis dinastías: los Bonaparte en 1870, los Braganza de Brasil en 1889, los Braganza de Portugal en 1910, y los Romanoff, Habsburgo y Hohenzollern durante la Primera Guerra Mundial. Carlota convirtió Bouchout y sus alrededores en su pequeño reino, mitad real, mitad pueril, pues cuando recibía a alguien hacía preparar un cuarto con veinte o más sillas alineadas. Saludaba con solemnidad de uno por uno a los invitados imaginarios. Mucha gente entró y salió de su vida. Su dama de honor, Marie Moreau, murió en 1893. En 1895 llegó un nuevo comandante del castillo, Philippe de Haes. Transcurrían los años y ella pasaba las horas arreglándose el pelo, probándose diferentes vestidos, pero con el suficiente entendimiento para alarmarse por la situación cada vez más delicada entre Alemania y Francia, entre quienes se encontraba la desvalida Bélgica. Un día, cuando bordeaba los setenta años, se vio en el espejo y tuvo un momento de claridad. Cuando vio que su juventud se había muerto y ya no era la princesa más hermosa y cortejada de Europa, ordenó que se rompieran todos los espejos. En una fiesta que se llevó a cabo en 1912 exclamó sorprendida: "¡Y Maximiliano no está aquí!"[10]

Sus cuatro sobrinas, las tres hijas de Leopoldo y la de Felipe, respondieron en forma y estuvieron al pendiente de su tía, sobre la que sentían fascinación y tenían tantas preguntas. En 1910 la madre del nuevo rey de Bélgica Alberto I, María de Hohenzollern-Sigmaringen, encargó a la condesa Hélène de Reinach-Foussemagne, una escritora con al menos seis libros en su haber, que empezara a hacer una biografía de su tía política. Luisa, Estefanía y Clementina se entusiasmaron con el proyecto. Presentaron a la señora De Foussemagne con distintos miembros de la realeza y le proporcionaron mucha correspondencia, pero no las cartas escritas desde el delirio ni los reportes médicos, y por

supuesto, tampoco papeles secretos que no fueron descubiertos sino décadas después. A pesar de las limitaciones de su época y de la escasez de fuentes, la condesa escribió la obra seminal sobre Carlota, aunque la irrupción de la Primera Guerra Mundial demoró otros quince años la conclusión de su libro. El hecho de que el libro de Foussemagne no contenga testimonios de Carlota, que aún vivía y a quien ella asegura haber visto mientras trabajaba, significa que no pudo entrevistarla o que las respuestas que obtuvo de la emperatriz fueron inservibles.

En 1914 Alemania invadió Bélgica con el fin de ocupar París rápidamente. Cuando el país beligerante se enteró de actos de resistencia de la población civil, comenzó una campaña de escarmientos en la que fueron asesinados decenas de miles de civiles belgas, lo que a nivel internacional se conoció como "la violación de Bélgica". Las sobrinas de Carlota y el resto de la familia real huyeron del país y buscaron asilo en Inglaterra y Francia. Pasarían cinco largo años antes de que su tía pudiera verlas de nuevo. El rey Alberto y la reina se trasladaron a una pequeña región en la frontera con Francia que seguía sin ser ocupada. Carlota quedó atrapada en Bélgica, único miembro de la familia real, en el castillo de Bouchout. Pero en 1914 ella seguía siendo austriaca, y ese hecho aparentemente trivial le hizo un señalado servicio cuando la insignificante Bélgica fue ocupada por el ejército alemán, incluyendo el pueblito de Meise y el castillo. Como fue común durante toda la Primera Guerra, se libraron batallas sin miramientos por nadie, militar o civil. Alrededor del castillo volaron las balas. Ante el inminente peligro, sin saber qué pretendían los invasores, el gobernador de Bouchout llevó a Carlota y al resto de sus ocupantes al sótano mientras pasaban los estruendos. Estuvieron temblando por dos horas, no así la emperatriz que se comportaba igual que Maximiliano medio siglo antes, paseándose por Querétaro indiferente a los proyectiles.

El gobernador de Bouchout pensó que lo mejor sería izar una bandera de Austria mientras el ejército alemán pasaba rumbo a Francia. Hay una historia que se ha repetido en todos los libros que tocan este episodio, en el sentido de que el káiser ordenó a las tropas alemanas que pasaran de largo por el castillo, puesto que ahí vivía una "princesa alemana", y que un letrero en la reja así lo

indicaba. La verdad es que, aunque la emperatriz no fue molestada en su persona ni sacada de su hogar, no pasaba un día sin que los soldados germanos no se metieran al parque del castillo a acampar, cantar, hacer desmanes y otras actividades incómodas para "el pequeño reino" de la hermana de Leopoldo II. Las incursiones se convirtieron en algo tan molesto que los representantes de las potencias neutrales solicitaron a las autoridades alemanas que sus tropas respetaran a la anciana de 78 años y su infortunio. El gobernador del régimen de ocupación de Bruselas hizo colocar el siguiente letrero en la entrada:

> Este recinto, propiedad de la Corona Belga, es ocupado por Su Majestad de México, archiduquesa de Maximiliano de Austria y cuñada del emperador Francisco José. Ordeno a todos los soldados alemanes que pasen por aquí no tocar la campana y dejar el lugar intacto.[11]

La orden es ambigua. No prohíbe a los soldados entrar y pernoctar en el lugar, o parapetarse, sólo les ordena no causar molestias y dejar el sitio en el mismo buen estado en que lo encontraron. En el libro *Uncle Leopold* de Angus Holden, escrito en 1936, se ofrece esta otra versión:

> Este castillo es ocupado por Su Majestad la emperatriz de México, cuñada de nuestro aliado, el emperador de Austria. Se ordena a todos los soldados alemanes pasar sin cantar, y no molestar en este sitio.

Ligeramente distintas, ambas versiones mencionan el estatus de Carlota como emperatriz de México como un título vigente ante los ojos de las potencias europeas, y no prohíbe a los soldados usar el área en tanto que no causen molestias. Fue, seguramente, el último reconocimiento en vida de la corona que había llevado alguna vez en la cabeza y que le ganó un salvoconducto en la Primera Guerra Mundial, tanto por ser todavía austriaca, como por ser, para el káiser, emperatriz de México, país neutral. A Carlota se le trató de ocultar lo mejor que se pudo el drama que se estaba desenvolviendo en Europa entre 1914 y 1918, pero como en tantas otras cosas, ella sabía. En una ocasión comentó recurriendo nuevamente al lenguaje simbólico: "Señor, se ve rojo. Creemos que sucede algo porque no se está alegre. La frontera está muy negra, muy negra, no se debe

entregar a los prisioneros".

Al término del conflicto, con la disolución del Imperio de los Habsburgo, el rey Alberto restauró la nacionalidad belga a su tía Carlota. Bélgica colaboró militarmente con Francia para presionar a Alemania a cumplir las duras condiciones impuestas a los vencidos, incluyendo ejecuciones sumarias a los espías, entre los cuales estuvo un mexicano que vivía en París y que supuestamente había estado al servicio de los alemanes. El hombre se llamaba Julio Sedano y Leguizamo, ejecutado en octubre de 1917. El diplomático mexicano, secretario de la embajada mexicana en París, nacido en 1866, aseguró que era hijo de Maximiliano y la señora Concepción Sedano, una hija de un jardinero imperial. Como su padre, si efectivamente lo fue, Julio Sedano murió frente a un pelotón de fusilamiento.12

La familia real belga volvió a Bruselas y la condesa Foussemagne continuó con la biografía que había dejado inconclusa. La condesa cubre con un piadoso velo los últimos años de la emperatriz; dedica sólo ocho páginas de un total de 408 a los años después de la muerte de Maximiliano. Jamás menciona el dinero. Confirma que los momentos de lucidez casi desaparecieron al final de su vida (lo cual no es del todo exacto, pero puede significar que la condesa nunca la encontró en condiciones de hacerle una entrevista) y recoge de Augusto Goffinet — hijo de Adrien y nuevo administrador de sus bienes— palabras que Carlota pronunció en los últimos años. Las exclamaciones, como las recordó Goffinet, dan a entender que la anciana era consciente de que estaba loca, que su vida se había prolongado más allá de lo soportable, y que por fin se acercaba a la muerte: "No ponga atención, señor, si desvarío. Sí, señor, ya estamos viejos, estamos tarados, estamos dementes; la loca siempre está viva. Señor, está usted en casa de una loca", y "Quiero ir a Laeken, se sube, se sube y uno desaparece detrás de las torres", refiriéndose al sitio donde sabía que, llegado el momento, sería sepultada.

En aquellos años, el papel de primera dama de honor recayó en la señora Caroline de Brander, una mujer joven, agradable y equilibrada que sabía tratar y poner de buen humor a Carlota. Gracias a sus apuntes conocemos la vida en el castillo de Bouchout en los años en los que una nueva generación tomaba el relevo: por

la mañana la emperatriz bajaba al primer piso a una mesa donde pasaba horas viendo dos publicaciones que le encantaban: los varios volúmenes de la revista semanal francesa *Tour du monde*, que incluía crónicas de viajes, actualidades, ilustraciones de lugares exóticos y mapas; el otro era un "Viaje al Adriático" escrito por su sobrino Rodolfo. Ya no eran vidas de santos y mártires, ni lecturas de ascetismo, sino otra vez ventanas al mundo, al mar, a horizontes lejanos. Un día pidió al coronel a cargo del castillo salir de la propiedad sola, por su propio pie. "¿Soy libre, no?", preguntó Carlota. La mujer traspuso, sin acompañantes, las rejas, y tal vez simbólicamente hizo lo que siempre había anhelado. Avanzó unos pasos hacia la calle mientras sus damas de honor la vigilaban desde la reja apretando los puños. Cuando hubo avanzado unos metros, se dio la vuelta y complacida regresó al castillo.[13]

En la mesa no hablaba, pero su memoria y su conocimiento de los idiomas seguía siendo impresionante. A pesar de tener ochenta años, su cabellera aún era espesa y larga, como cuando había sido virreina de Milán y emperatriz.[14] Intercalaba el inglés, el alemán y el español en frases incoherentes que dirigía a sus fantasmas: "No, señor, sería lo mismo aunque usted me entregara el reino de Saxe". Entonces se reía.[15] Había hecho la paz con todos. Siguió tocando el piano, el himno nacional mexicano, a veces a cuatro manos, pero pintaba y bordaba menos porque su vista se había deteriorado. Hasta 1914, cuando tenía 74 años, dejó de caminar en sus paseos diarios por Miese y pidió un carruaje, aunque todavía se aventuraba, una vez al mes, en su lancha a bogar por las tranquilas aguas del lago para pensar, como lo había hecho a los veintitantos en el lago de Texcoco: "Señor [acusó con mucha frecuencia a un interlocutor invisible], usted es el responsable del asesinato", y daba pormenores de la víctima: "Maximiliano, archiduque, Casa de Habsburgo", para terminar con un "¡Canalla miserable!" Luego, para sí misma, nunca resignada, suspiraba: "¡Si tan sólo lo hubiera ayudado Napoleón…!"

Con la ancianidad se acentuaron sus ataques de ira. Algunos invitados a la mesa eran sermoneados por la emperatriz; en otras ocasiones arrojaba los platos y se arrancaba mechones de pelo. Pero también guardaba momentos de afabilidad y bondad, especialmente para sus sobrinas y sobrinos nietos. En 1926, con ocasión de su

aniversario de bodas, la visitó el rey de Bélgica, su sobrino Alberto, casado con una alemana. Carlota se refirió a su sobrino como "príncipe" porque aparentemente creía que su hermano Leopoldo seguía vivo. Los niños de la pareja, ahora jóvenes, que antes se arrinconaban ante la extraña anciana que regaba las flores de la alfombra, la acompañaban al lago de poca profundidad donde a ella le gustaba dar sus paseos en bote, se subía con sus sobrinos y se alejaba de la orilla, no sin antes cumplir un curioso ritual: los hacía meter un pie al agua. Varios guardias rodeaban el estanque junto a los ansiosos padres que veían a sus hijos en el bote con la tía loca, pero Carlota estaba en control de sí. Estaba preparada para cruzar hasta la otra orilla y hacer un balance de su vida, con su lenguaje preciso y cargado de aforismos: "Señor, ¿ya se le dijo que tuvimos un esposo, un esposo Señor, Emperador y Rey. Un gran matrimonio, señor, y después… la locura. La locura está hecha de acontecimientos [históricos]".16

Pero es en la última página del libro de Foussemagne donde encontramos lo que parece ser un fragmento de una oración o poema escrito por Carlota, del que desafortunadamente la condesa no da más información. Es, sin duda, el momento más lúcido, doloroso y brutalmente honesto que ella escribió desde la locura, pasados ya los ochenta años, y constituye un genuino adiós a la vida lleno de humildad y aceptación, en el que reconoce su propio genio desperdiciado, ausentes ya el rencor, el miedo y la frustración:

> Quiso el Señor comprimir tu cabeza,
> con su dedo soberano.
> Capturar ahí el genio y sellar este jarrón
> con un sello de bronce.

---

1 El número de muertes en el Congo fue masivo y los métodos de explotación extremadamente crueles, pero nunca hubo la intención explícita y oficial de eliminar a una etnia o un pueblo entero, por lo que el término de "genocidio" sigue siendo debatido.

2 En 2006 el Parlamento belga solicitó que el gobierno pidiera perdón por las atrocidades cometidas en el Congo.

3 Anneke van Woudenberg. "A New Era for the Congo?", Human Rights Watch.

https://www.hrw.org/news/2006/10/19/new-era-congo. Consultado el 26 de mayo de 2018.

4 *The Waterloo Press*, 6 de enero de 1910, p. 1.

5 Correspondencia personal con el autor. En 2014, la princesa belga Stéphanie de Windisch-Graetz, descendiente directa de Leopoldo, interesada por saber dónde quedaron los millones de su ancestro, expresó su desconcierto ante la negativa del gobierno de Bélgica para dejarla consultar los papeles del extinto rey: "Se me niega a mí, su heredera legal. Sin razón alguna. Lo que quisiera yo saber es ¿qué quieren esconder?" Véase *De Telegraaf*, 18 de octubre de 2014.

6 En 1912, el nuevo tutor de Carlota, el príncipe de Ligne, llegó a un acuerdo con el Estado respecto a la donación real de 1900: consiguió 3.6 millones de francos para la emperatriz como compensación. Véase J. Stengers, *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?*

7 En 1890 Alegre aparece en las listas de viajeros del barco Ciudad Condal, que elaboró el consulado de España en Veracruz. Su ocupación aparece como "comerciante".

8 Se refiere a la temida región agrícola de Oaxaca en donde se trabajaba en condiciones de esclavitud y a donde eran enviados los disidentes al régimen, llamado "lugar sin retorno", una especie de Siberia mexicana, o de Congo belga, símbolo de la parte final del régimen de Díaz.

9 Las memorias del viaje de Manuel Alegre se publicaron íntegras en *El Tiempo Ilustrado* el 26 de julio de 1908, p. 10.

10 Adam Hochschild, *King Leopold's Ghost.*

11 "Intruded on ex-empress: German Soldiers Finally Warned Off Refuge of Maximilian's Widow", *The New York Times*, 14 de abril de 1915, p. 5.

12 La información está apoyada en la palabra del propio Sedano y en su supuesto parecido físico con Maximiliano. El rumor fue difundido también por Charles Blanchot, un general francés que publicó en 1911 unas *Memorias de la intervención francesa en México* en tres tomos, libro extremadamente raro y difícil de conseguir. Konrad Ratz confirma esta información en su libro de 1998, *Maximilian und Juárez: Hintergründe, Dokumente und Augenzeugenberichte*.

13 *The New York Times*, 23 de enero de 1927.

14 Según una fotografía de J. da Cunha-Plon en Linda MacNayr, "Situating Charlotte", p. 394.

15 Hélène de Reinach Foussemagne, *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, p. 380.

16 *Événements*, en el original.

Epílogo

Un sepulcro de honor

A la muerte de Carlota todos se habían ido, incluido el régimen liberal mexicano que había convertido a Juárez en ídolo de piedra. Ya desde 1904 Francisco Bulnes, un escritor liberal, había lamentado cómo "el molde en que hemos fundido la figura de Juárez es el inmenso vacío de nuestras ignorancias, y en consecuencia la escultura ha resultado colosal… Un Buda zapoteca y laico, imponente y maravilloso […] emanado de […] la necesidad del catolicismo residual que busca siempre una imagen, un culto". Porfirio Díaz, que había querido ser Maximiliano, dormía el sueño eterno en un cementerio de —ironía suprema— Francia. El deceso de la princesa de Bélgica, reseñado en primeras planas como la muerte de una de las figuras más trágicas de la época, despertó la codicia de todo mundo. Se suponía que era fabulosamente rica. Aún no se sabía lo que Leopoldo había hecho con su fortuna, sólo se garrapateaban sumas sobre papeles.

El diario *The New York Times* publicó el 27 de enero de 1927 que la riqueza de Carlota se estimaba entre sesenta y cien millones de francos oro, cifra que de inmediato desmintió Augusto Goffinet, el administrador de sus bienes.[1] Según el funcionario, lo más que ella había llegado a tener eran diez millones de francos (cifra imposiblemente baja), pero para explicar la ausencia de al menos esa cantidad, aprovechó el derrumbe de Alemania y del imperio

ruso para decir que la princesa había perdido sus inversiones en esos países. Es verdad que la fortuna se había esfumado, pero no por las razones que Augusto, hijo del fiel Adrien Goffinet, expuso a la prensa.

Unos días después de la muerte de la emperatriz, el mismo diario publicó en su edición del 31 de enero que el dinero y las propiedades de la difunta apenas sumaban 720 000 dólares, ya quitando impuestos, y que sus seis herederos recibirían sólo 120 mil dólares. Sus damas de honor, muchas de las cuales la habían acompañado por décadas, quedaron en la miseria.

Legado

Si el asunto del dinero de Carlota dominó los titulares de los diarios, poco se habló de su legado, en primer lugar porque nadie en ese momento, ni en América ni en Europa, pensaba que hubiera dejado uno, o que su paso por México de alguna forma hubiera sido relevante para la historia y la política nacionales. Los aduladores de los regímenes liberales de Benito Juárez y Lerdo de Tejada se encargaron de que Maximliano quedara como un Hernán Cortés tullido, y Carlota como una loca.

Como regente en dos ocasiones, título oficial para quien gobierna por ausencia, incapacidad o minoría de edad de la persona designada, Carlota Amalia de Sajonia-Coburgo-Gotha fue la primera y, hasta ahora única, mujer en gobernar el país; fue también la primera en hacerlo en un país del continente americano. Para poner en contexto lo novedoso que debió de haber sido ver a una mujer hacerse cargo de las reuniones del gabinete civil o militar, basta considerar que la primera alcaldesa del continente apareció en Estados Unidos hasta 1887 (20 años después); la primera congresista asumió su cargo en 1916 en ese mismo país, y la primera gobernadora no lo hizo sino hasta 1925. En el resto del continente americano habría que esperar más de cien años para ver nuevamente a una mujer asumir el cargo, curiosamente también ante la ausencia del esposo: Eva Martínez de Perón en Argentina en 1974.

Maximiliano y Carlota iniciaron la costumbre, entonces inexistente, de las giras “presidenciales” al interior del país, para

escuchar, no para sojuzgar a un estado rebelde o planear un nuevo pronunciamiento. Carlota amplió el espectro de la consorte. Desde la Colonia, las esposas de los virreyes cuando mucho presidían las actividades religiosas y asistían a ocasiones sociales, si no es que permanecían invisibles. Mientras Carlota, la segunda autoridad del imperio, se interesó por articular una protopolítica social en un país que nunca había mostrado interés por sus pobres, viudas y huérfanos; ni por la salvaguarda del patrimonio artístico de México. Su apasionada defensa de los indios —que no tuvo tiempo de concretar cuando la pacificación del país era la piedra contra la que chocaban sus esfuerzos— en una etapa en la que la definición de razas "superiores" y la eugenesia eran hechos aceptados en países que hoy enrojecerían de vergüenza, fue tan vehemente que no pocas veces la acusaron de "indiomanía", que en ese tiempo no era otra cosa sino un epíteto surgido de las compañías mineras y agrícolas a quienes la emperatriz exigía moderación.

Las primeras damas de México tardarían años en ser protagonistas en la política social de su país. La esposa de Porfirio Díaz, Carmen Romero Rubio, viviendo su propio sueño imperial, fue una débil imitación de Carlota: auspició algunas obras de caridad en la Ciudad de México pero estaba más interesada en vestirse como la emperatriz que en recibir indígenas en Chapultepec.[2] No sería sino hasta la presidencia de Adolfo López Mateos, a principios de 1960, cuando Eva Sámano fundó el Instituto Nacional de Protección de la Infancia. El prototipo ideal de la primera dama quedó establecido en la siguiente década con la señora María Esther Zuno.

Muerte de Carlota

El invierno de 1927 fue inusualmente frío en el norte de Europa. A principios de noviembre de 1926, exactamente sesenta años después de llegar a Bélgica, todavía con esperanzas de que el Imperio mexicano viviera, Carlota se enfermó de una "leve" congestión pulmonar que le dejó molestias en la pierna izquierda. A partir de entonces ya no pudo caminar sin ayuda. Segura de que vivía sus últimos días, ordenó que cerraran la puerta que daba al recibidor donde colgaba el retrato de Maximiliano: "Es lo que él hubiera querido", dijo.

Pasó el año nuevo con breves visitas de su familia y en enero volvió a enfermarse de congestión pulmonar. El día 15 se despertó entumecida, sin poder mover el brazo derecho. Casi no podía hablar, pero aún abría los ojos. Estuvo postrada en un diván desde el sábado; solamente pidió que le dieran champaña; no comió ni bebió otra cosa. El domingo perdió la conciencia y ya no fue posible llevarla a su cama. El martes su salud empezó a colgar de un delgado hilo. El médico diagnosticó neumonía; se debilitó su ritmo cardiaco y comenzó a tener dificultades para respirar. De inmediato se dio aviso a la familia real. A Bouchout llegaron el rey Alberto y la princesa Clementina para acompañarla a recibir la extrema unción. En la noche llegó de París la reina Elisabeth. Carlota estuvo tres días más en agonía. A las siete de la mañana del 19 de enero de 1927 dio su último aliento. A su lado estaban sus familiares. "Todo esto ya terminó y no habrá éxito", fueron sus últimas palabras.[3] Tenía 87 años. Un fotógrafo oficial capturó su quebradiza figura en el lecho de muerte, con una expresión de profundo cansancio. Un gorro claro cubre su cabeza y sostiene su mandíbula. Está toda vestida de blanco y sostiene un rosario entre sus dedos entrelazados. A la altura de sus rodillas, encima de la cubierta de encaje, hay un ramo de flores.

Se abrieron las puertas del castillo y se anunció a la población de Miese que la primera princesa de Bélgica había muerto, para que desfilaran junto a su lecho y le dieran el último adiós. Al día siguiente se ofició una misa en la capilla de Bouchout, y dos días más tarde, el 30 de enero, se llevó a cabo el entierro con todos los honores. En cuanto el cortejo fúnebre salió del castillo con el ataúd de Carlota, se desató una tormenta de nieve. La gente murmuró sobre las leyendas de la dama blanca que aparecía cada vez que moría alguien de la familia de los Habsburgo. Hasta el castillo llegó un pequeño destacamento de soldados cargados de años que habían acompañado a la emperatriz a México, conducidos por un general Mory.[4] Los viejos integrantes de la guardia de la emperatriz depositaron unas flores en el carruaje que trasladaría el cuerpo hasta la iglesia de Laeken. La escoltaron en una carroza repleta de flores blancas, tirada por cuatro caballos negros adornados con plumas del mismo color. El cortejo fúnebre, los ancianos integrantes de los voluntarios belgas, avanzaron hasta Bruselas bajo una

copiosa cellisca. En la capital había filas de soldados por donde iba pasando, y a pesar del clima se formó una multitud que se descubría la cabeza. Toda la ciudad se había blanqueado con el manto de nieve, formando un elegante contraste con el negro de los dolientes y los soldados belgas con cascos de la Primera Guerra Mundial.

La primera ceremonia en la capilla de Laeken fue privada. Asistieron el rey y la reina, algunas sobrinas, el príncipe Leopoldo y su esposa Astrid, las princesas María José, Clementina y Henrietta, miembros de la corte, funcionarios de Estado, militares y diplomáticos que, al fondo, murmuraban sobre los derechos de sucesión y el dinero de la difunta. De ahí el féretro fue arropado para llevarla a su lugar de entierro, la Iglesia de Notre Dame, a donde acudió todo el pueblo. El ataúd estaba cubierto por dos banderas: una de Bélgica y una de México.[5]

Durante muchos años antes de ese momento de liberación, la gente aseguró que Carlota llevaba tiempo lúcida, y que su hermano la había tenido encerrada en contra de su voluntad. Sobre ella se plasmaron leyendas, deseos, frustraciones y hasta la devoción de la gente, especialmente después de su muerte. Pero los testimonios de los médicos son inequívocos: aunque tenía periodos de luminosidad, las tinieblas de su cabeza fueron más espesas que los esporádicos claros de sol. En uno de esos momentos de cordura, le preguntó al gobernador militar a cargo de Buchout: "Soy completamente libre, ¿verdad?"[6] El hombre, con impecable uniforme, la miró a los ojos por unos segundos y finalmente respondió: "Ciertamente lo es, Su Majestad".

Esta vez era verdad.

---

1 Entre 780 y 1 300 millones de dólares al cambio actual.

2 Fundó por ejemplo una guardería llamada La amiga de la obrera para que las mujeres no tuvieran motivo de faltar a la fábrica.

3 "Tout cela est fini et n'aboutira pas." Otra versión dice que lo último que dijo fue que la pasaran a su cama.

4 La descripción del funeral es del corresponsal de *The New York Times* que se publicó el 23 de enero de 1927.

5 Testimonio del corresponsal de *The New York Times* en Bruselas.
6 “Tragedy of Carlotta at an End”, *The New York Times*, 23 de enero de 1927.

Bibliografía

Advenimiento de SS MM II Maximiliano y Carlota al trono de México. Documentos relativos y narración del viaje de nuestros soberanos de Miramar a Veracruz y del recibimiento que se les hizo al llegar en este último puerto, Ediciones "La Sociedad", Imprenta de J. M. Andrade y F. Escalante, México, 1864.

Ascherson, Neal. *The King Incorporated: Leopold the Second and the Congo*, Granta Books, Londres, 2001.

Beachey, R. W. "The East African Ivory Trade in the Nineteenth Century", *The Journal of African History* 8, núm. 2 (1967): 269-290.

Belien, Paul. *A Throne in Brussels: Britain, the Saxe-Coburgs and the Belgianisation of Europe*, Imprint Academic, Londres, 2006.

Blasio, José Luis. *Maximiliano íntimo. Memorias de un secretario particular*, Librería de la Vda. de C. Bouret, México, 1904.

Bulnes, Francisco. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la intervención y el Imperio*, Librería de la Vda. de C. Bouret, México, 1904.

Carette, Henri Bouvet. *Souvenirs Intimes de la Cour des Tuileries,* 5ª edición. Paul Ollendorff Editor, París, 1889.

Corti, Egon Caesar. *Leopold I of Belgium, Secret Pages of European History*, T. Fisher, Londres, 1923.

___. *Maximiliano y Carlota, vida y tragedia*, Joaquín Gil Editor, Buenos Aires, 1944.

Cunningham, Michelle. *Mexico and the Foreign Policy of Napoleon III*, Palgrave Macmillan, Basingstoke, 2001.

Defrance, Olivier. *Ramener Charlotte: La mission du baron Adrien Goffinet à Vienne et Miramar*, Patrimoine Fondation Roi Baudouin, Bruselas, 2012.

Doménech, Emmanuel. *Le Mexique*, Dentu Éditeur, París, 1867.
Duchesne, Albert. "Un année de la vie de l'impératrice Charlotte à travers la correspondance de Clotilde de Bassompierre", *Les Cahiers Historiques*, serie VII, núm. 3 (1972): 85.
Estefanía de Bélgica. *Je devais être impératrice. Mémoires de la dernière princesse héritière d'Autriche-Hongrie*, Librairie de la Grand'Place, París, 1937.
Fondo Adrien Goffinet. *Archives de la Reine Marie-Henriette. Relation du voyage de la reine Marie-Henriette et de son retour à Bruxelles en compagnie de l'Impératrice Charlotte en 1867*, Fondation Roi Baudouin, Bruselas, Bélgica.
Forbath, Peter. *The River Congo*, Secker & Warburg, Londres, 1978.
Foussemagne, Hélène de Reinach. *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique*, Plon-Nourrit Imprimeurs, París, 1925.
Galeana, Patricia, *et al.* La legislación del Segundo Imperio, Secretaría de Cultura: Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, Ciudad de México, 2016.
Grecia, Miguel de. *La emperatriz del adiós*, Plaza & Janés, Barcelona, 1999.
Habsburgo, Maximiliano. *Aforismos completos de Maximiliano de Habsburgo*, Libros de México, 2016.
Hall, Frederic. *Life of Maximilian I, Late Emperor of Mexico, with a Sketch of the Empress Carlota*, J. Miller Publisher, Nueva York, 1868.
Harding, Bertita. *Phantom Crown*, Halcyon House, Nueva York, 1934.
Haslip, Joan. *The Crown of Mexico, Maximilian and his Empress Carlota*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1972.
Holden, Angus. *Uncle Leopold, A Life of the First King of the Belgians*, Hutchinson & Co., Londres, 1936.
Hochschild, Adam. *King Leopold's Ghost: A Story of Greed, Terror, and Heroism in Colonial Africa*, Mariner Books, Boston, 1996.
Hyde, Montgomery. *Mexican Empire: The History of Maximilian and Carlota of Mexico*, Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1946.
Iturriaga de la Fuente, José N. *Escritos mexicanos de Carlota de Bélgica*, Banco de México, Ciudad de México, 1992.
Jeal, Tim. *Stanley: The Impossible Life of Africa's Greatest Explorer*, Faber & Faber, Londres, 2011.

Johnson, Andrew. *The Papers of Andrew Johnson: August 1866-January 1867*, University of Tennessee Press, 1994.
Kératry, Emile. *L'élévation et la Chute de l'empereur Maximilien. Intervention Française Au Mexique 1861-1867*, Revue Contemporaine, París, 1867.
L'Exposition universelle de 1867 illustrée: publication internationale autorisée par la Commission impériale, París, 1867.
MacNayr, Linda. "Situating Charlotte: Reading Politics in Portraits of Belgian Princess Charlotte, Vicereine of Lombardy-Venetia, Empress of Mexico" (tesis doctoral), Queen's University, Ontario, 2008.
Malortie, Karl von. *Here, there and everywhere*, Ward & Downey, Londres, 1895.
Masich, Andrew E. *Civil War in the Southwest Borderlands, 1861-1867*, University of Oklahoma Press, 2017.
McAllen, M. M. *Maximilian and Carlota: Europe's Last Empire in Mexico*, Trinity University Press, San Antonio, Texas, 2015.
Meurice, Émile. *Charlotte et Léopold II de Belgique: deux destins d'exception entre histoire et psychiatrie*, Éditions du Céfal, Bruselas, 2005.
Paoli, Dominique. *L'Impératrice Charlotte: Le soleil noir de la mélancolie*, Perrin, París, 2008.
Ratz, Konrad. *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota*, FCE, México, 2005.
___. *Tras las huellas de un desconocido. Nuevos datos y aspectos de Maximiliano de Habsburgo*, Conaculta/INAH/Siglo XXI Editores, México, 2008.
___. "El dinero de Maximiliano y de Carlota", *Dimensión Antropológica*, vol. 26, septiembre-diciembre de 2002, p. 83.
Richmond, Douglas W. *Conflict and Carnage in Yucatán: Liberals, the Second Empire, and Maya Revolutionaries, 1855-1876*, Tuscaloosa, The University of Alabama Press, 2015. https://muse.jhu.edu/. Consultado el 22 de abril de 2018.
Rice University Archives, Houston, Texas.
Rivera, Agustín. *Anales mexicanos; la reforma i el segundo imperio*, Escuela de Artes i Oficios, taller de José Gómez Ugarte, Guadalajara, 1897.
Ruiz, Ramón Eduardo (ed. y trad.). *An American in Maximilian's*

Mexico, 1865-1866; the Diaries of William Marshall Anderson, Huntington Library, Los Ángeles, 1959.
Schoonover, Thomas D. (ed. y trad.). *Mexican Lobby: Matías Romero in Washington 1861-1867*, University Press of Kentucky, Kentucky, 1986.
Smith, Jean Edward. *Grant*. Simon & Schuster, Nueva York, 2001.
Stengers, J. *Combien le Congo a-t-il coûté à la Belgique?*, Éditions J. Duculot, Bruselas, 1957.
Taylor, John M. *Maximilian and Carlotta: A Story of Imperialism*, G. P. Putnams' sons, Nueva York, 1894.
Twain, Mark. *King Leopold's Soliloquy: A Defense of his Congo Rule*, P. R. Warren Co., Londres, 1905.
Universidad Autónoma de Nuevo León. "Calendario histórico de la Princesa Carlota para 1869, arreglado al meridiano de México", Colección Digital UANL. http://cdigital.dgb.uanl.mx/la/1020002531/1020002531.html. Consultado el 13 de mayo de 2017.
Vallejo-Nágera, Alejandra. *Locos de la historia. Rasputín, Luisa Isabel de Orleans, Mesalina y otros personajes egregios*, La Esfera de los Libros, España, 2007.
Vankerkhoven, Coralie. *Charlotte de Belgique: une folie impériale*, La Muette, Bruselas, 2011.
Weckmann, Luis. *Carlota de Bélgica. Correspondencia y escritos sobre México en los archivos europeos (1861-1868)*, Biblioteca Porrúa, México, 1989.
Ypersele, Laurence van. *Une impératrice dans la nuit: Correspondance inédite de Charlotte de Belgique, février-juin 1869*, Editions Quorum, Charleroi, 1995. (Hay trad. cast. *Una emperatriz en la noche*, Marta Zamora, México, 2010.)

CARLOTA PASÓ DE UN CUENTO DE HADAS A UN INFIERNO. ÉSTA ES LA HISTORIA DE ESE INFIERNO.

La emperatriz volvió a ser princesa. Después de que su marido fuera fusilado en el Cerro de las Campanas, la consentida —la enamorada— se convirtió en una paria de las monarquías europeas y pasó sesenta años en la locura.

Esta obra es la primera que se concentra en las seis décadas que Carlota de Sajonia-Coburgo-Gotha vivió después de que se derrumbara el Segundo Imperio Mexicano, y ofrece un estudio lúcido de uno de los personajes más apasionantes en la historia del país.

Aquí hablan los diarios de los médicos de Carlota, los papeles de Adrien Goffinet (administrador de sus bienes), testigos de aquellos años, archivos reales, las cartas de su servidumbre, bitácoras de viajeros y la prensa europea de la época.

Paso a paso, se revela cómo la “princesa más triste del mundo” terminó convertida en un peón. Y cómo, de las ruinas del México de Maximiliano, surgió el imperio privado del rey belga Leopoldo II en el Congo.

Gustavo Vázquez Lozano nació en Aguascalientes, México, en 1969. Es escritor, traductor y maestro de escritura creativa. Parte de su obra ha sido traducida al inglés, portugués y ucraniano. Ha publicado más de treinta libros, especialmente de género histórico y biográfico. Destacan sus obras sobre Pancho Villa, Maximiliano de Habsburgo y el Escuadrón 201.

En México obtuvo el Premio Nacional de Cuento Beatriz Espejo y ganó el Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz. Su novela *La Estrella del Sur* fue incluida como lectura para los estudiantes de español en la Universidad de Moscú. Actualmente trabaja en una novela sobre la historia del rock en México.

Sesenta años de soledad
La vida de Carlota después del imperio mexicano
(1867-1927)

Primera edición digital: julio, 2019

D. R. © 2019, Gustavo Vázquez Lozano

D. R. © 2019, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, delegación Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

www.megustaleer.mx

D. R. © Penguin Random House/Daniel Bolívar, por el diseño de portada
D. R. © Daniel Bolívar, por la ilustración de portada

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Queda prohibido bajo las sanciones establecidas por las leyes escanear, reproducir total o parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo público sin previa autorización. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CemPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, https://cempro.com.mx).

ISBN: 978-607-318-174-7

Penguin Random House Grupo Editorial

/megustaleermexico

@megustaleermex

Conversión eBook:
Mutāre, Procesos Editoriales y de Comunicación

Indice

Agradecimientos
Presentación

Primera parte

LA HISTORIA DE LA HISTORIA

"El demonio viene a atormentarme": Carlota antes de México
"Creo que esta noche tendremos un temblor": Carlota en México
"Adiós, mi tierno amor"

Segunda parte

EN LOS TRONOS DEL MUNDO

París
La sede de San Pedro
Miramar
La exposición mundial
El rescate de Bruselas

Tercera parte

SESENTA AÑOS DE SOLEDAD

El castillo de Tervuren

El reordenamiento del mundo
La desaparición de una princesa
El rey Leopoldo y el Congo
Dinero de otro imperio
Bouchout
El último mexicano

Epílogo. Un sepulcro de honor
Bibliografía

Sobre este libro
Sobre el autor
Créditos